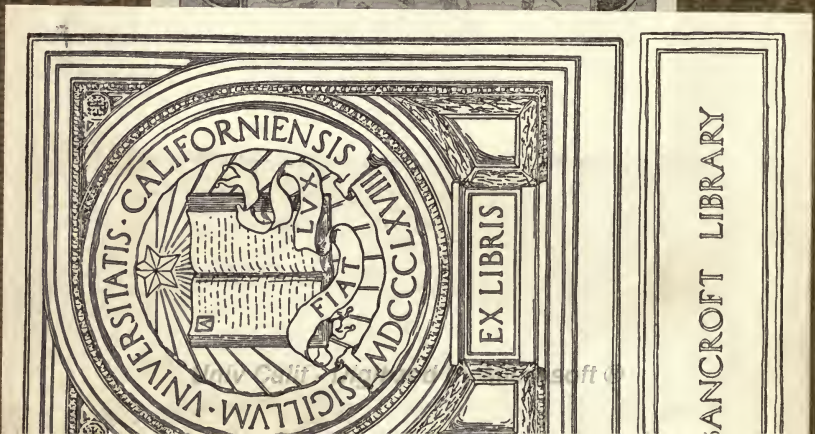
BRET
HARTE
F. JORBA



Digitized by Google
Original from The Bancroft Library

Digitized for Microsoft Corporation
by the Internet Archive in 2008
From University of California Libraries.
May be used for non-commercial, personal, research,
or educational purposes, or any fair use.
May not be indexed in a commercial service.

a0 351 J.80

BOCETOS CALIFORNIANOS.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ES PROPIEDAD.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

BOCETOS CALIFORNIAÑOS

DE

BRET HARTE, 1839-1902.

TRADUCCIÓN DE

D. E. DE VAUDREY Y D. F. DE ARTEAGA

ILUSTRACIÓN DE

J. LUÍS PELLICER

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

E. DOMENECH Y C.ª — *Ausias March, 95*

1883

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

1203

F855
.1
.H327
fo

IMPRENTA DE F. GIRÓ, BARCELONA

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

32283
Bancroft Library

TENGO la honra de presentarte, amigo lector, á Mr. Francis Bret Harte, de 43 años de edad, natural de Albany (New York) actual cónsul de los E. U. en Glasgow, y uno de los primeros y más celebrados novelistas de nuestro siglo. Reconocido este último título en todos los paises y en todos los idiomas de Europa, no me ha de ser difícil que acredites su ejecutoria, aun antes de que conozcas el alto linaje del escritor en las obras de este volumen, y que le aceptes como amigo antes de que hayas sonreído y llorado á la vez como un niño sobre sus páginas. Bastará para ello que te transcriba

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

los términos con que han visado su pasaporte literario: en Inglaterra, Carlos Dickens, el primer novelista desde Cervantes acá; Freiligrath, el gran poeta, en Alemania, y la casi venerable *Revue de Deux Mondes* en Francia.

He aquí, pues, la opinión de Dickens, transcrita por su amigo y biógrafo Forster:

« Pocos meses antes de la muerte de mi amigo (Carlos Dickens) me envió dos bocetos *(Los desterrados de Poker Flat* y otro) de un joven escritor americano de la lejana California (Bret Harte); hallaba en él tan geniales rasgos de carácter como no los hubiese descubierto en otro alguno en muchos años; el modo de hacer es parecido al suyo, pero los asuntos son de tal frescura que le sorprendieron, así como las descripciones magistrales, en todos conceptos, y los personajes rudos y selváticos pintados con completa y admirable verdad. Pocas veces le he visto más sinceramente conmovido.» (1)

No es menos entusiasta el viejo poeta alemán Freiligrath, en el prólogo de su traducción:

« Bret Harte es y será californiano, buscador de oro.....; oro del amor, de la generosidad y de la bondad, oro humano que, aun sepultado en lo profundo del fango del vicio y de la vida criminal, no falta nunca en el alma más endurecida. Haberla sondeado para hallar este precioso filón, haberlo descubierto y mostrado triunfalmente al mundo, he aquí su gloria y su grandeza; he aquí lo que atraerá hacia él los corazones donde quiera que la lengua de Shakespeare, de Milton y de Byron sea comprendida.....»

Y por último la *Revue de Deux Mondes* se expresaba en los siguientes términos, cuando en 1872 dióle á conocer con una de sus mejores novelas *(Mliss)*:

« La superioridad de Bret Harte sobre muchos escritores con quienes podría comparársele, estriba en la novedad de sus asuntos. Nos inicia en un mundo desconocido, pinta con enérgica verdad la era de las primeras inmigraciones, que hoy toca á su término, y que á pesar del desorden, la grosería y la violencia, tiene una poesía y una grandeza casi heróicas..... Del asunto que más conmueve al ánimo mejor

(1) Forster's Life of Dickens.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

templado, de la lucha victoriosa del hombre contra la naturaleza, obtiene efectos inesperados de incomparable belleza....

»Mr. Bret Harte se limita á escribir sin comentarios lo que ha observado; de esta manera y auxiliado por el prestigio de su estilo, aun cuando estemos armados de pedantismo y gazmoñería, alcanza interesarnos en el amor paternal del *Campo rugiente,* para el huérfano de la miserable criatura, única de su sexo entre un centenar de bandidos, á quienes deja al morir un niño como prenda de rehabilitación; nos hace llorar, quieras que no, en la relación de Miggles, la bella pecadora de Marysville, súbitamente transformada, por heróico arranque, en eremita y enfermera; nos hacen llorar la abnegación y estupidez sublimes del socio de Tennessee, el ladrón de caminos, ahorcado por la ley de Lynch; y el impostor que usurpa el lecho del hijo pródigo en el hogar del viejo Thompson. Nos fuerza á indulgencia excesiva y á inconfesables simpatías.»

Tales son las filiaciones literarias del escritor. No menos singular es la accidentada vida del hombre en la sociedad. He dicho antes que Bret Harte era cónsul y novelista, pero hubiera debido añadir que ha sido también minero, maestro de escuela, impresor, periodista, empleado móvil de una empresa de mensajerías y agente de la misma empresa sucesivamente, desde 1854, en que, huérfano ya, emigró á California á los catorce años de edad, en busca de oro, como tantos otros, hasta 1857, en que volvió á San Francisco para dedicarse á las profesiones de cajista y escritor. Casado después, obtuvo un empleo en la sucursal de la Casa de la Moneda, que desempeñó durante seis años, hasta que en 1867 fundó la célebre revista *Overland Monthly,* donde se dió á conocer con su primera obra de importancia, *La suerte de Roaring Camp*, y siguió publicando una parte de las comprendidas en el presente volumen. En 1871 abandona California y la *Overland Monthly* para establecerse en New York, y algún tiempo después pasa á Inglaterra, en donde actualmente reside, gozando de fama universal, á la que sólo faltaba la sanción del público español.

No es de extrañar pues que Bret Harte haya recibido con agrado la noticia de la publicación de este volumen, y prueba de este agrado es su simpático retrato actual, que nos envía para formar parte del ya extenso Museo de Arte y Letras.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Antes de terminar, y á fuer de cronista, no debo omitir una objeción que se ha hecho en Francia á las virtudes que Bret Harte hace brotar del seno del mal, como delicadas flores nacidas en estiércol. Pídesele que muestre cruelmente castigado y sin remisión el vicio, y que no lo rehabilite jamás ó no lo compense ni lo reuna con la virtud en una misma alma; pídesele, en fin, para el infeliz abandonado á sus instintos pena capital literaria en nombre de la moral. En defensa de Bret Harte leed este libro; si al final de cada una de sus novelas no sentís por el desgraciado, vicioso ó no, una compasión infinita, si no os sentís elevados sobre vosotros mismos y no formáis de la sociedad un juicio más caritativo, condenad su sistema. Pero Bret Harte no da al crimen esta marcha fatal, que le atribuyen ciertas novelas francesas, cuya lectura abruma y desalienta, cuyo tema parece ser el «dejad toda esperanza» del inmortal florentino; los personajes de Bret Harte, hundidos en la ignorancia, el embrutecimiento ó el crimen, se elevan de súbito de entre el cieno, arrebatados por la llama divina de la conciencia, y dirigiéndose á la sociedad que les condena, parecen repetir las sagradas palabras: «el que de vosotros se halle sin pecado, tire la primera piedra.»

Por esto la lectura de Bret Harte eleva y conmueve.

C. DE LA K.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

MLISS.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

I.

En el punto mismo en que la Sierra Nevada comienza á descender en más suaves ondulaciones y donde los ríos bajan menos rápidos y amarillentos, al pié de una gran montaña roja levántase «Smith's Poket» (1). Visto á puesta de sol, desde el camino rojizo, á través de la roja luz y del rojo polvo, sus blancas

(1) Bolsa de Smith.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

casas se parecen á cantos de cuarzo desprendidos de la montaña. La roja diligencia, coronada de pasajeros, vestidos con camisas rojas, se pierde de vista media docena de veces en la tortuosa bajada, saliendo de improviso por los sitios más extraños, y desapareciendo por completo á unas cien yardas del pueblo. Á este brusco recodo del camino se debe probablemente que el advenimiento de un extranjero á Smith's-Pocket, vaya generalmente acompañado de alguna circunstancia particular. Al bajar del vehículo, en el despacho de la diligencia, el viajero, por demás confiado, acostumbra salirse del pueblo con la idea de que éste se halla en una dirección completamente contraria á la real. Se cuenta que los mineros de á dos millas de la ciudad, encontraron á uno de estos confiados pasajeros con un saco de noche, un paraguas, un «Harper's Magazine,» y otras pruebas de «civilización y refinamiento,» internándose por el camino que acababa de pasar en coche y apurándose en vano por hallar el campamento de Smith's Pocket.

Un viajero observador hubiera hallado alguna compensación á su engaño en el fantástico aspecto de aquellos alrededores. Hay allí enormes grietas en la montaña y desmontes de rojiza tierra, más parecidos al caos de un levantamiento primario geológico que á la obra del hombre; por otro lado, á media bajada, un largo puente rústico esparranca su estrecho cuerpo y piernas desproporcionadas por encima de un abismo, como el enorme fósil de algún olvidado antediluviano. Á cada paso, fosos más pequeños cruzan el camino, ocultando en sus sucias profundidades feos arroyos que se deslizan hacia una confluencia clandestina con el gran torrente amarillento de más abajo, y acá y acullá vense las ruinas de una cabaña con sólo la chimenea intacta y con la piedra del hogar mirando á los cielos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El campamento de Smith's Pocket debe su origen al encuentro de una bolsa en su emplazamiento por un cierto Smith. Este Smith sacó de ella cinco mil duros en media hora, tres mil de los cuales gastaron él y otros en el trazado de un acueducto y varias minas. Y entonces se vió que Smith's Pocket no era más que una bolsa, expuesta, como otras bolsas, á vaciarse. Aunque Smith taladró las entrañas de la gran montaña roja, aquellos cinco mil duros fueron el primero y último fruto de su trabajo. La montaña se mostró avara de sus dorados secretos y la mina poco á poco fué tragando el resto de la fortuna de Smith. Entonces dedicóse éste á la explotación de cuarzo; después á moler este mineral, luégo á la hidráulica y á abrir zanjas, y finalmente, por grados progresivos, á guardar una taberna. Pronto se cuchicheó que Smith bebía mucho; luégo se supo que Smith era un borracho habitual y después la gente, según acostumbra, pensó que en la vida había sido otra cosa.

Pero, afortunadamente, el porvenir de Smith's Pocket, como el de la mayor parte de los descubrimientos, no dependía de la suerte de su fundador, y otros siguieron proyectando túneles y descubriendo bolsas, de manera que Smith's-Pocket se convirtió en un campamento con sus dos quincallerías, sus dos hoteles, su casa-correo y sus *dos primeras familias*. De vez en cuando su larga, y única calle, quedábase asombrada por la importación de las modas de San Francisco, traídas por *express*, exclusivamente para estas primeras familias; esto hacía que la ultrajada naturaleza, en el miserable lodazal de su surcada superficie, pareciese más fea aún, humillando en no menor grado á la mayoría de la población para la que el domingo, con una muda de ropa, trajo solamente la necesidad de limpieza, sin el lujo del adorno. También había una

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

iglesia metodista, cerca de una bancamonte, y un poco más allá, en la falda de la montaña, un Campo Santo, y además una reducida escuela.

«El Maestro,» así llamado por su pequeño rebaño, estaba una noche en la escuela, sentado, solo ante algunos cuadernos abiertos y trazando con cuidado aquellos atrevidos y llenos caracteres que se suponen ser el non-plus-ultra de la excelencia quirográfica y moral, y había llegado hasta «Las riquezas engañan» y estaba floreando el sustantivo con una falta de sinceridad en el rasgueo, que corría parejas con el espíritu del texto, cuando oyó golpear suavemente. Los picos carpinteros trabajaban en el techo durante todo el día, y el ruido no le había estorbado el trabajo; pero el abrir de la puerta y el golpear continuo desde el interior, le hizo alzar la vista. La figura de una niña sucia y desarrapadamente vestida, le sobresaltó algo. Sin embargo, sus grandes ojos negros, su ordinario y despeinado pelo mate, cayendo sobre una cara tostada por el sol, sus encarnados brazos y piés tiznados por el rojizo barro, todo le era familiar. Allí estaba Melissa Smith, la niña, sin madre, de Smith.

—¿Qué puede querer de mí?—pensó el maestro. —Todo el mundo conocía á *Mliss*, que así se la llamaba á todo lo largo y lo alto de Red-Mountain; todo el mundo la conocía por una chica incorregible. Su índole bravía é ingobernable, sus locas extravagancias y carácter desordenado eran tan proverbiales á su manera como la historia de las debilidades de su padre, y se aceptaban por los vecinos con la misma filosofía. Disputaba y peleaba con los escolares con más aguda invectiva y brazo más poderoso que otro alguno; seguía las pistas con la maña de un montañés, y el maestro la había encontrado varias veces á algunas millas de distancia, descalza, sin medias y con la ca-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

beza descubierta, en los senderos de la montaña. Los campamentos de los mineros, á lo largo del riachuelo, proveían á su subsistencia, durante estas peregrinaciones voluntarias, por medio de donativos ofrecidos generosamente.

Y no es porque no se hubiese dispensado préviamente á Mliss una protección más amplia. El reverendo Josué Mac Snagley, el reputado predicador oficial, la había colocado de criada en un hotel, como para una especie de afinamiento preliminar, presentándola luégo á sus discípulos en la clase dominical. Pero ella tiraba, de vez en cuando, los platos al fondista, respondía prontamente á los insípidos chistes de los huéspedes, y producía en la clase del domingo una sensación tan diametralmente opuesta á la monotonía y placidez ortodoxa de aquellas instituciones, que por respeto y deferencia á los almidonados delantales y moral inmaculada de los dos niños de cara sonrosada y blanca de las primeras familias, el reverendo señor la expulsó ignominiosamente.

Tales eran los antecedentes y tal el carácter de Mliss al hallarse en pié delante del maestro: mostrábanse aquellos tanto por el haraposo vestido, el despeinado cabello y los sangrientos piés, que movían á compasión, como por el brillo de sus grandes ojos negros, cuya fijeza imponía respeto.

—He venido aquí esta noche—dijo rápida y atrevidamente, fijando en la de él su dura mirada—porque sabía que estabais solo; no quería venir cuando estuvieran aquellas chicas. Las aborrezco y ellas me aborrecen; este es el por qué. Vos teneis escuela, ¿verdad? ¡Quiero aprender!

Si al desaliño de su vestido y al poco donaire de su enredado cabello y sucia cara hubiese añadido la humildad de las lágrimas, el Maestro la hubiera otorgado la indiferente limosna de la compasión y nada más; pero

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

con el instinto natural, aunque ilógico, de sus semejantes, su atrevimiento despertó en él algo de aquel respeto que todas las naturalezas originales se tributan inconscientemente unas á otras, en cualquier posición social, y la contempló con más fijeza á medida que continuaba aún hablando rápidamente, con la mano en la aldaba y los ojos en él:

—Me llamó Mliss, Mliss Smith! Podeis jugaros la vida que es así. Mi padre es el viejo Smith,—el viejo Bumer Smith,—este es mi padre. Soy Mliss Smith,—y me vengo á la escuela.

—¿Y qué?—dijo el maestro.

Acostumbrada á ser contrariada y á que se la opusieran á menudo porque sí y cruelmente y sin otro fin que el de excitar los violentos impulsos de su naturaleza, la tranquilidad del maestro la cogió evidentemente de sorpresa. Se calló; principió á retorcer entre los dedos un rizo de su cabello, y la rígida línea del labio superior apretado sobre los perversos dientecitos, suavizóse y tembló ligeramente. Bajó luégo los ojos, y algo parecido al rubor se esforzó en llegar hasta su mejilla y mantenerse vivo al través de las manchas de rojizo barro y del asoleado de los años. De repente se echó hacia adelante invocando á Dios para que la matara en el acto, y desalentada é inerte cayó de cara contra el pupitre del maestro, llorando y gimiendo, como si se la fuera á romper el corazón.

El maestro la alzó suavemente y esperó á que se la pasara el paroxismo. Cuando, volviendo aún la cara, repetía entre sollozos la «mea culpa» de la penitencia infantil, «que no lo quería hacer,» etc., se le ocurrió al maestro preguntarla por qué había dejado la clase del domingo.

—¿Por qué he dejado la clase del domingo? ¿Por qué? ¡Ah, sí! ¿Qué necesidad tenía él (M. Snagley),

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de decirle que era mala? ¿Por qué le decía que Dios la odiaba? ¿Si Dios la odiaba, de qué le servía ir á la clase del domingo? *Ella* no quería deber nada á nadie que la aborreciese.

Sí; ella le había dicho esto á M. Snagley.

«Sí, se lo había dicho.»

El maestro se rió. Era su risa franca, pero despertó un eco tan extraño en la pequeña casa-escuela y pareció tan inconsecuente y discorde con el gemido de los pinos del exterior, que pronto la refrenó con un suspiro; y el suspiro era, sin embargo, tan sincero, á su manera, como la risa.

Después de un momento de grave silencio, la preguntó por su padre.

¿Su padre? ¿Qué padre? ¿El padre de quién? ¿Qué había hecho por ella? ¿Por qué la aborrecían las chicas? ¡Vamos! ¿Por qué, cuando pasaba, la decía la gente: «la Mliss del viejo Bumer Smith! Sí: ¡oh, sí! quisiera estar ya muerta, completamente muerta, que todo el mundo estuviese muerto!» Y sus sollozos rompieron de nuevo.

Entonces el maestro, inclinado sobre ella, le dijo lo que usted ó yo podríamos haber dicho después de oir teorías tan poco naturales en boca infantil; pero recordando tal vez mejor que usted ó yo, lo poco naturales que eran también sus haraposos vestidos, sus sangrientos piés y la omnipresente sombra de su borracho padre. Después, alzándola, la envolvió con su pañuelo; y encargándole que viniera temprano á la mañana siguiente, la acompañó parte del camino y allí le dió las buenas noches.

La luna iluminaba brillantemente ante ellos el estrecho camino. El maestro permaneció de pié contemplando la encogida y pequeña figura á medida que se alejaba vacilante camino abajo, y esperó hasta que hubo pasado el pequeño campo santo y alcanzado la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cima de la colina, en donde se volvió y se detuvo un instante como un átomo de sufrimiento perfilado entre las lejanas y apacibles estrellas. Después el maestro volvió á su trabajo. Pero las líneas del cuaderno se desarrollaban en largas paralelas de interminable camino, sobre el cual parecían pasar, en la noche, figuras infantiles gimiendo y sollozando. Entonces, pareciéndole la pequeña sala de la escuela más triste que antes, cerró la puerta y regresó á su casa.

Á la mañana siguiente fué Mliss á la escuela. Habíase lavado la cara y su cabello negro y ordinario llevaba trazas de una reciente pelea con el peine, en la cual, al parecer, habían sufrido los dos. La mirada de desafío brillaba de vez en cuando en sus ojos, pero su manera era más mansa y dócil. Entonces comenzó una serie de pequeñas pruebas y de sacrificios mútuos, en los cuales maestro y alumna obtuvieron partes iguales y que aumentaron la simpatía entre ellos. Aunque obediente ante la mirada del maestro, á menudo, durante el asueto, contrariada ó irritada por un desprecio imaginario, Mliss rabiaba con furia ingobernable, y más de un pequeño salvaje, encontrándose igualado por sus propias armas de tormento, buscaba al profesor, palpitante, con rasgada chaqueta y arañado rostro en querella de la terrible Mliss. Hubo sobre el asunto una seria división entre los vecinos; algunos amenazaron con retirar á sus hijos de una compañía tan mala; y otros, con el mismo calor, defendieron la conducta del maestro en su obra de reforma.

En tanto, con terca persistencia que más adelante, al considerar lo pasado, le pareció firmeza, el maestro sacó gradualmente á Mliss de las tinieblas de su pasada vida, como si no fuese más que su progreso natural en el estrecho sendero por el cual la había encaminado en la estrellada noche de su primer encuentro. Recordando la experiencia del evangélico

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

M. Snagley, evitó cuidadosamente el escollo sobre el cual, éste, poco adiestrado piloto, había hecho naufragar la fe reciente de la joven. Pero si en el transcurso de la lectura tropezaba por casualidad con aquellas pocas palabras que han levantado á sus semejantes sobre el nivel de los más viejos, más sabios y más prudentes, si aprendía algo de una fe que está simbolizada por el sufrimiento, y si la antigua llama se suavizaba en sus ojos, no era bajo la fuerza de una lección. Algunos colonos, de entre la gente más sencilla, reunieron una pequeña suma, por medio de la cual la haraposa Mliss pudo vestir la ropa de la decencia y de la civilización; y á menudo un rudo apretón de manos y palabras de franca aprobación de alguna de esas figuras arrugadas, groseras y vestidas con la encarnada camisa, hacían acudir el rubor á la mejilla del joven maestro y le obligaban á pensar si eran del todo merecidos tales tributos de aprecio.

Tres meses habían transcurrido desde la época de su primer encuentro y el maestro estaba entregado una noche á sus copias morales y sentenciosas, cuando se oyó golpear á la puerta y otra vez vió á Mliss delante de sí. Estaba nítidamente vestida y tenía la cara limpia, y tal vez nada, excepto el largo cabello negro y los brillantes ojos, podía recordarle la aparición anterior.

—¿Estais ocupado?—preguntó.—¿Podeis venir conmigo?

Y al significar aquél su asentimiento, con su antigua manera voluntariosa dijo:

—Venid pronto, pues.

Pasaron juntos la puerta, y penetraron en el oscuro camino. Al entrar en el pueblo, el maestro le preguntó adónde iban. Ella contestó: «á ver á mi padre.»

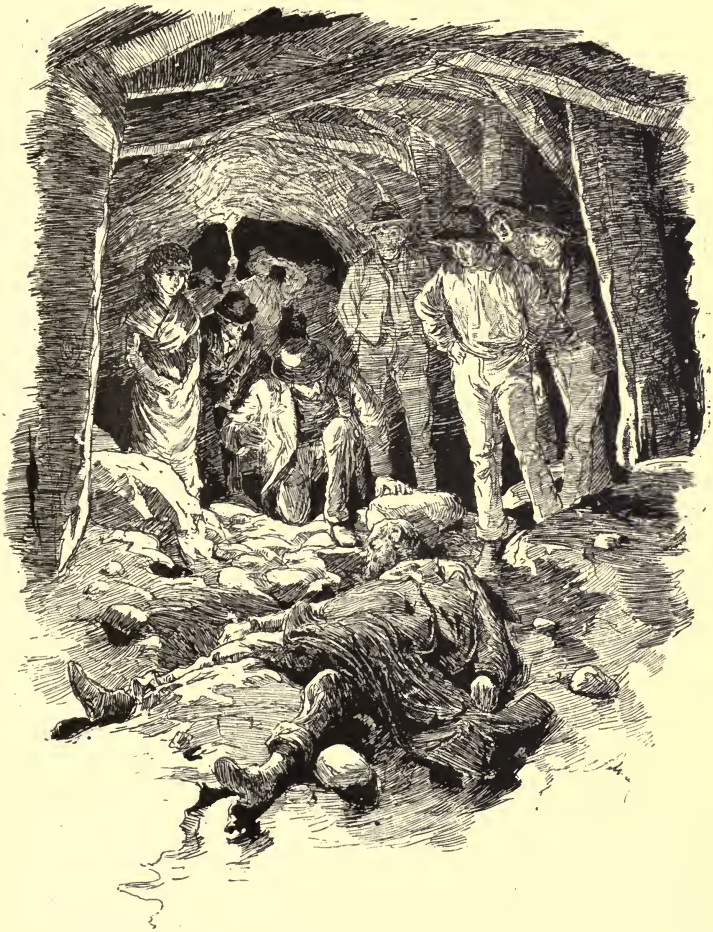
Era la primera vez que le había oído nombrarle con

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

aquel título filial, ó darle otro que el de «Viejo Smith;» ó bien de «el Viejo.» Era la primera vez, en tres meses, que hablara de él, y al maestro le constaba que le había evitado resueltamente desde su gran cambio. Convencido, por sus ademanes, que sería por demás preguntarle sus propósitos, la siguió pasivamente por sitios solitarios, por bajas tabernas, restaurants y salones, por casas de juego y de baile; el maestro precedido por Mliss entraba y salía en seguida. Entre el humo y los gritos blasfemos de los antros del vicio, la niña, cogida de la mano del maestro, se paraba mirando ansiosamente, al parecer inconsciente de todo, pues el objeto que buscaba absorbía toda su atención. Algunos alborotadores, reconociendo á Mliss, llamaban á la niña para que les cantara y bailara, y la hubieran obligado á beber á no ser por la interposición del maestro. Otros reconociéndole, les hicieron paso silenciosamente. Así transcurrió una hora. Entonces la niña le dijo al oído, que del otro lado del torrente atravesado por una larga palanca, quedaba una cabaña donde pensaba aún que podía estar. Marcharon en aquella dirección, durante media hora de fatigosa caminata, pero en vano. Se volvían por la zanja siguiendo el canal y contemplando las luces del pueblo en la orilla opuesta; cuando de pronto, sonó agudamente en el fresco aire de la noche un tiro seco. Los ecos lo reprodujeron y dieron vueltas con él en torno de Red-Mountain é hicieron que los perros ladraran al borde de los riachuelos. Las luces parecieron bailar y moverse rápidamente por algunos momentos en las cercanías del pueblo. El riachuelo hirvió á su lado en borbotones tumultuosos; algunas piedras se desprendieron de la cuesta y cayeron ruidosamente en el agua; un fuerte viento pareció sacudir las ramas de los fúnebres pinos, y luégo el silencio se restableció más de lleno, más profundo y más fúnebre. El maestro

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se volvió hacia Mliss con un movimiento instintivo de protección, pero la niña había desaparecido ya.



Oprimido por un extraño terror, corrió rápidamente camino abajo, hacia el lecho del río, y saltando de roca en roca, alcanzó la aldea. Llegado á la mitad de Red-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Mountain y en las cercanías del estribo de la palanca, miró hacia arriba y detuvo el aliento con temor; pues en lo alto, sobre la estrecha tabla, vió la pequeña y aérea figura de su compañera de poco há, cruzando rápidamente en las tinieblas.

Escaló la orilla, y guiado por algunas luces que se movían en torno de un punto fijo de la montaña, se encontró pronto rodeado de una multitud de hombres horrorizados y sombríos. De entre ellos salió la niña, y tomándole de la mano, le condujo silenciosamente delante de lo que parecía ser un profundo boquete en la montaña. Su cara estaba lívida, pero su excitación había desaparecido y su mirada era como la de una persona á quien algún suceso, por largo tiempo esperado, hubiese acontecido, — expresión que al maestro, en su atolondramiento, le parecía casi como de alivio.—Las paredes de la caverna estaban en parte acodaladas por maderos podridos. La niña señaló un montón como de vestidos andrajosos, deshechos y echados en el agujero por el último inquilino. El maestro se aproximó y á la luz de una antorcha se inclinó sobre ellos. Era Smith, ya frío, con la pistola en la mano y la bala en el corazón, tendido al lado de su *bolsa* vacía.

II

La opinión que Mac Snagley aventuró con referencia al cambio de sentimientos que supuso haber experimentado Mliss, se expresaba con más fuerza en las cañadas y túneles. Allí pensaron que Mliss había dado con el filón de una buena conducta. De manera que, cuando se hubo añadido una nueva tumba al pequeño cercado, y á expensas del maestro se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

colocó en ella una lápida con su pequeña inscripción, *La Bandera de Red-Mountain* se portó como buena é hizo lo que debía respecto de la memoria de uno de «nuestros más antiguos zapadores,» refiriéndose graciosamente á aquel «tósigo de las más nobles inteligencias,» y relegando elegantemente al olvido el pasado «de nuestro querido hermano.» «Deja para llorar su pérdida una hija única, decía *La Bandera*, que es ahora una alumna ejemplar, gracias á los esfuerzos del reverendo Mac Snagley.» En verdad el reverendo Mac Snagley hacía gran caso de la conversión de Mliss, y atribuyendo indirectamente á la desgraciada niña el suicidio de su padre, se permitió intencionadas alusiones á los efectos beneficiosos de la «silenciosa tumba;» y en tan alegre contemplación redujo la mayor parte de los niños á un estado de horror inexorable y fué causa de que los vástagos de las primeras familias aullasen tristemente sin quererse consolar.

Vino el largo y tórrido verano. Á medida que cada ardiente día se consumía en pequeñas neblinas color gris-perla en las cimas de las montañas, y la naciente brisa esparramaba rojas cenizas sobre el panorama, la verde alfombra que la temprana primavera tendiera por encima de la tumba de Smith, se marchitó hasta secarse. En aquellos días el maestro, errando por el pequeño campo-santo en las tardes de los domingos, se sorprendía á veces de encontrar arrojadas allí algunas flores silvestres, cogidas en el húmedo pinar, y más á menudo toscas guirnaldas prendidas de la pequeña cruz de pino. Muchas de estas guirnaldas estaban formadas de yerbas odoríferas, de esas que las niñas gustan de guardar en su pupitre, enlazadas con las plumas del bacai de la vainilla y de la anémona del bosque; y aquí y acullá el maestro reparó en la capucha azul oscuro de la adormidera ó acónito venenoso. Había en la asociación de esta nociva planta á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

aquellos recuerdos, un algo que ocasionó al maestro dolorosa sensación, más profunda que su sentimiento estético.

Un día, durante un largo paseo, al cruzar una silvestre sierra, topó en el corazón del bosque con Mliss, subida en un derribado pino, como sobre un trono fantástico formado por los colgantes penachos de siniestras ramas, con la falda llena de yerbas y de piñas, y tarareando para sí una de las negras melodías de su anterior juventud. Reconociéndole á distancia, le hizo lugar en su elevado trono, con graves muestras de hospitalidad y aun de protección, y con ser el maestro tan terriblemente serio, le colmó de piñones y manzanas silvestres. El maestro aprovechó aquella oportunidad para señalarla las propiedades nocivas del acónito, cuyos oscuros capullos veía en su falda, y arrancó de ella la promesa de no tocar flores de aquella planta, en tanto que fuese su alumna. Hecho esto,—como que el maestro ya había puesto á prueba su integridad,—se quedó satisfecho, y el extraño sentimiento que le había sobrevenido, se desvaneció.

De todos los hogares que se le abrieron á Mliss cuando se supo su conversión, el maestro prefirió el de mistress Morpher, un ejemplar femenino y bondadoso de la flora del sudoeste, conocido en su mocedad por el apodo de «Rosa de la Pradera.» Siendo uno de aquellos seres que luchan resueltamente contra su propia naturaleza, mistress Morpher, por medio de una larga serie de actos de abnegación y de lucha, había subyugado por fin su disposición, naturalmente descuidada, hasta tener principios de «orden,» que, á la par que Mr. Pope, consideraba como «la primera ley del cielo.» Pero no podía gobernar del todo las órbitas de sus satélites, por regulares que fuesen sus propios movimientos, y hasta su mismo «Jaime» chocaba á veces con ella. Su antigua natura-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

leza se afirmaba de nuevo en sus hijos. Licurgo huroneaba á deshora en la alhacena, y Arístides venía de la escuela á casa sin zapatos, dejando aquellos importantes artículos en el umbral para tener el placer de hacer un viaje, descalzo, por el légamo de las zanjas. Octavia y Casandra eran descuidadas en sus vestidos. De manera que, por más que la «Rosa de la Pradera» hubiese espaldado, podado y disciplinado su propia y ya madura exuberancia, con una sola excepción, los retoños crecieron á porfía, bravíos y desparramados. Aquella única excepción era Clitemnestra Morpher, de quince años de edad y que realizaba la concepción inmaculada de su madre,—nítida, ordenada, y de lenta inteligencia.

Mistress Morpher tenía la amorosa debilidad de imaginarse que «Clytie» era un consuelo y un ejemplo para Mliss, y siguiendo esta sofistería, mistress Morpher sacaba á Clytie á colación ante Mliss cuando ésta era mala, y la presentaba á la niña como modelo reverente en sus momentos de contrición. De manera que no se extrañó el maestro cuando supo que Clytie iría á la escuela, evidentemente sólo como un favor para el maestro y como un ejemplo para Mliss y otros, pues Clytie era ya toda una señorita. Heredando las cualidades físicas de su madre, y en obediencia á las leyes climatológicas de la región de Red-Mountain, la muchacha entraba en prematura eflorescencia. La juventud de Smith's-Pocket, para quien esta especie de flor era escasa, suspiraba por ella en Abril y languidecía en Mayo. Enamorados zagales rondaban la escuela á la hora de salida y algunos estaban celosos del maestro.

Tal vez esta última circunstancia fué la que abrió los ojos de éste á una observación. No pudo menos de notar que Clytie era romántica; que en clase necesitaba de mucha atención; que sus plumas eran

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

siempre malas y necesitaban cortarse; que acompañaba generalmente la súplica con cierto éxtasis en la mirada, impropio del servicio que verbalmente pedía; que á veces toleraba que las curvas de su rollizo y torneado brazo blanco, reposaran sobre el del maestro cuando estaba escribiendo sus muestras y que siempre se ruborizaba y echaba hacia atrás sus rubios rizos, cuando tal hacía. No recuerdo si he mencionado que el maestro era joven, — de todas maneras es de poca trascendencia; — educado severamente en la escuela en que Clytie dió sus primeras lecciones, á pesar de todo resistió como un hermoso y joven espartano, las flexibles curvas y fascinadoras miradas. Tal vez la cantidad insuficiente de alimento pudo contribuir á este ascetismo. Generalmente evitaba á Clytie; pero una tarde, cuando ella volvió á la escuela en busca de algo que había olvidado y no encontró hasta que el maestro se encaminó á su casa con ella, he oído decir que éste trató de hacerse particularmente agradable, en parte, según imagino, para que su conducta añadiera hielo y amargura á los ya desbordados corazones de los admiradores de Clitemnestra.

Á la mañana siguiente de este sentimental episodio, Mliss no fué á la escuela. Llegó el medio día, pero no Mliss. Preguntando á Clytie sobre el asunto, pareció que habían salido juntas hacia la escuela, pero que la voluntariosa Mliss había tomado otro camino. La tarde no la trajo. Por la noche vió el maestro á mistress Morpher, cuyo corazón maternal estaba realmente alarmado. Mistress Morpher había pasado todo el día buscándola, sin hallar traza que pudiera ayudar á su descubrimiento. Arístides fué llamado como presunto cómplice, pero aquel honrado muchacho consiguió convencer de su inocencia á la familia. Mistress Morpher alimentaba la viva esperanza de que aún hallaría á la niña ahogada en una zanja, ó lo que casi era

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tan terrible, cubierta de lodo, manchada y sin esperanza de redimirla por medio de jabón y agua. Con tristeza de su corazón, el maestro volvió á la escuela. Al encender su lámpara y sentarse en el pupitre, encontró ante sí una esquela, á él dirigida, de letra de Mliss. Parecía estar escrita en una hoja arrancada de un viejo libro de notas, y al efecto de evitar alguna indiscreción sacrílega, estaba cerrada con seis obleas rotas. Abriéndola casi tiernamente, el maestro leyó lo que sigue:

«Respetado señor: Cuando leais esto habré huído, para nunca más volver. ¡Jamás! ¡JAMÁS! ¡JAMÁS! Podeis regalar mis abalorios á Mary Jennings, y mi Orgullo de América (un cromo pintarrajeado de una caja de tabaco) á Sally Flanders. Pero no deis nada á Clytie Morpher. No os atrevais á darle nada. ¿Sabeis cuál es mi opinión sobre ella? Pues esta: Que es completamente repugnante. Esto es todo, y nada más por hoy de

»Vuestra respetuosa servidora

Melissa Smith.»

El maestro se quedó meditando sobre esta extraña epístola, hasta que la luna alzó su brillante faz por encima de los montes é iluminó el camino que conducía á la casa-escuela, camino endurecido con el ir y venir de los menudos piés escolares. Entonces, mentalmente más satisfecho, hizo trizas la misiva y la esparció por el suelo.

Al levantarse el sol á la mañana siguiente, abrióse camino al través de los helechos á modo de palmeras, y del espeso matorral del pinar, asustando á la liebre en su madriguera y despertando la mal humorada protesta de algunos grajos calaveras, que al parecer

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

habían pasado la noche en orgía, y así llegó á la selvática cumbre donde una vez había hallado á Mliss. Allí encontró el derribado pino de enlazadas ramas, pero el trono estaba vacante. Al acercarse más, algo que pareció ser un animal asustado, movióse por entre las crujientes ramas del árbol y se corrió hacia arriba de los extendidos brazos del caído monarca, amparándose en algún follaje amigo. El maestro, subiendo al viejo asiento, encontró el nido caliente aún, y mirando á lo alto hacia las enlazadas ramas, se halló con los ojos negros de Mliss. Se miraron sin hablar. Ella fué la primera en romper el silencio.

—¿Qué quieres?—preguntó secamente.

El maestro se había decidido por un plan de conducta.

—Quiero algunas manzanas silvestres—dijo con humildad.

—No las tendrás; vete. ¿Por qué no las pides á Clitemnerestera?—Y parecía que Mliss se desahogaba al expresar su desprecio por sílabas adicionales al título ya algo dilatado de aquella dórica joven.—¡Oh, qué malo eres!

—Tengo hambre, Lizzy. Desde ayer á la hora de comer no he probado nada. Estoy muerto de hambre!

Y el joven, en un estado de inanición extraordinaria se apoyó contra un árbol.

El corazón de Mliss se enterneció. En los días amargos de su vida de gitana, había conocido la sensación que él tan artificiosamente simulaba.

Vencida por su tono acongojado, pero no del todo exenta de sospecha, dijo:

—Cava bajo el árbol, cerca de las raices y encontrárás muchas; pero cuidado no lo digas.

Mliss tenía á la par que los ratones y las ardillas, sus escondrijos; pero, naturalmente, el maestro fué

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

incapaz de hallarlas, probablemente porque los efectos del hambre cegaban sus sentidos. Mliss se inquietaba. Finalmente, le miró de soslayo al través de las hojas, á la manera de un hada y preguntó:

—Si bajo y te doy algunas, ¿me prometes que no me tocarás?

El maestro lo prometió.

—¡Así te mueras si lo haces!

El maestro aceptó como castigo la disolución instantánea.

Mliss se deslizó del árbol. Durante algunos momentos no se oyó más que el mascar de piñones.

—¿Te sientes mejor?—preguntó con algún interés.

El maestro confesó que se iba recobrando, y entonces, dándole gravemente las gracias, comenzó á volverse por donde había venido. Como lo esperaba, no se había alejado mucho cuando ella le llamó. Volvióse. Ella estaba allí, de pié, pálida, con lágrimas en sus abiertos ojos.

El maestro comprendió que había llegado el momento propicio. Yendo hacia ella le tomó las dos manos, y contemplando sus húmedas pupilas, dijo gravemente:

—Lizzy, ¿te acuerdas de la primera tarde que fuiste á verme?

Mliss se acordaba.

—Me preguntaste si podías venir á la escuela, pues querías aprender algo y ser más buena, y yo te dije...

—Ven—dijo la niña prontamente.

—¿Qué dirías *tú* si el maestro viniese ahora á buscarte y dijese que estaba triste sin su pequeña alumna, y que deseaba se volviera con él y que le enseñase á ser más bueno?

La niña bajó silenciosamente la cabeza por algunos momentos. El maestro esperaba pacientemente.

Tentada por la tranquilidad, una liebre corrió hasta

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cerca de la pareja, y alzando su brillante mirada y aterciopeladas patas delanteras, se sentó y les contempló. Una ardilla se deslizó por medio de la corteza resquebrajada de un árbol derribado, y se paró allí.

— Te estamos esperando, Lizzy—dijo el maestro en voz baja; — y la niña se sonrió.

Movidas por el bullicioso céfiro las cimas de los árboles se balanceaban, y un largo rayo de luz se abrió camino entre sus enlazadas ramas, dando de lleno en la indecisa cara é irresoluta figurita. De repente cogió á su manera pronta la mano del maestro. Lo que dijo, apenas fué perceptible; pero el maestro, separando de su frente el negro cabello, la besó, y así, cogidos de la mano, salieron de las húmedas y perfumadas bóvedas del bosque por el abierto camino bañado en luz.

III

Algo menos malévola en su trato respecto á los demás alumnos, Mliss conservaba todavía una actitud ofensiva respecto á Clitemnestra. Tal vez el elemento de los celos no estaba apagado del todo en su apasionado y pequeño pecho. Tal vez sería tan sólo que las redondas curvas y la rolliza silueta, ofrecen una superficie más extensa y apta para los pellizcos. Pero como que tales efervescencias estaban bajo la autoridad del maestro, su enemistad á veces tomaba una forma nueva é irrepresible.

El maestro, en su primer juicio del carácter de la niña no pudo concebir que jamás hubiese poseído una muñeca. Pero es que el maestro, parecido á muchos otros perspicaces observadores, estaba más seguro en los raciocinios *á posteriori* que en los *á priori*. Mliss tenía muñeca, pero era propiamente la muñeca de

Univ Calif - Digitized by Microsoft

Mliss, una copia en pequeño de ella misma. Su infeliz existencia fué un secreto descubierto casualmente por mistress Morpher. Había sido la compañera de antaño de las excursiones de Mliss, y llevaba señales evidentes de sufrimiento. El tiempo y el barro pegajoso de las zanjas borraron prematuramente su color originario. Se parecía mucho á la Mliss de pasados días. Su única falda de ropa ajada, estaba sucia y harapienta, como lo había sido la de la niña. Nunca se había oído á Mliss aplicarla cualquier término infantil de cariño. Nunca la enseñaba en presencia de otros niños. Era severamente acostada en el hueco de un árbol cercano á la escuela, y sólo le estaba permitido hacer ejercicio durante las excursiones de Mliss. Cumpliendo para con su muñeca, como lo hacía consigo misma, un severo deber, aquella no conocía lujo ninguno.

Ocurriósele á mistress Morpher, obedeciendo á un laudable impulso, comprar otra muñeca que regaló á Mliss. La niña la recibió seria y curiosamente. El maestro, al contemplarla un día, creyó notar en sus redondas mejillas encarnadas y mansos ojos azules, un ligero parecido á Clitemnestra. Pronto se echó de ver que Mliss había reparado también en el mismo parecido; de consiguiente, cuando se veía sola, la golpeaba la cabeza de cera contra las rocas, la arrastraba á veces con una cuerda atada al cuello, al ir y volver del colegio, y otras, sentándola en su pupitre, convertía su cuerpo paciente é inofensivo en un acerico.

Si hacía aquello en venganza de lo que ella consideraba una nueva é imaginaria intrusión de las excelencias de Clytie, ó porque tuviese como una intuición de los ritos de ciertos paganos, y entregándose á aquella ceremonia « fetichista, » imaginaba que el original de su modelo de cera desfallecería para morirse

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

más tarde, es una cuestión metafísica que ahora no discutiré.

Á pesar de esas divagaciones morales, el maestro no pudo menos de observar en sus varios temas, el trabajo de una percepción rápida y vigorosa. Mliss no conocía ni el titubear ni las dudas de la niñez. Sus contestaciones en clase estaban ligeramente impregnadas de audacia. No era infalible, á la verdad, pero su valor y aplomo en lanzarse en honduras por las que no habrían osado bogar los tímidos nadadores que la rodeaban, suplían los errores del discernimiento. Imagino que los niños en cuanto á esto no valen más que las personas mayores; pues siempre que la pequeña mano encarnada de la niña relucía por encima del pupitre para pedir la palabra, reinaba el silencio de la admiración, y el mismo maestro estaba á veces oprimido por una duda de su propia experiencia y discernimiento.

Sin embargo, ciertas particularidades que en un principio le entretenían y divertían su imaginación, comenzaron á afligirle con graves dudas. No podía dejar de ver que Mliss era vengativa, irreverente y voluntariosa, que sólo tenía una facultad superior propia de su condición semi-salvaje, la facultad del sufrimiento físico y de la abnegación, y otra, aunque no muy constante, atributo de selvática nobleza, la de la verdad. Mliss era á la vez intrépida y sincera; tal vez en aquel carácter estos dos adjetivos eran sinónimos.

El maestro meditó mucho sobre este particular y había llegado á la conclusión ordinaria de aquellos que piensan sinceramente, esto es: que él era esclavo de sus propias preocupaciones, cuando determinó visitar al reverendo Mac Snagley para pedirle consejo. Esta decisión humillaba su orgullo, pues él y Mac Snagley no corrían bien. Pero pensó en Mliss y en la noche de su primer encuentro; y tal vez con la superstición per-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

donable de que la mera casualidad no había guiado sus voluntariosos piés hacia la escuela, y con la conciencia satisfecha de la rara magnanimidad de su acción, venció su antipatía y se avistó con Mac Snagley.

El reverendo señor se alegró de la visita. Además observó que el maestro tenía buen semblante, y que esperaba verle curado de la neuralgia y del reumatismo. Á él también le había molestado con un sordo dolor, desde la última conferencia, pero tenía de su parte la resignación y el rezo, y callándose un momento á fin de que el maestro pudiese escribir en su libro de memoria una receta que le dictó para curar la sorda intermitencia, Mr. Mac Snagley acabó por informarse de la hermana Morpher.

—Ornato de la cristiandad, es tan buena señora y su tierna y hermosa familia prospera—añadió Mr. Mac Snagley,—miss Clytie está perfectamente educada, y es tan cariñosa como atenta.

En efecto, las perfecciones de Clytie parecían afectarle hasta tal extremo, que se extendió en consideraciones sobre ellas durante algunos minutos. El maestro se vió doblemente confuso. En primer lugar resultaba un contraste violento para la pobre Mliss, en toda aquella alabanza de Clytie. En segundo lugar este tono confidencial le desagradaba al hablar de la primogénita de mistress Morpher; de manera que el maestro, después de algunos esfuerzos fútiles por decir algo natural, creyó conveniente el recordar otro compromiso y se fué sin pedir los informes, pero en sus reflexiones posteriores, daba injustamente la culpa al reverendo Mr. Mac Snagley de habérselos rehusado.

Esta negativa colocaba de nuevo al maestro y á la alumna en la estrecha comunión de antaño. La niña pareció reparar el cambio en la conducta del maestro, forzada desde hacía algun tiempo, y en uno de sus cortos paseos post-prandiales, deteniéndose ella sú-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

bitamente, y subiendo sobre un tronco, le miró de hito en hito con grandes y escudriñadores ojos:

—¿No estais loco?—dijo con un sacudimiento interrogativo de sus negras trenzas.

—No.

—¿Ni fastidiado?

—No.

—¿Ni hambriento? (El hambre era para Mliss una enfermedad que podía atacarle á uno en cualquier momento.)

—No.

—¿Ni pensando en ella?

—¿En quién, Lizzy?

—En aquella chica blanca. (Este fué el último epiteto inventado por Mliss, que era muy morenita, para indicar á Clitemnestra.)

—No.

—¿Palabra? (Sustituído al «así murieses,» á propuesta del maestro.)

—Sí.

—¿Y por vuestro sagrado honor?

—Sí.

Entonces Mliss le dió un beso salvaje, saltó del árbol y se escapó corriendo. Durante los dos ó tres días siguientes se dignó parecerse más á los niños en general, y ser «buena», como ella decía.

Dos años habían transcurrido desde la llegada del maestro á Smith's-Pocket y como su sueldo no era grande y las perspectivas de Smith's-Pocket, para convertirse eventualmente en capital del Estado, no parecían del todo positivas, meditaba un cambio. Había descubierto, privadamente, sus intenciones á los patronos de la escuela; pero, siendo en aquel tiempo escasos los jóvenes de un carácter moral intachable, consintió en continuar el curso por todo el invierno, hasta la próxima primavera. Nadie conocía su intención excep-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

to su único amigo, un tal doctor Duchesne, joven médico criollo, conocido de la gente de Wingdam por *Duchesny*. Nunca lo comunicó á Mistress Morpher, ni á Clytie, ni á ninguno de sus alumnos. Su reserva fué el resultado de una antipatía constitucional á enredar, de un deseo de ahorrarse las preguntas y conjeturas de la curiosidad vulgar y de que nunca creía que iba á hacer algo hasta que lo había hecho.

No le gustaba pensar en Mliss. Tal vez por un instinto egoista se esforzaba en figurarse su sentimiento por la niña como necio, romántico y poco práctico. Hasta quiso convencerse de que sus adelantos serían mayores bajo la dirección de un maestro más viejo y más severo.

Entonces tenía Mliss once años, y de allí á pocos más, según las leyes de Red-Mountain, sería una mujer. El había cumplido con su deber. Después de la muerte de Smith, dirigió cartas á los parientes de éste y recibió contestación de una hermana de la madre de Melissa; dando las gracias al maestro, le manifestaba su intención de abandonar con su marido los estados del Atlántico en dirección á California, dentro de algunos meses. Esto era un ligero castillo en el aire con el que se figuró el maestro fundar la casa de Mliss; pues era fácil creer que una mujer cariñosa y simpática podría guiar mejor su caprichosa naturaleza. Sin embargo, cuando el maestro le leyó la carta, Mliss escuchóla distraída, la recibió sumisamente y después recortóla con sus tijeras en figuras que representaban á Clitemnestra, rotuladas *la niña blanca* para evitar errores, y que empaló sobre las paredes exteriores de la escuela.

Tocaba á su término el verano y la última cosecha había pasado de los valles al granero, cuando el maestro pensó también recoger por medio de un examen los maduros frutos de las tiernas inteligencias que culti-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

vaba. De manera que los sabios y gente de profesión de Smith's-Pocket se reunieron para sancionar aquella tradicional costumbre de poner á los niños en violenta situación y de atormentarles como á los testigos en el juzgado. Según costumbre en tales casos, los más audaces y serenos fueron los más dichosos en obtener los honores del triunfo. El lector imaginará que Mliss y Clytie alcanzaron la preeminencia y compartían la atención pública. Mliss con su claridad de percepción natural y confianza en sí misma; Clytie con el plácido aprecio de su persona y la perfecta corrección de sus modales. Los otros pequeñuelos eran tímidos y atolondrados. Naturalmente, la prontitud y el despejo de Mliss cautivaron al mayor número y provocaron el mayor aplauso. Los antecedentes de Mliss habían inconscientemente despertado las más vivas simpatías de una clase de individuos, cuyas formas atléticas se apoyaban contra las paredes y cuyas bellas y barbudas caras atisbaban desde las ventanas. Pero la popularidad de Mliss se hundió por una circunstancia inesperada. Mac Snagley se había invitado á sí mismo y disfrutaba la agradable diversión de asustar á los alumnos más tímidos con las preguntas más vagas y ambiguas dirigidas en un tono imponente y funeral; Mliss se había remontado á la astronomía y estaba señalando el curso de nuestra manchada bola al través del espacio y llevaba el compás de la música de las esferas describiendo las órbitas entrelazadas de los planetas, cuando Mac Snagley se levantó de un modo imponente.

—¡Melissa! Estais hablando de las revoluciones de esta tierra y de los movimientos del sol y creo habeis dicho que esto se efectúa desde la creación, ¿no es verdad?

Mliss lo afirmó desdeñosamente.

—Bueno, ¿y es esto cierto?—exclamó Mac Snagley, cruzándose de brazos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Sí—dijo Mliss, apretando con fuerza sus pequeños labios encarnados.

Las hermosas siluetas de los balcones se inclinaron más hacia la sala y una cara de santo de Rafael con

barba rubia y dulces ojos azules, pertenecientes al mayor bribón de las minas, se volvió hacia la niña y la dijo al oído:

—Mantente firme, Mliss!

El reverendo señor dió un profundo suspiro, echó primero al maestro y después á los niños una mirada

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de compasión, y luégo posó su vista sobre Clytie. La joven levantó suavemente su regordete y blanco brazo, cuyo seductor contorno realzaba un brazalete modelo, chillón y macizo regalo de uno de sus más humildes admiradores, que llevaba en honor de las circunstancias. Hubo un silencio momentáneo. Las redondas mejillas de Clytie eran sonrosadas y suaves, los grandes ojos de Clytie eran muy brillantes y azules, y la muselina blanca del traje escotado de Clytie, descansaba muellemente sobre sus blancos y rollizos hombros. Clytie miró al maestro y el maestro asintió con la cabeza. Entonces Clytie dijo con dulce voz:

—Josué mandó al sol que se parase y le obedeció!

Hubo un sordo murmullo de aplauso en la escuela, pintóse una expresión triunfal en la cara de Snagley, una grave sombra en la del maestro, y una cómica mirada de contrariedad irradió de las ventanas. Mliss hojeó rápidamente su astronomía y cerró el libro con estrépito. Y con un gemido de Mac Snagley, estallaron murmullos de asombro de la clase y un aullido desde las ventanas, cuando Mliss descargó su sonrosado puño sobre el pupitre con esta enfática declaración:

—Es una maldita mentira. No lo creo!

IV

La larga estación de las lluvias se acercaba ya á su fin. La primavera mostraba nueva vida en los hinchados capullos, y en los impetuosos torrentes. Los pinares despedían el más fresco aroma. Las azaleas brotaban ya y los ceanothus preparaban para la primavera su librea lila. En la verde cima que se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

alza sobre Red-Mountain y en su ladera meridional, la larga espiga del acónito se lanzaba hacia arriba desde su asiento de anchas hojas y de nuevo sacudía sus campanillas de azul oscuro. Por encima de la tumba de Smith corría otra vez la onda de verde y mullida yerba con su cresta salpicada por la espuma de margaritas y de botones de oro. El pequeño campo-santo había recogido en el pasado año nuevos moradores y nuevos montículos se elevaban de dos en dos á lo largo de la baja empalizada hasta alcanzar la tumba de Smith dejando junto á ella un espacio. La superstición general la había evitado y el sitio al lado de Smith estaba vacante.

En el pueblo varios carteles fijados en los muros participaban que, dentro un breve plazo, una célebre compañía dramática representaría, durante algunos días, una serie de sainetes para desternillar de risa; que, alternando agradablemente con estos, daríase algún melodrama y un gran divertimiento comprendiendo canto, baile, etc. Estos anuncios ocasionaron un gran movimiento entre la gente menuda y eran tema de agitación y de gran charlería entre los alumnos del maestro. Éste había prometido á Mliss, para quien esta clase de placer era sagrado y raro, que la llevaría y en aquella importante noche el maestro y Mliss «asistieron.»

La función tenía el estilo dominante en la penosa medianía; el melodrama no fué bastante malo para reir ni bastante bueno para conmover. Pero el maestro, volviéndose aburrido hacia la niña sorprendióse y sintió algo como vergüenza, al reparar en el efecto singular que causaba en aquella naturaleza excitable. La encarnada sangre teñía sus mejillas á cada pulsación de su palpitante corazoncillo; sus pequeños y apasionados labios se abrían ligeramente para dar paso al entrecortado aliento; sus grandes y abiertos ojos se dila-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

taron y se arquearon sus cejas. No rió ante las sosas mamarrachadas del gracioso, pues Mliss raras veces se reía; ni tampoco se afectó discretamente hasta acudir al delicado extremo de hacer uso de su pañuelo blanco, como Clytie, la del tierno corazón, que estaba hablando con su pareja y al mismo tiempo mirando de soslayo al maestro. Pero cuando se terminó el espectáculo y el pequeño telón bajó sobre las reducidas tablas, Mliss suspiró profundamente y se volvió hacia la grave cara del maestro, con una sonrisa apologética y cansado gesto, diciendo:

—Ahora llévame á casa.

Y bajó los párpados de sus negros ojos, como para ver una vez más en su imaginación la escena.

Al dirigirse á casa de mistress Morpher, el maestro creyó prudente ridiculizar toda la función.

—Ahora no extrañaría—dijo—que Mliss creyese que la joven que tan bellamente representa lo hace en serio, enamorada del caballero del rico traje; y, aun suponiendo que estuviere enamorada de veras, sería una desgracia!

—¿Por qué?—dijo Mliss, alzando los caídos párpados.

—¡Oh! Porque con el salario actual no puede mantener á su mujer y pagar sus bonitos vestidos á tanto por semana; y además porque casados no tendrían tanto sueldo por los papeles de novios. Esto es suponiendo—añadió el maestro—que no están ya casados con otros; sospecho que el marido de la bella condesita recibe los billetes á la entrada, alza el telón, ó despavila las luces, ó hace alguna otra cosa igualmente refinada y elegante. En cuanto al joven del vestido bonito, que lo es realmente ahora, y debe costar á lo menos de dos y medio á tres duros, no contando para nada aquel manto de encarnado droguete, del cual conozco el precio, pues compré de él una vez

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

para mi cuarto; en cuanto á este joven, Mliss, no es mal chico, y si bien bebe de vez en cuando, creo que la gente no debiera aprovecharlo para sacarle los ojos y echarle en el lodo, ¿verdad? Te aseguro que podría deberme durante mucho tiempo dos duros y medio, antes no se lo echase en cara como aquel hombre lo hizo la otra noche en Wingdam.

Mliss había tomado la mano del maestro entre las suyas, y procuraba mirarle á los ojos que el joven mantuvo resueltamente desviados. Mliss tenía una vaga idea de la ironía, permitiéndose á veces una especie de humor sardónico, que se manifestaba por igual en sus acciones y en su lenguaje. Pero el joven continuó en este sentido, hasta que hubieron llegado á casa de mistress Morpher y hubo depositado á Mliss bajo su cuidado maternal. Rehusando el descanso y un refresco que le ofrecían, y restregándose los ojos, para evitar las miradas de sirena de los ojos azules de Clitemnestra, el maestro se excusó y se fué á casa.

Durante los dos ó tres días siguientes al arribo de la compañía dramática, Mliss iba tarde á la escuela, y á causa de la ausencia de su constante guía, el paseo usual del maestro la tarde del viernes, fué por una vez omitido. Al retirar el joven sus libros preparándose para abandonar la escuela, sonó á su lado una débil voz.

— ¿ Si os place, señor ?

El maestro se volvió y hallóse con Arístides Morpher.

—Pues, hombre! —dijo el maestro con impaciencia—¿ qué ocurre ? ¡ Pronto!

— Si os place, señor, yo y Kurg creemos que Mliss se va á escapar otra vez.

— ¿ Qué significa esto, caballerito ?—dijo el maestro con el injusto enojo con que siempre recibía las noticias desagradables.

—Caramba! señor, no se queda nunca en casa, y Kurg y yo la vemos hablar con uno de aquellos cómicos y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en este momento está con él; y si os place, señor, ayer nos dijo á Kurg y á mí que podía echar un discurso tan bien como miss Celestina Montmorency, y declamó de memoria.....

Y el pequeñuelo se calló como asustado.

—¿Qué actor? exclamó el maestro.

—Aquel que lleva el sombrero lustroso... y cabello... y alfiler de oro... y cadena de oro—dijo el justo Arístides, poniendo períodos en lugar de comas para poder respirar.

El maestro tomó los guantes y el sombrero, sintiendo una opresión desagrable en el pecho y en la garganta y se salió al camino. Arístides trotaba á su lado esforzándose en igualar el paso de sus cortas piernas con las zancadas del maestro, cuando éste se paró de repente y Arístides dió contra él.

—¿Dónde estaban hablando?—preguntó como siguiendo la conversación.

—En la Arcada—dijo Arístides.

Cuando hubieron llegado á la calle Mayor, el maestro se paró.

—Corre á casa—dijo al niño.—Si Mliss está allí, ven á la Arcada y dímelo. Si no está, quédate en casa; corre!

Y Arístides, se escapó al trote de sus cortas piernecillas.

Al otro lado del camino estaba la Arcada. Así se llamaba un largo é irregular edificio conteniendo taberna, salón de billar y restaurant. Al cruzar el joven la plaza, observó que dos ó tres transeuntes se volvieron y le siguieron con la vista. Miróse el vestido, sacó el pañuelo y se enjugó la cara antes de entrar en la taberna. Contenía esta su habitual número de holgazanes que cuando entró le clavaron los ojos. Uno de ellos le miró tan fijamente y con expresión tan extraña, que el maestro se paró encarándose con él, y entonces vió que no era más que su propia imagen en un gran es-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pejo. Esto le hizo creer que tal vez estaba un poco excitado, de manera que tomó de una mesa un número de *La Bandera de Red Mountain,* y trató de recobrar su serenidad leyendo la sección de anuncios.

Después atravesó la taberna, el restaurant y entró en la sala del billar. La niña no estaba allí. En la última sala un individuo, de pié al lado de una de las mesas, llevaba en la cabeza un sombrero de hule con anchas alas. El maestro le reconoció por el agente de la compañía dramática. Le había tomado antipatía desde su primer encuentro por la manera particular de llevar la barba y el pelo. Satisfecho de que el objeto de su cuidado no estuviese allí, se volvió hacia el hombre del sombrero reluciente. Éste había reparado en el maestro, pero con la astucia común en la cual siempre se estrellan los caracteres vulgares, afectó no verle. Balanceando un taco en la mano, aparentaba apuntar á una bola en el centro de la mesa. El maestro permaneció de pié delante de él, hasta que alzó los ojos. Cuando sus miradas se encontraron, el maestro se fué á su encuentro.

Tenía intención de evitar una escena ó un escándalo; pero cuando principió á hablar, algo se le fué subiendo á la garganta que retardaba su palabra; su propia voz le asustó; tan profunda y vibrante sonaba.

—He sabido—principió—que Melisa Smith, una huérfana, una de mis alumnas, ha estado tratando con vos para seguir vuestra profesión. ¿No es verdad?

El hombre del sombrero encerado se inclinó de nuevo sobre la mesa, y como si jugara, de un golpe vigoroso de taco lanzó la bola rodando contra las tablas. Luégo, dando la vuelta á la mesa recogióla y la colocó en su punto. Cumplido este requisito y preparándose para otra jugada, dijo:

—Supongamos que sea así.

El maestro se atascó de nuevo, pero apretando la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tabla de la mesa con su enguantada mano, prosiguió:

—Si sois caballero, únicamente tengo que deciros que soy su tutor y responsable de su carrera. Conoceis tan bien como yo la clase de vida que le ofreceis. Como podeis saberlo por cualquiera del lugar, la he sacado de una existencia peor que la muerte, la he arrancado del lodo de las calles y del contacto del vicio. Estoy tratando de hacerlo otra vez. Hablemos como hombres. Ella no tiene padre, ni madre, ni hermana, ni hermano. ¿Tratais de darle el equivalente de estos?

El hombre del sombrero encerado examinó la punta de su taco y miró después en torno, como buscando á alguien que disfrutase de la broma con él.

—Sé que es una niña extraña y voluntariosa—continúo el maestro—pero es mejor de lo que era. Creo que aún tengo alguna influencia sobre ella. De manera que os ruego y espero que no tomeis más cartas en este asunto, sino que como hombre y como caballero me la dejeis. Estoy deseoso...

Pero aquí las palabras se atravesaron otra vez en la garganta del maestro y la frase quedó por concluir.

El hombre del sombrero de hule, interpretando mal el silencio del maestro, alzó la cabeza con una risa sardónica y brutal, y dijo en alta voz.

—¿La quereis para vos solo, eh? ¡Esa no cuela, joven!

El insulto consistía más en el tono que en las palabras, más en la mirada que en el tono, y más en la naturaleza del hombre que en todas estas cosas juntas. La retórica que mejor convence á esta clase de animal es un golpe. El maestro lo comprendió así, y con toda su energía contenida y nerviosa, encontrando ya sólo expresiva la acción, á puño cerrado dió de lleno al bruto en su cínica cara. El golpe echó á rodar

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

por un lado el reluciente sombrero y el taco por otro, y arrancó el guante y la piel de la mano del maestro; desgarró los ángulos de la boca del patán y echó á perder la forma particular de su barba para algún

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tiempo. Oyóse un grito, una imprecación, una pelea y el pisotear de mucha gente. Penetró la muchedumbre en la sala, se separó á derecha é izquierda y sonaron dos tiros que se siguieron rápidamente. Todos se lanzaron sobre su contrincante y se vió al maestro de pié, solo, sacudiéndose con la mano izquierda los tacos encendidos, de la manga de la levita. Alguien le detenía por la otra mano. Mirósela y vió que todavía sangraba del golpe, pero sus dedos apretaban el mango de un cuchillo. No pudo recordar cuándo ni cómo vino á su poder.

El hombre que le tenía de la mano era mister Morpher, que arrastró al maestro hacia la puerta, pero éste se resistía y se esforzó en articular el nombre de «Mliss,» tan bien como lo permitía su enjuta boca.

—Todo va bien, hijo mío—dijo mister Morpher.—Está en casa.

Y salieron juntos á la calle. Por el camino mister Morpher le dijo que Mliss había entrado corriendo en la casa algunos momentos antes, y le había arrancado de ella, diciendo que mataban al maestro en la *Arcada*. Deseando estar solo, el maestro prometió á mister Morpher que no buscaría otra vez aquella noche al agente y se alejó en dirección de la escuela. Al acercarse á ella se asombró de hallar la puerta abierta, y aún más de encontrarse á Mliss acurrucada en un rincón.

El carácter del maestro, como lo he indicado antes, tenía, al igual que la mayor parte de las naturalezas de excesiva susceptibilidad, su base egoista. La brutal chanza proferida por su reciente adversario bullía aún en su corazón. Era posible, pensó, que á semejante interpretación pudiera atribuirse su afecto por la niña, y que, aun sin esto, su acción era necia y quijotesca. Además ¿no había ella voluntariamente abjurado su autoridad y afecto? ¿Y que había dicho todo el mundo? ¿Por qué sólo él se empeñaba en combatir la opi-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nión de todos para tener finalmente que confesar tácitamente la verdad de cuanto le predijeran? Había provocado una ordinaria reyerta de taberna, con un patán soez y villano, y arriesgado su vida para probar ¿qué? ¿Qué es lo que había probado? ¡Nada! ¿Qué dirían sus amigos? ¿Qué diría Mac Snagley?

La última persona á quien en estas reflexiones hubiera querido encontrar, era Mliss. Entró por la puerta, y yendo hacia su pupitre, dijo á la niña en breves y frías palabras, que estaba ocupado y que deseaba estar solo. Cuando ella se levantó, tomó la silla abandonada y sentándose á su vez, escondió su cabeza entre las manos. Cuando alzó de nuevo la vista, ella aún permanecia allí de pié: le estaba mirando á la cara con angustiosa expresión.

—¿Le has muerto?—preguntó.

—¡No!—dijo el maestro.

—¡Pues para eso te dí el cuchillo!—dijo la niña rápidamente.

—Me dió el cuchillo—repitió el maestro perturbado.

—Sí, te dí el cuchillo. Yo estaba allí debajo del mostrador. Te ví pegarle, os ví caer á los dos. El soltó su viejo cuchillo y yo te lo dí. ¿Por qué no le acuchillaste? —dijo Mliss rápidamente, con un centellear expresivo de sus negros ojos y blandiendo su sonrosada manecita.

El maestro sólo pudo expresar su asombro con la mirada.

—Sí—dijo Mliss—si lo hubieses preguntado te hubiera dicho que me iba con los actores. ¿Y por qué me iba con los actores? Porque no me quisiste decir que te marchabas. Yo lo sabía. Te oí decírselo al doctor. Yo no iba á quedarme aquí sola con los Morphers, antes me moriria.

Con un gesto dramático que era del todo consecuente con su carácter, sacó de su pecho algunas hojas verdes ya marchitas, y mostrándolas con el brazo ten-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dido, y con su rápido y vívido lenguaje y con la extraña pronunciación de su primitiva infancia, en que reincidía cuando la exasperaban:

—Hé aquí—dijo—la planta venenosa que mata. Tú me la enseñaste. Me iré con los actores ó comeré esto y moriré aquí. Todo me es igual. No me quedaré donde me aborrecen y desprecian. Tampoco me dejarías, si no me despreciases y aborrecieses.

Su apasionado pecho palpitó con fuerza, y dos grandes lágrimas temblaron en el borde de sus párpados, pero las sacudió con el extremo de su delantal como si fuesen avispas.

—Si me encierras en la cárcel—dijo Mliss fieramente—para separarme de los actores, me envenenaré. Padre se mató, ¿por qué no he de hacerlo yo también? Dijiste que un bocado de aquella raíz me mataría y siempre la llevo aquí.

Y con el cerrado puño golpeó su pecho.

El maestro pensó en el lugar vacío al lado de la tumba de Smith, y en el porvenir del débil sér que temblando de pasión tenía ante sí. Cogióle las dos manos entre las suyas, y mirándola de lleno en sus sinceros ojos, le dijo:

—¿Lizzy, quieres venirte *conmigo?*

La niña le echó los brazos al cuello y dijo llena de alegría:

—Sí.

—Pero ahora, ¿esta noche?

—Esta noche.

Y mano á mano salieron al camino, al estrecho camino por el que una vez la habían conducido sus cansados piés á la puerta del maestro, y que parecía no deber pisar sola otra vez. Las estrellas centelleaban sobre sus cabezas. Para el bien ó para el mal la lección había sido aprovechada, y detrás de ellos la escuela de Red-Mountain se cerró para siempre.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

EL HIJO PRÓDIGO

DE

MR. THOMPSON

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Todos sabíamos que Mr. Thompson andaba en busca de su hijo, y por cierto que era éste buena pieza.

No fué un secreto para sus compañeros de viaje, que venía á California con este único objeto. Con claridad sin igual y voluble franqueza, nos puso el padre al corriente así de las particularidades físicas, como de las flaquezas morales del ausente hijo pródigo.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¿Hablabais de un joven que ahorcaron en Red-Dog por robar un filón?—decía un día Mr. Thompson á un pasajero de cubierta.—¿Recordais el color de sus ojos?

—Negros—contestó el pasajero.

—¡Ah!—dijo Mr. Thompson, como quien consulta un memorandum mental—los ojos de Carlos eran azules.

Y se alejaba en seguida. Sea por tan poco simpático sistema de pesquisas ó por aquella predisposición del Oeste, á tomar en broma cualquier principio ó sentimiento que se exhiba con sobrada persistencia, las investigaciones de Mr. Thompson sobre el particular despertaron el buen humor de los pasajeros.

Un anuncio gratuito sobre el ignorado Carlos, dirigido á *Carceleros y Guardianes,* circulóse privadamente entre ellos, y todo el mundo recordó haber visto á Carlos en circunstancias dolorosas, pero en favor de mis paisanos debo confesar que, cuando se supo que Thompson destinaba una fuerte suma á su quimérico proyecto, sólo en voz baja siguieron las bromas, y nada se dijo, mientras él pudo oirlo, que fuera capaz de acongojar el corazón de un padre, ó bien de poner en peligro el provecho que podían esperar los bromistas de mala ley. La jocosa proposición de mister Bracey Tibbets de constituir una compañía en comandita, con el objeto de hallar al extraviado joven, obtuvo en principio un serio apoyo.

Superficialmente considerado, el carácter de mister Thompson no era pintoresco ni amable. Su historia, tal como él mismo nos la comunicó un día en la mesa, era práctica aun en medio de sus extravagancias. Después de una juventud y edad madura ásperas y voluntariosas—durante las cuales había enterrado á disgustos á su esposa, y obligado á embarcarse á su hijo—experimentó de repente una vocación religiosa.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—La cogí en Nueva Orleans el año 59—nos dijo mister Thompson como quien se refiere á una epidemia. —Pasadme los guisantes!

Quizás este temperamento práctico fué el que le sostuvo en su indagación aparentemente infructuosa. No tenía indicio alguno del paradero de su fugitivo hijo, ni mucho menos pruebas de su existencia. Con el confuso y vago recuerdo de un niño de doce años, esperaba ahora identificar al hombre de veinticinco.

Parece que lo consiguió. Cómo se salió con la suya, era una de las pocas cosas que no contaba. Creo que hay dos versiones del suceso. Según una de ellas Mr. Thompson, visitando un hospital descubrió á su hijo, gracias á un canto particular, que entonaba un enfermo delirante soñando en su niñez. Esta versión, dando como daba ancho campo á los más delicados sentimientos del corazón, se hizo muy popular, y narrada por el reverendo Mr. Gushington al regreso de su excursión por California, jamás dejó de satisfacer al auditorio. La otra menos sencilla, es la que yo adoptaré aquí, y por lo tanto debo relatarla minuciosamente.

Era después que Mr. Thompson desistió de buscar á su hijo entre el número de los vivos y se dedicaba al examen de los cementerios y á inspeccionar cuidadosamente los «frios *hic jacet* de los muertos.» En esta época visitaba con cuidado la «Montaña aislada,» lúgubre cima, bastante árida ya en su aislamiento original, y que parece más árida aún por los blancuzcos mármoles con que San Francisco da puerto á los que fueron sus ciudadanos, y les protege de un viento furioso y persistente, que se empeña en esparcir sus restos, reteniéndoles bajo la movediza arena que rehusa cubrirlos. Contra este viento el viejo oponía una voluntad no menos persistente. Con su cabeza dura y gris, cubierta por un alto sombrero enlutado, hundido

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hasta las cejas, se pasaba los días leyendo en alta voz las inscripciones mortuorias. La frecuencia de citas de las Santas Escrituras le gustaba, y se complacía en corroborarlas con una Biblia de bolsillo.

—Aquella es de los salmos—dijo un día al cercano enterrador.

El hombre no contestó.

Sin inmutarse en lo más mínimo, Mr. Thompson se deslizó en la abierta fosa, entablando un interrogatorio más práctico.

—¿Habeis tropezado alguna vez en vuestra profesión con un tal Carlos Thompson?

—¡El diablo se lleve á Thompson!—replicó el enterrador secamente.

—Si no tenía religión creo que ya lo habrá hecho—respondió el viejo trepando fuera de la tumba.

Esto dió quizás ocasión á que Mr. Thompson se demorara más tiempo del acostumbrado. Al volver de frente hacia la ciudad, principiaron á brillar ante él las luces, y un viento impetuoso que la neblina hacía visible, ya le impelía hacia adelante, ya como puesto en acecho, le atacaba enfadosamente desde las esquinas de las desiertas calles de las afueras. En uno de estos recodos otra cosa no menos indefinida y malévola, se arrojó sobre él con una blasfemia, encarándole una pistola y requiriéndole el bolsillo. Pero se encontró con una voluntad de hierro y una muñeca de acero: agresor y agredido rodaron juntos por el suelo; en el mismo instante el viejo se irguió, cogiendo con una mano la pistola que arrebatara y con la otra sujetando con el brazo tendido la garganta de un joven de hosco y salvaje semblante.

—Joven,—dijo Mr. Thompson apretando sus delgados labios.—¿Cuál es vuestro nombre?

—Thompson!

La mano del anciano resbaló desde la garganta al

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

brazo de su prisionero, aunque sin disminuir la presión.

— Carlos Thompson, ven conmigo — dijo luégo.

Y se llevó á su cautivo al hotel.

Lo que tuvo lugar allí no ha trascendido fuera, pero á la mañana siguiente se supo que Mr. Thompson había encontrado á su hijo.

Á la anterior narración inverosímil, debe añadirse que nada había que la justificase, ni en la apariencia ni en los modales del joven. Grave, reservado y hermoso, entregado en cuerpo y alma á su recién hallado padre, aceptó los beneficios y responsabilidades de su nueva condición con cierto aire serio que se asemejaba al que hacía falta á la sociedad de S. Francisco y que ella... rechazaba. Algunos quisieron despreciar esta cualidad como una tendencia á «cantar salmos;» otros vieron en esto las cualidades heredadas del padre y estaban dispuestos á profetizar para el hijo la misma dura vejez; mas todos convinieron en que era compatible con los hábitos de hacer dinero, por los cuales padre é hijo eran respetados.

Y, sin embargo, el anciano parecía que no era feliz.

Tal vez porque la realización de sus deseos le había dejado sin una misión práctica; tal vez — y esto es lo más probable — sentía poco amor por el hijo que recobrara. La obediencia que de él exigía, le era otorgada de buen grado; la conversión en que había puesto su alma entera, fué completa, y á pesar de todo nada de esto le contentaba. Al regenerar á su hijo, había cumplido con todos los requisitos de su deber religioso, y no obstante parecíale que faltaba santificación al acto. En semejante perplejidad, leyóse la parábola del Hijo Pródigo, que adoptara por norma desde mucho antes, y observó que había omitido el festín final de reconciliación. Esto parecía ofrecerle la deseada cualidad de ceremonioso sacramento entre él y su

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hijo; de manera que un año después de la aparición de Carlos, se preparó á darle un banquete.

—Junta á todo el mundo, Carlos,—dijo solemnemente — á todo el mundo, que sepa que te he sacado de los abismos de la iniquidad y de la compañía de los cerdos y de las mujeres perdidas; y mándales que coman, beban y se regocijen.

Tal vez el anciano tenía para esto otro motivo, no analizado aún claramente.

La hermosa casa que construyera sobre las arenosas colinas, parecíale á veces triste y solitaria. Á menudo sorprendíase á sí mismo, tratando de reconstruir con las graves facciones de Carlos, las de aquel niño cuyo vago recuerdo tanto le ocupó en el pasado y en el que tanto pensaba hoy. Figurábase que era esta señal de que se le acercaba la vejez y una segunda infancia con ella.

Tropezando un día en su sala de ceremonias con un niño de uno de los criados, que se aventuró á llegar hasta allí, quiso tomarle en sus brazos: pero el niño huyó ante su arrugada fisonomía. Por todo esto, parecióle muy pertinente reunir en su casa la buena sociedad de San Francisco y de entre aquella exposición de doncellas elegir una nuera. Y despues tendría un nieto, un niño á quien criar desde el principio y á quien amaría, como no amaba á Carlos.

Todos fuimos del convite. Los Smiths, los Jonnes, los Browns y Robinsons, vinieron también con aquella exuberancia de animación y alegría bestial, sin freno ni respeto alguno para el anfitrión, que la mayor parte de nosotros tenemos costumbre de juzgar como tan divertidas. El suceso hubiera terminado con escándalo á no impedirlo la posición social de los actores.

En efecto, Mr. Bracy Tibbets, dotado por naturaleza de ingenioso humorismo y excitado además por los

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

brillantes ojos de las muchachas Jonnes, se portó de una manera tal, que atrajo las serias miradas de Mr. Carlos Thompson, quien se le acercó diciendo tranquilamente:

—Parece que os sentís malo, Mr. Tibbets; permitidme que os conduzca á vuestro carruaje. (Resiste, perro, y te echaré por la ventana.) Por aquí, si os place; la habitación está caldeada y os molesta.

No será necesario decir que sólo una parte de este discurso fué perceptible para la sociedad y que el resto lo divulgó Mr. Tibbets, sintiendo en el alma que su repentina indisposición le privase de lo que la más escéntrica de las señoritas Jonnes, dió en llamar «el ramillete final de la fiesta» y que me apresuro á relatar:

Ocurrió el incidente al fin de la cena. Seguramente mister Thompson hacía la vista gorda ante la desordenada conducta de la gente joven, abstraído en la meditación de un próximo efecto dramático.

Cuando levantaron los manteles, púsose de pié y golpeó lúgubremente sobre la mesa. Una risa ahogada que estalló entre las muchachas Jonnes, se hizo contagiosa hacia aquel lado de la mesa. Desde un extremo de esta, Carlos Thompson alzó la mirada con tierna perplejidad.

—Va á cantar un himno.

—Va á rezar.

—Silencio! que es un discurso!

Estas voces dieron vuelta á la sala.

—Hoy hace un año, hermanos y hermanas en Jesucristo—dijo Mr. Thompson con severa deliberación—un año cumple hoy, que mi hijo regresó de correr los lodazales del vino y de gastar su salud con mujeres perdidas.

La risa cesó de repente.

—Contempladle ahora. ¡Carlos Thompson, alzaos!

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Carlos Thompson se levantó.

—Hoy hace un año y contempladle ahora.

Era, á la verdad, un hermoso pródigo, allí de pié, con su alegre traje de sociedad. Un pródigo arrepentido, con ojos tristes y obedientes, vueltos hacia la dura y antipática mirada de su padre.

Miss Smith, la más joven, en las puras profundidades de su loquillo corazón, sintió un movimiento involuntario hacia él.

—Hace quince años que abandonó mi casa—dijo Mr. Thompson—hecho un tunante y un pródigo. Pero yo mismo era un hombre de pecado...! ¡oh, amigos en Jesucristo! Un hombre de ira y de rencor.—(«Amen,» añadió la mayor de las miss Jonnes).—Pero, alabado sea Dios, he huído de mi propia cólera. Cinco años há que obtuve la paz que supera á la humana comprensión. ¿La teneis vosotros, amigos?

Un subcoro de «No, no,» por parte de las muchachas, y un «dadnos el santo y seña,» por la del teniente de navío Coxe de la corbeta de guerra de los Estados-Unidos *Wethersfield,* contestaron á la pregunta.

—«Llamad y se os abrirá.» Y cuando descubrí lo errado de mi camino y la preciosidad de la gracia,—continuó mister Thompson—vine á darla á mi hijo. Por mar y por tierra busquéle y no desmayé. No esperé que él viniera á mí, lo cual podría haber hecho, justificándome con el libro de los libros en la mano; sino que le busqué en el cieno, entre los cerdos y... (el final de la frase se perdió por el roce de los vestidos de las señoras al retirarse). Obras, hermanos en Jesucristo, es mi divisa; «por sus obras les conocereis» y ahí están las mías.

La obra particular y manifiesta á que aludía mister Thompson, miraba fijamente con lívido rostro hacia una puerta abierta que daba á la terraza, atestada

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hacia poco de criados mirones y convertida ahora en escena de vago tumulto.

Entre el ruido, cada vez creciente, un hombre miserablemente vestido y borracho como una sopa, se abrió paso por entre los que se le oponían y penetró en la sala tambaleándose. Evidentemente el brusco cambio entre la neblina y oscuridad de fuera, y el resplandor y el calor de dentro, le deslumbraron. En su estupor quitóse el estropeado sombrero y lo pasó una ó dos veces ante sus ojos, mientras se sostenía, aunque con poca seguridad, contra el respaldo de una silla. De súbito su errante mirada cayó sobre la pálida fisonomía de Carlos Thompson, y con un destello de infantil inteligencia y una débil risa de falsete, echóse hacia adelante, agarróse á la mesa, hizo caer los vasos y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

finalmente se dejó caer sobre el pecho del pródigo.

—¡*Carlos!* demonio de bandido! qué tal?

—¡Calla! ¡Siéntate! ¡Calla! —dijo Carlos Thompson forcejeando rápidamente por desembarazarse del abrazo de su inesperado huésped.

—¡Miradle! —continuó el forastero sin cuidarse de la advertencia.

Y, reteniendo al desgraciado Carlos con el brazo tendido, en amorosa y expresiva admiración, lleno de ternura continuó:

—¡Miradle, pues, á este pillastre! ¡Carlos, así Dios me condene, estoy orgulloso de tí!

—¡Salid de casa! —dijo Mr. Thompson levantándose con la amenazadora y fría mirada de sus ojos grises.— Carlos, ¿cómo te atreves...?

—Cálmate, vejete! Carlos, ¿quién es ese tío, eh?

—¡Cállate, desgraciado! ¡Vamos, toma esto! —Y con mano nerviosa Carlos Thompson llenó de licor una copa.—Bebe y vete, hasta mañana,... en cualquier parte, pero déjanos; vete ahora.

Pero antes de que el miserable pudiera beber, el anciano, pálido de rabia, precipitóse sobre él. Medio llevándole en sus poderosos brazos, medio arrastrándole á través del grupo de asustados comensales que les rodeaban, alcanzó la puerta abierta de par en par por los criados, cuando Carlos Thompson, como estremecido por el horror, exclamó:

—¡Deteneos!

Paróse el anciano. Á través de la puerta abierta de par en par, la neblina y el viento penetraban friamente.

—¿Qué significa esto? —preguntó volviendo hacia Carlos su lúgubre cara.

—Nada. Pero deteneos, por amor de Dios. Esperad hasta mañana, pero no esta noche. No lo hagais. Os lo suplico, no hagais eso.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Había un no sé qué en el tono de la voz del joven, ó tal vez en el contacto del miserable que luchaba entre sus poderosos brazos..... Sea como fuere, un terror confuso é indefinible se apoderó del corazón del anciano, que murmuró con voz ronca:

—¿Quién es este hombre?

Carlos no contestó.

—¡Atrás todos!—gritó con voz de trueno mister Thompson á los convidados que le rodeaban.—Carlos, ven aquí! Yo te lo mando. Yo... yo... yo... os ruego... me digais *quién* es este hombre.

Sólo dos personas oyeron la contestación que salió débil y quebrantada de los labios de Carlos Thompson:

—VUESTRO HIJO.

. . . . . .

Cuando se levantó el día por encima de las áridas colinas de arena, los convidados habían desaparecido de los festivos salones de Mr. Thompson. Las luces ardían aún pálidas y tristes en las desiertas habitaciones. En este abandono sólo tres personas se acurrucaban apretadas en un ángulo de la fría sala como para calentarse mútuamente. La una tendida en un sofá dormía el sueño de la borrachera, sentábase á sus piés el que hemos conocido por Carlos Thompson; y junto á los dos, encogida y rebajada á la mitad de su tamaño encorvábase la figura de Mr. Thompson, fija la mirada, los codos sobre las rodillas y tapándose con las manos los oídos, como para evitar la voz triste y suplicante que parecía llenar la sala.

—Dios sabe que no empleé voluntariamente artificios para engañaros. El nombre que dí aquella noche fué el primero que se me ocurrió, el nombre de uno á quien creí muerto; el del disoluto compañero de mi vergüenza. Y cuando más adelante me interrogasteis, empleé el conocimiento que de él había adquirido,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

para enternecer vuestro corazón por mi libertad. ¡ Juro que únicamente fué por esto! Pero cuando me dijisteis quién erais, y ví por vez primera abrirse ante mí nueva vida... entonces... entonces... ¡ oh señor! sí estaba hambriento, desnudo y sin recurso cuando iba á robaros vuestro oro, me sentía solo en el mundo, infeliz y desesperado cuando quise robaros vuestra ternura.

El anciano permanecía inmóvil. Desde su suntuoso lecho, el recobrado hijo pródigo roncaba tranquilamente.

—Yo no tenía padre que pudiese reclamar. Nunca conocí mas hogar que este. Caí en la tentación. ¡ He sido tan dichoso... tan dichoso!

Levantóse y permaneció de pié ante el viejo.

—No temais que me interponga entre vuestro hijo y su herencia. Abandono hoy este lugar para jamás volver. Señor, el mundo es grande y gracias á vuestra bondad sé ahora ganarme honradamente la vida. ¡ Adios! ¿ No quereis aceptar mi mano?... Pues bien, sea. ¡ Adios!

Y se volvió para marcharse. Pero cuando llegó á la puerta retrocedió de repente y alzando entre ambas manos la encanecida cabeza, la besó una y dos veces.

—¡ Carlos!...

No hubo contestación alguna.

—¡ Carlos!

Levantóse el anciano estremecido y corrió bamboleándose débilmente hacia la puerta. Estaba abierta. Y llegó hasta él el tumulto de una gran ciudad que despierta, y entre este tumulto las pisadas del hijo pródigo que se perdían para siempre.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

MIGGLES.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Éramos ocho, incluso el conductor. En el trayecto de las seis últimas millas no hablamos una sola palabra, desde que el sacudimiento del pesado vehículo vino á dejar sin concluir la última cita poética del juez. El hombre alto sentado junto á éste, dormía con el brazo pasado por la colgante correa, y apoyada

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la cabeza en ella, formaba como un objeto fofo é informe; parecía que se hubiese ahorcado á sí propio, y le hubieran cortado la cuerda sobrado tarde. La señora francesa en el asiento posterior, dormitaba también, conservando una actitud de estudiado recato, que se echaba de ver en la posición del pañuelo caído sobre la frente velándola á medias la cara. Otra señora de Virginia City, que viajaba en compañía de su esposo, perdió mucho antes toda su individualidad en medio de una extraña confusión de cintas, velos, pieles y pañuelos. No se percibía otro ruido que el chirriar de las ruedas y el de la lluvia batiendo el imperial, cuando de repente la diligencia se paró, y oimos confusamente unas voces. El conductor sostenía un coloquio con alguien en el camino, coloquio del cual de vez en cuando se percibían, en los intervalos de calma en la tempestad, fragmentos tales como: «puente arrastrado, — siete piés de agua, — paso imposible.» Reinó luégo un profundo silencio, y después una misteriosa voz lanzó desde el camino este consejo:

—Probad en casa de Miggles.

Mientras el vehículo daba lentamente la vuelta, alcanzamos á vislumbrar los caballos delanteros, y luégo un jinete que se desvanecía en la bruma; evidentemente emprendíamos el camino de la casa de Miggles.

¿Quién era y dónde estaba Miggles? El juez, nuestra autoridad, dijo no recordar aquel nombre, y eso que conocía por completo el país; el viajero de Washoe creyó que Miggles tendría alguna posada; pero lo único que realmente supimos fué que la crecida de las aguas nos había cortado el camino por el frente y por la espalda, y que Miggles era nuestra roca de refugio. Después de diez minutos de encharcarnos por un tortuoso camino, ancho á duras penas para la diligencia, paramos delante de una reja atrancada y aforrada, fija

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á una extensa pared de cerca, de unos ocho piés de altura. Aquello era sin duda alguna la casa Miggles. Pero, sin duda alguna también, Miggles no tenía posada. El conductor bajó y tanteó la puerta. Estaba cerrada con toda seguridad.

—¡Miggles! ¡Oh! ¡Miggles!

Á la otra puerta.

—¡Migg-ells! ¡Tú, Miggles! —continuó el conductor con creciente irritación.

—¡Miggles! —añadió el correo persuasivamente.— ¡Oh! ¡Miggy!... ¡Mig!

Pero la tal Miggles, al parecer insensible, no dió la menor respuesta. El juez acababa de bajar el vidrio de la ventanilla, sacó fuera la cabeza, y comenzó una serie de preguntas que, á ser contestadas categóricamente, hubieran dilucidado sin duda alguna todo aquel misterio; pero eran evadidas por el conductor, quien replicaba que, si no queríamos pasar la noche en el carruaje, lo mejor que podríamos hacer sería levantarnos y llamar en coro á Miggles.

Así, pues, nos levantamos y llamamos á Miggles en coro, y luégo cada cual á solo, y apenas hubimos acabado, cuando un hibernés, compañero de viaje, gritó desde el imperial «¡Mayggles!» á lo cual todos nos echamos á reir. Mientras nos estábamos riendo, el conductor gritó:

—¡Silencio!

Todos prestamos oído, y con infinita admiración oímos que el coro de ¡Miggles! se repetía á la otra parte de la pared, juntamente con el final y suplementario Mayggles.

—¡Extraordinario eco! —dijo el juez.

—Extraordinario y remaldito!—exclamó el conductor, con desprecio.—Sal ya de ahí, Miggles, y muéstrate en persona de una vez. Sé humano, Miggles. No juegues al escondite; yo no bromearía en tu lugar,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Miggles — continuó Yuba-Bill—que en un exceso de furor daba ya vueltas pateando.

— ¡ Miggles !—continuó la voz—¡ Oh, Miggles !

— ¡ Mi buen señor ! ¡ Mr. Myghail !—dijo el juez, suavizando cuanto le era posible la aspereza del nombre.—Considerad lo inhospitalario de rehusar un abrigo contra la inclemencia del tiempo, á mujeres desamparadas. ¡ Señor mío de mi alma ! Ved que.....

Una letanía de Miggles terminando con una carcajada le interrumpió.

Yuba-Bill no vaciló más ya; tomando del camino una pesada piedra derribó la verja, y seguido del correo penetró en el cercado: nosotros tomamos igual camino. No se veía un alma ; y todo cuanto pudimos saber en la creciente oscuridad, gracias á los rosales que nos rociaban con su húmedo follaje, fué que estábamos en un jardín.

— ¿ Conoceis al tal Miggles ?—preguntó el juez á Yuba-Bill.

— No ; ni ganas — contestó Yuba-Bill secamente, viendo ofendida en su persona, por el contumaz Miggles, á toda la compañía *pionera* de diligencias.

— Pues, señor mío de mi alma!... — replicó el juez, pensando en la reja forzada.

— Mirad—dijo Yuba-Bill, con delicada ironía — ¿no hariais mejor en volveros, y tomar asiento en el coche hasta que os presentaran ? Yo me cuelo.

Y empujó la puerta del edificio.

Penetramos en una larga sala iluminada únicamente por el rescoldo de un fuego que se extinguía á lo último de la misma.

Las paredes estaban extrañamente empapeladas, y la luz vacilante del hogar daba relieve á su grotesco dibujo. Distinguíase una persona sentada en un gran sillón de brazos junto al fuego.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Todo esto lo vimos, apiñados en el umbral detrás del conductor y del correo.

—¡ Hola ! Sois vos Miggles—dijo Yuba-Bill, al solitario inquilino.

Aquella figura no habló ni se movió.

Yuba-Bill se acercó furiosamente á ella, y dirigió sobre su rostro el ojo de la linterna del carruaje.

Vióse la cara de un hombre envejecido y prematuramente arrugado, con grandes ojos en que se mostraba aquella solemnidad perfectamente gratuita, que he observado en los del buho. Los grandes ojos erraron desde la cara de Yuba-Bill hasta la linterna y acabaron por fijar sus inconscientes miradas en aquel objeto luminoso.

Bill se contenía con dificultad.

—Miggles. ¿ Sois sordo ? ¡ De todas maneras no sereis mudo; estamos !

Yuba-Bill sacudió por el hombro aquella figura inmóvil.

Con gran espanto nuestro, cuando Bill quitó la mano de encima del venerable forastero, éste fué encogiéndose hasta quedar reducido á la mitad de su tamaño y convertirse en un lío de ropas indescifrable.

—¡ Maldita sea mi piel !—dijo Bill, retirándose sin esperanza de lucha.

El juez se adelantó entonces y volvimos á enderezar aquel misterioso invertebrado en su posición primitiva.

Á Bill y á su linterna se les mandó á fuera para explorar el terreno, pues era evidente, dada la impotencia del solitario, que debía tener á mano sirvientes, y todos nos acercamos al fuego.

El juez, que había recobrado su autoridad y que no había cesado de desplegar su talento en la conversación, vuelto hacia nosotros y de espaldas al fuego nos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

arengó, como á un jurado imaginario, en los siguientes términos:

—Es indudable que nuestro distinguido amigo aquí presente, se encuentra en aquella disposición descrita por Shakspeare, como la de la marchita y amarilla hoja, ó bien ha sufrido algún abatimiento prematuro en sus facultades mentales y físicas. Dado que sea realmente el Miggles.....

Aquí fué interrumpido por—«Miggles ¡Oh, Miggles, Migglesy! ¡Mig!»—y por todo el coro de Miggles en un tono semejante al que nos era ya conocido.

Nos contemplamos unos á otros por un momento, con alguna alarma. El juez en particular abandonó rápidamente su posición, pues la voz parecía provenir directamente de su espalda. Pronto, sin embargo, se descubrió la causa: una gran urraca estaba posada sobre la repisa, en la campana de la chimenea, sumida en un silencio sepulcral que contrastaba singularmente con su anterior volubilidad. Su voz fué la que oímos desde el camino, y nuestro amigo no era responsable de la descortesía. Yuba-Bill, que penetraba en aquel momento de regreso de una pesquisa infructuosa, tuvo que contentarse con la explicación, y aun miró de reojo al sentado paralítico. Había encontrado un cobertizo en donde acomodó sus caballos, pero regresaba calado, y como de costumbre, escéptico.

—Nadie más que éste hay en diez millas á la redonda de la casucha, y el maldito viejo lo sabe.

Pero la mayoría probó que tenía sólidamente arraigada su creencia, pues apenas hubo cesado Bill de gruñir, cuando hacia la entrada oímos un paso rápido y el roce de un vestido húmedo; la puerta se abrió violentamente, y apareció una joven que, mostrándonos con su sonrisa los destellos de sus blancos dientes, y el centellear de sus ojos negros, con una ausencia absoluta de toda ceremonia y timidez, entró, cerró

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la puerta y se apoyó jadeante contra ella.

—Yo soy Miggles para todo cuanto gusteis.

Y aquella era Miggles, aquella joven de ojos alegres, de turgente pecho, cuyas faldas, de ordinaria tela azul, no podían ocultar, mojadas por la lluvia, la belleza de las curvas femeninas á que estaban pegadas. Desde su cabello castaño, cubierto por un sombrero impermeable de hombre, hasta los diminutos piés y tobillos sepul-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tados en las cavidades de unos zapatos de muchacho, todo era en ella gracioso; así apareció Miggles riéndose de nosotros de la manera más alegre, franca y bonachona.

—Ved, muchachos—dijo falta de aliento y apoyándose su pequeña mano contra el costado, sin tener en cuenta nuestra confusión, que no encontraba palabras para expresarse, ni la completa desmoralización de Yuba-Bill, cuyas facciones habían caído en una expresión de extemporánea é imbécil alegría—ved, muchachos, estaba á más de dos millas de distancia cuando os ví pasar por el camino, pensé que podíais deteneros aquí, y he corrido toda aquella distancia sabiendo que no había en casa nadie más que Jim; llego sin aliento..... y ya estamos del otro lado.

Y aquí Miggles, con un arranque malicioso, que esparció sobre nosotros una lluvia de gotas, quitóse el sombrero de hule, se esforzó en echar hacia atrás su cabello, en cuya operación perdió dos horquillas, sonrióse y se sentó al lado de Yuba Bill, con las manos cruzadas airosamente, sobre su regazo. El juez fué el primero en volver en sí y trató de componer un requiebro extravagante.

—¿Os molestaré pidiéndoos aquella horquilla?—dijo gravemente Miggles.

Media docena de manos se abalanzaron vehementemente hacia adelante; la horquilla perdida fué devuelta á su dueña, y Miggles, cruzando el cuarto, miró con interés la cara del inválido. Aquellos solemnes ojos miraron los de la mujer con una expresión que no habíamos visto hasta entonces. La vida y la inteligencia parecían luchar para volver á aquella tosca cara. Miggles se rió otra vez (su risa tenía una elocuencia singular) y otra vez volvió hacia nosotros sus negros ojos y sus blancos dientes.

—¿Esta afligida persona es?....—preguntó el juez con indecisión.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Jim—dijo Miggles.

—¿Vuestro padre?

—No.

—¿Hermano?

—No.

—¿Marido?

Miggles lanzó una mirada rápida y provocativa, sobre las dos pasajeras, de quienes había ya observado que no participaban de la admiración general de los hombres respecto á ella, y dijo gravemente:

—No; es Jim.

Hubo una pausa enojosa. Las pasajeras se aproximaron entre sí; el marido de Washoe miró, abstraído, el fuego, y el hombre alto aparentó replegar su mirada sobre sí para poderse sostener en aquel aprieto; pero la risa de Miggles, que era contagiosa, rompió el silencio.

—Vamos—dijo vivamente—deberiais tener apetito. ¿Quereis ayudarme á preparar el the?

No faltó quien de muy buena gana se brindase. Á los pocos momentos Yuba-Bill andaba ya atareado, como Caliban, en llevar trozos de leña para aquella Miranda; el correo molía café en el mirador; á mí me fué asignada la delicada tarea de cortar tocino, y el juez ayudó á todos con sus bien humorados y múltiples consejos. Y cuando Miggles, ayudada por el juez y por nuestro hibernés, pasajero de cubierta, puso la mesa con toda la loza disponible, ya habíamos recobrado todos la alegría, á pesar de la lluvia que batía las ventanas, del viento que bajaba á bocanadas por la chimenea, de las dos señoras que cuchicheaban entre sí, en un rincón, y de la urraca, que desde su elevado vasar comentaba con satíricos graznidos su conversación. Á la brillante luz del fuego que chisporroteaba ya, pudimos ver las paredes empapeladas con periódicos ilustrados, dis-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

puestos con gusto y discreción femeninas. El improvisado mueblaje estaba compuesto con envases de velas y cajas de embalaje, tapadas con calicó de alegre color, ó con pieles de animal. Una barrica de harina, ingeniosamente transformada, constituía el sillón del paralítico. La limpieza más exquisita y el más pintoresco gusto reinaban en los escasos detalles del bajo y profundo aposento.

La colación fué un triunfo culinario; más aún: fué un triunfo de sociabilidad debido, principalmente, al raro tacto de Miggles en llevar la conversación, haciendo por sí todas las preguntas é imprimiendo en todo una naturalidad que rechazaba cualquier idea de disimulo, por nuestra parte, de manera que hablamos de nosotros mismos, de nuestras esperanzas, del viaje, del tiempo, y unos de otros; de todo, menos de nuestro huésped y de nuestra huéspeda. Debo confesar que la conversación de Miggles no era nunca elegante, rara vez gramatical y que á veces empleaba interjecciones cuyo uso está por lo general reservado á nuestro sexo; pero las decía con tales destellos de dientes y ojos é iban, como de costumbre, seguidas por una risa tan peculiar de Miggles, tan franca y sincera, que parecía purificar la atmósfera moral.

De súbito, durante la comida, oimos un ruido como el roce de un cuerpo pesado contra las paredes exteriores de la casa, inmediatamente después se sintió rascar y olfatear junto á la puerta.

— Es Joaquín — dijo Miggles, en contestación á nuestras interrogadoras miradas.—¿Teneis gusto de verle?

Y aún no habíamos tenido tiempo de contestar, cuando abrió la puerta, y nos dejó ver un lanudo oso á medio crecer que inmediatamente se levantó sobre sus patas traseras, mientras las manos colgaban

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en actitud mendicante, y contempló á Miggles con una admiración que le daba cierta semejanza con Yuba-Bill.

—Ese es mi perro guardián,—dijo Miggles á modo de ampliación.—¡Oh, pero no muerde!—añadió al ver que las dos pasajeras se agitaban en su rincón,—¿Verdad, viejo Tophy?

Esta última observación iba dirigida al sagaz Joaquín.

—Os diré una cosa, muchachos, continuó Miggles, después que hubo dado de comer y cerrado la puerta á la *Ursa Minor*.—Habeis tenido la suerte de que Joaquín no hubiera andado rondando por ahí esta noche.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¿Dónde estaba? preguntó el juez.

—Conmigo—contestó Miggles.—¡Dios me valga! Trota á mi lado, por la noche, como si fuera un hombre.

Por un momento guardamos silencio todos y escuchamos el viento; en nuestra imaginación se pintaba Miggles en camino á través de los bosques y de la lluvia, escoltada por su feroz guardián. Recuerdo que el juez dijo algo de Una y de su león; pero Miggles lo recibió como lo hizo con las demás galanterías, con tranquila gravedad. No sé si se apercibía de la admiración que excitaba (por lo menos la de Yuba-Bill no podía dejar de verla); pero su misma franqueza estableció una perfecta igualdad entre todos, cruel y humillante para los miembros más jóvenes de nuestro partido.

El incidente del Oso nada añadió á favor de Miggles en la opinión de las personas de su sexo que estaban presentes. En efecto, terminada la comida se manifestó una frialdad tal en las dos pasajeras, que las ramas de pino traídas por Yuba-Bill y echadas como en sacrificio al hogar, no pudieron vencerla del todo. Miggles lo sintió, y declarando de repente que era tiempo de retirarse, salió para enseñar á las señoras su lecho, en un cuarto vecino.

—Vosotros, muchachos, tendreis que acampar por ahí fuera, cerca del fuego, de la mejor manera que podais—añadió—pues no hay otro cuarto.

Nuestro sexo, amigo lector (aludo á la parte más fuerte de la humanidad), se ha visto generalmente libre de la imputación de curiosidad ó de amor á la chismografía. Sin embargo, me veo obligado á declarar que apenas se hubo cerrado la puerta tras de Miggles, cuando nos apiñamos cuchicheando, sonriéndonos y trocando entre nosotros sospechas, suposiciones y mil hipótesis respecto de nuestra bonita huéspeda y su singular compañero; creo que hasta llegamos á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

empujar á aquel imbécil paralítico, que estaba sentado como un Memnon, sin voz, en medio de nosotros, oyendo con la serena indiferencia del pasado en sus ojos, nuestra charla locuaz. Á la mitad de la animada discusión, se abrió de nuevo la puerta y entró Miggles.

Pero no ya la misma Miggles que algunas horas antes surgiera ante nosotros. Tenía los ojos bajos y titubeó un momento en el umbral; llevaba una manta doblada en el brazo y parecía haber dejado tras sí la franca resolución que un momento antes nos había encantado. Penetrando en el cuarto, arrastró un banquillo hasta el sillón del paralítico; sentóse, y se echó la manta sobre las espaldas diciendo:

—Si os es igual, muchachos, como estamos un poco estrechos, me quedaré aquí esta noche.

Puso en su mano la mano marchita del inválido y volvió la mirada al moribundo fuego.

El sentimiento instintivo de que esto no era más que un preliminar á relaciones más confidenciales, y tal vez cierta vergüenza de nuestra anterior curiosidad, nos mantuvo silenciosos. La lluvía batía aún sobre el techo: errantes ráfagas de viento removían las pavesas con momentáneos destellos; en un momento de sosiego de los elementos, Miggles levantó de repente la cabeza y echándose el cabello á la espalda, volvióse hacia nuestro grupo y preguntó:

—¿Hay alguno de entre vosotros que me conozca?

Nadie contestó.

—¡Pensadlo otra vez! Yo vivía en Marysville, el 53: Todo el mundo me conocía y con razón para ello. Yo tuve el Salón Polka hasta que vine á vivir aquí con Jim. De esto hace seis años; tal vez he cambiado algo.

Quizás la desconcertó el que no la reconociesen; volvióse otra vez hacia el fuego; transcurrieron algunos momentos en silencio, y continuó con más rapidez:

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Pues bien, creí que alguno de vosotros debía reconocerme; pero de todas maneras, no importa; lo que yo iba á decir es que, este Jim (y al nombrarle tomó su mano entre las de ella) me conocía si vosotros no me conoceis y gastó mucho dinero conmigo. Calculo que gastó cuanto tenía. Y un día (por este invierno hará seis años) Jim vino á mi cuarto interior, se sentó en mi sofá, como le veis ahora en aquel sillón y luégo ya jamás volvió á moverse por sí mismo, herido como por un rayo é ignorante de lo que le pasaba. Vinieron los doctores y dijeron que la causa era su mal modo de vivir (pues Jim fué siempre algo libertino y calavera) que no curaría, y que de todas maneras, no podía durar mucho. Me aconsejaron que lo mandase á Frisco (1), al hospital, puesto que ya no servía para nada, y que toda la vida sería una criatura; pero yo quizás porque había algo en la mirada de Jim, ó tal vez porque nunca había tenido una criatura, dije que: «No.» Entonces yo estaba rica, porque era popular entre todos; hasta caballeros tales como vos, señor, iban á mi casa; vendí mi comercio y compré esto que está como quien dice apartado del tránsito, ¿comprendeis? y me traje aquí esta criatura.

Con intuición poética instintiva, mientras hablaba, cambió poco á poco de posición, de manera que las mudas ruinas del enfermo se interpusieran entre ella y su auditorio. Oculta en la sombra, ofrecíalas como una tácita apología de sus acciones. Silenciosa y sin expresión, aquella figura hablaba aún en favor de ella; anonadada y herida por el rayo divino, extendía aún en torno de ella su invisible brazo. Desde la oscuridad, pero estrechando todavía su mano, prosiguió:

—Pasó mucho tiempo antes de que pudiese acos-

(1) San Francisco.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tumbrarme á las cosas de por aquí, pues estaba habituada á la sociedad y á los placeres. No pude procurarme mujer alguna que me auxiliara, ni osaba fiarme de un hombre; pero con los indios de los alrededores que me ayudan de vez en cuando, y con lo que me mandan de Nork Fork, Jim y yo vamos tirando. De tiempo en tiempo el médico subía de Sacramento: preguntaba por la *criatura* de Miggles, como llama á Jim, y cuando se marchaba solía decir: «Miggles, sois un portento: Dios os bendiga,» y después de esto, no me parecía tan triste la vida. Pero la última vez que estuvo aquí, al abrir la puerta para marcharse, dijo: ¿Sabeis, Miggles, que vuestra criatura acabará por hacerse hombre y dará honra á su madre? ¡Pero no aquí, Miggles, no aquí! y se me figuró que se iba triste y... y... y..., y al llegar aquí la voz de Miggles y su cabeza parecieron perderse por completo en la sombra.

—La gente de los alrededores es muy buena—dijo Miggles, después de una pausa, entrando de nuevo en la luz. Los hombres de la bifurcación del río dieron vueltas por aquí hasta que comprendieron que no me hacían maldita la falta, y las mujeres son tan buenas!... no vienen nunca. Estuve muy sola hasta que recogí á Joaquín en los bosques cercanos, cuando no era más alto que esto, y le enseñé á pedir la comida; pero ahora tengo además á Polly—esta es la urraca,—sabe infinidad de juegos y por las noches me acompaña con su charla, de manera que se me figura que no soy el único bicho viviente del rancho. Y este Jim—dijo Miggles, con su risa de antes y saliendo del todo á la claridad del fuego—este Jim, muchachos, os maravillaría de ver cuánto sabe; á veces le traigo flores y las mira con tanta naturalidad como si las conociera, y otras, cuando estamos sentados solos, le leo aquellas cosas de la pared. ¡Bendito sea Dios!—dijo Miggles con su franca risa—todo aquel lado de la casa le he

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

leído este invierno. No hay hombre como Jim para la lectura.

—¿Por qué, preguntó el juez, no os casais con la persona á quien habeis consagrado toda vuestra juventud?

—Ya veis—dijo Miggles—sería jugarle una mala partida á Jim, abusar de su desamparo, y además que en siendo ambos marido y mujer sabría yo que estoy *obligada* á hacer lo que ahora hago de mi propia voluntad.

—Pero todavía sois joven y teneis atractivos....

—Se hace ya tarde—dijo gravemente Miggles—y deberíamos dormir ya todos. Buenas noches, muchachos.

Y echándose la manta sobre la cabeza, Miggles se tendió al lado del sillón de Jim, con la cabeza apoyada contra el taburete donde éste descansaba los piés y no habló más ya. Extinguióse el fuego lentamente en el hogar. Todos echamos mano á nuestras mantas en silencio, y pronto no se percibió otro ruido que el gotear de la lluvia sobre el techo y la fatigosa respiración de los durmientes.

Amanecía casi cuando desperté de un sueño intranquilo. La tempestad había cesado, las estrellas centelleaban y á través de la ventana sin postigos la luna llena, alzándose por encima de los fúnebres pinos, penetraba en el cuarto. Con una compasión infinita bañó la solitaria figura del sillón, y parecióme que la onda de luz deslumbradora inundaba en regenerador bautismo la humilde cabeza de la mujer cuyos cabellos, como en la bella y dulce leyenda del Evangelio, besaban los piés del que amaba: hasta prestó una bondadosa poesía al irregular perfil de Yuba-Bill que con abiertos y pacientes ojos velaba en guardia, medio recostado entre este grupo y los viajeros. Entonces me dormí y sólo desperté ya entrado el día al grito de «¡al

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

coche!» que de pié é inclinado sobre mí, lanzaba Yuba-Bill.

El café nos èsperaba sobre la mesa, pero Miggles se había marchado. Dimos vuelta á toda la casa y aun nos detuvimos mucho tiempo después de enganchados los caballos; pero no volvió; no cabía duda que evitando una despedida formal nos dejaba partir como vinimos.

Después de instalar en la diligencia á las señoras, volvimos á la casa y estrechamos silenciosos y con solemne gravedad, la mano del paralítico Jim, reponiéndole en su asiento después de cada apretón de manos. Y echando una última mirada en torno del cuarto, y sobre el taburete donde Miggles se había sentado, ocupamos con lentitud nuestros asientos en la diligencia que nos esperaba.

El látigo chasqueó y nos pusimos en marcha; pero cuando llegamos al camino real, la diestra mano de Yuba-Bill hizo que los seis caballos cayeran sobre sus patas traseras y la diligencia se paró con brusca sacudida: allí en una pequeña eminencia junto al camino estaba Miggles, flotante el cabello, centelleantes los ojos, ondeando el pañuelo y entreabiertos los blancos dientes, por un último «adios.» En contestación agitamos nuestros sombreros, y entonces Yuba-Bill, como si temiese una nueva fascinación, azuzó locamente sus caballos y caímos todos sobre nuestros asientos.

No cambiamos una sola palabra hasta alcanzar el North Fork; la diligencia paró en el «Hôtel de la Independencia.» Entonces, llevando á la delantera al juez, entramos en la sala común y ocupamos gravemente nuestros puestos junto al mostrador.

—¿Están llenas vuestras copas, señores?—dijo solemnemente el juez quitándose su blanco sombrero.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Todas lo estaban.

—Pues entonces, á la salud de *Miggles*. QUE DIOS LA BENDIGA.

¡Tal vez Dios lo había hecho ya! ¿Quién sabe?

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

EL IDILIO DE RED-GULCH.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

SANDY (1) estaba bebido. Hallábase tumbado bajo una mata de azalea, casi en la misma actitud en que había caído algunas horas antes. El tiempo transcurrido desde que se tendiera allí no lo sabía ni le importaba; y cuánto tiempo continuaría allí tendido, era para él cosa igualmente indefinida é indiferente. Una filosofía tranquila, nacida de su situación física, se extendía por su sér moral, y lo saturaba.

El espectáculo de un hombre borracho, y de este

(1) Diminutivo de Alejandro.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hombre borracho en particular (duéleme decirlo) no ofrecía en Red-Gulch la novedad suficiente para atraer la atención. Á primera hora de aquel día, un humorista del lugar había erigido junto á la cabeza de Sandy, una estela provisional que llevaba esta inscripción: *Resultado del aguardiente Mac Corkle—mata á una distancia de cuarenta varas*,—con una mano que señalaba la taberna de Mac Corkle. Pero imagino que esta como otras muchas de las sátiras locales, era personal, y más bien una reflexión sobre la bajeza del medio, que sobre la inmoralidad del resultado. Á parte de esta chistosa excepción, nadie molestó á Sandy. Un mulo extraviado, suelto de su recua, comióse las escasas yerbas de su alrededor, y olía curiosamente al hombre tendido; un perro vagabundo, con aquella profunda simpatía que siente la especie por los borrachos, después de lamer sus empolvadas botas se había acurrucado á sus piés, y yacía allí guiñando un ojo á la luz del sol; á manera perruna adulaba con la imitación al humano compañero que se había elegido.

En tanto las sombras de los pinos dieron poco á poco la vuelta hasta ganar el camino, y sus troncos cerraban ya el césped de la libre pradera entre paralelos gigantescos de negro y amarillo. Pequeñas ráfagas de polvo rojizo, levantadas al paso de los caballos de tiro, se dispersaban en sucia lluvia sobre el hombre acostado. El sol descendió más y más, y Sandy permanecía inmóvil; mas entonces el reposo de este filósofo fué interrumpido, como otros filósofos lo han sido, por la intrusión de un sexo enemigo de la filosofía.

Miss Mary, que así la llamaban los alumnos que acababa de despedir de la cabaña de madera, con pretensiones de colegio, situada al extremo del pinar, daba su paseo de tarde. Un racimo de flores de insólita belleza atrajo su mirada desde un arbusto de azaleas al otro lado de la carretera; cruzóla para arrancarlo, eli-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

giendo su camino por entre el encarnado polvo, no sin sentir cortos y terribles estremecimientos de asco, y hacer alguna circumvolución felina. De repente tropezó con Sandy!

Por de contado profirió aquel corto grito *stacatto* de su sexo. Pero cuando hubo pagado este tributo á la física debilidad, volvióse más que atrevida, y se paró un momento—á seis piés por lo menos de distancia del mónstruo tendido,—recogiendo con la mano sus blancas faldas, en actitud de escapar. Pero ni un sonido, ni un movimiento se produjeron en la mata. Con su menudo pié derribó entonces la satírica losa murmurando:—«¡animales!»—epiteto que probablemente, en aquel momento, clasificaba con toda oportunidad en su mente, á la población masculina de Red-Gulch; pues miss Mary, poseída de ciertas nociones rígidas que le eran propias, no apreciaba aún debidamente la expresiva galantería por la que el californiano es tan justamente celebrado de sus hermanas californianas, y como recién llegada que era, tenía tal vez muy bien merecida la reputación de ser *tiesa*.

De pié como estaba, observó también que los inclinados rayos solares calentaban la cabeza á Sandy, más de lo que ella juzgó ser saludable, y que su sombrero estaba tirado inútilmente en el suelo. El levantarlo y colocárselo en la cara, era obra que requería algún valor, sobre todo teniendo como tenía abiertos los ojos. Sin embargo lo hizo y emprendió la retirada. Pero al mirar hacia atrás, sorprendióse al ver el sombrero fuera de su sitio, y á Sandy sentado y murmurando algo entre dientes.

La verdad era que Sandy, en las tranquilas profundidades de su mente, estaba persuadido de que los rayos del sol le eran benéficos y saludables; que desde la niñez se había opuesto á echarse con el sombrero

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

puesto; que sólo los rematadamente locos llevaban siempre sombrero; y que su derecho á dispensarse de él cuando le diese la gana le era inalienable. Tal fué la íntima representación de su conciencia. Desgraciadamente su expresión externa era confusa y se limitaba á la repetición de la siguiente fórmula:

—El sol está bien! ¿qué hay? ¿qué hay, sol? ¡bueno!

Paróse miss Mary, y sacando nuevo valor de la ventajosa distancia que le separaba de él, le preguntó si le faltaba algo.

—¿Qué ocurre? ¿qué hay?—continuó Sandy con voz sonora.

—¡Alzaos, hombre horrible!—dijo miss Mary exasperada—¡alzaos é idos á casa!

Sandy se levantó tambaleándose. Medía seis piés de altura; miss Mary temblaba. Sandy adelantó con ímpetu algunos pasos y paróse luégo.

—¿Por qué me he de ir á casa?—preguntó de repente con mucha gravedad.

—Para tomar un baño—contestó miss Mary lanzando una ojeada á su sucia persona con gran repugnancia.

De repente, con infinito contento de miss Mary, Sandy se quitó la levita y chaleco, tirólos al suelo, se arrancó las botas, y con la cabeza hacia adelante arrojóse precipitadamente por la cuesta abajo en dirección al río.

—¡Santo cielo! ¡Este hombre va á ahogarse! dijo miss Mary.

Y entonces, con femenil inconsecuencia, echó á correr hacia el colegio y se cerró con llave.

Aquella noche, mientras estaba sentada á la mesa con su huéspeda, la mujer del herrero, se le ocurrió á miss Mary el preguntarla, con gazmoñería, si su marido se emborrachaba alguna vez.

—Abner—contestó reflexivamente mistress Stidger

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—dejad que lo piense: Abner no ha estado chispo desde la última elección.

Á miss Mary le hubiese gustado preguntarle, si en tales ocasiones prefería tenderse al sol y si un baño frío era perjudicial, pero esto hubiera provocado una explicación que no tenía deseos de dar. De manera que se contentó con abrir sus grandes ojos, sonriendo á la ruborosa mejilla de mistress Stidger, bello ejemplar de la eflorescencia del sudoeste, y después dejó á un lado el asunto. Al día siguiente escribió á su mejor amiga de Boston:

« Me figuro que la parte de esta comunidad que se emborracha es aún la menos digna de objeción. Por de contado, querida, me refiero á los hombres. No sé de nada que pueda hacer tolerables á las mujeres.»

Antes de una semana, miss Mary olvidó ya este episodio; pero sus paseos de la tarde tomaron inconscientemente otra dirección. Observó, además, que todas las mañanas, un fresco ramo de flores de azalea aparecía por entre las demás, sobre su pupitre, lo cual no era extraño, puesto que los niños conocían su cariño para las flores, y mantenían siempre adornado su pupitre con anémonas, heliotropo y lupinos; pero al interrogarles, cada cual y todos á una manifestaron ignorar lo de las azaleas.

Algunos días después, el señorito Johnny Stidger, cuyo pupitre estaba próximo á la ventana, fué acometido de repente por una risa espasmódica, al parecer inmotivada y atentatoria á la disciplina escolástica. Todo cuanto miss Mary pudo sacarle fué que alguien miraba por la ventana; y ofendida é indignada salió de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

su colmena para librar batalla al entrometido. Al volver la esquina de la escuela dió con el *quidam* borracho, á la sazón completamente sereno, á más no poder avergonzado y con cara de delincuente.

Dado su actual humor, miss Mary no dejára de sacar de estos hechos una ventaja femenil si no se hubiese apercibido, algo confusa también, de que el animal, á pesar de algunas leves señales de pasada disipación, tenía agradable aspecto; era una especie de rubio Sansón; cuya sedosa barba, de color de trigo, jamás había conocido el filo de la navaja del barbero, ni de las tijeras de Dalila. De manera que la punzante frase que bailaba en la punta de su lengua expiró en sus labios y se limitó á recibir una tímida excusa con altiva mirada recogiéndose la falda como para evitar el contagio. Cuando volvió á la sala del colegio, sus ojos cayeron sobre las azaleas, presintiendo una revelación. Y entonces se echó á reir, y toda la gente menuda se rió también, y sin saber por qué se sintieron muy felices en aquel momento.

No mucho tiempo después de esto y en un día caluroso, sucedió que á dos chicos perni-cortos les pasó una desgracia en el umbral de la escuela con un cubo de agua que habían traído laboriosamente desde la fuente, y que la compasiva miss Mary cogió el cubo y echó á andar ella misma hacia allá. Al pié de la cuesta una sombra cruzó el camino y un brazo vestido de una camisa azul, la alivió con destreza, pero suavemente, de su carga. Miss Mary sintióse á la vez confusa y enojada.

— Si más á menudo llevaseis esto para vos mismo, dijo con despecho al brazo azul, sin dignarse elevar los ojos hacia su posesor—mucho mejor haríais.

Ante el silencio sumiso que siguió, arrepintióse del discurso y dió las gracias tan dulcemente en la puerta, que Sandy tropezó; lo cual hizo que los niños riesen

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

otra vez, risa de que participó miss Mary, hasta el punto de que el color acudiera débilmente á su pálida mejilla. Al día siguiente apareció misteriosamente un barril al lado de la puerta y con igual misterio cada mañana quedaba lleno de agua fresca de la fuente.

No eran estas las únicas delicadas atenciones que recibía esta joven superior.

El hereje Bill, cochero de la diligencia *Slumgullion*, famoso entre los periódicos de la localidad, por su *galantería* en ofrecer siempre el asiento del pescante al bello sexo, había exceptuado de esta atención á miss Mary, y bajo el pretexto de que tenía costumbre de *blasfemar en las cuestas* cedía la mitad de la diligencia para ella sola. Jack Hamlin, de oficio jugador, después de un silencioso viaje en la misma diligencia que la maestra, arrojó una botella á la cabeza de un comprofesor por el atrevimiento de mentar su nombre en una taberna. La muy emperifollada madre de un alumno, cuya paternidad era dudosa, se paraba á menudo frente al templo de esta astuta vestal, sin atreverse jamás á penetrar en su sagrado recinto, contenta con adorar á la sacerdotisa desde lejos.

Con tales incidentes desconocidos para ella, discurrió sobre Red-Gulch la monótona procesión de cielos azules y soles deslumbradores, de cortos crepúsculos y noches estrelladas. Miss Mary se aficionó á pasear por los bosques apacibles y solitarios. Tal vez creía, como miss Stidger, que los balsámicos olores de los pinos hacían bien á su pecho, pues lo cierto era que su tosecita iba siendo menos frecuente y su paso más firme; tal vez había aprendido la eterna lección que los pacientes pinos jamás se cansan de repetir á oídos ya atentos ya indiferentes; así es que un día dispuso una partida campestre hacia Buck-eye-Hill y se llevó consigo á los niños.

Lejos del empolvado camino, de las esparramadas

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cabañas, de las amarillas zanjas, del clamoreo de locomotoras impacientes, del barato lujo de los aparadores, del color chillón de la pintura y de los vidrios de colores y del ligero barniz á que el barbarismo se adapta en tales localidades, ¡cuán infinito desahogo no era el suyo! Pasado el último montón de roca triturada y arcilla, cruzando la última disforme hendidura, ¡cómo abrían sus largas filas para recibirles los hospitalarios bosques! ¡Con cuánta alegría los niños, no destetados por completo del pecho de la generosa madre común se echaron boca abajo sobre su atezado seno con extrañas caricias, llenando el aire con su risa! y ¡de qué manera Miss Mary, esa persona felinamente desdeñosa y atrincherada siempre en la pureza de su falda, cuello y puños inmaculados, lo olvidó todo y corrió como una crestada codorniz, al frente de su nidada hasta que brincando, riendo y palpitante, suelta la trenza de cabello castaño, el sombrero colgando del cuello por una cinta, dió de repente en el corazón del bosque con el malaventurado Sandy!

No es necesario indicar aquí las explicaciones, disculpas y no sobrado prudente conversación que siguieron. Sin embargo, parece que Miss Mary había ya entablado algunas relaciones con este ex-borracho. Baste decir que pronto fué aceptado como uno de la partida; que los niños, con aquella pronta inteligencia que la Providencia da á los desamparados, reconocieron en él un amigo y jugaron con su rubia barba, largo y sedoso bigote y se tomaron otras libertades como acostumbran hacerlo los desamparados. Pero cuando les armó un fuego contra un árbol y les enseñó otros secretos de la vida de monte, su admiración no conoció límites. Después de dos ociosas y felices horas de locuras hallóse Sandy tendido á los piés de la profesora, contemplando su rostro, mientras ella sentada en la pendiente de la cuesta, tegía coronas de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

laurel yde heliotro-
po. Su posición era
muy parecida á la
que tenía cuando le
encontrara por vez primera.
No es aventurada la seme-
janza. La debilidad de una
naturaleza fácil y sensual, que
había hallado en la bebida
una exaltación fantástica, es
de temer que hallase en el amor algo parecido á la
embriaguez.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Creo que el mismo Sandy estaba vagamente convencido de esto. Sé que deseaba con vehemencia hacer algo, matar un oso, partir el cráneo á un salvaje ó sacrificarse de alguna otra manera por aquella profesora de rostro pálido y de ojos grises. Como me gustaría presentarle en una situación heróica, con gran dificultad contengo mi pluma en este momento, y únicamente me abstengo de introducir semejante episodio con el profundo convencimiento de que generalmente nada de esto ocurre, en semejantes ocasiones. Y espero que la más bella de mis lectoras perdonará la omisión recordando que en una crisis verdadera, el *salvador* es siempre algún forastero poco interesante, ó bien un anti-romántico agente de orden público, y jamás un *Adolfo*.

Así permanecieron allí sentados en plácida calma, mientras los picos carpinteros charlaban sobre sus cabezas y las voces de los niños llegaban agradablemente desde la hondonada de más abajo.

Lo que dijeron, poco importa. Lo que pensaron—que podría ser interesante—no se traslució.

Los curiosos picos carpinteros sólo pudieron saber que Miss Mary era huérfana; que salió de la casa de su tío para ir á California, en busca de salud é independencia; que Sandy era huérfano también; que llegó á California en busca de aventuras, que había llevado una vida de agitación desordenada, y que trataba de reformarse; y otros detalles que bajo el punto de vista de los picos carpinteros sin duda debían de parecerles estúpidos, y de tiempo perdido. Pero aun con semejantes bagatelas se pasó la tarde; y cuando los niños se reunieron otra vez y Sandy, con una delicadeza que la Maestra comprendió perfectamente, se despidió de ellos con toda tranquilidad, en los arrabales del pueblo, parecióle aquel día el más corto de su cansada existencia.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Á medida que el largo y árido verano marchitó las plantas hasta la raíz, la época de Colegio de Red-Gulch —para emplear un modismo local—*se secó* también. Un día más y Miss Mary sería libre ya, ó por lo menos Red-Gulch no la vería en toda una estación. Sentada y sola en la escuela, con la mejilla descansando en su mano, los ojos medio cerrados, mecíase en uno de aquellos ensueños, á que—con peligro de la disciplina escolar—se entregaba tan á menudo de poco tiempo acá. Tenía la falda llena de musgos, helechos y otros recuerdos silvestres y tan preocupada se hallaba con estos y con sus propios pensamientos, que le pasó desapercibido un suave golpear en la puerta, ó bien lo tradujo por un lejano recuerdo de los picos carpinteros. Cuando por fin se afirmaba más claramente en ello, sobresaltóse y con ruborizada mejilla abrió la puerta.

En el dintel estaba una mujer cuyo *sans-façon*, audacia y vestidura formaban extraño contraste con su ademán tímido é irresoluto.

Miss Mary reconoció al primer golpe de vista, á la dudosa madre de su discípulo anónimo. Contrariada quizás, tal vez enojada, la invitó friamente á entrar; arreglóse instintivamente sus blancos puños y cuello, y recogió castamente su corta falda. Tal vez fué este motivo de que la turbada forastera, después de dudar un momento, dejase al lado de la puerta, plantada en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

el polvo, su vistosa sombrilla abierta, y se sentara en el extremo opuesto de un largo banco. Su voz, al comenzar, era ronca.

—Dicen que os vais mañana á la Bahía, y no podía dejaros marchar sin venir á daros las gracias por vuestra bondad para con mi Tommy.

Según dijo miss Mary, Tommy era un buen chico y merecía algo más que el pobre cuidado que ella podía dispensarle.

—Gracias, miss, gracias!—dijo la forastera, sonrojándose aún á través de los afeites, que Red-Gulch llamaba maliciosamente su «pintura de guerra», y procurando en su confusión arrastrar el largo banco más cerca de la maestra.—Os doy gracias, miss, por esto! Y aunque yo sea su madre, no hay muchacho viviente más dócil y cariñoso, ni mejor que él. Y..... á pesar de lo poco que soy para decirlo, no existe maestra más paciente, más bondadosa, más angelical que la que él tiene.

Miss Mary, sentada muy peripuesta detrás de su pupitre, con una regla al hombro, abrió á esto sus ojos grises, pero nada dijo.

—Ya sé que mujeres como yo no pueden halagaros —prosiguió rápidamente.—No debía tampoco entrar aquí en mitad del día, pero vengo á pedir un favor, no para mí, miss, no para mí, sino para mi pobre niño.

Animada por el interés que vió en los ojos de la joven maestra, y juntando entre las rodillas, sus dos manos, enguantadas de color de lila, prosiguió en voz baja:

—Ya veis, miss, nadie más que yo tiene derecho sobre el niño, y yo no soy la persona que debiera educarle. Pensé vagamente, el año pasado, enviarle á la escuela, en Frisco, pero cuando se habló de traer aquí una maestra, esperé hasta que os ví y entonces creí la cosa arreglada y que podía guardar á mi hijo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

algún tiempo más..... Ah! miss, os quiere tanto! Y si pudierais oirle hablar de vos, á su bonita manera, si él pudiera pediros lo que ahora os pido yo, no sabríais negárselo. Es natural—continuó rápidamente con una voz que tembló extrañamente entre orgullosa y humilde—es natural que os ame, miss, pues su padre, cuando le conocí era un caballero, y es forzoso que el niño me olvide tarde ó temprano..... de manera que.... no voy á llorar por esto. Pues bien, vengo á pediros que os encargueis de Tommy. ¡Dios le bendiga como al mejor, al más querido de sus hijos sobre la tierra!..... vengo á..... á pediros que..... os lo lleveis.

Se había levantado y postrándose de rodillas á sus piés tenía cogida la mano de la joven entre las suyas.

—Dinero tengo mucho y todo es vuestro y suyo. Ponedle en un buen colegio, donde podais verle y ayudarle á... á... á olvidar á su madre. Haced con él lo que os parezca; lo peor que hagais será bueno, comparado con lo que aprenderá conmigo. Aunque sólo le saqueis de esta mala vida, de este pueblo, de este hogar de vergüenza y de pena. ¿Lo hareis? ¡Sé que lo hareis! ¿No es verdad? Lo hareis; no podeis, no debeis negármelo. Le hareis tan puro, tan dócil como vos misma; y cuando haya crecido le direis el nombre de su padre, el nombre que hace años no han pronunciado mis labios, el nombre de Alejandro Morton, á quien llaman aquí Sandy. ¡Miss Mary, no retireis vuestra mano! ¡Miss Mary, habladme! ¿Os llevareis á mi hijo? ¡No volvais la cara! Sé que no deberíais contemplar á una mujer como yo. ¡Miss Mary, Dios mío, sed clemente! ¡Que esta mujer me deja!

Miss Mary se levantó, y á la luz del espirante crepúsculo tentó su camino hasta la abierta ventana; allí permaneció en pié apoyada contra el marco, con los ojos fijos en los últimos rosados matices que desaparecían por Occidente. Todavía quedaba algo de aquella luz

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en su pura y tersa frente, en su blanco cuello, en sus finas manos entrelazadas; pero todo desapareció poco á poco. La suplicante se había arrastrado aún de rodillas hasta su lado.

—Sé que se necesita tiempo para considerarlo. Aquí me aguardaré toda la noche; pero no puedo marcharme sin que hayais resuelto. No me lo negueis ahora. ¿Os le llevareis?—lo veo en vuestra hermosa cara, cara semejante á la que he visto en mis sueños. Lo veo en vuestros ojos, miss Mary! Os llevareis á mi hijo.

El postrer rayo del crepúsculo, que serpenteó hasta el zenit, reflejóse en los ojos de miss Mary con algo de su gloria, fluctuó, apagóse y desapareció. El sol se había puesto en Red-Gulch. En el crepúsculo y silencio la voz de miss Mary sonó agradablemente.

—Me llevaré al niño; enviádmelo esta noche.

La dichosa madre alzó hasta sus labios el borde de la falda de miss Mary. Hubiera sepultado su ardiente cara en sus virginales pliegues, pero no se atrevió, y se puso en pié.

—¿Ese hombre conoce vuestra intención?—preguntó de repente miss Mary.

—No; ni le interesa. Ni siquiera ha visto al niño para conocerlo.

—Id, vedle en seguida, esta noche, ahora. Decidle lo que habeis hecho. Decidle que me he llevado á su hijo, y decidle que jamás debe ver... ver... otra vez al niño. Donde quiera que vaya él no debe venir; donde quiera que me lo lleve, él no debe seguir! Bueno, idos ya. Estoy cansada y... me queda aún mucho que hacer!

Juntas fueron hasta la puerta. En el dintel la mujer se volvió.

—Buenas noches.

Se hubiera echado á los piés de miss Mary; pero en el mismo momento la joven le tendió sus brazos, estrechó por un breve instante contra su puro pecho á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la pecadora mujer y después empujó y cerró con llave la puerta.

No sin un repentino sentimiento de responsabilidad, tomó el hereje Bill á la mañana siguiente las riendas de la diligencia *Schlmy Gullon,* pues la maestra era uno de sus pasajeros. Al entrar en la carretera, obediente á una agradable voz del interior, refrenó de repente los caballos y esperó respetuosamente mientras Tommy saltaba del coche al mandato de miss Mary.

—No aquella mata, Tommy, la otra.

Tommy sacó su cuchillo nuevo y cortando una rama de una alta mata de azalea, volvió con ella hacia miss Mary.

—En marcha ya?

—En marcha.

Y la portezuela de la diligencia se cerró sobre el Idilio de Red-Gulch.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

DE CÓMO SANTA CLAUS

LLEGÓ Á SIMPSON'S BAR

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En el valle del Sacramento estaba el tiempo muy metido en aguas. El Nord Forck se había salido de madre y la Rattlesnake Creek estaba impracticable.

Los pocos cantos rodados que señalaran el vado del verano en el cruce de Simpson, desaparecían bajo una enorme extensión de agua que alcanzaba la base de las montañas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

La diligencia ascendente tuvo que parar en la casa Granger; el último correo fué abandonado en los *tules* y su jinete salvó la vida á nado.

«Un área,» observaba el *Alud de la Sierra* con calculado orgullo local, «tan grande como el Estado de Massachusets, está á estas fechas bajo el agua. Y el tiempo no es mejor en la sierra.»

El lodo era denso en el camino de la montaña. Galeras que ni la fuerza física ni el ingenio podían arrancar de los baches en que habían caído, obstruían la carretera, y los tiros de caballos rezagados y las blasfemias mostraban el camino de Simpson's Bar.

Más allá, aislado é inaccesible, empapado en agua, azotado por un viento furioso y amenazado por la subida de las aguas, Simpson's Bar, en la Noche Buena de 1862, colgaba de Table-Mountain como el nido de golondrina que la borrasca sacude en el pétreo entablamento de rotos capiteles.

Á medida que la noche descendía sobre el campamento, unas pocas luces brillaban, al través de la neblina, desde las ventanas de las cabañas á entrambos lados del camino, surcado á la sazón por riachuelos desordenados y barrido por vientos errantes.

Por fortuna la mayoría de los vecinos estaba recogida en el almacén de Thompson, al rededor de una roja estufa, en la cual escupían silenciosamente con tan ostensible acuerdo de la comunidad social, que suplía toda conversación.

Hacía ya mucho tiempo que los medios de diversión se habían agotado en Simpson's Bar; la subida de las aguas suspendía las faenas normales de las minas y del río, y la subsiguiente falta de dinero y aguardiente quitaba el gusto hasta para el más ilegítimo recreo.

El mismo Mr. Hamlin abandonó el Bar con cincuenta duros en el bolsillo, única cantidad que alcanzó á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

realizar de las grandes sumas que llevaba ganadas en el lucrativo ejercicio de su ardua profesión.

— Si me dijesen otro día, si me dijesen que señalara una bonita aldea en donde un jugador retirado á quien no le importase mucho el dinero, pudiera ejercitarse á menudo y alegremente, diría que Simpson's Bar; pero para un joven con una numerosa familia que dependa de su trabajo, no da lo bastante.

Como la familia de Mr. Hamlin la formaban únicamente damas elegantes, citamos esta observación más para dar una idea de su *humour*, que de sus deberes.

Los objetos inconscientes de tal sátira hallábanse reunidos esta noche con indiferente apatía engendrada por la pereza y el aburrimiento.

Ni el repentino resonar de los cascos de un caballo á la puerta, les hizo volver en sí.

Sólo Dick Bullen se detuvo en la tarea de vaciar su pipa y alzó la cabeza, pero nadie más del grupo dió á conocer el menor interés hacia el hombre que entraba ni manifestó reconocerle.

Era una figura bastante familiar á la sociedad. En Simpson's Bar le llamaban «El Viejo.»

Tendría el hombre unos cincuenta años; de cabello escaso y entrecano, parecía aún de complexión fresca y juvenil; de cara simpática y complaciente tenía una aptitud así como la del camaleón para adoptar la sombra y el color de las opiniones y caracteres de los que le rodeaban.

«El viejo» acababa de dejar á unos compañeros de diversión, así es que de pronto no observó la gravedad del grupo, pero golpeó amistosamente por la espalda al hombre más próximo y se echó en una silla desocupada.

—Acabo de oir la cosa mejor del mundo, muchachos! ¿Conoceis á Smiley, el de allá abajo, Jim Smiley, el

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hombre más divertido del Bar? Pues Jim nos estaba contando el cuento más gracioso de...

—Smiley es un animal!—interrumpió una voz sombría.

—Un skunk (1)—añadió otro, en tono sepulcral.

Siguió una pausa á estas declaraciones categóricas.

El viejo miró rápidamente en torno al grupo. Después su cara se transformó poco á poco.

—Es verdad—dijo después de un momento de reflexión—es realmente una especie de skunk y algo tiene de animal. No hay que negarlo.

Calló por un momento, como en dolorosa meditación de la ignorancia é imbecilidad del impopular Smiley.

—Tiempo bien triste, ¿verdad?—añadió engolfándose en la corriente del sentimiento general.—Mala la esperan los obreros y poco dinero corre esta temporada..... Y mañana es Navidad.

Hubo un movimiento entre los concurrentes al anunciar esto, pero no se traslució claramente si era de satisfacción ó de disgusto.

—Sí—continuó el viejo en el tono lúgubre que desde los últimos momentos involuntariamente adoptara—esto es,... se me ocurrió la idea, ¿me entendeis? de que tal vez os gustaría veniros á mi casa y pasar allí Noche buena. Pero ahora supongo que no os gustaría... ¿Tal vez no os halleis en buena disposición?—añadió con simpática solicitud observando las caras de sus compañeros.

—No diré que no—respondió Tom Flynn, algo más animado.—Puede que sí. ¿Pero y tu mujer, viejo? ¿Qué dice ella?

El viejo titubeó.

Las experiencias conyugales no habían sido felices

(1) Cuadrúpedo de los E. U.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

para él, y el caso era reconocido en Simpson's-Bar.

Su primera mujer, una mujercita delicada y bonita, había sufrido viva y secretamente las celosas sospechas de su marido, hasta que un día éste convidó á su casa á todo el Bar para hacer patente su infidelidad.

Al llegar los de la partida, encontraron á la tímida, é inocente criatura tranquilamente ocupada en sus obligaciones caseras, y se retiraron avergonzados y corridos.

Pero la delicada sensitiva no se repuso fácilmente del choque de tan extraordinario ultraje.

Con dificultad recobró el aplomo para dar suelta á su amante, de un armario en que estaba escondido y escaparse con él. Para consuelo de su esposo abandonado le dejó un niño de tres años.

La actual consorte del viejo había sido su cocinera: mujer corpulenta, leal y agresiva.

Antes de que pudiera contestar Joe Dimmick expuso en breves razones que la casa era del *Viejo*, y que, invocando el Poder Divino, si estuviera él en su casa convidaría á quien le pluguiese, aun cuando haciéndolo pusiera en peligro su salvación. Los Poderes del Mal, añadió además, lucharían en vano contra él.

Todo esto dicho con una sequedad y vigor perdidos en esta traducción obligada.

—Naturalmente..... seguro..... esto es—dijo el viejo frunciendo también el ceño. No hay dificultad en ello. —Es mi casa; he levantado todos sus maderos por mí mismo. No la temais, muchachos. Tal vez grite un poco—como hacen las mujeres—pero volverá á las buenas.

El viejo fiaba, para sus adentros, en la exaltación del licor y en el poder de un valeroso ejemplo para sostenerse en semejante aprieto.

Hasta ahora Dick Bullen, oráculo y cabeza de Simp-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

son's Bar, no había hablado. Pero ya se quitó la pipa de los labios.

—Viejo, ¿y cómo sigue tu niño Johnny? Se me figuró algo enfermizo la última vez que le ví en el camino tirando piedras á los chinos, y no parecía interesarle eso mucho. Ayer pasó por aquí una tropa de ellos—ahogados en el río—y pensé en Johnny. ¡Cómo los echaría de menos! ¿Tal vez estorbaremos si está malo?

El padre, visiblemente afectado, no sólo por este cuadro patético de la privación de Johnny, sino también por tan circunspecta delicadeza, se apresuró á asegurarle que Johnny estaba mejor y que *un poco de broma podría animarle.*

Entonces Dick se levantó, y desperezóse diciendo:

—Ya estoy. Enséñanos el camino, viejo. Allá vamos.

Y con un salto y un aullido característicos, precedióles, saliendo al raso.

Al atravesar la tienda, tomó del hogar un tizón ardiente, acción que repitieron los demás de la partida, siguiéndole de cerca y codeándose; y antes de que Thompson, el asombrado propietario de la droguería conociera la intención de sus huéspedes, la sala estaba ya desierta.

La noche era oscura como boca de lobo. Á la primera ráfaga de viento las improvisadas antorchas se extinguieron, y únicamente los rojos tizones oscilando en las tinieblas como fuegos fátuos, indicaban su camino.

Este les conducía por la cañada del Pino arriba, á cuya entrada se escondía en la cuesta una ancha, pero baja cabaña con el techo de corteza de árboles.

Era el hogar del viejo y á la vez entrada de la mina en que trabajaba cuando trabajaba algo.

Aquí el acompañamiento se paró un momento por delicada deferencia al anfitrión, que llegó jadeante de la retaguardia.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Puede que hicierais bien en aguardar un segundo aquí fuera, mientras yo entro y veo si todo está corriente—dijo el viejo con una indiferencia que estaba lejos de sentir.

La indicación fué buenamente aceptada; la puerta se abrió y cerró tras del anfitrión, y sus compañeros, apoyando las espaldas contra la pared y cobijándose bajo del alero del tejado, esperaron aguzando el oído.

Durante algunos momentos no se oyó más sonido que el gotear del agua del alero y el de las ramas que luchaban contra el viento que las sacudía, crujiendo por encima de ellos.

Los hombres principiaron á inquietarse y cuchichear indicaciones y sospechas que pasaron de uno á otro.

—Adivino que para empezar ya me le ha roto la cabeza.

—Le habrá metido en el túnel y allí le dejará emparedado probablemente.

—Le tendrá en el suelo y estará sentada encima.

—Probablemente está hirviendo algo para echárnoslo; apartaos de la puerta, muchachos.

Cabalmente en este momento el pestillo crujió, abrióse despacio la puerta, y una voz dijo:

—Entrad á cubierto de la lluvia.

La voz no era la del viejo ni la de su mujer.

Era una voz infantil, cuyo débil timbre quebrantaba aquella ronquera anti-natural, que sólo pueden dar la vagancia y el vicio prematuro.

Levantábase hacia ellos la cara de un niño, una cara que podía haber sido bonita y aun distinguida á no oscurecerla de por dentro las maldades aprendidas y la suciedad y la dura intemperie de por fuera.

Envolvía sus hombros una manta, y se conocía que acababa de levantarse de la cama.

—Entrad—repitió—y no hagais ruido. El viejo está allí hablando con madre—prosiguió señalando un

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cuarto adyacente, que parecía ser una cocina, desde la cual la voz del viejo llegaba en tono suplicante.

— Dejadme — añadió refunfuñando y dirigiéndose á Dick Bullen que le había cogido envuelto en la manta y fingía quererle echar al fuego.

— ¡ Suéltame, maldito viejo loco! ¿ oyes ?

Así conjurado, Dick Bullen comprimiendo la risa, dejóle en el suelo, mientras que los hombres entraron silenciosamente colocándose en derredor de una larga mesa de toscas tablas que ocupaba el centro del cuarto.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Después Johnny encaminóse gravemente hacia un armario y sacó varios objetos que colocó sobre la mesa.

—He aquí aguardiente y bizcochos, arenques ahumados y queso (y en su camino hacia la mesa dió un mordisco á este último). Y azúcar (Sacó con mano muy sucia un puñado). Y tabaco. Hay también manzanas secas en la alhacena; pero no me chocan. Las manzanas hinchan. Hélo aquí todo — terminó; — y ahora á ello y no temais: no hago caso de la vieja. Á mí no me es nada. Adelante.

Se había retirado al umbral de un reducido cuarto, apenas mayor que un armario, separado del cuarto principal por un tabique y que tenía en su oscuro retiro una pequeña cama.

Allí estuvo un momento de pié mirando la compañía, saliéndole los desnudos piés por debajo de la manta y movió la cabeza.

—¡Hola, Johnny! ¿Vas á acostarte otra vez?—dijo Dick.

—Sí voy—respondió Johnny con decisión.

—¿Pues qué tienes, vejete?

—Estoy malo.

—¿Cómo malo?

—Tengo fiebre. Y sabañones. Y reuma—contestó Johnny.

Y desapareció entre las sábanas. Después de una pausa momentánea, añadió desde la oscuridad y al parecer de debajo el cobertor:

—Y mal en el corazón.

Hubo un silencio embarazoso. Los hombres se miraron entre sí y después al fuego.

Á pesar del apetitoso banquete que se les presentaba, pareció que caían otra vez en el desaliento de la droguería de Thompson, cuando la voz quejumbrosa del viejo, incautamente elevada, llegó desde la cocina.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Tienes razón sobrada... Es mucha verdad... Claro está que lo son. Una cuadrilla de holgazanes y borrachos vagabundos!... y ese Dick Bullen es el peor de todos. No tiene más juicio para venirse aquí, habiendo en casa un enfermo y sin que tengamos provisión alguna?... Ya se lo decía yo... —Bullen—le he dicho—¿es que estás borracho ó loco para pensar tal cosa?.... ¿Y á Staples? —Pero, hombre, intentas convertir mi casa en infierno, teniendo á mi niño malo? Pero quisieron venir, lo quisieron. Esto es lo que debe esperarse de esta canalla del Bar.

Una carcajada homérica siguió á esta desgraciada manifestación.

Sea que fuera oída en la cocina, ó sea que la iracunda compañera del viejo hubiese apurado todos los restantes modos de expresar su desprecio é indignación, lo cierto fué que cerraron de súbito y con gran violencia una puerta trasera.

Un momento después reapareció el viejo, ignorando por fortuna la causa del último estallido de hilaridad y sonriendo dulcemente.

—La vieja ha tenido la idea de pasar un rato con Missex Mac Fadden —dijo á modo de explicación y con aire indiferente, al sentarse á la mesa.

Extraño es decirlo, pero se necesitó de este adverso incidente para aliviar el embarazo que la partida comenzaba á sentir, y su audacia natural se recobró con el regreso del anfitrión.

No es mi ánimo contar los chistes del banquete de aquella noche. El curioso lector comprenderá que la conversación se caracterizó por la exaltación intelectual, el cauteloso respeto, la meticulosa delicadeza, la precisión retórica y por el mismo discurso lógico y coherente que distinguen á estas varoniles reuniones en localidades más civilizadas y bajo auspicios más favorables.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Como no había vasos no se rompió uno solo: ni se derramaron inútilmente licores por el suelo ni sobre la mesa, por la escasez de aquel artículo.

Era casi media noche cuando fué interrumpida la fiesta.

—Callad —dijo Dick Bullen alzando la mano.

Era la quejumbrosa voz de Johnny, desde su inmediato dormitorio.

—¡Oh, padre!

El viejo se levantó apresuradamente y desapareció en el cuartito. Al poco rato reapareció.

—El reuma le vuelve con fuerza —dijo— y necesita unas friegas.

Tomó de la mesa la dama-juana de aguardiente y la sacudió. Estaba vacía.

Dick Bullen dejó su taza de hojalata con una risa forzada. Los demás hicieron lo mismo.

El viejo examinó el contenido y dijo más animado:

—Me parece que hay bastante. Esperadme un momento; vuelvo pronto.

Y desapareció de nuevo en el cuartito, llevándose una camisa vieja de franela y el aguardiente.

La puerta quedó entreabierta, y se oyó distintamente el siguiente diálogo:

—¿Díme, hijo mio, dónde te duele más?

—Me duele todo. Unas veces aquí y otras ahí debajo; pero es más fuerte de aquí á aquí. Frota recio, padre.

Y el silencio parecía indicar una viva fricción. Entonces Johnny dijo:

—¿Pasas un buen rato allí fuera, padre?

—Sí, hijo mio.

—¿Es Navidad mañana, verdad?

—Sí, hijo mío. ¿Cómo te sientes ahora?

—Mejor, frota un poco más abajo. ¿Y qué es Navidad? ¿Por qué es tal fiesta?

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¡Oh, es un día!...

Esta incompleta definición fué al parecer satisfactoria, pues hubo un silencioso intervalo, durante el cual el viejo continuó frotando. Al poco rato Johnny repuso:

—Madre dice que, en todas partes menos aquí, todos se dan cosas unos á otros por Navidad. Dice que hay un hombre que le llaman Santa Claus, ¿comprendes? No un blanco, sino una especie de chino, que baja por la chimenea la noche antes de Navidad y da cosas á los niños—á los chicos como yo. ¡Las mete en las botas! Eso... eso es lo que me quería hacer creer... ¿Vamos, padre, dónde estás frotando? Estás á una milla del sitio... ¿Inventaría esto nada más que para hacernos rabiar á tí y á mí?... No frotes ahí... ¿Qué dices, padre?

En el solemne silencio que parecía cernerse sobre la casa, se oía claramente el murmullo de los cercanos pinos y el rodar de las hojas por fuera.

—Vamos, no seas así, padre, pues pronto me voy á poner bueno. ¿Qué hacen esos hombres ahí fuera?

El viejo entreabrió la puerta y atisbó.

Sus huéspedes estaban sentados en buena compañía, con unas cuantas monedas de plata sobre la mesa, dentro de una flaca bolsa de piel de gamuza.

—Estarán apostando sobre algo... algún juego. Ya se las arreglan—contestó á Johnny y volvió á sus fricciones.

—Me gustaría ser mano y ganar dinero—dijo reflexivamente Johnny, después de una pausa.

El viejo repitió lo que á todas luces era para él estribillo eterno, es decir: que si Johnny quisiera esperar hasta que diesen con el filón, en la mina, tendría mucho dinero, etc., etc.

—Sí—dijo Johnny—pero no lo hallas. Y que dés con él ó que yo lo gane, es casi lo mismo. Todo es cues-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tión de suerte. Pero es muy extraño lo de Navidad—¿no es cierto? ¿Por qué la llaman Navidad?

Tal vez por deferencia instintiva á las preocupaciones de sus huéspedes, ó por un vago sentimiento de incongruencia, la contestación del viejo fué tan baja, que no alcanzó más allá del cuarto.

—Sí—dijo Johnny, con interés ya algo decaído.—He oído ya hablar de *él*. Bueno, basta, padre. No me hace, ni con mucho tanto daño como antes. Envuélveme bien en la manta. Así. Ahora—añadió murmurando bajo la ropa—siéntate á mi lado, hasta que me duerma.

Para asegurarse de la obediencia sacó una mano de la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

manta, y cogiendo por la manga á su padre, otra vez se compuso para descansar. Durante algunos momentos el viejo esperó pacientemente.

La insólita tranquilidad de la casa excitó su curiosidad; con la mano desasida y sin levantarse abrió cautelosamente la puerta y miró á la sala.

Con infinita sorpresa, la vió oscura y desierta.

Pero en aquel momento un leño que humeaba en el hogar se rompió, y á la luz de su llamarada vió á Dick Bullen, sentado junto á los amortiguados tizones.

—¡Hola!

Dick se sobresaltó, púsose de pié y fué hacia él, medio tambaleándose.

—¿Dónde están los demás?—dijo el viejo.

—Han subido por la cañada á dar un pequeño paseo. Al momento vuelven por mí. Les estoy esperando. ¿Qué miras tan fijamente, viejo?—añadió con risa forzada—¿te figuras que estoy borracho?

Podía habérsele perdonado al viejo la suposición, pues los ojos de Dick estaban húmedos y su cara encendida.

Se hizo el remolón, y volvió á la chimenea. Bostezó, desperezóse, abrochó su levita, y dijo riendo:

—El licor no anda tan abundante como eso, viejo. No te levantes—prosiguió, cuando el viejo hizo un movimiento para librar su manga de la mano de Johnny.—No hagas cumplidos. Quedo ahí, donde estás; me voy, al instante. Ya están aquí.

Golpearon suavemente en la puerta.

Dick Bullen abrióla, con un ademán se despidió del viejo y desapareció.

El viejo le hubiera seguido á no ser por la mano que aun inerte seguía asida á su manga. Fácilmente se podía desprender de ella; era pequeña, débil y flaca; pero quizás por ser pequeña, débil y demacrada cedió á su presión y aproximando aún más la silla á la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cama, apoyó sobre ella la cabeza. En esta actitud indefensa, le sorprendió el sueño.

La habitación osciló y se desvaneció ante sus ojos; reapareció, se desvaneció de nuevo, oscurecióse y le dejó dormido.

En tanto Dick Bullen, cerró la puerta, y se juntó á sus compañeros.

—¿Estás listo?—dijo Staples.

—¡Listo!—dijo Dick—¿qué hora es?

—Más de las doce—contestó—¿puedes hacerlo?—Son casi cincuenta millas entre ida y vuelta.

—Así lo creo—contestó Dick brevemente.—¿Dónde está la yegua?

—Bill y Jack la tienen ya en la encrucijada.

—Pues que la guarden un momento más.

Volvióse y entró otra vez silenciosamente en la casa.

Á la luz de la vela que se corría y del amortiguado fuego, vió que la puerta del cuartito estaba abierta, se fué hacia ella de puntillas y observó.

El viejo echado en su silla roncaba, con las piernas extendidas, la cabeza hacia atrás y el sombrero encajado hasta los ojos.

Á su lado, sobre una estrecha cama de madera, yacía Johnny envuelto estrechamente como una momia en la manta, que le tapaba todo, excepto una parte de la frente y algunos rizos humedecidos por el sudor.

Dick Bullen avanzó un paso, titubeó y miró por encima del hombro la desierta sala.

Todo estaba quieto.

Con repentina resolución separó con ambas manos sus grandes bigotes, y se inclinó sobre el dormido muchacho.

Pero en el momento de hacerlo, un travieso soplo de aire que le acechaba, giró en torbellino por la chimenea abajo reanimando el hogar y despidiendo viva claridad, de la que huyó Dick como avergonzado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Sus compañeros le esperaban ya en la encrucijada.

Dos de ellos luchaban en la oscuridad con un sér extrañamente disforme, el cual á medida que Dick se acercaba, tomó el aspecto de una caballería amarilla. Era la yegua.

El animal no tenía bonita estampa, que digamos.

Desde su romo hocico hasta sus alzadas ancas, desde su arqueado espinazo oculto por las raídas y tiesas *machillas* de una silla mejicana, hasta sus gruesas, derechas y huesosas piernas, no tenía una sola línea de gracia caballar.

Sus blancos ojos medio ciegos, pero malignos, su labio inferior colgante, su monstruoso color le daban una fealdad fantástica.

—Bueno—dijo Staples—cuidado con las herraduras, muchachos, ¡arriba! Ojo con no descuidarte en agarrar ante todo las crines, y cuida de coger en seguida el estribo opuesto. Arriba!

Saltó el jinete á la silla, pateó luchando el caballo, apartáronse atropelladamente los espectadores, volaron sacudidas en círculo las herraduras, retembló la tierra á los saltos del animal, sonaron las espuelas y partió *Jovita*. Dick, en las tinieblas, gritó:

—¡Bien va!

—Á la vuelta no tomes el camino de abajo, á no ser que apremie el tiempo! No la detengas al bajar la cuesta! Estaremos en el vado á las cinco. Adelante! Hop! Mula! Anda!

Y chispearon la piedras, crugió ruidosamente la grava del camino y Dick desapareció.

. . . . . .

Canta ¡oh, musa! la cabalgada de Ricardo Bullen! Canta ¡oh, musa! los caballerescos varones, la sagrada empresa, las hazañas, la batida de los patanes malandrines, la terrible cabalgada y temerosos peligros de la flor de Simpson's-Bar! ¡Ah, Musa mía! ¡Desdeñosa

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

estás!.... Nada quiere con este animal coceador y con su andrajoso jinete, y fuerza me es seguirles á pié en simple prosa!

Era la una; apenas alcanzara Ratllesnake-Hill, y ya en aquel intervalo Jovita había ensayado para con él todas sus vicios, y sacado á relucir todas sus mañas. Tres veces tropezó.

Dos veces alzó el romo hocico en línea recta con las riendas, y resistiendo el freno y la espuela, echó á correr locamente á través de los campos.

Dos veces se puso de manos, y se dejó caer hacia atrás; y dos veces el ágil Dick, ileso, recobró su asiento, antes de que ella se hubiese repuesto sobre sus viciosas piernas.

Y una milla más adelante, al pié de una prolongada colina estaba Rattllesnake Creek.

Dick sabía que allí le esperaba la prueba capital de su habilidad, para lograr su empresa. Apretó los dientes, encajó sus rodillas en los costados de la yegua y cambió su táctica defensiva en una viva agresión.

Mortificada y enfurecida Jovita, emprendió el descenso de la cuesta.

El artificioso Ricardo fingía detenerla con represión manifiesta, y simulados gritos de miedo.

Es por demás añadir que Jovita en seguida se dió á correr. Ni es necesario fijar aquí el tiempo empleado en el descenso; está inscrito en las crónicas de Simpson's Bar.

Baste saber que al cabo de un momento, parecióle á Dick que le salpicaba el barro de las inundadas orillas de Rattllesnake Creek.

Como Dick esperaba, el empuje que había adquirido la llevó más allá del margen, y teniéndola á propósito para un gran salto, se lanzaron en medio de la rápida corriente.

Unos momentos de lucha coceando y nadando,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y Dick respiró ruidosamente en la orilla opuesta.

El camino desde Rattllesnake Creek hasta Red Mountain era bastante llano.

Ó bien el baño en Rattllesnake Creek había templado su maligno ardor, ó bien el arte con que Dick la condujera le había demostrado la superior malicia de su jinete, pues Jovita ya no malgastaba su energía sobrante en vanos caprichos.

Sólo una vez coceó con las piernas traseras, pero fué por la fuerza de la costumbre; otra vez se espantó, pero fué de una iglesia recién pintada en la encrucijada del camino del Estado.

Canales, fosos, montones de grava, trozos que emergían sembrados de fresca yerba, volaron bajo sus vibrantes cascos.

Empezó á resollar; una ó dos veces tosió ligeramente, pero no disminuyeron su fuerza ni su velocidad.

Á las dos había pasado la Red Mountain y comenzaba el descenso á la llanura.

Diez minutos más tarde, el cochero de la rápida diligencia *Pioneer* fué alcanzado y dejado atrás por un «hombre sobre un caballo *pinto*» (incidente excepcional y notable).

Á las dos y media Dick se alzó sobre sus estribos y lanzó una exclamación.

Las estrellas brillaban al través de rasgadas nubes, y frente á él, más allá de la llanura, se alzaban dos agujas, dos asta-banderas y una silueta interrumpida de objetos negros.

Dick sacudió sus espuelas y blandó su *riata*. Precipitóse Jovita, y un momento después penetraron á la carrera en Tuttleville, y pararon en la *plaza* de la Fonda de las Naciones.

Lo que ocurrió aquella noche en Tuttleville no forma precisamente parte de esta historia.

Pero sucintamente puedo manifestar, que cuando

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Jovita hubo pasado á poder del soñoliento mozo de cuadra, á quien muy pronto le sacudió el sueño con un par de coces, Dick salió con el tabernero á dar una vuelta por el dormido pueblo.

Brillaban aún las luces de unas pocas tabernas y casas de juego; pero evitando la tentación pararon delante de varias tiendas cerradas y llamando repetidamente después del consiguiente griterío, hicieron levantar de sus camas á los propietarios y les obligaron á desatrancar las puertas de sus almacenes y á exponer sus géneros.

Algunas veces se encontraron con maldiciones, pero los más por interés ó por necesidad se mostraron complacientes, y la entrevista terminó siempre con un brindis.

Eran las tres cuando acabó esta ruta y con un pequeño saco de goma impermeable, atado con correas á sus espaldas Dick volvió á la fonda.

Pero allí le acechaba la Belleza. La Belleza opulenta en encantos y ricos vestidos, persuasiva en el hablar y española en el acento.

En vano repitió la invitación del *Excelsior*.

La belleza fué rechazada por el hijo de las sierras, desaire mitigado, no obstante, por una sonrisa y su última moneda de oro.

Montó después y emprendió su camino por la triste calle abajo, y luégo por la llanura más triste aún. Muy pronto la negra línea de casas, las aguas y el astabandera, se perdieron en lontananza detrás de él, como si las tragara la tierra.

La tempestad había cesado. El aire era penetrante y frío, las siluetas de los cercanos mojones se percibían ya, eran las cuatro y media cuando Dick alcanzó la iglesia de la Encrucijada en el camino del Estado.

Para evitar la rápida pendiente había tomado un camino más largo y de mayor rodeo, en cuyo lodo vis-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

coso Jovita se hundía hasta las orejas á cada salto.

Era una pobre preparación para una seria subida de cinco millas; pero Jovita la emprendió con su habitual, ciega é irrazonable furia, y media hora más tarde alcanzó la extensa llanura que conduce á Rattllesnake Creek: media hora más y llegaban al Creek.

Dick soltó ligeramente las riendas sobre el cuello de la yegua, excitóla con un silbido y comenzó á cantar.

De repente se espantó Jovita, y dió un salto que hubiera desmontado á un jinete menos práctico.

Cogido de las riendas, estaba un hombre que había saltado desde la cuneta y al mismo tiempo se alzaban ante él y en el camino un caballo y otro jinete en la sombra.

—¡Saca tus cartas!—dijo en voz de mando y con una blasfemia, esta segunda aparición.

Dick sintió á la yegua temblar debajo de sí y como si se desplomara.

Sabía lo que esto significaba, y se preparó.

—Apártate, Jack Simpson, te conozco, maldito ladrón, déjame pasar ó.....

No terminó la frase.

Jovita se alzó de manos en el aire con un salto terrible, con su rebelde cabeza sacudió del bocado á la persona que la había cogido, y descargó su mortal malevolencia contra el obstáculo que se le oponía.

Oyóse una blasfemia, sonó un pistoletazo, caballo y salteador rodaron por el suelo y un momento después Jovita estaba á cien yardas de distancia.

Pero el buen brazo derecho del jinete, destrozado por una bala, colgaba inerte á su lado.

Sin disminuir la velocidad cambió las riendas á su mano izquierda.

Pero algunos momentos más tarde vióse obligado á parar y apretar la cincha, aflojada en el ataque.

Esto, en su estado, le ocupó algún tiempo.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

No temía la persecución; pero mirando al cielo vió que las estrellas de Oriente palidecían, y que los lejanos picos, perdida su espectral blancura, se destacaban ya con sombrías tintas sobre el más claro cielo.

El día se le venía encima.

Entonces, completamente absorto en una sola idea, olvidó el dolor de su herida y montando de nuevo corrió hacia Rattllesnake Creeck.

Mas el aliento de Jovita era ya entrecortado, Dick vacilaba en la silla y el cielo se aclaraba más y más.

Cabalga, Ricardo; corre, Jovita; párate ¡oh día!

En los últimos pasos sentía ya un zumbido en sus oídos.

Era la debilidad por la pérdida de sangre.....

Cuando atravesó el camino por bajo de la colina, estaba deslumbrado y desvanecido y no reconoció sus alrededores.

¿Había tomado un mal camino ó era aquello Rattllesnake Creeck?

Lo era.

Pero el alborotado arroyo que atravesara nadando algunas horas antes habíase desbordado, y duplicado su volumen, revolvíase entonces como rápido é irresistible río entre él y Rattllesnacke Hill.

Por primera vez en aquella noche, sintió Dick el corazón oprimido.

El río, la montaña, la temprana aurora, fluctuaban ante sus ojos.

Los cerró para recobrar la conciencia de sí mismo.

En aquel breve intervalo, por algún fantástico procedimiento mental, el cuartito de Sipmson's Bar, y el grupo del padre é hijo dormidos, surgió ante él.

Y abriéronse sus ojos; tiró su levita, la pistola, las botas y la misma silla, ató fuertemente á sus espaldas el precioso lío; con las desnudas rodillas apretó los

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

costados de Jovita, y, dando un grito, se arrojó en el amarillento río.

Otro grito se alzó desde la orilla opuesta, mientras que la cabeza de un hombre y de un caballo se mostraban por algunos momentos sobre la batalladora corriente, para ser arrastrados luégo fuera del río por entre descuajados árboles y arremolinados despojos.

. . . . . .

El viejo despertó sobresaltado.

El fuego se había extinguido en el hogar. La vela de la habitación interior agonizaba y alguien sacudía la puerta.

Abrióla, pero dando un grito retrocedió ante la chorreante y medio desnuda figura que vacilaba en el umbral.

—¿Dick?

—¡Calla! ¿Despertó ya?

—No; ¿pero... Dick?

—¡Calla, animal! Sácame un poco de aguardiente, aprisa!

El viejo voló en su busca y volvió con... una botella vacía!

Dick hubiera blasfemado, pero sus fuerzas no estaban á la altura de las circunstáncias.

Tambaleóse, se agarró del tirador de la puerta y llamó con una señal al viejo.

—Hay algo aquí en ese lío para Johnny. Quítamelo. Yo no puedo.

El viejo desató el lío y colocólo ante el pobre Dick que desfallecía.

—¡Ábrelo, pronto!

Lo hizo con dedos temblorosos.

Contenía tan sólo unos pobres juguetes, bastante baratos y toscos, pero relucientes de pintura y oropel.

Uno de ellos estaba roto, otro estropeado por el agua

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

irreparablemente; y sobre el último ¡ay de mí! había una mancha de sangre.

—No parece gran cosa, en verdad—balbuceó Dick tristemente.—Pero es lo mejor que hemos podido hacer. Tómalos, viejo y pónselos en sus zapatos, y díle... díle... díle, sabes... sostenme....

El viejo le recibió en sus brazos.

—Díle—añadió Dick, sonriendo débilmente—díle que Santa Claus ha venido.

Y así, manchado de lodo y sangre, casi desnudo, anonadado, andrajoso, con un brazo colgando inerte á su lado, Santa Claus llegó á Simpson's Bar y cayó desfallecido en el umbral de la primera puerta.

El albor de Navidad elevóse dulcemente, y con inefable amor pintó de rosadas tintas los picos lejanos.

Y contempló tan tiernamente á Simpson's Bar, que la montaña entera, como sorprendida en una acción generosa, se sonrojó hasta los cielos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

LA SUERTE DE ROARING-CAMP.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

AGITÁBASE en conmoción Roaring Camp. No sería por una reyerta, pues en 1850 no era esta novedad bastante para reunir todo el campamento. No sólo estaban desiertos los fosos, sino que hasta la especería de Tuttle contribuía también con sus jugadores, quienes, como se recordará muy bien, continuaron reposadamente su partida el día en que Pedro el francés y Kanaka Joe se mataron á tiros por encima del mostrador, en la sala delantera. Todos los vecinos estaban reunidos ante una tosca cabaña, hacia el lado exterior del campamento. La conversación seguíase en voz baja, y á menudo se repetía el nombre de una

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mujer, nombre bastante familiar en el campamento: *Cherokee Sal.*

Cuanto menos hablemos de ella, mejor. Era una mujer grosera y desgraciadamente muy pecadora, pero al fin y al cabo la única mujer del campamento Roaring; y cabalmente entonces sufría la crisis suprema que más necesita de los cuidados de su sexo.

Disoluta, abandonada é incorregible, padecía, sin embargo, un martirio cruel aún cuando lo atienden y dulcifican las compasivas manos femeninas, y más duro en su soledad.

La maldición de Eva había caído sobre ella en aquel aislamiento original que tan terrible debió hacer el castigo del primer pecado. Formaba tal vez parte de la expiación de sus faltas, que en el momento en que más falta le hacía la ternura intuitiva y los cuidados de su sexo, sólo se encontrara con las caras de menosprecio de sus compañeros. Sin embargo, creo que algunos de los espectadores se hallaban afectados por sus sufrimientos. Sandy Tipton pensaba que aquello era muy duro «para Sal», y conmovido con tal reflexión, se hizo por el momento superior al hecho de tener escondidos en la manga un as y dos triunfos.

Se comprenderá también la novedad del caso. No eran poco comunes en Roaring Camp los fallecimientos, pero un nacimiento no era cosa conocida. Se habían expulsado varias personas del campamento resuelta y terminantemente y sin ninguna probabilidad de ulterior regreso; pero esta era la primera vez que en él se introducía alguien *ab initio*. De aquí la conmoción.

— Entra tú aquí, Stumpy—dijo un ciudadano prominente, conocido por Kentuck, dirigiéndose á uno de los ociosos.—Entra aquí y mira lo que puedas hacer, tú que tienes experiencia en esos negocios.

La elección no podía ser más acertada. Stumpy en otros climas había sido la cabeza putativa de dos fa-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

milias. En efecto, á alguna informalidad legal en ese proceder se debió que Roaring Camp, pueblo hospitalario, le contase en su sociedad. La multitud aprobó la elección y Stumpy fué bastante sabio para acomodarse á la voluntad de la mayoría. La puerta se cerró tras del improvisado cirujano y comadrón, y todo Roaring Camp se sentó en los alrededores de la cabaña, fumó su pipa y aguardó el desenlace.

La asamblea contaba unos cien hombres; uno ó dos de estos verdaderos fugitivos de la justicia, otros eran criminales y todos del «qué se me da á mí.» Físicamente no dejaban traslucir el menor indicio sobre su vida y carácter pasados. El más desalmado tenía una cara de Rafael, con profusión de cabellos rubios: Oakhurst, el jugador, tenía el aire melancólico y el ensimismamiento intelectual de un Hamlet: el hombre más sereno y valiente apenas medía cinco piés de estatura, con una voz dulce y maneras tímidas y afeminadas. El término «truhanes» aplicado á ellos constituía más bien una distinción que una definición. Tal vez los detalles menores, como dedos de las manos y piés, orejas, etc., faltaban en el campamento; pero estas leves omisiones no le quitaban nada de su fuerza colectiva. El hombre más fuerte de entre ellos, no tenía más que tres dedos en la mano derecha; el más certero tirador sólo tenía un ojo.

Tal era el aspecto físico de los hombres dispersos en torno de la cabaña. El campamento lo formaba un valle triangular entre dos montañas y un río, y era su única salida un escarpado sendero que escalaba la cima de un monte frente á la cabaña, camino iluminado entonces por la luna que se levantaba.

La paciente podía haberlo visto desde el tosco lecho en que yacía. Podía verle serpentear como un hilo de plata, hasta parecer que en su alto confinaba con las estrellas. Un fuego de ramas de pino carcomidas fomentaba

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la sociabilidad en la reunión. Poco á poco reapareció la alegría natural de Roaring Camp. Se hicieron apuestas á discreción respecto al resultado: Tres contra cinco que Sal saldría con bien de la cosa; además, también apostóse que viviría la criatura y se atravesaron apuestas aparte sobre el sexo y complexión del presunto forastero. En medio de una animada controversia oyóse una exclamación de los que estaban más cercanos á la puerta y calló el campamento para escuchar. Dominando el rumor del aire entre los pinos que agitaba, el murmullo de la rápida corriente del río y el chisporroteo del fuego, oyóse un grito agudo, quejumbroso, un grito que no se parecía á nada de lo que hasta allí se había oído en el campamento. Los pinos cesaron de gemir, el río cesó en su murmullo y el fuego de chisporrotear: parecía como si la naturaleza se hubiese parado también para escuchar.

El campamento se levantó como un solo hombre. Alguien propuso volar un barril de pólvora, pero prevalecieron más sanos consejos, y sólo se acordó el disparo de algunos revolvers en consideración al estado de la madre, la cual, sea debido á la tosca cirujía del campamento, sea por algún otro motivo, se acababa por momentos. Antes de una hora, como si ascendiese por aquel escarpado camino que conducía á las estrellas, salió para siempre del Roaring Camp, de su pecado y de su vergüenza. No creo que tal noticia preocupara á nadie á no ser por la suerte de la criatura.

—¿Podrá vivir ahora? le preguntaron á Stumpy.

Su contestación fué dudosa. El único sér del sexo de Cherokee Sal que quedaba en el campamento en condiciones de maternidad, era una burra. Hubo sus dudas respecto á la propiedad de semejante nodriza, pero se sometió á la prueba, menos problemática que el antiguo tratamiento de Rómulo y Remo y al parecer tan satisfactoria.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En el arreglo de todos estos detalles, se pasó todavía otra hora. Por fin, se abrió la puerta y la ansiosa muchedumbre de hombres que ya se había formado en cola, desfiló ordenadamente por el interior. Al lado del bajo lecho de tablas, sobre el cual se dibujaba fantásticamente perfilado el cadáver de la madre envuelto en la manta, había una mesa de pino. Esta sustentaba una caja de velas, y dentro, envuelto en franela de un encarnado chillón, estaba tendido el recién llegado á Roaring Camp. Al lado de la caja de velas habían colocado un sombrero; pronto se comprendió su destino.

—Señores—dijo Stumpy, con una extraña mezcla de autoridad y de complacencia «ex-oficio,»—los señores tendrán la bondad de entrar por la puerta principal, dar la vuelta á la mesa y salir por la puerta trasera. Aquellos que deseen contribuir con algo para el huérfano, encontrarán á mano un sombrero.

El primer hombre entró con la cabeza cubierta, pero al girar una mirada en torno suyo se descubrió, y así, inconscientemente, dió el ejemplo al próximo, pues en tal comunidad de gentes, las acciones buenas y malas son contagiosas. Á medida que desfilaba la procesión, se dejaban oir los comentarios críticos, dirigidos más particularmente á Stumpy en su calidad de expositor:

—¿Y es eso?

—El ejemplar es muy pequeño.

—Qué coloradote está!

—Si no es más largo que un revólver!

No fueron menos característicos los donativos: una caja de rapé, de plata; un doblón; un revólver de marina, montado en plata; un lingote de oro; un hermoso pañuelo de señora primorosamente bordado (de parte de Oakhurst, el jugador) un alfiler de pecho, de diamantes; una sortija de diamantes (regalo sugerido

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

por el precedente, con la observación del dador de que vió aquel alfiler y lo mejoró con dos diamantes); una honda; una biblia (dador incógnito); una espuela de oro; una cucharita de plata (siento tener que decir que sus iniciales no eran las del dador); un par de tijeras de cirujano; una lanceta; un billete del banco de Inglaterra, de cinco libras; y como unos doscientos duros sueltos, en oro y en monedas de plata. Durante la ceremonia, Stumpy mantuvo un silencio tan absoluto como el de la muerta que tenía á su izquierda y una gravedad tan indescifrable como la del recién nacido de su derecha.

Sólo un incidente rompió la monotonía de aquella extraña procesión.

Mientras Kentuck se inclinaba curiosamente sobre la caja de velas, la criatura se volvió, y en un movimiento de espasmo cogió el errante dedo del minero y por un momento lo retuvo fuertemente.

Kentuck puso la estupefacta cara de un imbécil. Algo parecido al rubor se esforzó en asomar á sus mejillas curtidas por el tiempo.

—¡Maldito pillete!—dijo—retirando su dedo, con mayor ternura y cuidado de los que se podrían sospechar en él.

Y al salir mantenía el dedo algo separado de los demás, examinándolo con curiosidad.

Este examen provocó la misma original observación respecto de la criatura.

En efecto parecía regocijarse al repetirlo.

—Se ha peleado con mi dedo!—dijo á Tipton, mostrando este órgano privilegiado—¡Maldito pillete!

Las cuatro eran cuando el campamento se retiró a descansar. Ardía una luz en la cabaña donde alguien velaba; Stumpy no se acostó aquella noche ni Kentuck tampoco; éste bebió á discreción y relató gustosamente su aventura de un modo invariable, terminándola

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

con la calificación característica del recién nacido; esto parecía ponerle á salvo de cualquier acusación injusta de sensibilidad, y Kentuck tenía las debilidades del sexo fuerte. Cuando se hubieron acostado todos, se llegó hasta el río silbando con aire pensativo. Después remontó la cañada, y pasó por delante la cabaña silbando aún con significativo descuido. Descansó junto á un enorme palo campeche y volvió sobre sus pasos y otra vez pasó por la cabaña. Á la mitad del camino del río se paró otra vez, retrocedió y llamó á la puerta.

Stumpy la abrió.

—¿Cómo va?—dijo Kentuck—mirando por encima de Stumpy, hacia la caja de velas.

—Todo marcha—contestó Stumpy.

—¿Ocurre algo?

—Nada.

Hubo una pausa, una pausa embarazosa. Stumpy continuaba con la puerta abierta; Kentuck recurrió á su dedo, que mostró á Stumpy.

—¡Se peleó con él el maldito pillete!—dijo, y se retiró.

Al día siguiente Cherokee Sal tuvo la ruda sepultura que podía darle Roaring; después, cuando su cuerpo hubo sido devuelto al seno del monte, celebróse una reunión formal en el campamento para discutir lo que debería hacerse con su hijo. La resolución de adoptarle fué unánime y entusiasta. Pero á la vez se levantó una animada discusión respecto de la posibilidad y manera de proveer á sus necesidades. Fué de notar que los argumentos no participaron de ninguna de aquellas feroces personalidades á que conducían, por lo general, las discusiones en Roaring Camp. Tipton propuso enviar la criatura á Red-Dog, á cuarenta millas de distancia, en donde se le podrían prodigar femeniles cuidados: pero la desgraciada proposición encontró feroz y unánime oposición. Vióse claramente que no se to-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

maría en cuenta plan alguno que encerrase la idea de separarse de la nueva adquisición.

—Además—dijo Tom Ryder—aquella gente de Red-Dog lo cambiaría y nos endosaría otro,—incredulidad respecto á la honradez de los vecinos campamentos que prevalecía en Roaring Camp, como en otros sitios.

La entrada de una nodriza en el campamento también encontró oposición. Arguyóse que no se alcanzaría de una mujer decente el que aceptara como hogar Roaring Camp, y añadió el orador que no hacía falta nadie de otra especie. Esta indirecta, poco caritativa para la difunta madre, por dura que pareciese, fué el primer síntoma de regeneración del campamento. Stumpy nada dijo; tal vez por motivos de delicadeza no quiso meterse en la elección de su posible sucesor, pero cuando le preguntaron, afirmó resueltamente que él y *Jinny*, el mamífero antes aludido, podían arreglárselas para sacar adelante la criatura. Algo de original, independiente y heróico había en este plan, que gustó al campamento. Stumpy conservó su cargo, y se envió á Sacramento por algunas prendas.

—Cuidado—dijo el tesorero—poniendo en manos del enviado un saco de polvo de oro, que se pudo encontrar; encajes, trabajos de filigrana y randas.... el precio no importa.

Por extraño que parezca, la criatura salió adelante; tal vez el clima vigoroso de la montaña compensó la insuficiencia maternal. La naturaleza amamantó en su robusto pecho á este aventurero. En aquella atmósfera de las colinas, al pié de la sierra, en aquel aire vivo, de olores balsámicos, halló cordial á la vez purificante y vivificador, que le servía de alimento, ó bien una química sutil que convertía la leche de burra en cal y fósforo. Stumpy se inclinaba á creer que era lo último, y su buen cuidado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Yo y la burra—decía—le hemos servido de padre y madre.

Y acostumbraba añadir, dirigiéndose al envoltorio mal pergeñado que tenía ante sí:

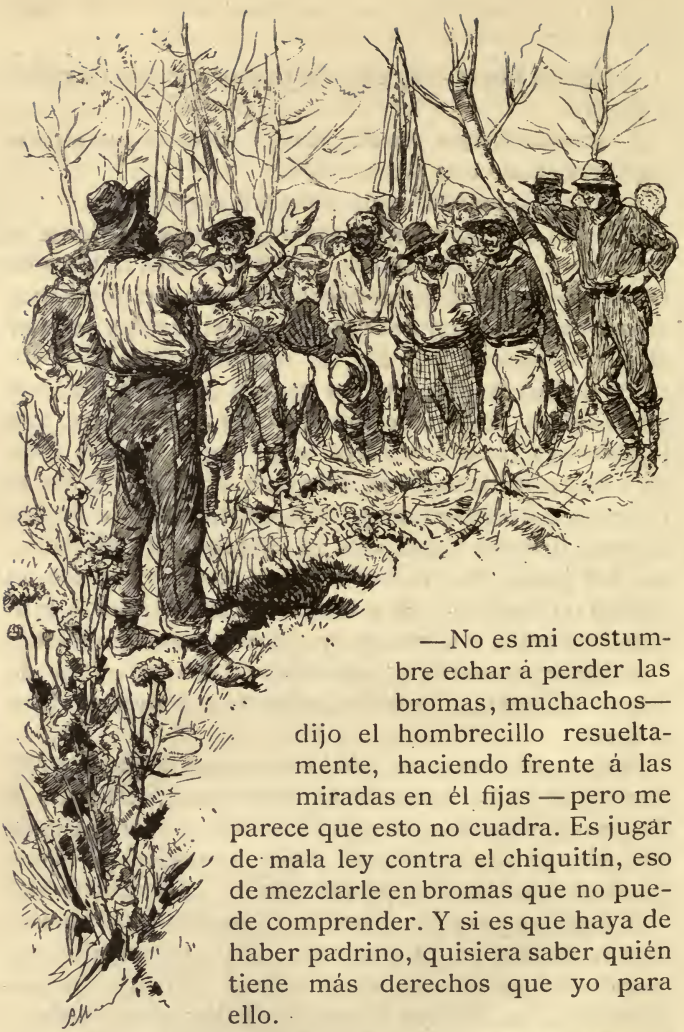
—Nunca jamás te vuelvas contra nosotros.

Cuando el niño cumplió un mes, hízose evidente la necesidad de darle nombre. Hasta entonces había sido conocido como «el corderito», «el niño de Stumpy», «el cayote» (alusión á sus facultades vocales) y aun por el tierno diminutivo de «el maldito pillete.» Pero comprendieron que esto era vago y poco satisfactorio y finalmente fué desechado bajo otra influencia. Los jugadores y los aventureros son supersticiosos: mister Oakhurst declaró un día que la criatura llevaba la «*suerte*» á Roaring Camp. Y lo cierto era que en los últimos tiempos había sido el campamento afortunado. Así pues, este fué el nombre convenido, con el prefijo de Tommy, para mayor claridad. No se hizo alusión alguna á la madre, y el padre era desconocido.

—Mejor es—dijo el filosófico Oakhurst—dar de nuevo las cartas, llamarle *La Suerte* y comenzar bien el juego.

Por consiguiente se señaló día para el bautizo. El lector que ya ha recogido algunas ideas acerca de la despreocupada irreverencia de Roaring Camp, puede imaginar lo que significaba esta solemnidad. El maestro de ceremonias era un tal Boston, célebre taravilla, y la ocasión parecía ofrecerle chistosas ocurrencias. Este ingenioso bufón pasó dos días preparando una parodia del ceremonial de la iglesia, con algunas alusiones locales. El coro fué convenientemente ensayado y Sandy Typton debía ser el padrino. Pero después que la procesión llegó á la arboleda con música y banderas al frente, y la criatura fué depositada al pié de un altar simulado, Stumpy se adelantó al frente de la muchedumbre en espectativa.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



—No es mi costumbre echar á perder las bromas, muchachos—dijo el hombrecillo resueltamente, haciendo frente á las miradas en él fijas —pero me parece que esto no cuadra. Es jugar de mala ley contra el chiquitín, eso de mezclarle en bromas que no puede comprender. Y si es que haya de haber padrino, quisiera saber quién tiene más derechos que yo para ello.

Un profundo silencio siguió al discurso de Stumpy. En honor de todos los bromistas sea dicho, que el primer hombre en reconocer la justicia fué el organizador del espectáculo, que de esta suerte se vió privado de su éxito.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Pero —añadió Stumpy rápidamente usando de estas ventajas—estamos aquí para un bautizo y lo tendremos: Yo te bautizo, Tomás La Suerte, según las leyes de los Estados Unidos y de California, y... en nombre de Dios.

Era la primera vez que el nombre de la divinidad se profería en el campamento de otro modo que profanándole. Esta forma de bautizo era tal vez más risible que la que había concebido el satírico Boston, pero—cosa extraña—nadie reparó en ello, nadie se rió. Tommy fué bautizado tan seriamente como lo hubiera sido bajo las bóvedas de un templo cristiano, y lloró y fué consolado á la manera ortodoxa.

Y de esta manera principió la obra de regeneración del Roaring Camp. Casi imperceptiblemente se operó en el campamento un cambio.

La cabaña destinada á Tommy La Suerte, ó á La Suerte, como más comunmente se le llamaba, experimentó las primeras señales de progreso. Fué escrupulosamente blanqueada, luégo entarimada con maderas, adornada y empapelada. La cuna de palo rosa traída de ochenta millas sobre un mulo, como decía Stumpy á su manera, *mató* lo demás del mueblaje. De esta manera la rehabilitación de la cabaña fué un hecho consumado. Los mineros que solían pasar el rato en casa de Stumpy, para ver cómo seguía La Suerte, apreciaban el cambio y en defensa propia el establecimiento rival, la especería de Tuttle, se restauró con una alfombra y un espejo. Las indiscreciones de este último mueble sobre la apariencia del campamento Roaring, tendieron á fomentar costumbres más rígidas de aseo personal; además, Stumpy impuso una especie de cuarentena á aquellos que aspiraban al honor de tener en brazos á La Suerte. Fué una mortificación para Kentuck, quien gracias al descuido de una varonil naturaleza y á las costumbres de la vida de fronteras, había creído

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hasta entonces que los vestidos eran una segunda piel que como la de la serpiente, sólo se cambiaba cuando se caía fuera de uso. Sin embargo, fué tan sutil la influencia de la innovación, que desde aquella fecha en adelante apareció regularmente con camisa limpia y cara aún reluciente por las abluciones. Tampoco fueron descuidadas las leyes higiénicas, tanto morales como sociales. Tommy, al que se suponía en necesidad permanente de reposo, no debía ser estorbado por el ruido. La gritería y los aullidos que le habían ganado al campamento su infeliz nombre (1), no fueron permitidos al alcance del oído de la casa de Stumpy. Los hombres conversaban en voz baja ó bien fumaban con gravedad india, la blasfemia fué tácitamente prohibida en estos sagrados recintos, y en todo el campamento la forma expletiva popular: *maldita sea la suerte* ó *maldita la suerte*, fué desechada como si se la interpretase en sentido personal. La música vocal fué autorizada por suponérsele una cualidad calmante, y cierta canción entonada por Jack, marino inglés, desertor de las colonias australianas de S. M. Británica, se hizo popular como un canto de cuna. Era el relato lúgubre de las hazañas de la *Aretusa*, navío de 74 cañones, cantado en tono menor, cuya melodía terminaba con un estribillo prolongado al fin de cada estrofa: *á bo...o...ordo de la Aretusa*. Era de ver á Jack meciendo en sus brazos á La Suerte con el movimiento de un buque y entonando esta canción naval. Sea por el extraño balanceo de Jack, sea por lo largo de la canción (contenía noventa estrofas, que se continuaban en concienzuda deliberación hasta el deseado fin) el canto de cuna causaba el efecto propuesto. En tales ocasiones los mineros se tendían bajo los árboles, en el suave crepúsculo de verano, fumando su pipa y sabo-

(1) *Roaring* de *to roar*, rugir ó gritar.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

reando los melodiosos sonidos. Una vaga idèa de que esto era la felicidad pastoril, invadió el campamento.

—Esta especie de cosa—decía el Chokney Simons gravemente apoyado en su codo—es celestial.

Le recordaba á Greenwich.

En los días largos de verano, generalmente llevaban á La Suerte al valle, donde Roaring Camp explotaba el oro. Allí, sobre una manta extendida por encima de ramas de pino, permanecía mientras los hombres trabajaban más abajo. El rudo ingenio de los mineros acabó por decorar esta cuna con flores y arbustos olorosos, llevándole cada cual de tiempo en tiempo matas de silvestre madre-selva, azalea, ó bien los capullos pintados de *las mariposas*. Los mineros despertaron de repente á la idea de la hermosura y significación de estas bagatelas que durante tanto tiempo habían hollado descuidadamente. Un pedacito de reluciente mica, un fragmento de cuarzo de variado color, una piedra pulida por la corriente del río, se embellecieron á los ojos de estos valientes mineros y fueron siempre puestos aparte para La Suerte. Maravillaba la multitud de tesoros que dieron los bosques y las montañas para Tommy. Rodeado de juguetes tales como jamás los tuvo niño alguno en el país de las hadas, es de esperar que Tommy viviese contento. Parecía descansar en su felicidad, pero dominaba una gravedad infantil en él, una luz contemplativa en sus grises y redondos ojos que alguna vez inquietaba á Stumpy. Era muy dócil y apacible. Cuentan que una vez habiendo caminado á gatas más allá de su *corral* ó cercado de ramas de pino entrelazadas que rodeaban su cuna, se cayó de cabeza por encima del banquillo, en la tierra blanda, y permaneció con las abigarradas piernas al aire, por lo menos, cinco minutos, con una gravedad inalterable. Le levantaron sin una queja. Vacilo en recordar otros muchos ejemplos de su sagacidad que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

desgraciadamente descansan en las relaciones de amigos interesados. Algunos de ellos no carecían de cierto tinte supersticioso.

Un día Kentuck llegó en un estado de excitación que no le dejaba respirar:

—Hace un momento—dijo—subí por la colina, y maldito sea mi pellejo, si no hablaba con una urraca que se ha posado sobre sus rodillas. Allí estaban

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ambos tan desenvueltos y sociales, como vos y yo, charlando como dos querubines.

Sea como fuére, ya corriese á gatas por entre las ramas de los pinos ó tumbado de espaldas contemplase las hojas que sobre él se mecían, para él cantaban los pájaros, brincaban las ardillas y se abrían las flores. La naturaleza fué su nodriza y compañera de juego. Para él deslizaba entre las hojas, flechas doradas de sol que caían al alcance de su mano; enviaba brisas, para orearle con el aroma del laurel y de la resina; le saludaban los altos palos-campeches familiarmente, y soñolientas zumbaban las abejas, y los cuervos graznaban para adormecerle. Tal fué el verano, edad de oro de Roaring Camp.

Era un gran tiempo aquel, y La Suerte estaba con ellos. Los filones rendían enormemente; el campamento estaba celoso de sus privilegios y miraba con prevención á los forasteros; no se estimulaba á la inmigración, y, al efectó de hacer más perfecta su soledad compraron el terreno del otro lado de la montaña que circundaba el campamento como una muralla. Esto y una reputación de rara destreza en el manejo del revólver mantuvo inviolable el recinto de Roaring Camp. El correo, único eslabón que les unía con el mundo circunvecino, contaba algunas veces maravillosas historias del campamento. Solía decir: «Allí arriba en Roaring, tienen una calle que deja muy atrás á cualquier calle de Red-Dog; tienen alrededor de sus casas emparrados y flores, y se lavan dos veces al día; pero son muy duros para con los extranjeros é idolatran á una criatura india.»

Con la mejora del campamento entró un deseo de mayores adelantos; para la primavera siguiente se propuso edificar una fonda é invitar á una ó dos familias decentes para que residiesen allí en favor de La Suerte, quien tal vez sacaría provecho de la sociedad feme-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nina. El sacrificio que esta concesión hecha al bello sexo, costó á aquellos hombres, que eran tenazmente excépticos respecto de su virtud y utilidad general, sólo puede comprenderse por su afecto á Tommy.

Algunos llegaron á oponerse, pero la resolución no se podía efectuar hasta al cabo de tres meses, y la misma minoría cedió, sin resistencia, con la esperanza de que algo sucedería que lo impidiese, y así sucedió.

El invierno de 1851 se recordará por mucho tiempo en las colinas. Una densa capa de nieve cubría las sierras: cada riachuelo de la montaña se transformó en un río y cada río en un lago: las cañadas se convirtieron en torrentes desbordados que se precipitaron por las laderas de los montes, arrancando árboles gigantescos y esparciendo sus arremolinados despojos á lo largo de la llanura. Red-Dog fué inundado ya por dos veces, y Roaring Camp estaba ya advertido de ello.

—El agua llevó el oro á estas hondonadas—dijo Stumpy—ha estado aquí una vez y vendrá otra.

Y aquella noche el North-Fork rebasó repentinamente sus orillas y barrió el valle triangular de Roaring Camp. En la irrupción del agua que arrebataba árboles quebrados y maderas crujientes, y en la oscuridad que parecía deslizarse con el agua é invadir poco á poco el hermoso valle, poco pudo hacerse para recoger el esparramado campamento. Cuando amaneció, la cabaña de Stumpy, la más cercana á la orilla del río, había desaparecido. Más arriba, en la hondonada, encontraron el cuerpo de su desgraciado propietario; pero el orgullo, la esperanza, la alegría, La Suerte de Roaring Camp había desaparecido.

Ya se volvían con corazón triste, cuando un grito lanzado desde la orilla les detuvo; era una barca de socorro que venía contra corriente. Dijeron que habían recogido un hombre y una criatura medio exáni-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mes, como unas dos millas más abajo. Acaso alguno les conocería si pertenecían al campamento.

Les bastó una sola mirada para reconocer á Kentuck, tendido, y magullado cruelmente, pero teniendo todavía en los brazos á La Suerte de Roaring Camp.

Al inclinarse sobre la pareja extrañamente junta, vieron que la criatura estaba fría y sin pulso.

—Está muerto, dijo uno.

Kentuck abrió los ojos.

—¿Muerto? repitió débilmente.

—Sí, buen hombre, y vos también os estais muriendo.

Una sonrisa iluminó los ojos del moribundo Kentuck.

—Muriéndome, repitió, se me lleva consigo. Decid á los muchachos que me quedo con la Suerte.

Y el hombre fuerte, asiendo á la débil criatura como el que se ahoga se aferra en una paja, desapareció en el tenebroso río que corre para siempre á un mar desconocido.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

EL SOCIO DE TENNESSEE.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Creo que nunca supimos su verdadero nombre, y por cierto que el ignorarlo no causó jamás en nuestra sociedad el menor disgusto, puesto que en 1854 la mayor parte de la gente de Sandy-Bar (1) se bautizó de nuevo.

Algunas veces los apodos se derivaban de alguna extravagancia en el traje, como en el caso de *Dungaree-Jack* ó bien de alguna singularidad en las costumbres, como en el de *Saleratus-Bill*, así nombrado por

(1) Dique arenoso.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la enorme cantidad de aquella materia química que echaba en su pan cotidiano, ó bien de algún desgraciado *lapsus* como sucedió al *Pirata de hierro*, hombre dulce é inofensivo, que obtuvo aquel lúgubre título por su fatal pronunciación del término *Pirita de hierro*. Puede que esto haya sido el principio de una tosca heráldica; pero me inclino á pensar que, como en aquellos días el verdadero nombre de un individuo descansaba únicamente en su deleznable palabra, no se le daba importancia.

—¿Os llamais Clifford, es cierto?—dijo Boston dirigiéndose con soberano desprecio á un tímido recién llegado.—El infierno está empedrado de tales Cliffords.

Y en seguida presentó al desgraciado, cuyo nombre por casualidad era realmente Clifford, como el *Papagayo Carlos*, repentina y profana inspiración que pesó sobre él para *in eternum*.

Pero volvamos al socio de Tennessee, á quien siempre conocimos por este título relativo, aunque más tarde supimos que existió como una individualidad separada y distinta. Parece que en 1853 se marchó de Pocker-Flats (1) para San Francisco, con el propósito manifiesto de buscar mujer, aunque no pasó más allá de Stockton.

En aquel lugar se sintió atraído por una joven que servía á la mesa en la fonda en que se hospedaba. Una mañana le dijo algo que la hizo sonreir no desfavorablemente, y romper con alguna coquetería un plato de pan tostado contra la seria y sencilla cara, que se le dirigía, retrocediendo luégo á la cocina. La siguió, y pocos momentos después regresó cubierto por más pan tostado, pero vencedor. Al cabo de ocho días se casaron ante un juez de paz y volvieron á Pocker-Flat.

(1) Dase el nombre de *Flats*, á los depósitos de aluviones auríferos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Reconozco que se podría sacar más partido de este episodio, pero prefiero narrarlo tal como corría por las cañadas y tabernas de Sandy-Bar, donde todo sentimiento se modificaba por un subido barniz de humorismo. De su felicidad matrimonial poco se supo hasta que Tennessee, que vivía entonces con su socio, tuvo un día ocasión de decir por cuenta propia, algo á la novia, que «la hizo sonreir no desfavorablemente,» retirándose esta vez hasta Marysville, á donde la siguió Tennessee y donde pusieron casa, sin la ayuda del juez de paz. El socio de Tennessee sobrellevó sencilla y seriamente, según su costumbre, la pérdida de su mujer; pero la sorpresa de todo el mundo fué, cuando al volver un día Tennessee de Marysville sin la mujer de su socio, porque ella, siguiendo su costumbre, se había sonreído y marchado con otro, el socio de Tennessee fué el primero en estrecharle la mano y darle afectuosamente la bienvenida. Naturalmente que los muchachos que se habían reunido en la cañada para presenciar el tiroteo, se indignaron, y su indignación se hubiera manifestado por medio del sarcasmo, á no ser una cierta mirada en los ojos del socio de Tennessee, que indicaba no sobrarle las ganas de bromear. En resumen era un hombre grave, pero que dominaba el detalle práctico que era desagradable en un caso de dificultad.

En tanto el sentimiento público del Bar contra Tennessee se pronunciaba y crecía. Era conocido por jugador y sospechoso de ladrón, y estas sospechas alcanzaban igualmente á su socio; la continua intimidad con Tennessee después del citado asunto, sólo podía explicarse por la hipótesis de complicidad en el crimen. Finalmente la culpa de Tennessee se hizo manifiesta: un día alcanzó á un forastero en el camino de Red-Dog; éste contó después que Tennessee le

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

acompañó distrayéndole con interesantes anécdotas y recuerdos, pero que con poca lógica terminó la entrevista con las siguientes palabras:

—Y ahora, joven, os molestaré pidiéndoos vuestro cuchillo, vuestras pistolas y vuestro dinero, ¿me comprendeis? Las armas podrían ocasionaros algún disgusto en Red-Dog, y el dinero sería una tentación para los mal intencionados. Creo que me habeis dado vuestras señas en San Francisco. Haré lo posible por visitaros.

Y digamos de paso que Tennessee poseía una verbosidad humorística, que ninguna preocupación comercial podía dominar por completo.

Esta fué su última hazaña. Red-Dog y Sandy-Bar hicieron causa común contra el bandolero, y Tennessee fué cazado casi como su prototipo el oso en la trampa. Cuando le tendían las redes, en el salón de las Arcadas, se lanzó desesperado al través del Bar descargando su revólver contra la muchedumbre, llegando así hasta el *Cañón del Oso;* pero al extremo de éste fué detenido por un hombre pequeño montado en un caballo gris. Se miraron un momento en silencio. Ambos eran intrépidos; ambos de sangre fría é independientes, y ambos tipos de una civilización que en el siglo XVII hubiera sido llamada heróica, y en el siglo XIX sólo *despreocupada.*

—¿Qué llevais? Mostrad el juego—dijo Tennessee tranquilamente.

—Dos triunfos y un as—contestó el forastero con la misma tranquilidad, enseñando dos revólvers y una cuchilla.

—Paso—repuso Tennessee.

Y con este epígrama de jugador, tiró su inútil pistola y retrocedió junto con su aprehensor.

La noche era calurosa. La fresca brisa que de ordinario, al ponerse el sol, descendía por la empinada

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

montaña de chaparros, fué aquella noche negada á Sandy Bar; la estrecha cañada sofocaba con sus cálidos y resinosos olores, y la madera podrida en el Bar despedía exhalaciones nauseabundas. La excitación del día y sus fieras pasiones latían aún en el campamento. Las luces se agitaban sin descanso á entrambos lados del río, y ni un sòlo reflejo de la oscùra corriente les contestaba. Por encima de la negra silueta de los pinos, los balcones del viejo desván del correo se destacaban brillantemente iluminados; y al través de sus ventanas sin cortinas, los desocupados podían ver desde abajo las sombras de los que en aquel momento decidían de la suerte de Tennessee; y por encima de todo esto, destacándose sobre el oscuro firmamento, se alzaba impasible la lejana sierra, coronada de las aùn más lejanas é impasibles estrellas.

La causa de Tennessee se llevó tan lealmente como era de esperar de un juez y de un jurado que se sentían hasta cierto punto obligados á justificar en su veredicto las irregularidades del arresto y delación. La ley de Sandy-Bar era implacable, pero no vengativa. La excitación y el resentimiento personal que motivaron semejante caza, se habían terminado. Con Tennessee seguro en sus manos, estaban dispuestos á escuchar impasibles la defensa, convencidos de que ya sería insuficiente; y no teniendo en su interior duda alguna, querían conceder al preso el derecho más lato que darse pudiera. Descansando en la hipótesis de que debía ser ahorcado en virtud de principios generales, le favorecían permitiéndole más amplio derecho del que su despreocupada osadía reclamaba. El juez parecía más inquieto que el mismo preso, quien indiferente para lo demás, afectaba al parecer una lúgubre satisfacción en la responsabilidad que creara.

—No tomo carta alguna en este juego—era la con-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

testación invariable, aunque humorística, que daba siempre á toda pregunta.

El juez, que era al propio tiempo su aprehensor, se arrepintió vagamente de no haberle descerrajado un tiro aquella mañana; pero pronto desechó esta flaqueza vulgar como indigna de una mente judicial. Sin embargo, cuando sonó un golpe á la puerta y se dijo que el socio de Tennessee estaba allí para defender al prisionero, fué admitido en seguida sin el menor interrogatorio; tal vez los miembros más jovenes del Jurado, para quienes los sucesos se prestaban á graves reflexiones, le saludaban como un socorro. Pero no era en verdad una figura imponente: bajo y regordete, con la cara cuadrada, tostado por el sol hasta un color casi sobrenatural, vistiendo una ancha chaqueta y pantalones listados y manchado por barro rojizo, en cualquier circunstancia su aspecto hubiera sido extravagante, pero en la presente era hasta ridículo. Cuando se inclinó para dejar á sus piés un pesado saco de noche que llevaba, echóse de ver, por las inusitadas inscripciones que puso de manifiesto, que la tela con que estaban remendados sus pantalones, fué destinada en su origen, á un envoltorio más modesto. Sin embargo, con gravedad suma adelantóse, y después de haber estrechado con afectada cordialidad la mano de cuantos estaban en el salón, enjugó su seria y perpleja cara con un pañuelo rojo de seda menos oscuro que su tez, apoyó su robusta mano sobre la mesa, y se dirigió al jurado:

—Pasaba por aquí—principió como excusándose—y se me ocurrió entrar á ver cómo seguía el asunto de ese Tennessee, mi socio. La noche es sofocante. No recuerdo un tiempo parecido en el Bar.

Calló un momento, pero como á nadie se le ocurrió impugnar esta observación meteorológica, acudió segunda vez al recurso de su pañuelo, y por

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

algunos momentos se enjugó con diligencia la cara.

—¿ Teneis algo que decir en favor del preso ? —preguntó por fin el juez.

— Eso es — dijo el socio de Tennessee — vengo aquí como su socio, pues le trato desde hace cuatro años, en la comida y bebida, en el mal y en el bien, en la prosperidad y en la adversidad. Sus caminos no son siempre los míos; pero no hay en ese joven cualidad, no ha hecho calaverada que yo no sepa. Y vos me pregun-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tais, me decís, confidencialmente, de hombre á hombre, me decís: ¿ Sabeis algo en su favor ? Pues yo os digo, os digo confidencialmente, de hombre á hombre: ¿ qué quereis que uno sepa de su socio ?

—¿ Es eso todo cuanto teneis que decir?—preguntó el juez impaciente, previendo tal vez que una peligrosa simpatía humorística vendría á humanizar la sala.

—Vamos á eso — continuó el socio de Tennessee.— No seré yo quien diga algo contra él. Y ahora veamos el caso. He aquí que á Tennessee le hace falta dinero, que le hace mucha falta dinero, y no le gusta pedirlo á su viejo socio. Bueno; ¿ pues qué es lo que hace Tennessee ? Echa el anzuelo á un forastero y pesca al forastero. Y vosotros le echais el anzuelo y le pescais á él. ¡ Tantos á tantos de triunfos! Yo apelo á vos, que sois un hombre de recto criterio, y á todos vosotros, señores, como hombres de recto criterio, si es esto así ó no.....

—Preso— dijo el juez interrumpiéndole.—¿ Teneis alguna pregunta que hacer á ese hombre?

—No ! no!— continuó rápidamente el socio de Tennessee. — Esta partida me la juego yo solo. Y para llegar de una vez al filón, esto es lo que hay: Tennessee la ha jugado muy pesada y muy cara contra un forastero y contra este campamento. Y ahora, ¿ qué es lo justo ? Unos diran sus más, otros dirán sus menos ; en fin, aquí van 1,700 duros en oro sencillo y un reloj— es todo mi montón—y no hablemos más de esto!

Y antes de que mano alguna se pudiese levantar para evitarlo, había vaciado ya sobre la mesa el contenido del saco de noche.

Por un momento estuvo su vida en peligro. Uno ó dos hombres se levantaron en el acto, varias manos buscaron armas ocultas, y sólo la intervencion del juez pudo dominar la propuesta de «echarle por la ventana.» Tennessee se reía, y su socio, al parecer igno-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

rante de la sobreexcitación que causaba, aprovechó la oportunidad para enjugarse otra vez la cara con el pañuelo.

Cuando se restableció el orden y se hizo comprender al buen hombre, por medio de enérgicas demostraciones, que la ofensa de Tennessee no podía ser expiada por dinero, su fisonomía tomó un color más sanguinolento aún; y los que estaban cerca de él, notaron que su ruda mano temblaba ligeramente sobre la mesa. Titubeó un momento, antes de volver el oro al saco de noche, como si no hubiese comprendido del todo el elevado sentimiento de justicia que guiaba al tribunal, y recelase no haber ofrecido bastante. Luégo se volvió hacia el juez diciendo:

—Esta partida la he jugado solo, sin mi socio.

Saludó al jurado é iba á retirarse, cuando el juez le llamó.

—Si algo teneis que decir á Tennessee, haríais mejor en hablarle ahora.

Por vez primera en aquella noche, los ojos del preso y los de su extraño abogado se encontraron. Tennessee mostró sus blancos dientes con franca sonrisa y diciendo:

—¡Partida perdida, viejo!—le tendió la mano.

El socio de Tennessee la estrechó entre las suyas.

—Como pasaba por casualidad — dijo — entré sólo por ver cómo seguían las cosas.

Despues dejó caer pasivamente la mano que le tendiera, y añadiendo que «la noche era calurosa» se enjugó de nuevo la cara con el pañuelo, y sin más, se retiró.

Aquellos dos hombres no se encontraron ya jamás en la vida. El inaudito insulto de haberse propuesto un soborno á un juez de la ley de Lynch, la cual aunque fanática, débil ó estrecha, era por lo menos incorruptible, excluyó de un modo irrevocable de la mente de aquel personaje mítico, toda vacilación respecto al

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

destino de Tennessee; y al amanecer, estrechamente escoltado, se le condujo á la cima del Monte Marley, donde debía encontrar su fin.

De cómo lo arrostró, de cuán sereno estaba, de cómo se negó á declarar cosa alguna, de cuán legales eran las disposiciones del comité, de todo se trató debidamente en el *Pregón de Red-Dog*, con la añadidura de una amonestación moral á modo de lección para todos los futuros malhechores, y ya que el editor estaba presente, á su vigoroso inglés remito de buena gana al lector. Pero esta hoja local no describió la belleza de aquella mañana de verano, la santa armonía de la tierra, del aire y del cielo, la vida que rebosaba de los libres bosques y montes, el alegre renacimiento, las divinas promesas y la serenidad infinita de la Naturaleza, porque no formaban parte de la lección social. Y, sin embargo, después que el insignificante acto se hubo consumado y que una vida, con sus poderes y responsabilidades hubo salido de aquella cosa disforme que colgaba entre la tierra y el cielo, los pájaros cantaban aún, las flores se abrían y el sol resplandecía tan alegremente como antes. Quizás el *Pregón de Red-Dog* tenía razón.

El socio de Tennessee no se encontraba en el grupo que rodeaba el lúgubre árbol; pero cuando los asistentes nos volvimos para dispersarnos, atrajo nuestra atención la presencia de un carrucho tirado por un burro y parado en el borde del camino. Al acercarnos, reconocimos desde luégo á la venerable Jenny y el carro de dos ruedas propiedad del socio de Tennessee y que éste empleaba para extraer las tierras de su *placer*. Algunos pasos más lejos el propietario del vehículo en persona, sentado bajo un buckeye (1), enjugaba el sudor de su rostro amoratado.

(1) Árbol del país.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Contestando á los que le preguntaban, dijo que había ido allí por el cuerpo del difunto si no lo tenía á mal el Comité; que no quería apresurar las cosas; podía esperar, pues aquel día no trabajaba; y cuando los señores hubiesen concluído con el difunto, se lo llevaría. Si alguno de los presentes, —añadió con su manera sencilla y seria, —gusta tomar parte en el entierro, puede venir.

Tal vez, por una de tantas humoradas, que, como ya he indicado, eran características de Sandy Bar; tal vez por algo mejor, el caso es que las dos terceras partes de los desocupados aceptaron en seguida la invitación.

Era ya medio día, cuando el cuerpo de Tennessee fué puesto en manos de su socio. Al acercarse el carro al árbol fatal, observamos que contenía una tosca caja oblonga, hecha al parecer de tablas de *sluice* (1) medio rellena de cortezas y ramillas de pino. Adornaban la carreta recortes de sauce y la perfumaban flores de buckey. Cuando el cuerpo estuvo depositado en la caja, el socio de Tennessee lo cubrió con una tela embreada, montó gravemente en el estrecho pescante delantero, y con los piés sobre las varas, arreó al borriquito.

El vehículo avanzó lentamente, con aquel paso decoroso que, aun en circunstancias menos solemnes, era habitual á Jenny.

Los mineros, medio por curiosidad, medio por broma, pero todos de buen humor, siguieron á entrambos lados del carro; unos delante, otros detrás del sencillo ataúd; pero sea por la estrechez del camino ó por algún sentimiento honroso momentáneo, á medida que adelantaba el carro, el acompañamiento

(1) Canal formada con tablas de madera, por donde se dejan correr, disgregadas con agua, las tierras auríferas pasando sobre mercurio que se amalgama el oro.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se retrasaba en parejas, guardando el paso y tomando el aspecto de una solemne procesión. Jack Folinsbee, que á la salida había empezado la parodia de una marcha fúnebre, moviendo los dedos sobre un trompón imaginario, desistió de proseguirla, por no hallar simpática acogida. Faltóle acaso la aptitud del verdadero humorista, que sabe divertirse con sus propias gracias.

El camino atravesaba la cañada del Oso, revestida á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

aquella hora de sombrío y fúnebre ropaje. Los campeches, escondiendo en el rojizo terreno sus piés, guarnecían la senda como en fila india, y sus inclinadas ramas parecían echar una extraña bendición sobre el féretro que pasaba. Una liebre, sorprendida en su ingénita actividad, sentóse sobre las patas traseras, rebullendo entre los helechos del borde del camino mientras desfilaba el cortejo. Las ardillas se apresuraron á ganar las ramas más altas para atisbar desde allí en seguridad, y los gayos azules, tendiendo las alas, revoloteaban á la delantera, como postillones, hasta que alcanzamos los arrabales de Sandy-Bar y la solitaria cabaña del socio de Tennessee.

Aun visto en circunstancias más placenteras, no hubiese sido aquel un lugar alegre. El emplazamiento poco pintoresco, la tosca y fea silueta y los groseros detalles que distinguen las construcciones del minero californiano, todo se reunía allí á la tristeza de la ruina. Á algunos pasos de la cabaña, se extendía un inculto cercado que, en los cortos días de felicidad matrimonial del socio de Tennessee, había servido de jardín, pero que, en aquel entonces, disfrutaba de una exuberante vegetación de helechos. Á medida que nos aproximamos al cercado, nos sorprendimos viendo que, lo que habíamos tomado por un reciente ensayo de cultivo, era sólo desmonte que rodeaba una tumba reciente. La carreta estaba parada ya delante

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

del cercado, y rehusando el socio de Tennessee las ofertas de auxilio, con el mismo aire de confianza que había demostrado en todo, cargó con la caja y la depositó, sin ayuda de nadie, en la poco profunda fosa. Clavó después la tabla que servía de tapa, y subiéndose al montículo de tierra que se alzaba junto á la huesa, descubrióse y se enjugó lentamente la cara con el pañuelo. El concurso comprendió que eran estos los preliminares de un discurso, y se esparció sobre los troncos de árbol y las rocas quedando en espectativa.

Entonces el socio de Tennessee, dijo pausadamente:

—Cuando un hombre ha estado corriendo en libertad todo el día, ¿qué es lo natural que haga? Pues volver á casa. Y suponiendo que no pueda volver á casa por sí mismo, ¿qué es lo que debe hacer su mejor amigo? Naturalmente que traerle á ella! Y aquí teneis á Tennessee que ha estado corriendo en libertad y de sus peregrinaciones le traemos á casa.

Calló, bajóse á coger un fragmento de cuarzo, lo frotó pensativo contra su manga y prosiguió:

—No es la primera vez que le he cargado sobre mis espaldas como ahora habeis visto; no es la primera vez que le he traído á esta cabaña, cuando no se podía valer por sí mismo; no es la primera vez que yo y Jenny le hemos esperado allá arriba, y le hemos recogido y traído á casa cuando no podía hablar, ni me reconocía! Y hoy que es el último día... ya veis...

Interrumpióse otra vez y frotó el cuarzo contra su manga.

—Ya veis que el caso es duro para su socio... Y ahora, señores—añadió bruscamente, recogiendo su pala de largo mango—se acabó el entierro; os doy gracias y... Tennessee os las da también por la molestia que os hemos causado.

Resistiendo cuantas ofertas de ayudarle se le hicie-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ron, comenzó á llenar la tumba dando la espalda al gentío, que, después de algunos momentos de indecisión, se retiró lentamente. Al doblar la pequeña cresta que ocultaba á su vista Sandy-Bar, algunos, volviéndose hacia atrás, creyeron ver al socio de Tennessee, terminada ya su obra, sentado sobre la tumba, con la pala entre las rodillas y la cara sepultada en su rojo pañuelo de seda; pero otros arguyeron que, á tal distancia, no era posible distinguir la cara del pañuelo, y este punto quedó indeciso.

En el cansancio que siguió á la agitación febril de aquel día, el socio de Tennessee no fué echado en olvido. Una investigación que se hizo en secreto le libró de la supuesta complicidad en el crimen de Tennessee, pero no de cierta sospecha sobre si estaba ó no en su cabal juicio. Sandy-Bar, hizo caso de conciencia el visitarle ofreciéndole varios regalos toscos, aunque bien intencionados. Desde el día fatal, aquella salud y enorme fuerza parecieron declinar visiblemente; y entrada ya la estación de las lluvias, cuando las hojillas de yerba comenzaron á asomar por entre el pedregoso montículo que cubría la tumba de Tennessee, se metió en cama.

Aquella noche, los pinos que rodeaban la cabaña, sacudidos por la tempestad, arrastraban sus esbeltas ramas por encima del techo, y á lo lejos se oían el rujido y los embates del hinchado río. El socio de Tennessee alzó la cabeza de la almohada.

—Ya es hora—dijo.—Voy en busca de Tennessee; engancharé á Jenny.

Y se hubiera levantado de la cama á no habérselo impedido su criada. Forcejeando, sin embargo, continuó en su singular delirio:

—Só! Só! Jenny! quieta, vieja! Qué oscuro está! Cuidado con los baches, y cuida también de él, vieja. Sabes que á veces, cuando está borracho, cae como

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

un tronco en mitad del camino. Vé, pues, en derechura hasta el pino de allá arriba, en la colina. Bueno... no lo dije!... ahí está!... ya viene.... solo... sereno.... ¡Cómo brilla su rostro! ¡¡Tennessee!!

Y así se encontraron.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

UN POBRE HOMBRE.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Se llamaba Fagg—David Fagg. Vino con nosotros á California, el año 1852, en el Skyscraper. No creo que lo hiciese con espíritu aventurero; probablemente no tendría otro lugar á donde ir. Cuando reunidos los jóvenes, ponderábamos las magníficas colocaciones que habíamos abandonado, y cuán tristes habían quedado nuestros amigos al vernos partir; cuando enseñábamos daguerreotipos, y bucles de cabello, y hablábamos de María y de Susana, *el pobre hombre* solía sentarse entre nosotros y nos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

escuchaba penosamente humillado, aunque sin decir palabra. Creo que nada tenía que decir. No tenía tampoco camaradas, excepto cuando nosotros le protegíamos, y en honor de la verdad, nos divertía mucho. Apenas hacía viento para hinchar una gorra, y ya se mareaba; nunca pudo acostumbrarse al mar. Jamás olvidaré cuánto nos reimos, cuando Rattler le trajo un pedazo de tocino en un cordel, y... pero ya conoceis esta chanza clásica; luégo, bromeamos á sus costas deliciosamente. Miss Fanny Twinkler no podía sufrirle; le hacíamos creer que se había encaprichado con él, y le enviábamos al camarote golosinas y libros. Era de ver la chistosa escena que tuvo lugar cuando tartamudeando y luchando contra el mareo, subió á darle las gracias. ¡No se enfadó poco ella! Se parecía á Medora, según dijo Rattler, que sabía á Byron de memoria, y ¡no estaba poco sofocado el viejo Fagg! Pero no nos guardó rencor, y cuando Rattler cayó enfermo en Valparaíso, el viejo Fagg le cuidó. Como veis era un chico de buena pasta, pero le faltaban valor y empresa. No tenía absolutamente idea de la poesía. Llegué á verle sentado, remendando su ropa vieja, mientras que Rattler recitaba los conmovedores apóstrofes de Byron, al Océano. Un día preguntó muy serio á Rattler, si creía que Byron se hubiese mareado en alguna ocasión. No recuerdo la respuesta de Rattler, pero sí que todos nos reímos, y creo que no dejaría de ser buena, pues Rattler era chusco.

Cuando el Skyscraper llegó á San Francisco, celebramos una gran comilona. Acordóse reunirnos todos los años, y perpetuar este recuerdo. Por supuesto, que no convidamos á Fagg. Fagg era un pasajero de tercera, y como comprendereis, era necesario ya que estábamos en tierra, ser un poco discretos. Pero el viejo Fagg, como le llamábamos, aunque no tendría

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

más allá de veinticinco años (sea dicho entre paréntesis); fué para nosotros aquel día, objeto de gran diversión. Según parece, concibió la idea de ir á pié á Sacramento, y realmente á pié partió. La fiesta fué cabal: nos dimos todos un buen apretón de manos, y nos separamos. ¡Ay de mí! Sólo hace de ello ocho años, y sin embargo, algunas de aquellas manos, estrechadas entonces amistosamente, se han alzado de unos contra otros, y han entrado furtivamente en nuestros bolsillos. Me consta que no comimos juntos al año siguiente, porque el joven Baker juró que no pondría jamás los piés bajo la misma mesa que un canalla tan despreciable como Mixer; y á Nibbles, el que pidió dinero prestado en Valparaíso al joven Llubbs, que servía de mozo en un restaurant, no le gustaba encontrarse con gente de tal calaña.

Cuando compré una cantidad de acciones del Cayote's Tunnel, en Mugginswille, el 54, se me ocurrió subir hasta allí y examinarlo. Paré en la fonda del Imperio, y después de comer me procuré un caballo, dí la vuelta al pueblo y me dirigí al distrito minero. Me indicaron uno de aquellos individuos á quienes los corresponsales de los periódicos llaman «nuestro inteligente noticiero» y que en las comunidades pequeñas, se toman fácilmente el derecho de contestar á toda clase de preguntas. La costumbre le permitía ya trabajar y hablar á un tiempo, sin olvidar jamás una cosa por otra. Me hizo una especie de historia del criadero, y añadió:

—Ved, forastero (y se dirigía al banco que tenía ante sí), de allí debe salir seguramente oro (y aquí interpuso una coma con su pica), pero el anterior pro-pi-e-ta-rio (sacó á retortijones la palabra de su pica) era un pobre hombre (y subrayó la frase con la pica), un infeliz que permitía á los chicos que se le subiesen á las barbas... (el resto lo confió á su sombrero, que se ha-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

bía quitado, á fin de enjugar su frente varonil, con un pañuelo de cuadros encarnados).

Le pregunté quién era el primitivo propietario.

—Se llamaba Fagg.

Fuí á visitarle; me pareció más viejo y más feo. Había trabajado mucho, según dijo, y sin embargo, la cosa sólo le marchaba tal cual. Le tomé afición y hasta cierto punto le protegí. Si lo hice, porque empezara á sentir desconfianza para chicos como Rattler y Mixer, no es necesario que yo lo diga.

Ya recordareis cómo lo del Cayote's Tunnel se lo llevó la trampa, y cuán terriblemente nos estafaron. Pues lo primero que supe fué que Rattler, uno de los principales accionistas, se veía reducido en Mugginswille á guardar la cantina del hotel y que el viejo Fagg se había enriquecido al fin, y no sabía qué hacerse del dinero. Todo ello me lo contó Mixer, que fué allí á arreglar sus negocios. Me dijo también que Fagg le hacía cocos á la hija del propietario del mencionado hotel. De modo que por habladurías y por cartas, vine á saber que Robins, el dueño del hotel, trataba de arreglar el casamiento entre su hija Nelly y Fagg. Era Nelly una chiquilla muy linda y regordeta, y que no haría más que lo que su padre quisiese. Parecióme muy conveniente para Fagg que se casara y estableciese, pues como hombre casado, podría darse alguna importancia. Subí, pues, un día á Mugginswille, para cuidar yo mismo del asunto.

Tuve la gran satisfacción de que Rattler me mezclase las bebidas; sí, porque me sirvió Rattler, el alegre, el brillante, el invencible Rattler, que hacía dos años había tratado de despreciarme. Le hablé del viejo Fagg y de Nelly, precisamente, porque creí que el asunto le sería desagradable. Díjome que nunca le había gustado Fagg, y que estaba seguro de que á Nelly tampoco le agradaba: acaso Nelly amaba á otra persona.

Digitized by Microsoft ®

Volvióse hacia el espejo del mostrador y se atusó el cabello; comprendí al vanidoso bribón, y pensé poner en guardia á Fagg á fin de que diera prisa á la boda. Tuve una larga conversación con él y por el modo como lo tomó el pobre chico se echaba de ver que estaba perdidamente enamorado. Suspiró y prometióme revestirse de valor para llevar el asunto á una crisis. Nelly era una excelente muchacha y creo que sentía una especie de silencioso respeto para Fagg; pero le habían vuelto la cabeza las cualidades superficiales de Rattler que eran manifiestas y agradables. No creo que Nelly fuera peor que vos y yo: estamos más dispuestos á juzgar de los conocidos por su valor aparente que por su valor intrínseco. Nos da menos trabajo y es más cómodo, excepto cuando necesitamos fiarnos de ellos. La dificultad para con las mujeres, está en que en ellas el sentimiento se interesa más pronto que en nosotros, y ya comprendeis que en este caso se hace imposible el raciocinio. Esto es lo que se le hubiera ocurrido al viejo Fagg si hubiera sido un hombre de valía. Pero no lo era. Tanto peor para él.

Pocos meses después estábame sentado en mi despacho, cuando se me apareció el viejo Fagg. Sorprendióme el verle, hablamos de los asuntos corrientes, de aquella manera mecánica, propia de gente que sabe que tiene algo que decir, pero que se ve obligada á llegar á ello por medio de las ceremonias preestablecidas. Despues de un intervalo, Fagg, con su naturalidad acostumbrada, me dijo:

—Me vuelvo á mi casa.

—¿Á tu casa?

—Sí; es decir, me parece que haré una excursión á los Estados del Atlántico. He venido á veros, pues como sabeis tengo algunas propiedades, y he otorgado poderes á vuestro nombre para que cuideis de mis

asuntos: traigo algunos papeles que quisiera me guardaseis. ¿Quereis encargaros de ellos?

—Sí—dije.—¿Pero qué hay de Nelly?

Su fisonomía se demudó; trató de sonreir y de este juego resultó uno de los efectos más sorprendentes y grotescos que jamás haya visto. Por fin dijo:

—No me casaré con Nelly; es decir—y parecía pedirse interiormente perdón de una frase tan categórica—creo que haré mejor en no casarme.

—David Fagg—dije con repentina severidad—sois un pobre hombre.

Con sorpresa mía se animó su cara.

—Sí—dijo—eso es; soy un pobre hombre; eso me lo he sabido siempre; ya veis, me pareció que Rattler amaba á la muchacha tanto como yo; y supe, además, que ella le quería más que á mí, y que tal vez sería más feliz con él. Por otra parte sabía también que el viejo Robins me hubiese preferido al otro porque yo era rico, y que la chica habría obedecido á su padre; pero, ¿me entendeis? se me figuró que estorbaba, como quien dice, de manera que me marché. No obstante—continuó cuando iba ya á interrumpirle—por temor de que el padre rechazara á Rattler, le he prestado lo bastante para establecerse por su cuenta en Dogtown. Un chico emprendedor, activo, brillante, como sabeis que es Rattler, puede adelantar y hacerse otra vez con su antigua posición, y no hay necesidad alguna de que le apremieis si no lo consigue. Adios.

Me sentía hastiado de sobras por su modo de tratar al tal Rattler para mostrarme amable; pero como el negocio era de provecho, prometí encargarme de él, y Fagg se marchó.

Pasaron algunas semanas. Llegó el próximo vapor de regreso, y durante algunos días, un terrible accidente ocupó la atención de los periódicos. En todas

Digitized by Microsoft

las regiones del Estado leíanse con avidez los detalles de un terrible naufragio, y los que tenían amigos á bordo se reunían para leer con aliento comprimido la larga lista de las víctimas. Leí los nombres de todos los seres interesantes, afortunados y queridos que habían perecido; y creo que fuí el primero en descubrir entre estos, el nombre de David Fagg.

Así pues, el «pobre hombre» ¡había vuelto á su casa!

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

LOS EXPULSADOS DE POKER-FLAT.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Cuando mister John Oakhurst, jugador de oficio, puso el pié en la calle Mayor de Poker-Flat, en la mañana del día 22 de Noviembre de 1850, presintió ya que, desde la noche anterior, se efectuaba un cambio en la atmósfera moral. Dos ó tres hombres que conversaban juntos, gravemente, callaron cuando se acercó y cambiaron miradas significativas. Reinaba en el aire una tranquilidad dominguera; lo cual en un campamento poco acostumbrado á la influencia del domingo, parecía de mal agüero, y, sin embargo, la cara tranquila y hermosa de Oakhurst no reveló el menor interés por estos síntomas. ¿ Tenía conciencia

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

acaso de alguna causa predisponente? Esa ya era otra cuestión.

—Colijo que van tras de alguno—pensó:—tal vez tras de mí.

Metió en su bolsillo el pañuelo con que sacudiera de sus botas el encarnado polvo de Poker-Flat, y con entera calma desechó de su mente toda conjetura ulterior.

Y es lo cierto que Poker-Flat andaba tras de alguno. Recientemente había sufrido la pérdida de algunos miles de duros, de dos caballos de valor y de un ciudadano preeminente, y en la actualidad pasaba por una crisis de virtuosa reacción, tan ilegal y violenta como cualquiera de los actos que la provocaron. El comité secreto había resuelto librar á la ciudad de todas las personas perniciosas. Esto se hizo, de un modo permanente, respecto á dos hombres que colgaban ya de las ramas de un sicomoro, en la hondonada; y de un modo temporal con el destierro de otras varias personas perjudiciales. Siento tener que decir que algunas de estas eran señoras; pero en descargo del sexo, debo advertir que su inmoralidad era profesional y que sólo ante un vicio tal y tan patente se atrevía Poker-Flat á constituirse en juez.

Razón tenía Oakhurst al suponer que estaba él incluído en la sentencia. Algunos miembros del comité habían insinuado la idea de ahorcarle, como ejemplo tangible y medio seguro de reembolsarse, á costa de su bolsillo, de las sumas que les ganara.

—Es contra toda justicia—decía Sim Wheeler—dejar que ese joven de Roaring Camp, extranjero por sus cuatro costados, se lleve nuestro dinero.

Pero un imperfecto sentimiento de equidad, emanado de los que habían tenido la buena suerte de limpiar en el juego á Oakhurst, acalló las mezquinas preocupaciones locales.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Mr. Oakhurst recibió el fallo con filosófica calma, tanto mayor en cuanto sospechaba ya las vacilaciones de sus jueces. Era muy buen jugador para no someterse á la fatalidad. Para él la vida era un juego de azar y reconocía el tanto por ciento usual en favor del que daba las cartas.

Un piquete de hombres armados acompañó á la deportada maldad de Poker-Flat hasta las afueras del campamento. Además de Mr. Oakhurst, reconocido como hombre decididamente resuelto, y para intimidar al cual se había tenido cuidado de armar la escolta, formábase la partida de expulsados de una joven conocida familiarmente por *la Duquesa,* otra mujer que se había ganado el título de *madre* Shipton, y el tío Billy, sospechoso de robar filones y *convicto* borracho. La cabalgada no excitó comentario alguno de los espectadores, ni la escolta dijo la menor palabra. Sólo cuando alcanzaron la hondonada que marcaba el último límite de Poker-Flat, el jefe habló brevemente en relación con el caso: quedaba prohibido el regreso á los expulsados, bajo pena de la vida.

Después, cuando se alejaba la escolta, los sentimientos comprimidos se exhalaron en algunas lágrimas histéricas por parte de la Duquesa, en injurias por la de la madre Shipton y en blasfemias que como flechas de partho, lanzaba el tío Billy. Sólo el filosófico Oakhurst permanecía silencioso. Oyó tranquilamente los deseos de la madre Shipton de sacar el corazón á alguien, las repetidas afirmaciones de la Duquesa de que se moriría en el camino, y también las alarmantes blasfemias que al tío Billy parecían arrancarle las sacudidas de su cabalgadura. Con la franca galantería de los de su clase, insistió en trocar su propio caballo llamado *El Cinco*, por la mala mula que montaba la Duquesa; pero ni aun esta acción despertó simpatía alguna entre los de la partida. La joven arregló sus ajadas plumas

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

con cansada coquetería; la madre Shipton miró de reojo con malevolencia á la posesora de *El Cinco*, y el tío Billy incluyó á la partida toda en un anatema general.

El camino de Sandy Bar, campamento que en razón de no haber experimentado aún la regeneradora influencia de Poker-Flat, parecía ofrecer algún aliciente á los emigrantes, iba por encima de una escarpada cadena de montañas, y ofrecía á los viajeros una larga jornada. En aquella avanzada estación, la partida pronto salió de las regiones húmedas y templadas de las colinas, al aire seco, frío y vigoroso de las sierras. La senda era estrecha y dificultuosa; hacia el mediodía, la Duquesa dejándose caer de la silla de su caballo al suelo, manifestó su resolución de no continuar adelante, y la partida hizo alto.

El lugar era singularmente salvaje é imponente. Un anfiteatro poblado de bosque, cerrado en tres de sus lados por rocas cortadas á pico en el desnudo granito, se inclinaba suavemente sobre la cresta de otro precipicio que dominaba el valle. Era sin duda el punto más á propósito para un campamento, si hubiera sido prudente el acampar. Pero Mr. Oakhurst sabía que apenas habían hecho la mitad del viaje á Sandy Bar, y la partida no estaba equipada ni provista para detenerse. Lacónicamente hizo observar esta circunstancia á sus compañeros acompañándola de un comentario filosófico sobre la locura de *tirar las cartas antes de acabar el juego*. Pero estaban provistos de licores, que en esta contingencia suplieron la comida y todo lo que les faltaba. Á pesar de sus protestas no tardaron en caer bajo la influencia de la bebida en mayor ó menor grado.

El tío Billy pasó rápidamente del estado belicoso al de estupor; aletargóse la Duquesa y la madre Shipton se echó á roncar. Sólo mister Oakhurst permaneció

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en pié, apoyado contra una roca, contemplándoles tranquilamente. Mr. Oakhurst no bebía; esto hubiera perjudicado á una profesión que requiere cálculo, impasibilidad y sangre fría; en fin, para valernos de su propia frase, no «podía permitirse este lujo.» Mientras contemplaba á sus compañeros de destierro, el aislamiento nacido de su oficio, de las costumbres de su vida y de sus mismos vicios le oprimió profundamente por vez primera. Apresuróse á quitar el polvo de su traje negro, á lavarse las manos y cara y á practicar otros actos característicos de sus hábitos de extremada limpieza, y por un momento olvidó su situación. Ni por una vez sola se le ocurrió la idea de abandonar á sus compañeros, más débiles y dignos de lástima; pero sin embargo, echaba de menos aquella excitación que, extraño es decirlo, era el mayor factor de la tranquila impasibilidad por la cual era conocido. Contemplaba las tristes murallas que se elevaban á mil piés de altura, cortadas á pico, por encima de los pinos que le rodeaban; el cielo cubierto de amenazadoras nubes, y más abajo el valle que se hundía ya en la sombra, cuando oyó de repente que le llamaban por su propio nombre.

Un jinete ascendía poco á poco por la senda. En la franca y animada cara del recién venido reconoció mister Oakhurst á Tom Simson, llamado *el Inocente de Sandy Bar*. Habíale encontrado hacía algunos meses en una *partidilla*, donde con la mayor legalidad ganara al cándido joven toda su fortuna, que ascendía á unos cuarenta duros. Luégo que terminó la partida, Mr. Oakhurst se retiró con el joven especuládor detrás de la puerta, y allí le dirigió la palabra.

—Tom, sois un buen muchacho, pero no sabeis jugar ni por valor de un centavo; no lo probeis otra vez.

Devolvióle su dinero, le empujó suavemente fuera

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de la sala de juego y así hizo de Tom un esclavo desinteresado.

El saludo juvenil y entusiasta que Tom dirigió á Mr. Oakhurst recordaba esta acción. Iba, según dijo, á tentar fortuna en Poker-Flat.

—¿Solo?

—Completamente solo, no: á decir verdad (aquí se rió) se había escapado con Piney Woods. ¿No recordaba ya Mr. Oakhurst á Piney Woods, la que servía la mesa en el *Hotel de la Templanza?* Seguía relaciones con ella hacía tiempo ya, pero el padre, Jake Woods, se opuso; de manera que se escaparon é iban á Poker Flat á casarse y ¡hételos aquí! ¡Qué fortuna la suya en encontrar un sitio donde acampar en tan grata compañía!

Todo esto lo dijo rápidamente el *Inocente* mientras que Piney, muchacha de quince años, rolliza y de buena presencia, salía de entre los pinos, donde se ocultara ruborizándose y se adelantaba á caballo hasta ponerse al lado de su novio.

Poco solía preocuparse Mr. Oakhurst de las cuestiones de sentimiento y aún menos de las de conveniencia social, pero instintivamente comprendió las dificultades de la situación. Sin embargo, tuvo suficiente aplomo para largar un puntapié al tío Billy que ya iba á soltar una de las suyas, y el tío Billy estaba bastante sereno para reconocer en el puntapié de Mr. Oakhurst un poder superior que no toleraría bromas. Después esforzóse en disuadir á Tom de que acampara allí, pero fué en vano. Objetóle que no tenían provisiones ni medios para establecer un campamento; pero por desgracia el Inocente desechó estas razones asegurando á la partida que iba provisto de un mulo, cargado de víveres y descubriendo además una como tosca imitación de choza cercana á la senda.

—Piney podrá ocuparla con mistress Oakhurst—

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dijo el Inocente, señalando á la Duquesa. — Yo ya me arreglaré.

Fué preciso un segundo puntapié de Mr. Oakhurst para impedir que estallase la risa del tío Billy, que aun así hubo de retirarse á la hondonada para recobrar la seriedad. Allí confió el chiste á los altos pinos, golpeándose repetidas veces los muslos con las manos, entre las muecas, contorsiones y blasfemias que le eran propias. Á su regreso halló á sus compa-

ñeros sentados en amistosa conversación al rededor del fuego, pues el aire había refrescado en extremo y el cielo se encapotaba. Piney estaba hablando de una manera expansiva con la Duquesa, que la escuchaba con un interés y animación que no demostrara desde hacía tiempo. El Inocente discurría con igual éxito junto á Oakhurst y á la madre Shipton, que hasta se mostraba amable.

—¿Acaso es esto una tonta partida de campo?—

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dijo el tío Billy para sus adentros con desprecio, contemplando el silvestre grupo, las oscilaciones de la llama y los animales atados, en primer término.

De repente una idea se mezcló con los vapores alcohólicos que enturbiaban su cerebro. Y al parecer la idea era chistosa, pues se golpeó otra vez los muslos y se metió un puño en la boca para contenerse.

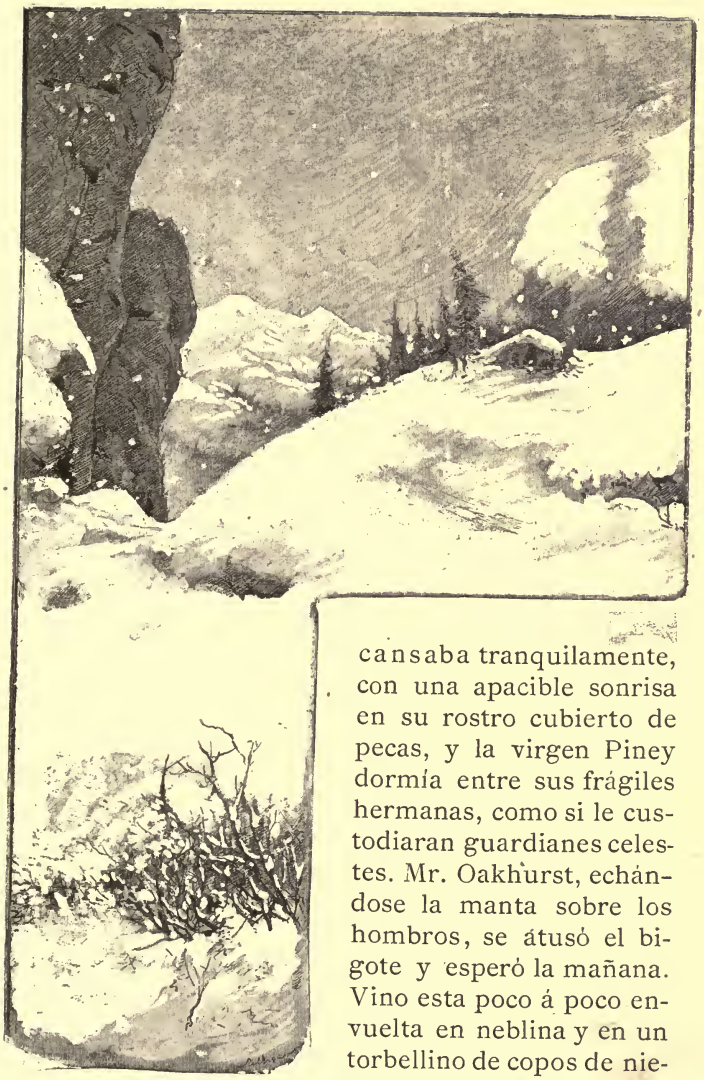
Poco á poco las sombras se deslizaron por la montaña arriba, una ligera brisa cimbreó las copas de los pinos y aulló á través de sus largas y tristes avenidas. La cabaña en ruinas, toscamente reparada y cubierta con ramas de pino, fué cedida á las señoras. Al separarse los novios, cambiaron un beso tan puro y apasionado, que el eco pudo repetirlo por encima de los oscilantes pinos. La frágil Duquesa y la cínica madre Shipton estaban, probablemente, demasiado asombradas para burlarse de esta última prueba de candor, y se dirigieron sin decir palabra hacia la choza. Atizaron otra vez el fuego; los hombres se tendieron delante de la puerta, y pocos momentos después dormían todos ya.

Mr. Oakhurst tenía el sueño ligero: antes de apuntar el día despertó aterido de frío. Mientras removía el moribundo fuego, el viento que soplaba entonces con fuerza llevó á su mejilla algo que le heló la sangre: la nieve. Levantóse sobresaltado con intención de despertar á los que dormían, pues no había tiempo que perder; pero al volverse hacia donde debía estar tendido el tío Billy, vió que éste había desaparecido. Una sospecha acudió á su mente y una maldición salió de sus labios. Corrió hacia donde habían atado los mulos: ya no estaban allí.

Las sendas desaparecían rápidamente bajo la nieve.

Por un momento quedó aterrado Mr. Oakhurst; pero pronto volvióse hacia el fuego, con su serenidad habitual. No despertó á los dormidos. El Inocente des-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



cansaba tranquilamente, con una apacible sonrisa en su rostro cubierto de pecas, y la virgen Piney dormía entre sus frágiles hermanas, como si le custodiaran guardianes celestes. Mr. Oakhurst, echándose la manta sobre los hombros, se átusó el bigote y esperó la mañana. Vino esta poco á poco envuelta en neblina y en un torbellino de copos de nieve que cegaba y confundía. Lo poco que podía ver del paisaje parecía transformado como por encanto. Tendió la vista por el

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

valle y resumió el presente y el porvenir en cuatro palabras:— «Bloqueados por la nieve.»

Un escrupuloso inventario de las provisiones, que, afortunadamente para la partida, estaban almacenadas en la choza, por lo que escaparon á la rapacidad del tío Billy, les dió á conocer que, con cuidado y prudencia, podían sostenerse aún otros diez días.

—Se entiende—dijo Mr. Oakhurst *sotto voce* al Inocente—si quereis tomarnos á pupilaje; sino (y tal vez hareis mejor en ello), esperaremos que el tío Billy regrese con provisiones.

Por algún motivo desconocido, Mr. Oakhurst no dió á conocer la infamia del tío Billy, y expuso la hipótesis de que éste se había extraviado del campamento en busca de los animales que se habían escapado sin duda alguna. Echó una indirecta acerca de lo mismo á la Duquesa y á la madre Shipton, que como es natural, comprendieron la defección de su asociado.

—Dándoles el más pequeño indicio descubrirán también la verdad respecto de *todos* nosotros—añadió con intención—y es por demás asustarles por ahora.

Tom Simson no sólo puso á disposición de mister Oakhurst todo lo que llevaba, sino que parecía disfrutar ante la perspectiva de una reclusión forzosa.

—Haremos un buen campamento para una semana, después se derretirá la nieve y partiremos cada cual por su camino.

La franca alegría del joven y la serenidad de mister Oakhurst se comunicaron á los demás. El Inocente, por medio de ramas de pino, improvisó un techo para la choza, que no lo tenía, y la Duquesa contribuyó al arreglo del interior con un gusto y tacto que hicieron abrir grandes ojos de asombro á la joven provinciana.

—Ya se conoce que estais acostumbrada á casas hermosas en Poker Flat—dijo Piney.

La Duquesa volvióse rápidamente para ocultar el

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

rubor que teñía sus mejillas, aun á través del colorido postizo de las de su profesión, y la madre Shipton rogó á Piney que no *charlase*. Pero cuando Mr. Oakhurst regresó de su penosa é inútil exploración en busca del camino, oyó el sonido de una alegre risa que el eco repetía en las rocas. Algún tanto alarmado paróse pensando en el aguardiente, que con prudencia había escondido.

—Sin embargo, esto no suena á aguardiente—dijo el jugador.

Pero hasta que á través del temporal vió la fogata y en torno de ella el grupo, no se convenció de que todo ello era una broma de buena ley. Yo no sé si Mr. Oakhurst había ocultado su baraja con el aguardiente como objeto prohibido á la comunidad, lo cierto es que, valiéndome de las propias palabras de la madre Shipton, *no habló una sola vez de cartas* durante aquella velada. Casualmente pudo matarse el tiempo con un acordeón que Tom Simson sacó con aparato de su equipaje.

Á pesar de algunas dificultades en el manejo de este instrumento, Piney logró arrancarle una melodía recalcitrante, acompañándola el Inocente con un par de castañuelas. Pero la pieza que coronó la velada fué un rudo himno de misa campestre que los novios, entrelazadas las manos, cantaron con gran vehemencia y á voz en grito. Temo que el tono de desafío, del coro y aire del *Covenanter* (1), y no las cualidades religiosas que pudiera encerrar, fué motivo de que acabaran todos por tomar parte en el estribillo:

Estoy orgulloso de servir al Señor,
y me obligo á morir en su ejército.

Los pinos oscilaban, la tempestad se desencadenaba

(1) Partidario del Covenant.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

sobre el miserable grupo y las llamas del ara se lanzaban hacia el cielo como en testimonio del voto.

Á media noche calmó la tempestad; los grandes nubarrones se corrieron y las estrellas brillaron centelleando sobre el dormido campamento. Mr. Oakhurst, á quien sus costumbres profesionales permitían vivir durmiendo lo menos posible, compartió la guardia con Tom Simson de modo tan desigual, que cumplió casi por sí solo este deber. Excusóse con el Inocente diciendo que muy á menudo se había pasado sin dormir una semana entera.

—¿Pero haciendo qué?—preguntó Tom.

—El Poker (1)—contestó Mr. Oakhurst sentenciosamente. Cuando un hombre llega á tener una suerte borracha, antes se cansa la suerte que uno.—La suerte—continuó el jugador pensativo—es cosa extraña. Todo lo que se sabe de ella es que forzosamente debe variar. Y el descubrir cuándo va á cambiar, es lo que os forma. Desde que salimos de Poker-Flat hemos dado con una vena de mala suerte. Os reunis con nosotros y os pilla de medio á medio. Si teneis ánimo para conservar los naipes hasta el fin, estais salvado.

Y el jugador añadió con alegre irreverencia:

«Estoy orgulloso de servir al Señor
y me obligo á morir en su ejército.»

Llegó el tercer día y el sol, á través de las blancas colgaduras del valle, vió á los desterrados repartirse las reducidas provisiones para el desayuno. Por una singularidad de aquel montañoso clima, los rayos del sol difundían benigno calor sobre el paisaje de invierno, como compadeciéndose arrepentidos de lo pasado; pero al mismo tiempo descubrían la nieve apilada en grandes montones al rededor de la choza. Un mar de

(1) Juego de cartas, en California.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

blancura sin esperanza de término, desconocido, sin senda, tendíase al pié del peñasco en que se acogían estos náufragos de nueva especie. Á través del aire maravillosamente claro, el humo de la pastoril aldea de Poker-Flat se elevaba á muchas millas de distancia. La madre Shipton lo vió, y desde la más alta torre de su fortaleza de granito lanzó hacia aquella una maldición final. Fué su última blasfemia y tal vez por aquel motivo revestía cierto carácter de sublimidad.

—Me siento mejor—dijo confidencialmente á la Duquesa.—Haz la prueba de salir allí y maldecirles, y lo verás.

Después se impuso la tarea de distraer á *la criatura*, como ella y la Duquesa tuvieron á bien llamar á Piney; Piney no era una polluela, pero las dos mujeres se explicaban de esta manera consoladora y original que no blasfemara ni fuese indecorosa.

Volvió la noche á cubrir el valle con sus sombras.

Junto á la vacilante fogata del campamento se elevaban y descendían las notas quejumbrosas del acordeón con prolongados gemidos é intermitentes sacudidas. Pero como la música no alcanzaba á llenar el penoso vacío que dejaba la insuficiencia de alimento, Piney propuso una nueva diversión: contar cuentos. No deseaban Mr. Oakhurst y sus compañeras relatar las aventuras personales, y el plan hubiera fracasado también á no ser por el Inocente. Algunos meses antes había hallado por casualidad un tomo desparejado de la ingeniosa traducción de la *Ilíada*, por Mr. Pope. Propuso pues, relatar en el lenguaje corriente de Sandy-Bar, los principales incidentes de aquel poema cuyo argumento dominaba, aunque con olvido de las frases. Aquella noche los semidioses de Homero volvieron á pisar la tierra. El pendenciero troyano y el astuto griego lucharon entre el viento, y los inmensos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pinos *del cañón* parecían inclinarse ante la cólera del hijo de Peleo. Mr. Oakhurst escuchaba con apacible fruición; pero se interesó especialmente por la suerte de As-quiles, como el Inocente persistía en denominar á Aquiles, *el de los piés rápidos.*

Así con poca comida, mucho Homero y el acordeón transcurrió una semana sobre las cabezas de los desterrados. Otra vez les abandonó el sol y otra vez los copos de nieve de un cielo plomizo cubrieron la tierra. Día tras día les estrechó cada vez más el círculo de nieves hasta que los muros deslumbrantes de blancura se levantaron á veinte piés por encima de sus cabezas. Hízose más y más difícil alimentar el fuego; los árboles caídos á su alcance, estaban sepultados ya por la nieve. Y sin embargo nadie se lamentaba. Los novios, olvidando tan triste perspectiva, se miraban en los ojos uno de otro y eran felices. Mr. Oakhurst se resignó tranquilamente al mal juego que se le presentaba ya como perdido. La Duquesa, más alegre que de costumbre, se dedicó á cuidar á Piney; sólo la madre Shipton, antes la más fuerte de la caravana, parecía enfermar y acabarse. Á media noche del décimo día llamó á Oakhurst á su lado:

—Me voy—dijo con voz de quejumbrosa debilidad. —Pero no digais nada; no desperteis á los corderitos; tomad el lío que está bajo mi cabeza y abridlo.

Mr. Oakhurst lo hizo así. Contenía intactas las raciones recibidas por la madre Shipton durante la última semana.

—Dadlas á *la criatura*—dijo señalando á la dormida Piney.

—¿Os habeis dejado morir de hambre?—exclamó el jugador.

—Así se llama esto—repuso la mujer con voz expirante.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Acostóse de nuevo y volviendo la cara hacia la pared se fué tranquilamente.

Aquel día enmudecieron el acordeón y las castañuelas, y se olvidó á Homero.

Cuando el cuerpo de la madre Shipton fué entregado á la nieve, Mr. Oakhurst llamó aparte al Inocente y le mostró un par de zuecos para nieve que había fabricado con los fragmentos de una albarda vieja.

—Hay todavía una probabilidad contra ciento de salvarla, pero es hacia allí—añadió señalando á Poker-Flat.—Si podeis llegar en dos días, está salvada.

—¿Y vos?—preguntó Tom Simson.

—Yo me quedaré.

Los novios se despidieron con un largo abrazo.

—¿También os vais vos?—preguntó la Duquesa cuando vió á Mr. Oakhurst que parecía aguardar á Tom para acompañarle.

—Hasta *el cañón*—contestó.

Volvióse repentinamente y besó á la Duquesa, dejando encendida su blanca cara y rígidos de asombro sus temblorosos miembros.

Volvió la noche pero no Mr. Oakhurst. Trajo otra vez la tempestad y la nieve arremolinada. Entonces la Duquesa, avivando el fuego, vió que alguien había apilado á la callada contra la choza, leña para algunos días más. Las lágrimas acudieron á sus ojos, pero las ocultó á Piney.

Las mujeres durmieron poco. Al amanecer, al contemplarse cara á cara comprendieron su común destino. No hablaron; pero Piney, haciéndose la más fuerte, se acercó á la Duquesa y la enlazó con su brazo. En esta disposición mantuviéronse todo el resto del día. La tempestad llegó aquella noche á su mayor furia, destrozó los pinos protectores é invadió la misma choza.

Hacia el amanecer no pudieron ya avivar el fuego, que se extinguió lentamente.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Á medida que las cenizas se amortiguaban, la Duquesa se acurrucaba junto á Piney y por fin rompió aquel silencio de tántas horas.

—Piney, ¿podeis rezar aún?

—No, hermana —respondió Piney dulcemente.

La Duquesa, sin saber

por qué, sintióse más libre. Apoyó su cabeza sobre el hombro de Piney y no dijo más. Y así, reclinadas, prestando la más joven y pura su pecho como apoyo á su pecadora hermana, se durmieron. El viento, como si temiera despertarlas, cesó. Copos de nieve arrancados á las largas ramas de los pinos, volaron como pájaros de blancas alas y se posaron sobre ellas mien-

Univ Calif - Digitized by Microsoft

tras dormían. La luna, al través de las desgarradas nubes, contempló lo que fué antes campamento. Pero toda impureza humana, todo rastro de dolor terreno habían desaparecido bajo el inmaculado manto tendido misericordiosamente desde lo alto.

Durmieron todo aquel día, y al siguiente no despertaron cuando voces y pasos humanos rompieron el silencio de aquella soledad. Y cuando una mano piadosa separó la nieve de sus marchitas caras, apenas podía decirse, por la paz igual que ambas respiraban, cuál fuera la que había pecado. La misma ley de Poker-Flat lo reconoció así y se retiró dejándolas todavía enlazadas una en brazos de otra.

Á la entrada de la garganta, sobre uno de los mayores pinos, hallóse un dos de bastos clavado en la corteza, con un cuchillo de caza. Contenía la siguiente inscripción, trazada en lápiz con mano firme:

†

AL PIÉ DE ESTE ÁRBOL YACE EL CUERPO DE

JOHN OAKHURST,

QUE DIÓ CON UNA VENA DE MALA SUERTE

EL 23 NOVIEMBRE 1850

Y ENTREGÓ SUS PUESTAS EL 7 DICIEMBRE 1850

†

Y sin pulso y frío, con un revólver á su lado y una bala en el corazón, todavía tranquilo como en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

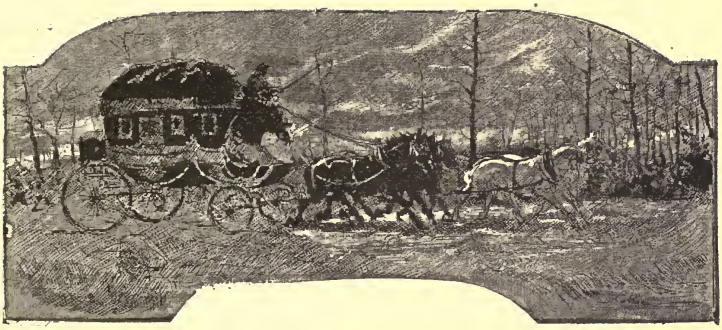
vida, yacía bajo la nieve el que á la vez había sido el más fuerte y el más débil de los expulsados de Poker-Flat.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

UNA NOCHE EN WINGDAM.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Había corrido en diligencia y me sentía atontado por el movimiento de todo el día. Cuando al caer de la tarde descendimos rápidamente al pueblecito arcadiano de Wingdam, resolví no pasar adelante y salí del carruaje en un estado sombrío y dispéptico. Me oprimían aún los efectos de un pastel misterioso contrarrestados un tanto por un poco de ácido carbónico dulcificado que con el nombre de «limonada carbónica» me había servido el propietario del mesón de *Medio Camino*. Ni siquiera alcanzaron á interesarme las *facetiæ* del galante mayoral que conocía los nombres de todo el mundo en el camino; que hacía llover cartas, periódicos y paquetes desde lo alto de la vaca;

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que mostraba sus piernas en frecuente y terrible proximidad á las ruedas, subiendo y bajando cuando íbamos á toda velocidad; cuya galantería, valor y conocimientos superiores en el viaje nos anonadaban á todos los viajeros, reduciéndonos á un silencio envidioso, y que cabalmente entonces estaba hablando con varias personas y haciendo manifiestamente alguna otra cosa al mismo tiempo. Quedéme sombríamente de pié con mi manta y saco de noche bajo el brazo, contemplando la diligencia en marcha, y eché una mirada de despedida al galante conductor, mientras, colgado del imperial por una pierna, encendía su cigarro en la pipa de un postillón que corría. Luégo me volví hacia el sombrío hotel de la *Templanza,* de Wingdam.

Fuese á causa del tiempo, ó á causa del pastel, lo cierto es que la fachada no me hizo favorable impresión. Tal vez era porque el rótulo extendido á lo largo de todo el edificio, con letras dibujadas en cada ventana hacía resaltar de mala manera á aquellos que miraban por ellas, ó quizás porque la palabra *Templanza* siempre ha despertado en mí la idea de bizcochos y thé flojos. Á la verdad, la casa no convidaba. Se la podía haber llamado *Fonda de la Abstinencia,* según era la falta de todo lo necesario para deleitar ó cautivar los sentidos. Presidió sin duda á su construcción cierta tristeza artística. Era excesivamente grande para el campamento, y tan destartalada, que parecía poco preferible al aire libre. Tenía además una desagradable condición: sentíase en ella la humedad del bosque y el olor del pino. La naturaleza violentada, pero no sometida del todo, retoñaba en lagrimillas resinosas, por puertas y ventanas. Parecióme que instalarse allí, debía asemejarse á pasar un día de campo perpétuo. Cuando entré por la puerta, los habituales huéspedes de la casa salían de un profundo comedor

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y se esforzaban en quitarse por la aplicación del tabaco en varias formas, el sabor detestable de la comida. Algunos se colocaron inmediatamente en torno de la chimenea, con las piernas sobre las sillas y en aquella postura se resignaron silenciosamente á la indigestión.

Recordando el pastel, no acepté la invitación que para cenar me hizo el posadero, pero me dejé conducir á la sala. Era el tal posadero un magnífico tipo barbudo del hombre animal. Recordóme algún personaje dramático. Sentado junto al fuego, pensaba para mis adentros cuál podría ser, esforzándome en seguir el hilo de mis memorias hacia el revuelto pasado, cuando una mujercita de tímido aspecto apareció en la puerta y apoyándose pesadamente contra el marco, dijo en tono exánime:

—¡ Marido!

Cuando el posadero se volvió hacia ella, el singular recuerdo dramático centelleó claramente ante mí en un par de de versos:

Dos almas con un solo pensamiento
y palpitando acorde el corazón...

Eran Ingomar y Partenia, su mujer.

Imaginé para el drama un desenlace distinto: Ingomar se había traido á Partenia á la montaña, donde tenía un hotel en beneficio de los *allemani*, que acudían allí en gran número.

La pobre Partenia iba bastante cansada y desempeñaba el trabajo sin criados. Tenía dos *bárbaros* pe-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

queños aún, un niño y una niña; estaba ajada, pero era aún bonita.

Me quedé sentado hablando con Ingomar, que parecía hallarse en su centro. Refirió varias anécdotas de los *allemani*, que exhalaban todas un fuerte aroma del desierto y manifestó sentimientos en cabal armonía con la siniestra casa: habló de cómo Ingomar había muerto algunos osos terribles, cuyas pieles cubrían su cama; de cómo cazaba gamos, de cuya piel hermosamente adornada y bordada por Partenia, se vestía; de cómo había muerto á varios indios y de cómo él mismo estuvo una vez á punto de ser desollado. Todo esto con el ingenuo candor que tan bien sienta en un bárbaro, pero que un griego hubiese considerado de relumbrón.

Pensando en la fatigada Partenia, comencé á considerar que hubiera hecho mejor en casarse con el antiguo griego del drama; al menos habría vestido siempre decente y sin aquel traje de lana pringado por las comidas de un año entero; no se hubiese visto obligada á servir á la mesa con el cabello sin peinar, ni se hubieran colgado de sus vestidos los dos niños con los dedos sucios, arrastrándola insensiblemente hacia la tumba.

Supuse que el pastel me había metido en la cabeza ideas tan irracionales é incoherentes, de manera que me levanté y dije á Ingomar que quería acostarme.

Precedido del temible bárbaro que blandía una vela de sebo encendida, subí por la escalera arriba, hacia mi cuarto. Díjome que era el único que tenía con una sola cama y que lo había construído para los matrimonios que pudiesen parar allí; pero que no habiéndose presentado aún ocasión, lo había dejado á medio amueblar. Uno de los muros estaba tapizado y el otro tenía grandes resquebrajaduras. El viento que so-

Univ Calif - Digitized by Microsoft

plaba constantemente sobre Wingdam, penetraba en el aposento por diferentes aberturas; la ventana era sobrado pequeña para su rompimiento, donde colgaba y chirriaba. Todo me parecía repugnante y descuidado. Antes de retirarse Ingomar, me trajo una de las pieles de oso y echándola sobre una especie de ataúd que estaba en un rincón, aseguró que me abrigaría cómodamente y me dió las buenas noches.

Desnudábame cuando la luz se apagó á la mitad de esta operación; me acurruqué bajo la piel de oso y traté de acomodarme para dormir. Sin embargo, estaba desvelado. Oí el viento que barría de arriba abajo la montaña, agitaba las ramas de los melancólicos pinos, entraba luégo en la casa y forcejeaba en todas las puertas del corredor. Á veces fuertes corrientes de aire esparramaban mi cabello sobre la almohada con extraños gemidos. La madera verde de las paredes despedía humedad, que penetraba aun al través de la piel de oso. Me sentí como Robinson Crusoé en su árbol, después de retirar la escalera, ó bien como el niño mecido al arrullo de una canción. Después de media hora de insomnio, sentí haberme parado en Wingdam. Al final del tercer cuarto de hora me arrepentí de haberme acostado y al cabo de una hora de inquietud, me levanté y me vestí. Pensé que había visto lumbre en la sala común; y que tal vez estaba ardiendo todavía. Abrí la puerta y seguí á tientas el corredor que resonaba con los ronquidos de los *allemani* y con el silbido del viento nocturno. Me resbalé escaleras abajo, y por fin entrando en la sala ví que ardía aún el fuego. Acerqué una silla, lo removí con el pié y me quedé atónito. Á la luz del hogar, noté á Partenia sentada allí también, con una criatura de aspecto decaído en los brazos.

La pregunté por qué estaba levantada todavía.

—No se acostaba los miércoles hasta la llegada del

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

correo, para llamar á su marido si había pasajeros que servir.

—¿No se cansaba á veces?

—Un poco, pero Abner (el nombre del bárbaro) le había prometido darle quien le ayudase, á la primavera siguiente, si el negocio iba bien.

—¿Cuántos huéspedes tenían?

—Contaba que acudirían unos cuarenta á las comidas de hora fija y había parroquia de transeuntes, que eran tantos como ella y su marido podían servir, pero él trabajaba mucho.

—¿Qué trabajo?

—Oh! descargar leña, llevar los equipajes de los mercaderes...

—¿Cuánto tiempo hacía que estaba casada?

—Unos nueve años; había perdido una niña y un niño y tenía otros tres. Él era de Illinois; ella de Boston. Se había educado en la escuela superior de niñas de Boston; sabía un poco de latín y griego y geometría. La madre y el padre muertos. Vino sola al Illinois para poner escuela; le vió; se casaron... un casamiento por amor..... (*Dos almas*..... etc.) Después emigraron al Arkansas; desde allí, á través de las llanuras hasta California, siempre á orillas de la civilización: á él le gustaba aquello.

—Alguna vez deseaba quizás volver á su casa.

—También le hubiera gustado por motivo de sus niños. Quisiera darles alguna educación. Ella les había enseñado algo, pero no mucho á causa del excesivo trabajo. Esperaba que el hijo sería como su padre fuerte y alegre: temía que la niña se pareciese más bien á ella. Había pensado á menudo que no estaba educada para ser la mujer de un *pionner*.

—¿Por qué?

—No era bastante fuerte, y había visto mujeres de los amigos de su marido, en el Kansas que podían ha-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cer más trabajo; pero él no se quejaba: ¡Era tan bueno! *(Dos almas....* etc.)

La contemplé á la luz del hogar cuyos reflejos jugueteaban en sus facciones ajadas y marchitas, pero finas y delicadas aún. Con la cabeza apoyada en una mano y actitud pensativa, tenía en los cansados brazos al niño enfermizo y medio desnudo; á pesar del abandono, de la suciedad y de sus harapos conservaba un resto de pasada distinción y no es de extrañar que no me sintiera yo entusiasmado por lo que ella llamaba la «bondad» del bárbaro.

Animada por la simpatía, me dijo que poco á poco había abandonando lo que imaginaba ser debilidades de su primera educación, pero notaba que perdía sus ya escasas fuerzas en este nuevo estado. Transportada de la ciudad á los bosques se vió odiada por las muje-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

res que la tachaban de orgullosa y presumida; por este motivo perdió su marido la popularidad entre los compañeros y arrastrado en parte por sus instintos aventureros y en parte por las circunstancias, la llevó á California.

Prosiguió la narración del triste viaje. Del camino recorrido no quedaba en su memoria otro recuerdo que el de un desierto inmenso y desolado, en cuya uniforme llanura se levantaba un pequeño montón de piedras, la tumba de su hijo. Venía observando que Guillermito enflaquecía y lo hizo notar á Abner, pero los hombres no entienden de criaturas. Además, estaba fastidiado por llevar la familia en el viaje.

Sucedió que después de pasar Sweetwater, iba ella caminando una noche al lado del carruaje y mirando al cielo del Oeste, cuando oyó una vocecita que decía: —¡Madre!—Miró en el interior del carromato y vió que Guillermito dormía descansadamente y no quiso despertarle; un momento después oyó la misma voz que repetía—¡Madre!—volvió al carruaje, se inclinó sobre el pequeñuelo y recibió su aliento en la cara, y otra vez le arropó como pudo y volvió á emprender la marcha á su lado, pidiendo á Dios que le curase, y con los ojos levantados hacia el cielo, oyó la misma voz que por tercera vez la llamaba: —¡Madre!— y en seguida una grande y brillante estrella se corrió, apartándose de sus hermanas y se apagó, y presintió lo que había sucedido y corrió al carromato otra vez, tan sólo para estrechar sobre su cansado pecho una carita desencajada, blanca y fría. Al llegar aquí llevó á los ojos sus manos delgadas y enrojecidas y por algunos momentos permaneció silenciosa. El viento sopló con furia en torno de la casa y dió una embestida violenta contra la puerta de entrada, mientras que Ingomar, el bárbaro, en su lecho de pieles de la trastienda, roncaba pacíficamente.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Por supuesto que en el valor y fuerza de su marido habría encontrado siempre una protección contra las agresiones y los ultrajes!

—¡Oh, sí! Cuando Ingomar estaba con ella, no te-

mía nada; pero era muy nerviosa; y un día le dieron un susto serio.

—¿Cómo?

—Acababan de llegar á California. Establecieron una casa de bebidas y vendían licores á los tratantes.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

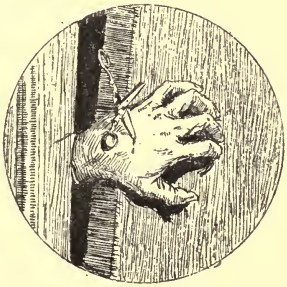
Ingomar era hospitalario, y bebía con todo el mundo por el aliciente de la popularidad y del negocio; á Ingomar comenzó á gustarle el licor y acabó por aficionarse á él. Una noche en que había mucha gente y ruido en la cantina, ella entró para sacarle de allí, pero únicamente logró despertar la grosera galantería de los alborotadores semi-borrachos, y cuando por fin consiguió ya llevárselo al cuarto con sus espantados hijos, él se dejó caer sobre la cama como aletargado, lo que le hizo creer que el licor tenía algún soporífero. Y permaneció sentada á su lado durante toda la noche. Al amanecer oyó pisadas en el corredor, y mirando hacia la puerta vió que levantaban sigilosamente el pestillo, como si intentaran abrir la puerta; sacudió á su marido para despertarle, pero en vano; finalmente la puerta cedió poco á poco por arriba (por abajo tenía corrido el cerrojo) como á una presión exterior gradual, y una mano se introdujo por la abertura. Rápida como el relámpago, clavó aquella mano contra la puerta con sus tijeras (su única arma), pero la punta se rompió y el intruso escapó lanzando una terrible blasfemia. No habló nunca de ello á su marido, por temor de que matara á *alguien;* pero un día llegó á la posada un extranjero, y al servirle el café, le vió en el reverso de la mano una extraña cicatriz triangular.

Seguía hablando aún; el viento soplaba todavía, é Ingomar roncaba en su lecho de pieles, cuando se oyeron lejanos gritos en la calle, y resonaron herraduras y ruedas.

Llegaba el correo. Partenia corrió á despertar á Ingomar, y casi simultáneamente el galante conductor se apareció ante mí, llamándome por mi nombre y convidándome á beber de una misteriosa botella negra. Abrevaron rápidamente los caballos, terminó su faena el conductor y despidiéndome de Partenia,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ocupé mi sitio en la diligencia y me dormí en seguida, para soñar que visitaba á Partenia é Ingomar, y que era agasajado con pastel á discreción, hasta que á la mañana siguiente me desperté en Sacramento. Tengo alguna duda sobre si todo esto fué un sueño, pero jamás presencio el drama ni oigo la noble frase referente á *Dos almas*... sin pensar en Wingdam y en la pobre Partenia.



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

BROWN DE CALAVERAS.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El tono comedido de la conversación y la ausencia de humo de cigarro y de tacones de bota en las ventanillas de la diligencia de Wingdam, declaraban que uno de los pasajeros del interior era una mujer. Y la predisposición de los holgazanes, en las estaciones, á congregarse delante de las ventani-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

llas y el cuidado que desplegaban en la compostura de las levitas, sombreros y corbatas, indicaba además que la mujer era bonita: todo lo cual observaba desde la banqueta, Mr. Jack Hamlin, con sonrisa de filósofo cínico. Y no era que despreciase al sexo, sino que reconocía en él un elemento engañoso, cuya persecución separaba al hombre de los no menos inconstantes halagos del *poker* (1), en el cual se puede decir que Mr. Hamlin era ponente de profesión.

De manera que cuando colocó su estrecha bota en la rueda para apearse, ni siquiera echó una mirada hacia la portezuela donde revoloteaba un velo verde; sino que haraganeó de arriba abajo con aquella indiferencia negligente y grave de los de su clase, que es acaso lo más parecido al buen tono. Su levita ceñida y continente reservado presentaban un señalado contraste con la inquietud febril y emoción ruidosa de los demás pasajeros, y aun creo que el mismo Bill Masters, graduado en Harvard, con su descuidado vestido y exuberante vitalidad, sus largos discursos acerca del desorden y del barbarismo y su boca llena de bizcochos y de queso, representaba un pobre papel al lado de este solitario calculador de suertes, con su pálida cara griega y su homérica gravedad.

El mayoral gritó: «Al coche, señores», y Mr. Hamlin volvió á la diligencia. Tenía ya el pié en la rueda y la cara á nivel de la corrida ventanilla, cuando unos ojos que le parecieron los más hermosos del mundo, se encontraron de repente con los suyos. Apeóse de nuevo tranquilamente, dirigió unas pocas palabras á uno de los pasajeros, y efectuando con él un cambio de asiento, con tranquilidad sin igual tomó el suyo en el interior. Mr. Hamlin no toleraba que su filosofía estorbase la acción decisiva y pronta.

(1) Juego de azar americano.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Temo que esta irrupción de Jack infundiese alguna reserva en los demás pasajeros — particularmente en los que procuraban hacerse más agradables al bello sexo. Uno de ellos se inclinó hacia la señora del velo, y al parecer la informó con un solo epiteto de la profesión de mister Hamlin. Si Mr. Hamlin lo oyó y si reconoció en el informante á un jurista distinguido, al cual, pocas noches antes, había ganado algunos miles de duros, no me es dable decirlo. Su descolorida cara no reveló el menor indicio de ello; sus negros ojos, friamente observadores, giraron con indiferencia, pasando de corrido sobre el caballero legista y descansaron por fin sobre las facciones más placenteras de su vecina. El estoicismo indio—que le atribuían como herencia de sus antepasados maternos — le prestó buenos servicios hasta que las ruedas giraron rechinando sobre los guijarros del río en el vado Scott, y la diligencia se detuvo, á la hora de la comida, en el *Hotel internacional*. El caballero legista y un diputado de la Cámara saltaron del carruaje y permanecieron junto á la portezuela dispuestos á ayudar á la deidad en su descenso, mientras que el coronel Starbottle, de Siskyon, cargaba con su sombrilla y su chal. De esta multiplicidad de galanterías resultaron una confusión y retardo momentáneos. Jack Hamlin abrió tranquilamente la portezuela opuesta de la diligencia, tomó la mano á la señora — con aquella decisión y seguridad que un sexo indeciso é inseguro sabe admirar—y en un instante descendióla hasta el suelo, y otra vez la alzó hasta la plataforma. De la banqueta donde estaba ese otro cínico, Yuba Bill el cochero, partió una risotada.

— Mucho cuidado con ese equipaje, coronel—dijo el conductor con afectada solicitud, siguiendo con la vista á Starbottle, que marchaba tristemente á la retaguardia de la triunfante procesión hacia la sala de espera.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Mr. Hamlin no se detuvo á comer. Su caballo le esperaba ensillado ya.

Atravesó el vado, subió por la arenosa ribera y desapareció en la polvorienta perspectiva del camino de Wingdam como presuroso para alejar de sí una idea desagradable. Los habitantes de las empolvadas cabañas próximas al camino se abrigaban los ojos con las manos para mirarle y le seguían con la vista; reconociendo al hombre por su caballo, preguntábanse qué le ocurriría al Comanche Jack para darse tal prisa. Sin embargo, este interés se concentraba ante todo en el caballo, lo que nada tenía de particular en una vecindad donde la carrera recorrida por la yegua de French Pitt al escaparse del magistrado de Calaveras, eclipsó todo el interés para el término fatal de tan benemérito personaje.

Pero al fin volvió en sí á la vista del sudor que bañaba los costados de su caballo tordo. Refrenó su velocidad é introduciendo al animal por un sendero que servía de atajo, tomó un trote corto, dejando colgar con descuido las riendas de sus dedos. Á medida que adelantaba el camino, variaba el aspecto del paisaje haciéndose más pastoril. Por entre los claros de las arboledas de pinos y sicomoros, se descubrían algunos toscos ensayos de cultivo; una cepa en flor trepaba por la puerta de una cabaña y una mujer mecía á su hijo bajo las rosas que tapizaban otro albergue. Un poco más allá Mr. Hamlin alcanzó á unos niños que con las piernas desnudas removían las aguas de la corriente bajo los sauces, y se familiarizó de tal modo con ellos, gracias á su charla peculiar, que se atrevieron á subírsele por las piernas del caballo hasta la silla, y tuvo al fin que afectar una cara exageradamente feroz y largarse dejando tras de sí algunos besos y unas monedas. Metido ya en la espesura de los bosques, donde no había huella alguna de ha-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

bitación, comenzó á cantar, modulando una voz de tenor de tan singular dulzura y un *pattus* tan suave y tierno, que los pitirojos y pardillos debieron pararse á escucharle. La de Mr. Hamlin no era una voz cultivada; el tema de su canto, divagación amorosa tomada de los obreros negros, tenía un no sé qué conmovedor y una expresión íntima que la penetraba de un espíritu patético indecible. En verdad era curioso espectáculo el de este matón con una baraja en el bolsillo y un revólver al cinto, enviando delante sí, al través de los espesos bosques, su voz en tiernos lamentos sobre la «Tumba de su Nelly,» de una manera que habría arrasado en lágrimas los ojos á más de un oyente. Un gavilán que acababa de devorar á su apresada víctima, se fijó en Mr. Hamlin con sorpresa porque debió reconocerle probablemente un cierto grado de parentesco, al mismo tiempo que la superioridad del hombre, ya que con una capacidad superior para la rapiña *él* no podía cantar.

Pronto se encontró, de nuevo, Mr. Hamlin en el camino real, marchando otra vez al galope.

Fosos y bancos de gruesa arena, cuestas áridas, troncos de árbol caídos sucedieron á los bosques y hondonadas, indicando la proximidad de la civilización. Levantóse á su vista un campanario: había llegado ya á su destino. Algunos momentos después resonaban las pisadas de su caballo por una estrecha calle que se perdía al pié de la colina, en una ruina caótica de fosos y acueductos, y se apeó delante de las doradas ventanas del salón «Magnolia.» Despues de atravesar la larga cantina, empujó una mampara, entró por un oscuro pasadizo, abrió con llave maestra una puerta, y se encontró en un cuarto débilmente iluminado, cuyos muebles, aunque elegantes y de precio para la localidad, daban señales de descuido. La mesa incrustada del centro estaba cubierta de discos ó manchas,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que no habían entrado en el dibujo original; los sillones bordados, descoloridos por el tiempo, y el sofá de terciopelo verde, sobre el cual se dejó caer Mr. Hamlin, estaban manchados por la roja arcilla de Wingdam. Mr. Hamlin en su jaula ya no cantaba, y tendido é inmóvil contemplaba sobre su cabeza la pintura en colores chillones de una ninfa de mórbidos encantos. Acaso, por primera vez, se le ocurrió que jamás había visto una mujer semejante, y que si la viera, probablemente no se enamoraría de ella. Estaba quizás preocupado por otra especie de beldad. Pero, cabalmente en este momento llamaron á la puerta. Sin levantarse, tiró de una cuerda que levantaba el pestillo, la puerta se abrió de par en par, y entró un hombre. El recién llegado era de anchas espaldas y robusto; este vigor no se reflejaba en su cara, bella aún, pero singularmente enfermiza y desfigurada por la disipación. Parecía también hallarse bajo la influencia de la bebida, pues se sobresaltó al ver á Mr. Hamlin, y parecía confuso y embarazado.

—Pensaba que estaba aquí Catalina...—tartamudeó.

Mr. Hamlin sonrió, con la sonrisa que le hemos conocido en la diligencia de Wingdam, y se incorporó como dispuesto á tratar de negocios.

—¿No habeis venido en la diligencia—continuó el recién llegado—verdad?

—No—contestó Hamlin—la dejé en el vado Scott. No llegará hasta dentro media hora.—¿Pero cómo va la suerte, Brown?

—¡Rematadamente mal!—dijo Brown con repentina expresión desesperada y sin energía.—Me han dejado otra vez sin blanca, Juan—continuó en tono quejumbroso, que formaba un lamentable contraste con su voluminoso cuerpo—¿no me puedes socorrer siquiera con un centenar de duros, hasta que mañana me arregle? Ya ves, tengo que remitir dinero á casa,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

á la parienta, y me has ganado veinte veces esa cantidad.

La consecuencia no era muy lógica que digamos, pero Juan pasó por ella, y alargó la cantidad á su visitante.

—La comedia de la parienta está muy gastada—añadió á modo de comentario.—¿Por qué no dices que quieres reponerte jugando al *faraón?* ¡Ya sabemos que no estás casado!

—Cierto como el Evangelio—dijo Brown con repentina gravedad, como si el contacto del oro en la palma de la mano hubiera comunicado alguna dignidad á su organismo—tengo en los Estados una mujer, y una bellísima mujer por añadidura. Hace tres años que la ví, y un año que no le he escrito. Cuando las cosas vayan por el buen camino y lleguemos al filón, voy á mandar por ella.

—¿Y Lina?—preguntó Mr. Hamlin con su sonrisa acostumbrada.

Mr. Brown de Calaveras ensayó una mirada picaresca para ocultar su embarazo, mas su débil fisonomía y su inteligencia turbada por el aguardiente, no tenían ya expresión y dijo:

—¡El diablo me lleve, Juan! ¡Qué caramba! Un hombre debe tener un poco de libertad. Pero, vamos, ¿qué te parece si hiciéramos una pequeña partida? Voy á perder ó doblar esta centena.

Jack Hamlin miró curiosamente á su presuntuoso amigo. Tal vez sabía que estaba predestinado á perder el dinero, y prefería que refluyese en sus propios cofres á que entrase en los de cualquier otro. Asintió con un gesto y acercó su silla á la mesa. En el mismo instante, llamaron á la puerta.

—Es Lina—dijo Mr. Brown.

Mr. Hamlin descorrió el cerrojo y la puerta se abrió; pero por vez primera en su vida perdió el aplomo, se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

levantó tambaleándose, y una oleada de sangre enrojeció hasta la frente sus descoloridas mejillas. Ante él, estaba la señora de la diligencia de Wingdam, á

quien Brown, dejando caer las cartas, saludó exclamando con risa histérica:

—¡Mi mujer... por el cielo!

Dicen que mistress Brown prorumpió en llanto y reproches contra su marido; pero yo que la vi en 1857 en Marysville, no doy crédito al cuento. *La Crónica de Wingdam* de la semana siguiente, bajo el título de «Conmovedora reunión,» decía:

—«Uno de esos hermosos y tiernos incidentes, peculiares á la vida de California, ha tenido lugar en nues-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tra ciudad. La esposa de uno de los más eminentes *pionners* de Wingdam, cansada de la caduca civilización del Este y de su inhospitalario clima, resolvió reunirse con su noble esposo en estas playas de oro. Sin noticiarle su intención, emprendió el largo viaje y llegó la semana pasada. La alegría del marido más es para imaginada que para descrita. Se dice que el encuentro fué indescriptiblemente afectuoso. Esperamos que este ejemplo tendrá imitadores.»

Gracias á la influencia de mistress Brown ó á especulaciones afortunadas, la situación financiera de mister Brown, mejoró sensiblemente. Compró la participación de sus socios en la mina «Nip-y-Tack,» con dinero, que se decía ganado al *Poker* una semana ó dos después de la llegada de su mujer, pero que los maldicientes, adoptando el criterio de mistress Brown sobre la conversión de su marido, atribuían á Mr. Jack Hamlim. Brown edificó y amuebló la *Wingdam House,* que los atractivos de mistress Brown mantuvieron siempre rebosando de huéspedes, fué elegido miembro de la Asamblea, hizo donativos á iglesias y se dió su nombre á una calle de Wingdam.

Sin embargo, notóse que á medida que se enriquecía tornábase pálido, flaco é inquieto. Cuanto más aumentaba la popularidad de su mujer, se ponía más receloso é inquieto. Él, el más mujeriego de los hombres, era absurdamente celoso. Si no se entrometía en la libertad social de su mujer, era porque—y esto se cuchicheaba maliciosamente—su primero y único ensayo de este género había tenido por resultado una pelotera con mistress Brown que le impuso el silencio del terror. Gran parte de esas hablillas provino de las personas del bello sexo, á quienes ella había suplantado en las galantes atenciones de Wingdam, que como todas las aficiones populares, rendían culto de admiración al poder de la fuerza masculina ó de la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

beldad femenina. Debo recordar en su descargo, que desde su llegada había sido la inconsciente sacerdotisa de un culto mitológico que no ennoblece más á su sexo que el peculiar de la antigua democracia griega. Creo que Brown sospechaba vagamente esto. Pero su único confidente era Jack Hamlin, cuya mala reputación le prohibía una amistad íntima con la familia y cuyas visitas no eran frecuentes.

Reinaba el verano en todo su rigor y en una noche de luna, mistress Brown, con sus rasgados ojos, sonrosada y bonita como siempre, estaba sentada en la

piazza disfrutando el perfumado incienso de la brisa de la montaña, y de otro incienso no tan puro ni tan inocente, pues á su lado estaban sentados el coronel Starbottle y el juez Boompointer, y un reciente agregado á su corte con el título de turista extranjero. Mistress Brown estaba de buen humor.

—¿Qué veis á lo lejos en el camino?—preguntó el galante coronel observando que desde hacía algunos minutos la atención de mistress Brown se fijaba en aquella dirección.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Polvo—dijo mistress Brown con un suspiro.—Veo el rebaño de la hermana Ana.

El coronel, cuyos recuerdos literarios no iban más allá del periódico de la semana anterior, lo comprendió al pié de la letra.

—No son carneros—continuó—es un jinete. Juez, ¿no es aquel el tordo de Jack Hamlin?

Pero el juez no lo sabía; y según indicó mistress Brown, el aire era sobrado fresco para más averiguaciones; de manera que entraron en el salón.

Mr. Brown estaba en la cuadra donde generalmente se retiraba después de comer. Acaso lo hacía para demostrar su desagrado á los compañeros de su esposa; tal vez, á semejanza de tantas débiles naturalezas, encontraba un placer en el ejercicio del poder absoluto sobre animales inferiores. Sentía cierta satisfacción en amaestrar una yegua pía, á la cual podía pegar ó acariciar á su antojo, lo que no podía hacer con mistress Brown. Al entrar en la cuadra reconoció á cierto caballo tordo que acababan de entrar y mirando un poco más allá vió á su jinete. El saludo de Brown fué cordial y sincero; el de Mr. Hamlin algo violento. Pero accediendo al importuno empeño de Brown, le siguió por una escalera excusada hasta un estrecho corredor y de allí á un pequeño cuarto con ventana al patio de la cuadra. Estaba sencillamente amueblado con una cama, una mesa, algunas sillas y un escaparate para escopetas y látigos.

—Ese es mi hogar, Juan—dijo Brown suspirando; echándose sobre la cama y haciendo seña á su compañero de que se sentara.—Su cuarto está al otro extremo de la entrada. Hace más de seis meses que no hemos vivido juntos ni nos hemos visto, fuera de las horas de comida. Es muy triste papel para el cabeza de familia, ¿verdad?—dijo con forzada risa—pero me alegro de verte, Juan, me alegro endiabladamente.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Y se inclinó sobre el borde de la cama para estrechar la mano del silencioso Hamlin.

—Te he hecho subir aquí, porque no quería hablarte en la cuadra; aunque eso toda la ciudad lo sabe. No enciendas la vela. Podemos hablar así, á la luz de la luna. Pon tus piés en esta ventana y siéntate aquí, á mi lado. Ahí, en ese jarro hay aguardiente.

Mr. Hamlin no utilizó la advertencia. Brown de Calaveras volvió la cara hacia la pared y prosiguió:

—Si no la amase, Juan, no me importaría. Pero amarla, y verla un día tras otro día seguir en esta conducta, como lo está haciendo y que yo no ponga freno... ¡esto es lo que me mata! Pero me alegro de verte, Juan, me alegro endiabladamente.

Tentó en la oscuridad hasta que pudo estrechar la mano de su compañero. La hubiera retenido consigo, pero Jack la deslizó en su abrochada levita y preguntó con indiferencia cuánto tiempo hacía que duraba aquello.

—Desde que llegó, desde el mismo día en que entró en la Magnolia. Yo entonces fuí un bobo, Juan; y ahora soy un bobo también; pero no supe cuánto la amaba hasta ahora. Y ya no es la misma mujer.

Pero no pára aquí todo, Juan; de otra cosa quería hablarte, y me alegro de que hayas venido. No es tan sólo porque ya no me ame, y coquetee con el primero que se presenta, pues tal vez jugué su amor y lo perdí, como hice con todo lo demás en la Magnolia, y acaso la coquetería es natural en ciertas mujeres; esto no sería grave sino para los bobos que se dejaran cautivar. Pero, Juan, creo... creo que ama á otro. No me dejes, Juan, no me dejes; si tu pistola te molesta, déjala.

Hará como cosa de seis meses que la veo inquieta y triste, y como nerviosa y asustada. Y, á veces, la he sorprendido mirándome tímida y compasiva. Escri-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

be á alguien. Durante la última semana ha recogido sus cosas... dijes y vestidos y joyas. Juan, yo creo que se me va á escapar. Todo lo soportaría menos eso: que se escurra como un ladrón.

Escondió su cara en la almohada y por algunos momentos no se oyó otro ruido que el *tic-tac* del reloj en la chimenea. Mr. Hamlin encendió un puro y se acercó á la abierta ventana. La luna ya no iluminaba el cuarto; y la cama y el que la ocupaba quedaron en la sombra.

—¿Qué haré, Juan?—dijo una voz desde la oscuridad.

La contestación volvió pronta y clara de la ventana:

—Buscar al hombre y matarlo en el acto.

—Pero, Juan...

—¡Se ha arriesgado á ello!

—¿Pero esto me la devolverá?

Jack no contestó, pero se alejó de la ventana hacia la puerta.

—No te vayas aún, Jack; enciende la vela y siéntate á la mesa. Cuando no otra cosa, será un placer para mí verte en este lugar.

Jack titubeó y consintió por fin. Sacó de su bolsillo una baraja y la revolvió, mirando de soslayo á la cama. Pero Brown tenía la cara vuelta hacia la pared. Cuando Mr. Hamlin hubo barajado, cortó y puso una carta al lado opuesto de la mesa, hacia la cama, y otra á su lado en la mesa para sí propio. La primera era un as; la suya un rey. De nuevo barajó y cortó. Esta vez al *dummy* (1) le tocó una sota y á él un cuatro. Jack se animó para la tercera vuelta. Dió á su adversario un as y sacó para sí otra vez un rey.

—De tres, dos—dijo Jack en voz alta.

—¿Qué es eso, Juan?—dijo Brown.

(1) El supuesto jugador.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Nada.

Después Jack probó la suerte con los dados, pero siempre tiró á seises y su supuesto adversario á ases.

La fuerza de la costumbre es sorprendente.

En tanto alguna influencia magnética latente en la presencia de Mr. Hamlin, ó el anodino de la bebida, ó acaso ambas cosas á la vez, mitigaron el dolor de Brown y se durmió. Mr. Hamlin acercó su silla á la ventana y contempló la ciudad de Wingdam, á la sazón pacíficamente dormida bajo sus duras siluetas y chillones colores, armonizados por la luz que la luna derramaba sobre el paisaje. En el silencio de la noche oía el murmullo del agua en los canales y el suspiro del aire en los pinos más allá de la colina. Levantó los ojos al firmamento al tiempo que una estrella se corría á través del cielo centelleante, tras de ella otra, y otra se corrió luégo. El fenómeno sugirió á mister Hamlin un nuevo augurio.

—Si dentro de unos quince minutos cayese otra estrella...

Permaneció sentado reloj en mano el doble de aquel intervalo de tiempo, pero el fenómeno no se repitió. El reloj dió las dos y Brown dormía aún. Mister Hamlin se acercó á la mesa y sacó de su bolsillo un billete, que leyó á la luz vacilante de la vela. Contenía una sola línea, escrita en lápiz, con letra de mujer:

«Espera en el *corral* con el *boghey*, á las tres.»

Brown se agitó desasosegado y por fin despertó.

—¿Estás ahí, Juan?

—Sí.

—No te marches aún. Soñaba ahora, Juan, soñaba en los pasados tiempos; Sue (1) y yo nos casábamos otra vez y el sacerdote, Juan, era... ¿quién te figuras? ¡Tú!

(1) Diminutivo de Susana.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El jugador se rió y sentóse sobre la cama, con el papel en la mano.

—¿Es buena señal?—preguntó Brown.

—Ya lo creo: dí, *compadre,* ¿no sería mejor que te levantases?

—El *compadre*, como afectuosamente le llamaba, se levantó con ayuda de la mano que Hamlin le tendía.

—¿Fumas?

Brown tomó maquinalmente el cigarro que le ofrecía.

—¿Fuego?

Jack arrolló la carta en espiral, la encendió y ofrecióla á su compañero. Quedóse con ella entre los dedos hasta que se hubo consumido, y tiró el cabo que como

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

encendida estrella, cayó por la ventana abierta. Siguiólo con la vista y se volvió luégo hacia su amigo.

—*Compadre*—dijo poniendo sus manos sobre los hombros de Brown—en seis minutos me planto en el camino y me desvanezco como esa chispa. No volveremos á vernos, pero antes de que me marche toma el consejo de un loco. Vende todo cuanto tengas, llévate á tu mujer lejos de este país. No es lugar para ti ni para ella. Dile que debe marchar: oblígala á que se vaya, si no quiere. No te lamentes de no ser un santo ni ella un ángel. Sé hombre y trátala como á mujer. No seas un bestia. Adios.

Se arrancó de los brazos de Brown y saltó por las escaleras abajo como un gamo. En la puerta de la cuadra cogió por el cuello al medio dormido mozo, y le empujó contra la pared.

—Ensilla mi caballo al instante, ó te...

La elipsis era terrible y fácil de comprender.

—La señora dijo que enganchase el *boghey* para vos—tartamudeó el pobre hombre.

—¡El diablo se lleve al *boghey*!

El caballo fué ensillado tan rápidamente como las nerviosas manos del asombrado mozo pudieron manejar las hebillas y correas.

—¿Ocurre algo, Mr. Hamlin?—preguntó el mozo, quien, como todos los de su clase, admiraba el empuje de su fogoso patrón, y realmente se interesaba en su suerte.

—¡Quítate de enmedio!

El hombre se apartó. Sonó una blasfemia, un latigazo, pateó el caballo y Jack galopaba ya por el camino. Un momento después, á los ojos soñolientos del mozo, no era más que una movediza nubecilla de polvo en el horizonte hacia donde una estrella, separándose de sus hermanas, dejaba un rastro de fuego.

Á primera hora, aquella mañana, los moradores á

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

orillas del camino de Wingdam oyeron una voz vibrante como la de la alondra, cantando por los campos. Los que dormían se revolvieron en sus toscos lechos para soñar en la juventud, en el amor y en el pasado. Hombres de dura cara y ansiosos buscadores de oro, ya en el trabajo, cesaron en sus faenas y se apoyaron en sus picos para escuchar á este romántico aventurero que al paso castellano cabalgaba á la luz de la rosada aurora.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CARREE.

EPISODIO DE FIDDLETOWN.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft®

I.

En 1858, Fiddletown la consideraba como una mujer muy bonita. Tenía una gran mata de cabello castaño claro, buena figura, hermoso color y cierta gracia lánguida que pasaba fácilmente por distinción. Vestía siempre con gusto y, para Fiddletown era la última moda. Sólo tenía dos defectos: uno de sus aterciopelados ojos, examinado de cerca, se desviaba ligeramente y manchaba su mejilla izquierda una pequeña cicatriz ocasionada por una gota de vitriolo, felizmente la única de un frasco entero que le había arrojado una celosa rival, con la aviesa intención de desfigurar tan bonita cara. Pero cuando el observador alcanzaba á notar la irregularidad de su mirada, quedaba por lo general incapacitado para criticarla y no faltaba quien pretendía que la mancha de su mejilla

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

añadía gracejo á su sonrisa. El joven editor de *El Alud*, de Fiddletown, sostenía reservadamente que era un hoyuelo exagerado. Al coronel Starbottle le recordaba las tentadoras pecas de los tiempos de la reina Ana. —Pero muy especialmente, amigo, á una de las más hermosas y malditas mujeres... Sí: ¡malditas sean! en que jamás hayais fijado los ojos. Era una criolla de Nueva Orleans. Esta mujer tenía una cicatriz, un costurón que le cruzaba (maldígame Dios sinó) desde el ojo derecho á la barba. Y esta mujer, amigo, os penetraba... amigo, os enloquecía... verdaderamente os condenaba el alma con su fascinación maldita. Un día le dije: —Celeste, ¿cómo demonio te se hizo esa maldita cicatriz, condenada?—Y ella me dijo: —Star, á ningún blanco más que á vos lo confiaría; esta cicatriz me la hice yo con toda intención, me la hice yo, así Dios me salve.—Estas fueron sus propias palabras; puede que las tomeis por una solemne mentira, pero apostaré la cantidad que querais á que lo pruebo.

La mayor parte de la población masculina de Fiddletown estaba ó había estado enamorada de ella. De este número, como una mitad creía que su amor era correspondido, con excepción de su propio esposo que manifestaba su escepticismo sobre el caso.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El nombre del caballero que disfrutaba de esta infeliz distinción era Tretherick. Se había divorciado de su excelente esposa para casar con la sirena de Fiddletown. También ésta se había divorciado; pero murmurábase que algunas experiencias previas de esta formalidad legal la hacían menos inocente y acaso más interesada. No quisiera que se infiriese de ello que le faltaba ternura ni que estuviera exenta del más elevado sentimiento moral. Su más íntimo amigo escribía con motivo del segundo divorcio: «El mundo egoista no comprende todavía á Clara;» y el coronel Starbottle observaba, que, excepción hecha de una sola mujer de la parroquia de Opeludas, en Luisiana, tenía más alma ella que todas las demás reunidas. Realmente pocos podían leer aquellos versos titulados «Infelicissimus,» que empezaban: «Por qué no ondea el ciprés sobre esta frente?» publicados por vez primera en *El Alud*, bajo la firma de *Lady Clara*, sin sentir temblar en sus párpados una lágrima de simpatía. Enciéndese la sangre en generosa indignación al pensar que á la semana siguiente el *Noticiero de Dutch Flat*, contestó á la tierna pregunta con una chanza pobre y brutal, haciendo constar que el ciprés es una planta exótica y desconocida por completo en Fiddletown.

Esta tendencia á elaborar los sentimientos en forma métrica, y á entregarlos al mundo indiferente por medio de los periódicos, fué lo que primero atrajo la atención de Tretherick. Éste, que por aquellos tiempos guiaba un carro de trasportes con seis mulas entre Knight's Ferry y Stocktown, impresionado por unos poemas que describían el efecto de las costumbres de California sobre un alma sensible y las vagas aspiraciones al infinito de un pecho generoso á la vista del cuadro desconsolador de la sociedad californiana, decidió buscar á la ignorada poetisa. Mr. Tretherick creía también sentir en su alma las secretas vibracio-

Univ Calif - Digitized by Microsoft

nes de una aspiración superior que no podía satisfacer en el comercio del aguardiente y tabaco de que proveía á los campamentos de los mineros. Sea como fuere, después de un breve noviazgo, tan breve como fué compatible con las previas formalidades legales, los casaron y Mr. Tretherick trajo á su ruborosa novia á Fiddletown ó Fideletown, como mistress Tretherick prefería llamarla en sus poemas.

La unión no fué feliz. No tardó mucho Mr. Tretherick en descubrir que los ideales halagüeños que concibiera mientras traginaba con sus mulas entre Stocktown y Knight's Ferry, nada de común tenían con los que á su mujer inspiraba la contemplación de los destinos de California y de su propia alma. Por esto, el buen hombre que no era muy fuerte en lógica, pegaba á su mujer y como ella no era muy fuerte en materia de raciocinios, se dejó conducir por el mismo principio á ciertas infidelidades. Entonces Mr. Tretherick se dió á la bebida y la señora á coloborar con regularidad en las columnas de *El Alud*. Por este tiempo fué cuando el coronel Starbottle descubrió en la poesía de mistress Tretherick una semejanza con el genio de Safo y la señaló á los ciudadanos de Fiddletown en una crítica de dos columnas firmada «A. S.» que se publicó también en *El Alud* apoyada en extensas citas. Como *El Alud* no poseía una colección de caracteres griegos, el editor se vió obligado á reproducir los versos leucádeos en letra ordinaria romana, con grandísimo disgusto del coronel Starbottle é inmensa alegría de Fiddletown, que aceptó el texto como una excelente imitación del *choctaw*, lengua salvaje que se supuso familiar al coronel, como residente que había sido en los territorios indios. En efecto, *El Noticiero* de la semana siguiente contenía unos versos muy libres, en contestación al poema de la moderna Safo, que se atribuían á la mujer de un jefe indio. Les acom-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pañaba un brillante elogio firmado «A. S. S.» (1).

El resultado de esta chanza lo explicó brevemente un número posterior de *El Alud*. «El lunes pasado, decía, tuvo lugar un lance desgraciado frente al salón «Eureka» entre el digno Jackson Flash, del *Noticiero de Dutch Flat* y el tan conocido coronel Starbottle, de este lugar. Los contendientes dispararon dos tiros, sin que sufriesen daño alguno, aunque se dice que un chino que pasaba recibió en las pantorrillas quince perdigones que procedían de la escopeta de dos cañones del coronel y que no le estaban destinados. Así aprenderá John (2) á ponerse, en lo sucesivo, fuera del alcance de las armas de fuego. La causa de la contienda es desconocida, aunque se susurra *quién es ella*. Entre los que se suponen mejor enterados, gana crédito el rumor de que la causa del duelo fué una conocidísima y bella poetisa, cuyas elucubraciones han honrado á menudo nuestras columnas.»

La actitud pasiva adoptada por Tretherick en estas circunstancias de prueba, se apreciaba con todo su valor en las minas.

—La cabeza del compadre está bien sentada—decía un filósofo de altas botas.—Si el coronel mata á Flash, venga á mistress Tretherick; si Flash tumba al coronel, Tretherick queda vengado en su lugar. De todos modos para él es negocio seguro.

En tan delicada coyuntura mistress Tretherick abandonó la casa de su esposo y se refugió en el hotel Fiddletown, con la sola ropa que llevaba puesta. Allí permaneció algunas semanas, en cuyo período, justo es reconocer que se portó con el más estricto decoro.

(1) En inglés ass, borrico.

(2) Nombre humorístico que se da á los inmigrantes chinos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En una clara mañana de primavera, mistress Tretherick salió del hotel y se encaminó por un callejón hacia la franja de sombríos pinos que limitaban á Fiddletown. Á aquella hora temprana los escasos transeuntes que discurrían por el pueblo, se paraban al otro extremo de la calle para ver la salida de la diligencia de Wingdam, y mistress Tretherick alcanzó los arrabales del campamento minero, sin dar lugar a observación alguna. Allí tomó una calle transversal que corría en ángulo recto con la calle principal de Fiddletown y que penetraba en la zona del bosque. Era sin duda alguna la avenida exclusivamente aristocrática del pueblo; las viviendas eran pocas, pretenciosas y no interrumpidas por tiendas. Allí se le juntó el coronel Starbottle.

El galante coronel, á pesar del hinchado porte que habitualmente le distinguía, de su levita estrechamente ceñida, de sus apretadas botas y del bastón que, colgado de su brazo, se mecía garbosamente, no las tenía todas consigo. Mistress Tretherick, sin embargo, se dignó acogerle con amable sonrisa y con una mirada de sus peligrosos ojos; y el coronel, con una tos forzada y pavoneándose, se colocó á su lado.

—La costa está libre—dijo el coronel.—Tretherick ha ido á Dutch Flath de paseo; no hay en la casa más que el chino y no debeis temer molestia alguna. Yo —continuó con una ligera dilatación de pecho que ponía en peligro la seguridad de los botones de su levita—yo cuidaré de protegeros para que podais recobrar lo que os pertenece.

—Verdaderamente sois muy bueno y desinteresado—balbuceó la señora mientras proseguían su camino.—¡Es tan agradable hallar un hombre de corazón, una persona con quien poder simpatizar en una sociedad tan endurecida é insensible como esta!...

Y mistress Tretherick bajó los ojos, pero no antes de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que hubiesen producido el efecto ordinario sobre su compañero.

—Es muy cierto, naturalmente—dijo el coronel, mirando inquieto de soslayo á ambos extremos de la calle.—Sí, ciertamente.

No percibiendo, sin embargo, á nadie que los viera ni escuchase, procedió en seguida á informar á mistress Tretherick, de que la mayor pena de su vida había sido cabalmente el poseer un alma excesiva. Muchas mujeres—cuyo nombre, como caballero, le dispensaría que no mencionase,—muchas mujeres hermosas le habían ofrecido su amor, pero faltándoles en absoluto aquella cualidad, no podía corresponderles. Pero cuando dos naturalezas unidas por la simpatía, desprecian igualmente las preocupaciones bajas y vulgares y las restricciones convencionales de una sociedad hipócrita, cuando dos almas en perfecta armonía se encuentran y se confunden en poético enlace, entonces...

Pero aquí el discurso del coronel, en el que se notaba la influencia de los licores, se enturbió hasta hacerse incoherente é ininteligible. Es posible que mistress Tretherick hubiese oído en casos semejantes algo parecido y por lo tanto estuviese dispuesta á suplir las omisiones de la declaración. Sea como fuere, las mejillas de la pareja del coronel conservaron el rubor virginal y la timidez consiguiente hasta que ambos llegaron á su destino.

Era el fin de la excursión una bonita aunque pequeña quinta recientemente blanqueada, y que se destacaba en agradable contraste sobre un grupo de pinos, algunas de cuyas primeras filas habían arrancado para dar lugar á la cerca que rodeaba el jardín. Á la viva luz del sol y en completo silencio, tenía apariencia de nueva y deshabitada, como si los carpinteros y pintores acabasen de dejarla. En el extremo opuesto del

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

huerto, un chino cavaba imperturbable, pero la casa no daba otras señales de vida. La costa, como había dicho el coronel, estaba realmente libre y mistress Tretherick se paró junto á la verja. El coronel hubiera entrado con ella, pero le detuvo con un ademán.

—Volved á buscarme dentro dos horas y tendré hecho mi equipaje — dijo sonriendo y tendiéndole su mano.

El coronel la cogió y estrechóla con efusión. Quizá la presión fué ligeramente correspondida, pues el galante coronel se alejó ahuecando su pecho y con paso triunfante, tan vigoroso como lo permitían la estrechez y altos tacones de sus botas. Cuando se hubo marchado, mistress Tretherick abrió la puerta, escuchó por un momento desde la desierta entrada, y luégo subió por la escalera ràpidamente, hasta llegar á su antiguo dormitorio.

Todo estaba allí tal como en la noche de su fuga. Sobre el tocador, su sombrerera, como recordó haberla dejado al tomar su sombrero: sobre la chimenea un guante, que había olvidado en su huída; los dos cajones inferiores de la cómoda entreabiertos — no había cuidado de cerrarlos—y sobre el mármol de la mesa halló su alfiler de pecho y un puño sucio. No sé qué otros recuerdos le ocurrieron, pero de repente palideció, estremecióse y escuchó con el corazón palpitante y con la mano en la puerta; acercóse al espejo y entre tímida y curiosa, separó las trenzas de rubio cabello, de su sonrosada oreja, descubriendo una fea herida apenas cicatrizada. La contempló largo tiempo, levantó indignada su cabecita, y la desviación de sus aterciopelados ojos se acentuó. Luégo volvióse. y lanzando una carcajada, despreocupada y resuelta corrió hacia el armario, donde colgaban sus preciosos vestidos y los inspeccionó nerviosamente. De momento echó á faltar de su acostumbrado colga-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dor, uno de seda negro, y pensó desmayarse; pero lo descubrió un instante después tirado sobre una maleta donde ella misma lo arrojara. Por vez primera estremecióse agradecida al Sér superior que protege á los desamparados. Después, aun cuando el tiempo urgía, no pudo resistir la tentación de probar delante del espejo el efecto de una cinta color de alhucema, sobre el vestido que á la sazón llevaba. De repente oyó junto á sí una voz infantil y se detuvo admirada. La voz repetía:

—¡Es mamá!

Mistress Tretherick se volvió rápidamente. De pié en la puerta estaba una niña de seis ó siete años. Su vestido elegante en sus buenos tiempos, estaba roto y sucio; y el cabello, despeluznado y de un rojo subido, formaba un cómico tocado sobre su frente. Á pesar de todo ello la niña era una monada. Á través de su timidez infantil despuntaba ese cierto aire de confianza en sí mismo que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

suele caracterizar á los niños que por mucho tiempo se crían abandonados. Traía debajo del brazo una muñeca hecha de harapos, al parecer de confección propia, y casi tan grande como ella; una muñeca de cabeza cilíndrica y facciones toscamente dibujadas con carbón. Un largo chal, que visiblemente pertenecía á una persona mayor, le caía de los hombros barriendo el suelo.

Esta aparición no complacía á mistress Tretherick. La niña, de pie aún en el umbral, preguntó otra vez:

—¿Es mamá?

Respondióle sécamente:

—No, no es mamá.

Y echó una severa mirada á la intrusa.

La criatura retrocedió un paso y luégo adquiriendo valor con la distancia, dijo en habla deliciosamente imperfecta:

—Vete, pues. ¿Poqué no te machas?

Pero mistress Tretherick miraba de soslayo el chal. De repente corrió á arrancarlo de los hombros de la niña, y dijo con enfado:

—¿Cómo te has atrevido á tomar mis cosas, mal criada?

—¿Es tuyo? ¡Entonces tú eres mi mamá! ¿Verdad? ¡Tú eres mamá!—prosiguió con alegría.

Y antes de que mistress Tretherick hubiese podido evitarlo, había dejado ya caer la muñeca y agarrándole con ambas manos las faldas se echó á bailar ante ella.

—¿Cómo te llamas, niña?—dijo mistress Tretherick friamente, quitando de sus vestidos las pequeñas y no muy limpias manos.

—Tarree.

—¿Tarree?

—Cí. Tarree... Tarolina.

—¿Carolina?

—Cí. Tarolina Tretherick.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¿De *quién* eres?—preguntó mistress Tretherick aún más friamente para ahogar un naciente temor.

—Pues tuya—dijo la criaturita riendo—soy tu niña. Tú eres mi mamá, mi nueva mamá. No zabez, no zabez que mi otra mamá se ha marchado para no volver más? Ya no vivo con mi otra mamá. Vivo contigo y con papá.

—¿Cuánto tiempo hace que estas aquí?—preguntó de mal humor mistress Tretherick.

—Creo que hace tres días—contestó Carree pensativa.

—¿Crees? ¿No estás segura?—dijo con sorna mistress Tretherick.—¿Pues de dónde viniste?

Los labios de Carree comenzaron á temblar bajo este vivo examen. Con gran esfuerzo reprimió su llanto, contuvo un sollozo y contestó:

—Papá..... papá me trajo de casa miss Simmons..... de Sacramento, la semana pasada.

—¿La semana pasada? Acabas de decir hace tres días—replicó mistress Tretherick severamente.

—Quise decir un mes—dijo entonces Carree completamente perdida en su ignorancia y confusión.

—¿Sabes lo que dices?—preguntó á gritos mistress Tretherick, resistiendo al impulso de sacudir la figurita que tenía ante sí y de precipitar la verdad por medios puramente físicos.

Pero la rubia cabecita desapareció repentinamente en los pliegues del vestido de mistress Tretherick, como esforzándose en extinguir el abrasado color de sus bucles.

—Vamos, déjate de lloriqueos—dijo mistress Tretherick librando su vestido de los húmedos besos de la niña, y sintiéndose molesta por extremo.—Vamos, enjúgate la cara y véte y no fastidies. Espera—prosiguió cuando Carree se marchaba.—¿Dónde está tu papá?

—También se ha marchado... Está enfermo... Se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ha marchado.... (aquí titubeó) hace dos ó tres días.

—¿Quién te cuida, niña?—dijo mistress Tretherick mirándola con curiosidad.

—John, el chino. Me vizto zola; John levanta las camas y hace la comida.

—Bueno, pues, ahora véte y pórtate bien y no me fastidies ya—dijo mistress Tretherick recordando el motivo de su visita.—Espera, ¿á dónde vas?—añadió mientras la niña comenzaba á subir las escaleras, arrastrando tras de sí su larga muñeca, cogida por una pierna.

—Voy arriba á jugar y ser buena y no fastidiar á mamá.

—¡No soy tu mamá!—gritó mistress Tretherick, y luégo volvió rápidamente á su dormitorio y cerró la puerta con violencia.

Una vez dentro, sacó del cuarto ropero un gran baúl y empezó á empaquetar su equipaje con enfadosa y colérica precipitación. Al sacar del colgador su mejor vestido, lo rasgó, y por dos veces se arañó las blandas manos con ocultos alfileres. Durante todo este tiempo comentó indignada el suceso que le ocurría. Se dijo que lo comprendía todo. Tretherick había traído esta niña de su primera mujer—esta niña cuya existencia nunca pareció importarle—para insultarla, para ocupar su sitio. Sin duda la primera mujer en persona la seguiría pronto allí, ó tal vez tendría una tercera mujer de cabello rojo—no castaño sino *rojo*.—Naturalmente, la niña, Carolina, se parecía á su madre, y así, lo sería todo menos bonita. Acaso el enredo estaba preparado de antemano, acaso tenía á esta niña de cabello rojo, como el de su madre, en Sacramento, a una distancia conveniente, y preparada para traerla cuando fuese preciso. Recordó entonces los asiduos viajes debidos, según decía él, á negocios. Tal vez la madre estaba también allí; pero no,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se había ido hacia el Este. Sin embargo, mistress Tretherick, en su actual situación de ánimo, prefería descansar en la idea de que allí estaba. Sentía una vaga satisfacción en exagerar sus sentimientos. Seguramente que jamás se había abusado de tan escandalosa manera de una mujer. En su imaginación bosquejó el cuadro de su infortunio. Yacía sola y abandonada, á la puesta de sol, en medio de las caídas columnas de un templo en ruinas, en actitud graciosa aunque melancólica, mientras que su marido se alejaba rápidamente, con una mujer de rojo cabello, pavoneándose á su lado en un lujoso carruaje tirado por cuatro caballos. Sentada sobre la maleta que acababa de llenar, compuso el plan del lúgubre poema de sus sufrimientos. Vagando, sola y pobremente vestida, encontrábase con su marido y la *otra*, radiante de sedas y pedrería. Representóse á sí propia, muriendo tísica á causa de sus pesares, pero bella aún en su ruina y fascinando con sus postreras miradas al director de *El Alud* y al coronel Starbottle que la contemplaban con adoración..... ¿Pero dónde estaba en tanto el coronel Starbottle? ¿Por qué no venía? Él, por lo menos, la comprendía. Él...—y se rió otra vez con la indiferencia y ligereza de algunos momentos antes, y luégo volvió de repente á la gravedad primitiva.

¿Qué estaría haciendo en todo ese tiempo el duendecillo de cabello rojo? ¿Por qué se estaba tan quieta? Abrió con silencio la puerta y entre la multitud de pequeños rumores y crujidos de la desierta casa, se le figuró oir una voz débil que cantaba en el piso superior. Recordó que éste no era más que un desván utilizado para cuarto de provisiones. Casi avergonzada de su acción subió furtivamente las escaleras y entreabriendo la puerta miró hacia el interior.

Á través del largo y bajo desván, un rayo de sol pe-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

netraba en diagonal y entre inquietas motas por la única ventanilla é iluminaba una parte del vacío y triste aposento. En este rayo de sol vió brillar el cabello de la niña como si estuviera coronada por una encendida aureola. Sentada en el suelo con su enorme muñeca entre las rodillas, parecía hablarle y no tardó

mistress Tretherick en comprender que reproducía la entrevista ocurrida media hora antes. Reprendió severamente á la muñeca, preguntándola sobre la duración de su estancia en la casa y acerca de la medición del tiempo en general. Imitaba acertadamente las maneras de mistress Tretherick y la conversación casi reproducía literalmente la anterior, con una sola variante. Luégo que hubo informado á la muñeca de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

qué no era su madre, y terminada la entrevista añadió cariñosamente: «Que si era muy *güena*, muy *güena*, sería su mamá y la querría mucho.»

Mistress Tretherick se sentía de mal humor. Esta escena la afectó muy desagradablemente y la conclusión hizo subir la sangre á sus mejillas. El aposento sin muebles, la luz á medias, la monstruosa muñeca, cuyo tamaño casi natural parecía dar á su falta de habla patético lenguaje, la debilidad de la única figura animada del cuadro, afectaron profundamente la imaginación del poeta y la sensibilidad de la mujer. Ya allí no pudo menos de aprovecharse de la sensación y pensó en el hermoso poema que podría trazar con aquellos materiales, si el cuarto hubiese sido más oscuro y la criatura quedara más abandonada; por ejemplo: sentada al lado del féretro de su madre mientras gemía el viento en las altas torrecillas. De repente, oyó pasos en el portal y reconoció el ruido del bastón del coronel resonando en las baldosas.

Bajó rápidamente la escalera y encontró al coronel en el recibidor. Atronó sus oídos con la voluble y exagerada relación de su descubrimiento y refirió indignada sus agravios.

—¡No me digais que el enredo no estaba ya arreglado de antemano, pues sé que lo estaba!—decía á voces—Y juzgad—añadió—del corazón del infame, que abandona á su propia hija, de esta manera.

—¡Es una solemne desvergüenza!—tartamudeó el coronel sin la menor idea de lo que estaba hablando.

En la incapacidad de hallar motivo para la exaltación de su ídolo y de comprender su carácter, no sabía qué actitud tomar. Tartamudeó, resolló, se puso grave, galante, tierno, pero de un modo tan necio é incomprensible que mistress Tretherick experimentó la dolorosa duda de que existieran naturalezas en perfecta afinidad.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Es inútil—dijo mistress Tretherick con repentina energía contestando á una observación hecha en voz baja por el coronel, y retirando su mano de la vehemente presión de aquel hombre apasionado y simpático. —Es inútil; mi decisión está ya tomada. Podeis mandar por mi maleta tan pronto como querais, pero yo me quedaré aquí para poner frente á frente de este hombre la prueba de su villanía. Le pondré cara á cara con su infamia.

No me es dable decir si el coronel Starbottle apreciaba en todo su valor la prueba convincente de la infidelidad y perversión acusada y demostrada hasta la evidencia por el albergue concedido á la hija de Tretherick en su propia casa. Tenía, sin embargo, como un presentimiento vago de que un obstáculo imprevisto se oponía á la perfecta realización de los deseos de su sentimental naturaleza. Pero antes de que pudiera proferir palabra, Carree apareció en el descanso de la escalera, contemplando entre tímida é investigadora á la pareja.

—*Es aquello*—dijo febrilmente mistress Tretherick.

—¡Ah!—dijo el coronel con repentino arranque de afecto y alegría paternales chocantes por su falsedad y afectación. —¡Ah! ¡Bonita niña, bonita niña! ¿Cómo estás? ¿Cómo te va? ¿Estás bien, eh, hermosa? ¡Bonita niña!

El coronel volvió á cuadrarse en elegante actitud y á dar vueltas á su junco, hasta que se le ocurrió que estos medios de seducción eran acaso inútiles para con una criatura de seis ó siete años. Carree, sin embargo, no se fijó en estos cumplidos, sino que sofocó más aún al caballero coronel corriendo á toda prisa hacia mistress Tretherick, buscando protección en los pliegues de su falda. Sin embargo, el coronel no se dió por vencido. Arrebatado por respetuosa admiración, hizo notar la admirable semejanza del grupo con

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la «Madona y el Niño.» Mistress Tretherick se rió locamente, pero ya no rechazó como antes á Carree. Hubo una pausa embarazosa pero momentánea y luégo mistress Tretherick haciendo á la niña un gesto significativo, dijo en voz baja:

—Adios. No volvais aquí, pero... Id al hotel esta noche.

Alargó su mano; el coronel se inclinó ante ella con galantería y salió un momento después.

—Crees—dijo mistress Tretherick ruborizada y confusa, mirando al suelo y como dirigiéndose á los rojos rizos, apenas visibles por entre los pliegues de su vestido ¿crees que serás *güena* si te permito quedarte aquí conmigo?

—¿Y me dejarás llamarte mamá?—preguntó Carree, mirándola á la cara.

—¡Y te dejaré que me llames mamá!—respondió mistress Tretherick con forzada risa.

—Sí—dijo Carree con decisión.

Entraron juntas en el dormitorio. La mirada de Carree se fijó al momento en la maleta.

—¿Te vas otra vez, mamá?—dijo con una ojeada rápida é inquieta y agarrándose á su vestido.

—No...—dijo mistress Tretherick, mirando por la ventana.

—Entonces es que solamente juegas á irte—dijo Carree riendo.—Pues déjame jugar también.

Mistress Tretherick asintió. Carree volò al cuarto vecino y reapareció arrastrando una cajita, en donde comenzó gravemente á empaquetar sus vestidos. Mistress Tretherick observó que no eran muchos. Una ó dos preguntas respecto de ellos dieron motivo á nuevas respuestas de la niña, que en pocos minutos pusieron á mistress Tretherick al corriente de su temprana historia. Pero para obtener esto mistress Tretherick vióse obligada á tomar á Carree

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en su regazo, durante las más íntimas confidencias.

Permanecieron así sentadas por largo tiempo, aun cuando ya mistress Tretherick no se interesaba en las declaraciones de Carree. Abandonada á sus pensamientos, dejó que la niña charlase, sin atenderla, deslizando los dedos por entre sus rojos rizos.

—No me tienes bien, mamá—dijo Carree finalmente, después de cambiar una ó dos veces de posición.

—¿Pues cómo he de tenerte?—preguntó mistress Tretherick, riendo entre divertida y enojada.

—Así—dijo Carree, y enroscándose pasó un brazo por el cuello de mistress Tretherick y descansó la mejilla en su seno.—Así... ¿ves?

Después de algunos preparativos, acurrucóse como un gatito, cerró los ojos y se durmió.

Durante unos momentos, la mujer permaneció silenciosa en aquella postura atreviéndose apenas á respirar, y luégo fuese por motivo de alguna oculta simpatía nacida del contacto, ó Dios sabe por qué, comenzó á estremecerla cierta idea. Recordó un antiguo dolor que había resuelto apartar de su memoria durante años enteros; recordó días de enfermedad y desconfianza, días de punzante terror por algo que debió evitar... y que evitó con horror y pesar mortales; pensó en un sér que podría haber existido..... también ella hubiera tenido un hijo de la edad de Carree. Los brazos que se juntaban indiferentes en torno de la dormida criatura, comenzaron á temblar y á estrecharla en apretado abrazo. Y luégo con un impulso profundo, potente, prorumpió en sollozos, y atrajo hacia su seno á la niña una y otra vez, como si quisiese sustituirla á la que allí guardara. Y pasó la borrasca que la estremecía, deshaciéndose en un torrente de lágrimas.

Una ó dos gotas cayeron sobre los rizos de Carree, que se movió inquieta en su sueño. Pero otra vez la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tranquilizó—era *tan* fácil hacerlo entonces!—y permanecieron allí tan silenciosas y solitarias, que parecían formar parte de la solitaria y silenciosa morada. Pero, como en la casa alegremente iluminada por los rayos del sol, la apariencia de soledad y abandono no llevaba consigo la vejez, la decadencia ni la desesperación.

El coronel Starbottle esperó en vano toda aquella noche en el hotel de Fiddletown, y á la mañana siguiente, cuando Mr. Tretherick regresó á su casa, la encontró vacía y sin habitantes, á no ser tales las motas y rayos de sol.

Univ Calif - Digitized by Microsoft

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

II.

Cuando se supo que mistress Tretherick había huído definitivamente, llevándose la hija de Mr. Tretherick, se conmovió Fiddletown y hubo sobre el caso diversidad de opiniones. *El Noticiero de Dutch Flat*, aludía abiertamente al «rapto violento» de la niña, con la misma desenvoltura y severidad con que criticara la poesía de la raptora. El público del sexo de mistress Tretherick, y una fracción del sexo opuesto, formado, sin embargo, por personas de poco carácter, adoptaba la opinión del *Noticiero*. Pero los más no deducían del acto consecuencias morales; les bastaba saber que mistress Tretherick había sacudido de sus primorosas zapatillas el encarnado polvo de Fiddletown; lamentaban más bien la pérdida de la bella

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

raptora que su crimen. Muy pronto se desentendieron de Tretherick, el ofendido esposo y padre desconsolado, y pusieron en duda la sinceridad de su dolor; pero guardaron su cómica compasión para el coronel Starbottle, abrumando á este hombre excelente, con intempestiva simpatía manifestada en las tabernas, salones públicos y otros lugares no menos impropios para tales demostraciones de sentimiento.

—Coronel, siempre fué inconstante esa mujer—decía un amigo compasivo con afectado interés y plañidero tono—y es natural que un día se haya escapado del bruto de su marido; pero que os deje á vos, coronel, que realmente os haya burlado, esto es lo que me sorprende. Y dicen que estuvisteis rondando por el hotel toda la noche, y que os paseasteis por aquellos corredores y subisteis y bajasteis las escaleras, y como alma en pena vagasteis por aquella plaza, ¡ y todo ello por nada!

Otra alma generosa y compasiva vertió nuevo bálsamo en las heridas del coronel.

—Figuráos que esos títeres de por ahí pretenden que mistress Tretherick consiguió de vos que cargaseis con su maleta y la niña desde la casa hasta el despacho de la diligencia, y que el galán que se marchó con ella os dió las gracias ofreciéndoos unas monedas y que os ocuparía á la primera ocasión porque le gustaba vuestro trato... ¿por supuesto que todo ello será falso? Está bien; ya sabré yo contestar á esos deslenguados. Celebro haberos encontrado, pues la mentira corre que vuela.

Sin embargo, y felizmente para la reputación de mistress Tretherick, el criado chino de su marido, único testigo ocular de la fuga, refirió que sólo la niña la acompañaba. Dijo además que obedeciendo á sus órdenes, había hecho parar la diligencia de Sacramento y ajustado asiento para ambas, hasta San Francisco. Verdad es que el testimonio de Ah Fe no era

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de ningún valor legal, mas nadie lo puso en duda.

Los que más dudaban de la veracidad pagana reconocieron en este caso la más desinteresada indiferencia por parte del chino. Pero á juzgar por un pasaje hasta ahora desconocido de esta verídica crónica, se equivocaban.

Habían transcurrido unos seis meses desde la desaparición de mistress Tretherick. Ah Fe trabajaba un día, como de costumbre, en el terreno de Tretherick, cuando dos chinos que pasaban le llamaron. Eran mineros provistos de largos palos y cestos para sus usuales excursiones. Entablóse animada conversación entre Ah Fe y sus hermanos mongoles, una de esas conversaciones características, parecidas á una disputa por sus precipitados chillidos, y que hacen la delicia y provocan el desprecio de los inteligentes caucasianos, que no comprenden una sola palabra de ellas. Así por lo menos juzgaban su jerigonza pagana mister Tretherick desde su mirador y el coronel Starbottle que pasaba. El galante coronel les sacó lisa y llanamente de su camino con un puntapié, y el irritado Tretherick, con una blasfemia, tiró una piedra al grupo y lo disolvió. Pero no antes de que hubiesen trocado una ó dos tirillas de papel de arroz amarillo con geroglíficos, y de pasar á manos de Ah Fe un paquetito. Abriólo Ah Fe en la soledad de su cocina, y descubrió un delantal de niña, recientemente lavado y planchado. En un ángulo del dobladillo tenía las iniciales « C. T. » Ah Fe lo escondió en un pliegue de su blusa, y prosiguió lavando sus platos en el fregadero con cándida sonrisa de satisfacción.

Dos días después, Ah Fe se presentó á su amo.

—Yo no gustar Fiddletown. Yo muy enfermo. Yo marchar ahora.

Mr. Tretherick le mandó á todos los demonios. Ah Fe le contempló plácidamente y se retiró.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Empero, antes de marcharse de Fiddletown, hallóse por casualidad al coronel Starbottle y se le escaparon algunas frases incoherentes que interesaron al tal caballero. Cuando hubo terminado, el coronel le entregó una carta y una moneda de oro de veinte duros.

—Si me trae una contestación duplicaré esto: ¿entiende, John?

Ah Fe movió afirmativamente la cabeza. Una entrevista igualmente casual y precisamente con idéntico resultado, tuvo lugar entre Ah Fe y otro caballero, el joven editor de *El Alud*. Sin embargo, siento verme obligado á manifestar que al ponerse en camino, Ah Fe rompió tranquilamente el sello de ambas cartas, y después de intentar leerlas al revés y de lado, las dividió por fin en cuadritos primorosamente cortados, y en tal disposición los vendió por una bagatela á un hermano celestial que encontró por el camino. No es para descrita la pesadumbre del coronel Starbottle al descubrir en la cara blanca de uno de estos cuadritos, que llegó á sus manos con la ropa blanca de la semana, la cuenta de su lavandero, y al cerciorarse de que los restantes trozos de la carta circulaban por igual método entre los clientes del lavadero chino de un tal Fung Fi. Sin embargo, estoy persuadido de que este abuso de confianza halló cumplido castigo en las dificultades que acompañaron la peregrinación de Ah Fe.

En el camino de Sacramento fué por dos veces arrojado de la vaca de la diligencia abajo, por un caucasiano civilizado, pero borracho á más no poder, á cuya dignidad repugnaba la compañía de un fumador de opio. En Hangtown, un transeunte le cascó para dar una sencilla prueba de la supremacia cristiana. En Dutch Flat le robaron manos muy conocidas por motivos desconocidos. En Sacramento le arrestaron por sospecha de ser esto ú lo otro y le pusieron en libertad después de una severa reprimenda, probablemente

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

porque no era lo que buscaban y entorpecía de esta manera el curso de la justicia. En San Francisco le apedrearon los niños de las escuelas públicas; pero evitando cuidadosamente estos monumentos de la ilustración y del progreso, llegó por fin en relativa seguridad á los barrios chinos, donde los abusos contra él quedaban al menos inscritos por la policía y limitados por el fuerte brazo de la ley.

Al día siguiente entró en el lavadero de Chy Fook como asistente, y el viernes próximo fué enviado con un cesto de ropa limpia á los varios clientes de la casa.

Era una de esas tardes de niebla, uno de estos días descoloridos, grises, que desmienten el nombre del verano para cualquiera, excepto para la exaltada imaginación de los ciudadanos de San Francisco. Ah Fe trepaba por la larga colina de California Street, barrida por el viento; no se sentía la temperatura ni se distinguía el color en la tierra ni en el cielo; ni luz al exterior ni sombra por dentro de los edificicios, sólo sí un tinte gris, monótono, universal, tendido sobre todo. Febril agitación reinaba en las calles barridas por el viento, y por el contrario un sombrío silencio en las casas. Cuando Ah Fe hubo llegado á la cima de la cuesta, la colina de la Misión se ocultaba ya á su vista y la fresca brisa del mar le hacía tiritar. Descargóse de su cesto para descansar. Es posible que para su limitada inteligencia y bajo el punto de vista pagano, el «clima de Dios,» como solemos llamarle, no brindaba con las dulzuras, suavidad y misericordia que se le suponen. Acaso Ah Fe confundiera ilógicamente los rigores de la estación con los de sus perseguidores, los niños de las escuelas, que libres á esta hora del instructivo encierro, eran mucho más agresivos. De manera que siguió su camino apresuradamente, y volviendo una esquina, detúvose por fin delante de una casa.

Era esta una de las ordinarias casuchas de San Fran-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cisco, precedida de un mezquino plantío de arbustos, con su terraza al frente y luégo por encima de esta el

feo balcón al cual nadie se sentaba. Ah Fe tiró de la campanilla; apareció una criada; echó una mirada á su cesto y le admitió con repugnancia como si fuera un animal doméstico molesto pero necesario. Ah Fe

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

subió silenciosamente las escaleras, entróse hacia el aposento delantero, dejó el cesto y esperó en el umbral.

Una mujer sentada á la fría y agrisada luz de la ventana, con una niña en la falda, levantóse con indiferencia y se fué hacia él. Al momento reconoció Ah Fe á mistress Tretherick, pero no se alteró un solo músculo de su cara, ni sus oblicuos ojos se animaron al encontrarse plácidamente con los de su señora. Evidentemente ella no le reconoció, pues comenzó á contar la ropa. Pero la niña examinándole con curiosidad, profirió de repente un repentino grito de alegría:

—¡Ay, mamá, si es John! Es nuestro John, el que teníamos en Fiddletown.

Por un instante los ojos y dientes de Ah Fe brillaron con eléctrica conmoción. La criatura palmoteó y le cogió por la blusa. Luégo dijo, rápidamente:

—Yo, John, Ah Fe, todo es uno. Yo conocer á ti. ¿Cómo va?

Mistress Tretherick dejó caer con espanto la ropa y miró á Ah Fe. No teniendo para él el cariño que avivaba la percepción de Carree, no podía distinguirle aun de sus camaradas. Recordó la pasada pena y con vaga sospecha de un peligro inminente, le preguntó cuándo se había marchado de Fiddletown.

—Mucho tiempo. No gustar Fiddletown. No gustar Tlevelick. Gustar San Flisco. Gustar lavar. Gustar Tally (1).

El laconismo de Ah Fe agradó á mistress Tretherick. No se detuvo á reflexionar qué influencia tenía en su buena intención y sinceridad el imperfecto conocimiento del inglés. Pero dijo:

—No digais á nadie que me habeis visto.

Y sacó su porta-monedas.

Ah Fe, sin mirarlo, vió que estaba casi vacío; sin es-

(1) Diminutivo de Carolina alterado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cudriñar el aposento, observó que estaba pobremente amueblado y sin apartar su vista del techo, notó que mistress Tretherick y Carree vestían pobremente. Sin embargo, debo confesar que los largos dedos de Ah Fe apretaron de firme el medio duro que mistress Tretherick le ofreció.

Luégo comenzó á registrar los plieges de su blusa entre extrañas contorsiones. Después de algunos momentos sacó de Dios sabe dónde un delantal de niña, que colocó sobre el cesto, diciendo al mismo tiempo:

—Olvidar una pieza lavadero.

Luégo comenzó de nuevo su registro. Finalmente el éxito coronó al parecer sus esfuerzos; sacó de su oreja derecha un pedazo de papel de seda en múltiples dobleces. Desdoblándole cuidadosamente, descubrió por fin dos monedas de oro de á veinte duros que alargó á mistress Tretherick.

—Usted dejar dinero encima bluló (1) Fiddletown, yo encontrar dinero. Yo traer dinero á V. corriente.

—¡Pero yo no dejé dinero alguno encima del *bureau*, John!—dijo mistress Tretherick con sinceridad.—Debe haber equivocación. Pertenecerá á otra persona. Llévatelo, John.

La frente de Ah Fe se nubló. Apartó la mano de mistress Tretherick que le tendía el dinero y procedió rápidamente á recoger su cesto.

—Yo no devolver. No, no. Luégo prenderme un policeman (2). Él dice: Dios maldiga ladrón, tomar cuarenta duros, na cárcel. Yo no devolver. Vos dejar dinero arriba bluló Fiddletown. Yo traer dinero. Yo no devolver.

Mistress Tretherick dudaba de que en su precipitada huída hubiese dejado el dinero como él decía. Sea

(1) Por *bureau*.
(2) Agente de orden público.

Univ Calif - Digitized by Microsoft

como fuere, no tenía el derecho de poner en peligro la seguridad de este honrado chino, rehusándolo; de manera que dijo:

—Muy bien, John, me quedaré con él; pero has de volver á verme.

Mistress Tretherick titubeó. Por vez primera se le ocurrió que un hombre pudiera desear ver á otra que no fuera ella.

—¡Á mí, y... á Carree!

La fisonomía de Ah Fe se iluminó. Hasta profirió en una corta risa de ventriloquo sin mover la boca. Luégo echándose la cesta al hombro cerró cuidadosamente la puerta y se deslizó tranquilamente escaleras abajo. Sin embargo, á la salida tropezó con una dificultad inesperada al abrir la puerta, y después de forcejear un momento en la cerradura inútilmente, miró en torno suyo como en demanda de auxilio ó explicación. Pero la camarera irlandesa que le había facilitado la entrada no se dignó comparecer. Ocurrió entonces un incidente misterioso y sensible, que relataré sencillamente sin esforzarme en explicarlo. En la mesa de la entrada había un pañuelo de seda, propiedad sin duda de la criada á quien acabo de aludir. Mientras Ah Fe tentaba el cerrojo con una mano, descansaba ligeramente la otra en la mesa. De repente, y al parecer por impulso espontáneo, el pañuelo comenzó á deslizarse poco á poco hacia la mano de Ah Fe. Desde la mano de Ah Fe siguió hacia dentro de su manga, lentamente y con un movimiento pausado como el de la serpiente, y luégo desapareció en alguno de los repliegues de su blusa. Sin manifestar el menor interés por este fenómeno, Ah Fe repetía aún sus tentativas sobre el cerrojo. Un momento después el tapete de damasco encarnado, movido acaso por igual impulso misterioso, se recogió poco á poco bajo los dedos de Ah Fe y desapareció ondulando suavemente por el mismo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

escondido conducto. ¿Qué otros misterios podrían haber seguido? No me es dable decirlo, pues en aquel momento descubrió Ah Fe el secreto del cerrojo y pudo abrir la puerta, coincidiendo esto con el ruido de pasos que se oía en la escalera de la cocina. Ah Fe no apresuró su salida, sino que cargando pausadamente con el cesto, cerró con todo cuidado la puerta tras de sí, y penetró en la espesa niebla que cubría entonces tierra y cielo.

Desde su ventana contempló mistress Tretherick la figura de Ah Fe hasta que desapareció en la agrisada nube. En su presente abandono sintió por él vivo reconocimiento y acaso mistress Tretherick, como siempre, poética y sensible, atribuyó á profundas emociones y á la conciencia satisfecha de una buena acción, el ahuecamiento del pecho del chino que en realidad era debido á la presencia del pañuelo y del tapete debajo de la blusa. Á medida que con la noche, la neblina gris se hacía más densa, mistress Tretherick estrechaba á Carree contra su seno. Olvidando la charla de la criatura, siguió entre sentimentales recuerdos y egoistas consideraciones á la vez amargas y peligrosas. La aparición repentina de Ah Fe la unía de nuevo con su pasada vida de Fiddletown; la senda recorrida desde aquellos días era por demás triste y sembrada de abrojos; llena de obstáculos y de espinas é invencibles dificultades. No fué pues maravilla que por fin Carree cesara repentinamente á la mitad de sus infantiles confidencias, para echar sus bracitos en torno del cuello de la pobre mujer, y le suplicara que no llorase.

Dios me libre de emplear una pluma que debe dedicarse siempre á la exposición de principios morales inalterables, en transcribir las especiosas teorías de mistress Tretherick sobre esta época y su conducta que defendía con débiles paliativos, ilógicas deducciones, tiernas excusas y débiles apologías. Sin embargo,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

las circunstancias fueron durísimas. Su escaso caudal agotóse muy pronto. Descubrió en Sacramento que los versos, aunque elevan á las emociones más sublimes del corazón humano, y merecen la mayor consideración de un editor en las páginas de un periódico, son insuficiente recurso para los gastos de una señora y de una niña. Recurrió luégo al teatro, pero hizo fiasco completo. Quizá su concepto de las pasiones fuese diferente del que profesaba el auditorio de Sacramento, pero lo cierto es que su bella presencia, encantadora y de tanto efecto á corta distancia, no era bastante acentuada para la luz de las candilejas. No le faltaron admiradores en su gabinete, pero no despertó en el público afecto duradero. En este apuro recordó que tenía voz de contralto, de no mucha extensión y poco cultivada, pero sumamente dulce y commovedora. Por fin, logró una plaza en un coro de iglesia. La sostuvo durante tres meses, muy en su provecho pecuniario, y según se decía, á satisfacción de los caballeros de los últimos bancos que volvían la cara hacia ella durante el canto del último himno.

La recuerdo perfectamente en esta época. La luz que descendía desde la ventana del coro de San Dives, solía acariciar dulcemente las tupidas masas de cabello castaño de su hermosa cabeza y los negros arcos de sus cejas, y oscurecía bajo la sombra de las sedosas pestañas sus aterciopelados ojos. Era muy agradable observar el abrir y cerrar de aquella boquita finamente perfilada mostrando rápidamente una sarta de perlas en sus blancos dientecitos, y ver cómo sonrojaba la sangre su mejilla de raso: porque mistress Tretherick era por demás sensible á la admiración que causaba y á semejanza de la mayor parte de las mujeres bonitas se recogía bajo las miradas lo mismo que un caballo de carrera bajo la espuela.

Y luégo, naturalmente, vinieron los disgustos. Lo sé

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

por boca de una soprano (mujercita algo más que despreocupada en las cuestiones de su sexo). Díjome que la conducta de mistress Tretherick era poco menos que vergonzosa; que su vanidad era inaguantable; que si consideraba á los demás del coro como esclavos, ella, la soprano, quería saberlo; que su conducta con el bajo el domingo de Pascua había atraído la atención de todos los fieles, y que ella misma había visto cómo el reverendo Cope la miraba dos veces durante la función; que sus amigos (los de la soprano) se habían opuesto á que cantara en el coro con una mujer que había pisado tablas, pero que ella transigía en esto. Sin embargo, sabía de buena tinta, que mistress Tretherick se había fugado de su marido, y que la niña de cabello rojo que algunas veces llevaba al coro, no era suya. El tenor le confió un día, detrás del órgano, que mistress Tretherick poseía un medio para sostener la nota final de cada frase al objeto de que su voz quedara por más tiempo en el oído de la congregación, acto indigno que sólo podía atribuir á un carácter inmoral y vicioso; que el tenor, dependiente muy conocido de una quincallería en los días laborables, y que cantaba los domingos, no la soportaría por más tiempo, como hombre que era. Sólo el bajo, un alemán pequeño, de pesada voz que debía avergonzarle, defendía á mistress Tretherick y se atrevió á decir que tenían celos de ella, porque era bonita.

Llegaron finalmente al colmo estas diferencias en una querella descarada, en la que mistress Tretherick hizo uso de su lengua con tal precisión de argumentos y de epitetos que la soprano estalló en un ataque histérico, y su marido y el tenor tuvieron que sacarla en brazos del coro. Esta escena intencionada llegó á conocimiento de los parroquianos por la supresión del *solo* acostumbrado de la soprano. Mistress Tretherick volvió á casa sonrojada por el triunfo, pero al llegar á su ha-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

bitación rechazó á Carree diciendo que desde entonces eran mendigas; que ella, su madre, acababa de quitarle su último bocado de pan, y terminó rompiendo en un torrente de lágrimas de arrepentimiento. No acudían estas á sus ojos tan fácilmente como en los pasados y poéticos días, pero cuando las vertía era con el corazón desgarrado. Volvió en sí al anuncio de la visita de un *vestryman*, del Comité musical. Mistress Tretherick enjugó sus largas pestañas, atóse al cuello una cinta nueva, y bajó á la sala. Allí permaneció dos horas; eso pudiera ocasionar habladurías á no estar el buen hombre casado y con hijas mayores. Cuando mistress Tretherick volvió á su cuarto, tarareaba mirándose al espejo y riñó á Carree. Pero conservó su colocación en el coro.

Sin embargo, no fué por mucho espacio. Andando el tiempo las fuerzas del enemigo recibieron poderoso auxilio en la persona de la esposa del *committee-man*. Dicha señora visitó á varios de los feligreses y á la familia del Dr. Cope. El resultado fué, que en una junta posterior del comité musical, se decidió que la voz de mistress Tretherick no era adecuada á la capacidad del edificio y fué invitada á presentar su renuncia. Así lo hizo. Dos meses hacía que estaba sin colocación y sus escasos medios se hallaban casi agotados cuando Ah Fe derramó en sus manos el inesperado tesoro.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

III.

La niebla gris se hizo más intensa con la noche, y los faroles entraron temblando á la vida, mientras mistress Tretherick, absorta en dolorosos recuerdos, permanecía aún tristemente asomada á su ventana. No reparó siquiera que Carree se había escurrido de la sala, y su bullicioso regreso llevando en la mano el periódico de la noche, húmedo aún, hizo volver en sí y á los apuros del presente á mistress Tretherick. La pobre mujer solía examinar minuciosamente los anuncios con la efímera esperanza de hallar entre ellos proposiciones para un empleo (no sabía cuál) que pudiera proveer á sus necesidades, y Carree se había fijado en esta costumbre.

Mistress Tretherick cerró maquinalmente los postigos, encendió las luces y abrió el periódico.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Su vista se fijó instintivamente en el siguiente párrafo de la columna de telégramas:

«Fiddletown, 7. Mister James Tretherick, persona muy conocida en este lugar, murió anoche de *delirium tremens*. Mister Tretherick se entregaba á desarregladas costumbres, ocasionadas, según se dice, por disgustos domésticos.»

Mistress Tretherick no se afectó. Volvió tranquilamente la página y miró de soslayo á Carree. La niña estaba absorta en un libro. Mistress Tretherick no dijo palabra, pero durante el resto de la noche permaneció silenciosa y absorta contra su costumbre.

Cuando Carree estuvo ya acostada, mistress Tretherick cayó de repente de rodillas junto á la cama, y cogiendo entre las manos la encendida cabeza de la niña, le preguntó:

—¿Te gustaría tener otro papá, mi querida Carree?

—No—dijo Carree, después de meditar un momento.

—¿Quiero decir un papá que ayudase á mamá y te cuidara con amor, que te diese bonitos vestidos, para hacer de ti una señora cuando seas mayor?

Carree volvió hacia ella sus soñolientos ojos.

—¿Y á ti, mamá, te gustaría?

Mistress Tretherick se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

—Duerme—dijo bruscamente, y le volvió la espalda.

Pero hacia la media noche la niña sintió dos tiernos brazos que la estrechaban contra un pecho palpitante, conmovido y desgarrado por los sollozos.

—¡No llores, mamá!—murmuró Carree, recordando como en sueños la pasada conversación.—No llores. Creo que me gustaría un nuevo papá si te quisiera mucho... mucho... mucho!

Con sorpresa general, un mes más tarde, se casó mistress Tretherick. El afortunado novio era un tal

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Starbottle, coronel elegido recientemente para representar el condado de Calaveras en el consejo legislativo del Estado. Como no es posible relatar el acontecimiento en lenguaje más escogido que el del corresponsal del *Globo de Sacramento*, citaré algunas de sus graciosas frases:

«Las implacables flechas del pícaro dios se ensañan esos días en nuestros galantes salones: hay ya un desgraciado más.

»Esta última víctima es el honorable A. Starbottle de Calaveras, cautivo hoy de una bellísima hada, viuda, un tiempo sacerdotisa de Thespis, y hasta hace poco, émula de Santa Cecilia, en una de las iglesias más á la moda de San Francisco, donde disfrutaba de un crecido sueldo.»

El *Noticiero de Dutch Flat* comentó el suceso con la poca aprensión característica de una prensa libre.

«El nuevo caballo de batalla de los demócratas de Calaveras, acaba de llegar á la Legislatura con un nuevo proyecto. Trátase de la conversión del nombre Tretherick en el de Starbottle. Por allí llaman á eso una *fe* de casamiento. Hace un mes que murió Mr. Tretherick; pero es de suponer que el intrépido coronel no tiene miedo á los duendes.»

Decir que la victoria del coronel fué fácilmente obtenida, sería no hacer justicia á mistress Tretherick.

Á la natural timidez de la señora, se añadía el obstáculo de un rival, acomodado empresario de honras fúnebres, de Sacramento, á quien debió cautivar mistress Tretherick, en el teatro ó en la iglesia, ya que los hábitos profesionales del galán le excluían del ordinario trato social y de todo otro que no fuese público y ceremonioso. Como este caballero poseía una bonita fortuna adquirida en la propicia ocasión de una larga y terrible epidemia, el coronel le tenía por rival peligroso. Afortunadamente, el empresario de honras fú-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

nebres hubo de ejercer su profesión en la persona de un Senador, colega del coronel, á quien la pistola de éste mató en un lance de honor, y sea que temiese la rivalidad por consideraciones físicas, ó bien que calculase con prudencia que el coronel podía procurarle clientes, ello fué que dejó el campo libre.

La luna de miel fué corta, y terminó con un incidente imprevisto. Durante el viaje de bodas, confiaron á una hermana del coronel Starbottle el cuidado de Carree. Á su regreso á la ciudad, mistress Starbottle determinó inmediatamente visitar á mistress Culpepper, para traerse la niña á casa.

El coronel Starbottle, desde hacía algún tiempo daba muestras de inquietud que se esforzaba en vencer por medio del uso repetido de bebidas fuertes, pero al fin se decidió, abrochóse estrechamente la levita, y después de pasear el cuarto una ó dos veces con paso inseguro, detúvose de repente ante su esposa con aire imperioso.

—He diferido—dijo el coronel, con labio balbuciente y afectada majestad que aumentaba su miedo interior —he diferido, es decir, he suspendido hasta el último momento la revelación de un hecho que es mi deber comunicarte. No quise nublar el sol de nuestra mutua felicidad... no quise marchitar nuestras tiernas promesas en flor, ni oscurecer el cielo conyugal con una explicación desagradable, pero debo hacerlo... ¡vive Dios!... Señora... debo hacerlo hoy. ¡La niña está fuera!

—¡Fuera!—repitió mistress Starbottle.

Algo había en el tono de su voz, en el repentino estrabismo de sus pupilas, que en un momento disipó los vapores alcohólicos en la cabeza del coronel y encogió su gallardo pecho.

—Todo lo explicaré en un minuto—dijo moviendo la mano en ademán conciliador—todo se explicará.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El..... el..... el..... melancólico suceso que precipitó nuestra felicidad, la misteriosa Providencia que te libertó, libertó á la niña también! ¿comprendes? Libertó á la niña. Desde el momento en que murió Tretherick, el parentesco que por él os uniera, murió también. Esto es claro como la luz. ¿Á quién pertenece la niña? ¿Á Tretherick? Tretherick ha muerto. La niña no puede pertenecer á un muerto. Es una solemne tontería pretender que pertenece á un muerto. ¿Es vuestra hija? ¿No? ¿De quién, pues? La niña pertenece á su madre. ¿Estamos?

—¿Dónde está?—dijo mistress Starbottle pálida y con voz concentrada.

—Todo lo explicaré. La niña pertenece á su madre. Esto es claro como la luz. Yo soy abogado, legislador y ciudadano americano. Mi deber como abogado, legislador y ciudadano americano, es restituir la niña á su afligida madre... sea cual fuere el precio... sea cual fuere.

—¿Dónde está?—repitió mistress Starbottle, fija todavía la vista en el semblante del coronel.

—En camino para reunirse con su madre; partió para el Este, ayer, en el vapor. Transportada por favorables vientos hacia su afligida madre. Allí está.

Mistress Starbottle permaneció inmóvil. El coronel sintió que su pecho se encogía poco á poco, pero se apoyó contra una silla, y se esforzó en ostentar una galantería caballeresca, unida á la severidad de magistrado.

—Estos sentimientos, señora, honran á vuestro sexo, pero considerad la situación, considerad los sentimientos de una madre, considerad mis propios sentimientos.

Calló el coronel, y sacando un pañuelo blanco lo pasó descuidadamente sobre su pecho y luégo se sonrió cínicamente á través de sus pliegues de encaje.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¿Por qué una leve sombra ha de nublar la armonía de dos almas que mueve un solo pensamiento? La niña es hermosa, es buena, pero al fin y al cabo es hija de otro! La niña se fué, Clara, pero no todo se fué con

ella. Clara, considera, querida, que siempre me tendrás á mí!

Mistress Starbottle se levantó precipitadamente.

—¡Vos!—gritó con una nota de pecho que hizo vi-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

brar los cristales—¡Vos, con quien me casé para que mi querida niña no muriese de hambre! ¡Vos, perro al que llamé á mi lado para alejar de mí á los hombres! ¡Vos....!

Se ahogaba. Precipitóse en el cuarto vecino, que ocupara Carree; luégo pasó rápidamente á su propio dormitorio, y apareció de repente ante él, erguida, amenazadora, con un fuego abrasador en los pómulos, fruncidas las cejas y contraídos los labios. Parecióle al coronel que su cabeza se achataba y se deprimía su boca como la de la serpiente.

—Oidme!—dijo con voz ronca y varonil.—Oidme! Si deseais alguna vez fijar vuestra vista en mí, traedme antes á la niña. Si alguna vez quereis hablarme ó acercaros, teneis que devolvérmela. Donde ella vaya, allá iré yo, ¿oís? Allá donde ella ha ido, buscadme á mí!

Pasó otra vez por delante de él furiosa, echando hacia fuera los brazos desde los codos abajo, como si se librase así de vínculos imaginarios, y arrojándose en su cuarto cerró con violencia la puerta y dió vuelta á la llave.

El coronel Starbottle, aunque no era cobarde, sentía para una mujer enojada un miedo supersticioso; retrocedió para dejarle libre el paso y fué á rodar impotente por el sofá. Allí, después de uno ó dos esfuerzos infructuosos para ponerse en pié, permaneció inmóvil, profiriendo de vez en cuando protestas mezcladas con blasfemias incoherentes, hasta que por fin sucumbió al cansancio de la emoción, y al narcotismo de las libaciones.

En tanto, mistress Starbottle recogía excitada sus joyas, y hacía su maleta como ya otra vez la hiciera en el transcurso de esta extraordinaria historia. Acaso un

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

recuerdo de aquella escena vagaba por su mente, pues repetidas veces se detuvo para apoyar las encendidas mejillas en su mano, como si otra vez debiese aparecer la figura de la niña, de pié en el umbral y repitiendo con voz infantil la antigua pregunta: — ¿Es mamá? — Pero este nombre le atormentaba ahora cruelmente. Arrancólo de su imaginación con un rápido y apasionado gesto y enjugó una lágrima que temblaba en sus pestañas.

Y luégo, la casualidad quiso que removiendo sus ropas diese con una zapatilla de la niña, con una de las cintas rota. Lanzó un grito horrible, el primero que había proferido aquel día, y la estrechó contra su pecho, besándola apasionadamente una y otra vez; mecióla con ese movimiento maternal propio de la mujer, y después la llevó hasta la ventana, para verla mejor á través de las lágrimas que bañaban sus ojos. De súbito sufrió un fuerte ataque de tos que intentó ahogar llevando el pañuelo á sus calenturientos labios. Y luégo sintió que desfallecía; parecióle que la ventana huía delante de ella, que el suelo se hundía bajo sus piés, y tambaleándose llegó á la cama, cayó boca abajo sobre ella estrechando convulsivamente contra su pecho la zapatilla y el pañuelo. Estaba horriblemente pálida; las órbitas de sus ojos se oscurecían, y en sus labios apareció una mancha roja, otra en su pañuelo y por fin otra sobre el blanco cubrecama.

El viento levantóse con fuerza, sacudió las celosías y agitó las blancas cortinas de un modo fantástico; después, una niebla gris se deslizó suavemente por encima los tejados, acariciando las paredes barridas por el viento y envolviéndolo todo en luz incierta é imponente calma. . . . . .

. . . . . .

Univ Calif - Digitized by Microsoft

Ella yacía inmóvil; á pesar de todas sus desdichas era una bellísima desposada, pero al otro lado de la puerta cerrada con cerrojo, el novio roncaba tranquilamente en su lecho improvisado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

IV.

La semana anterior á la Navidad del año 1870, el pequeño pueblo de Génova, en el Estado de Nueva York, ponía de manifiesto aún más que de costumbre, la amarga ironía del nombre que le dieran sus fundadores y padrinos. Una fuerte nevada blanqueaba matorrales, plantas, paredes y palos de telégrafo, ponía estrecho cerco á la dulce capital italiana, se arremolinaba al rededor de las enormes columnas dóricas de madera en la casa de correos y en el hotel, suspendíase de las persianas verdes de las mejores casas y empolvaba las siluetas angulosas, rígidas y oscuras de sus calles. Las cuatro principales iglesias de la ciudad se alzaban abruptas rompiendo la línea de las casas, y escondían sus disformes torres en el bajo torbellino. Cerca de la estación la nueva capilla metodista, semejante á una

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

enorme locomotora, precedida á manera de salva-vidas de su piramidal escalinata, parecía esperar que algunas casas se le agregaran para irse á un lugar más agradable. Pero el orgullo de Génova—el gran Instituto Crammer, para señoritas—dominaba la avenida principal con su desnuda fachada de ladrillo y su majestuosa cúpula. El Instituto Crammer no desmentía su carácter de establecimiento público; desde cualquier punto de la ciudad se divisaba fácilmente un visitante en su escalera y una cara bonita en sus ventanas.

El chillido de la locomotora del express septentrional de las cuatro, atrajo á la estación á muy pocos de sus habituales y desocupados concurrentes. Un solo pasajero bajó y se dirigió en el solitario trineo hacia el hotel de Génova. Y luégo el tren huyó indiferente como todos los trenes express, por la curiosidad humana; volvió el vacío furgón de equipajes á su cochera y el jefe de la estación cerró la puerta con llave y se fué á su casa.

El silbido de la locomotora despertó la culpable conciencia de tres señoritas del Instituto Crammer que en aquel momento se regalaban en una calle vecina, en la pastelería de mistress Phillips. El admirable reglamento del Instituto dejaba amplio desarrollo á la naturaleza física y moral de sus alumnas; en público se conformaban con sus excelentes reglas de dieta, pero privadamente se permitían anti-reglamentarios festines con las golosinas de su abastecedor particular del pueblo; asistían á la iglesia con formalidad ejemplar, pero coqueteaban durante el oficio divino con los petimetres del pueblo; en las clases recibían severa y moral instrucción y durante el asueto devoraban las más insulsas novelas. El resultado de esta doble enseñanza era una agrupación de jóvenes robustas, alegres y encantadoras que daban infinito crédito al Instituto. Mistress Phillips á pesar de que le debían importantes sumas,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

alababa el buen humor y belleza juvenil de sus parroquianas y declaraba que la vista de estas señoritas la rejuvenecía, pero se sospechaba de ella que favoreciese las excursiones clandestinas que hacían sin escrúpulo.

—¡Señoritas! las cuatro; si no estamos de vuelta para las oraciones, nos echarán de menos—dijo levantándose, la más alta de estas vírgenes locas, muchacha de nariz aguileña y maneras resueltas que revelaban al jefe de la excursión.

—¿Tienes los libros, Addy? (1).

Addy enseñó debajo de su impermeable tres libros de apariencia no muy santa.

—¿Y las provisiones, Carree?

Carree mostró un paquete de aspecto sospechoso en su saquito.

—Está bien, pues. Vamos, chicas, en marcha. Ponedlo en cuenta—añadió saludando con la cabeza á la huéspeda, mientras se adelantaban hacia la puerta.—Os pagaré cuando me llegue el trimestre.

—No, Kate (2)—repuso Carree, sacando su portamonedas—déjame pagar, me toca á mí.

—Jamás—dijo Kate, arqueando soberanamente sus negras cejas—ya sé que tienes ricos parientes en California que te envían puntualmente fondos, pero no quiero. Vamos, chicas, adelante, marchen!

Al abrir la puerta, una ráfaga de viento casi las levantó del suelo. La bondadosa mistress Phillips se asustó.

—¡Por vida mía, señoritas, no deberíais salir con este tiempo! Más vale que me dejeis mandar un recado al Instituto y os arreglaré una buena cama en la sala.

Pero la última frase se perdió en el coro de chillidos medio ahogados, que arrojaban las niñas, cogidas de

(1) Diminutivo de Adelaida.
(2) Diminutivo de Catalina.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la mano, lanzándose en mitad del temporal. Muy pronto fueron envueltas en su torbellino.

Las breves horas de aquel día de Diciembre, que no alumbraban los vivos colores de la puesta del sol, terminaban rápidamente; anochecía, y en el aire giraban densos copos de nieve. Los bríos de la juventud y su inexperiencia daban á las muchachas resolución; pero osaron atravesar el campo por un atajo para evitar los recodos de la calle Mayor, y la risa espiró en sus labios y las lágrimas comenzaron á apuntar en los ojos de Carree. Cuando volvieron al camino, estaban abrumadas de cansancio.

— Volvámonos — dijo Carree.

—No podríamos cruzar ya otra vez el campo — dijo Addy.

—Parémonos, pues, en la primera casa — dijo Carree.

—La primera casa—dijo Addy, mirando á través de la naciente oscuridad—es del squire Robinson.

Y echó á Carree una mirada picaresca que hasta en su inquietud y miedo hizo acudir rápidamente la sangre á la mejilla de la niña.

—¡Oh! Sí—dijo Kate irónicamente—por supuesto, detengámonos en casa del squire, y nos convidará á cenar, y luégo nos llevará á casa en coche tu querido amigo Mr. Harry, con formales excusas de Mr. Robinson, suplicando que por esta vez se perdone á las señoritas. No—prosiguió Kate con repentina energía—eso puede que te plazca á ti; pero yo me vuelvo como he venido, por la ventana, ó bien no vuelvo.

Y arrojóse repentinamente sobre Carree, que se dejaba caer llorando sobre un montón de nieve, y la sacudió vivamente.

—Luégo dormirás. ¡Chito! ¡Callad! ¿qué es eso?

Oíanse los cascabeles de unas colleras. Por la oscuridad venía hacia ellas un trineo con un solo guía.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Bajad la cabeza, chicas: si es alguien que nos conozca, estamos perdidas.

Pero no lo era, pues con voz desconocida á sus oídos, pero bondadosa y de agradable timbre, preguntó el conductor si les podría ayudar en algo. Ante ellas vieron un hombre envuelto en una hermosa capa de piel de foca, cubierta la cabeza por una gorra de la misma piel, y con la cara medio tapada por una bufanda también de pieles, dejaba ver solamente unos largos bigotes y dos ojos vivos y negros.

—Es un hijo del viejo Santa Claus—dijo en voz baja Addy.

Las chicas, conversando en voz natural recostadas en el trineo, recobraron su anterior alegría.

—¿Dónde les llevaré á Vds.?—dijo tranquilamente el desconocido.

Hubo entre ellas una rápida consulta, y por fin, Kate dijo osadamente:

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Al Instituto.

Subieron en silencio la cuesta hasta que se destacó ante ellas el largo y ascético edificio. El desconocido tiró repentinamente de las riendas.

—Ustedes conocen el camino mejor que yo—dijo:—¿por dónde entran Vds.?

—Por la ventana posterior—dijo Kate con repentina y asombrosa franqueza.

—¡Ya comprendo!—contestó sin inmutarse el extraño guía.

Y apeándose al momento, quitó las campanillas de los caballos.

—Ahora podemos aproximarnos tanto como ustedes quieran—añadió á modo de explicación.

—Á buen seguro que es un hijo de Santa Claus—dijo en voz baja Addy—¿no podríamos pedirle noticias de su padre?

—Callad—dijo Kate con decisión—puede que sea un ángel.

Y con deliciosa incoherencia, perfectamente comprendida por su femenil auditorio, añadió:

—Estamos hechas tres visiones.

Costearon cautelosamente los cercados y finalmente pararon á pocos piés de distancia de una pared sombría. El desconocido ayudólas á apearse. La escasa luz de las nubes reverberaba en la nieve, y á medida que el guía presentaba la mano á sus bonitas compañeras, cada una de estas se veía sometida á un detenido aunque respetuoso examen. Con toda formalidad ayudólas á abrir la ventana, retirándose luégo discretamente al trineo hasta que terminó el difícil y un si es no es descompuesto ingreso. Después volvió hasta la ventana.

—Gracias; buenas noches—murmuraron las tres voces.

Una de las tres figuras permanecía aún en la ven-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tana. El desconocido se inclinó sobre el pretil de ésta.

—¿Me permitirá V. que encienda aquí un cigarro? Podría llamar la atencion la luz del fósforo ahí fuera.

Efectivamente á esta luz pudo ver á Kate bonitamente encuadrada en la ventana. La cerilla se consumió lentamente entre sus dedos. Una sonrisa picaresca asomó en los labios de Kate. La astuta joven había comprendido tan pobre subterfugio. ¿Pues de qué le había de valer el ser primera en su clase, y para qué sino habrían sus padres satisfecho la matrícula durante tres años?

Á la mañana siguiente la tempestad había cesado, y el sol resplandecía vivo y alegre en la sala de estudio, cuando miss Kate Van Corlear, que tenía su sitio junto á la ventana, llevóse patéticamente la mano al corazón y simuló un desvanecimiento con extremada vergüenza, dejándose caer sobre el hombro de su vecina Carree.

—Está aquí—suspiró en voz baja.

—¿Quién?—preguntó con interés Carree, que no comprendía nunca claramente cuándo Kate hablaba en serio.

—¿Quién? ¡Pues el hombre que nos salvó anoche! Le he visto hace un instante llegar á la puerta. No hables: dentro un momento estaré mejor—dijo.

Y la hipócrita se pasó patéticamente la mano por la frente con trágico ademán.

—¿Qué es lo que querrá?—preguntó Carree, con despierta curiosidad.

—No sé—dijo Kate en tono despreocupado.—Probablemente poner en el colegio á sus cinco hijas. Acaso quiera perfeccionar la educación de su mujer y ponerla en guardia contra nosotras.

—No parece viejo, y menos casado—contestó Addy pensativa.

—¡Pobre muchacha! ¡Eso nada significa!—con-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

testó la escéptica Kate.—Nunca puede una decir nada de estos hombres... ¡Son tan falsos!. Además, yo siempre tengo esa suerte.

—¡Pues... Kate!— comenzó Carree, con serio interés.

—Calla; miss Walker va á decir algo—dijo Kate, riéndose.

—Las señoritas harán el favor de prestar atención —dijo pausadamente una voz indolente.—En el locutorio preguntan por miss Carree Tretherick.

En tanto Mr. Jack Prince, nombre estampado en la tarjeta y en varias cartas y credenciales sometidas al Reverendo Mr. Crammer, se paseaba impaciente por el severo aposento designado generalmente con el nombre de «Sala de Recepción,» y privadamente entre las alumnas con el de «Purgatorio.» Sus ojos investigadores examinaban los rígidos detalles de la sala, desde el pulimentado calorífero de vapor parecido á un enorme soda-cracker barnizado, que calentaba un extremo del cuarto, hasta el busto monumental del Dr. Crammer, que daba escalofríos en el otro; desde el Padre nuestro, dibujado por un ex-maestro de escritura, con tal variedad de elegantes rasgueos caligráficos que disminuía notablemente el valor de la composición, hasta tres vistas de Génova, tomadas del natural desde el Instituto, por el profesor de dibujo, y que nadie hubiese sido capaz de reconocer; desde dos citas ilustradas de la Biblia, escritas en letra inglesa, y tan horriblemente remotas que helaban todo interés humano, hasta una gran fotografía de la clase superior, en la cual las niñas más bonitas tenían el color de etiopes, sentadas, al parecer, unas sobre las cabezas y hombros de las otras. Volvió indiferente las hojas de catálogos escolares, los *sermones* del Dr. Crammer, los *poemas* de Henry Kirke White, las *Leyendas del Santuario* y *Vidas de mujeres célebres;*

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

su imaginación, nerviosamente activa, le representó las conmovedoras despedidas y tiernas reuniones que debían haber tenido lugar allí, y se extrañó de que el aposento no guardara algo que pudiese expresar tales humanos sentimientos; y hasta había olvidado casi el objeto de su visita, cuando se abrió la puerta para dejar paso á Carree Tretherick.

Era una de las caras que vislumbrara la noche pasada, más bonita aún de lo que le había parecido entonces, y sin embargo, estaba como desorientado ó descontento, aun cuando no podía esperar encontrarse con tan bella niña. Su abundante y ondulado cabello era de un tinte dorado metálico; su color, de extraña delicadeza como el de una flor; y sus ojos, castaños del color de algas marinas en aguas profundas. No era, pues, su belleza la que le desilusionaba.

Carree, sin ser tan impresionable como él, se hallaba, por su parte, como violenta. Tenía ante sí á uno de estos hombres á quien su sexo califica en términos vagos de «simpáticos», esto es, correcto en todos los superficiales accesorios de moda, vestido, ademanes y en la figura; pero, había en él una distinción excepcional; no se parecía á nadie que ella pudiera recordar, y, como la originalidad suele tan á menudo asustar á las gentes como atraerlas, no se sintió predispuesta en favor suyo.

— Apenas puedo esperar—principió en amable tono — que me recordeis. Hace once años, erais una niña muy pequeña. Temo que ni siquiera pueda revindicar en mi favor el haber disfrutado de la familiaridad que podía existir entre una criatura de seis años y un joven de veintiuno. Creo que no me gustaban los niños. Pero conocí muy bien á vuestra madre. Yo era editor de *El Alud* en Fiddletown, cuando ella os llevó á San Francisco.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Quereis decir mi madrastra; ya sabéis que no era mi madre—interpuso Carree vivamente.

Mister Prince la miró con expresión extraña.

—Quiero decir vuestra madrastra—dijo gravemente.—Nunca he tenido el gusto de encontrarme con vuestra madre.

—No; *madre* hace doce años que no ha estado en California.

Era tan intencionado el tono de aquel título y la distinción que establecía, que principió á interesar á Prince después que se hubo recobrado de su primera sorpresa.

—Como que ahora vengo de parte de vuestra madrastra—prosiguió sonriendo—tengo que rogaros, que por algunos momentos volváis á aquel punto de partida. Después de la muerte de vuestro padre, vuestra madre—digo, vuestra madrastra—reconoció que vuestra madre, la primera Tretherick, era legal y moralmente vuestra tutora, y, aunque muy á pesar de sus inclinaciones y afectos, os colocó de nuevo bajo su tutela.

—Mi madrastra se volvió á casar antes de cumplir el mes de la muerte de mi padre, y me envió á casa—dijo Carree con mucha intención, y alzando ligeramente la cabeza.

Mister Prince se sonrió tan dulcemente, y, al parecer, con tanta simpatía, que principió á gustar á Carree. Sin contestar á la interrupción, continuó:

—Después que vuestra madrastra hubo verificado este acto de simple justicia, entró en convenio con vuestra madre para costear los gastos de vuestra educación hasta que cumplieseis diez y ocho años, época en que deberéis elegir cuál de las dos ha de ser en adelante vuestra tutora, con la cual viviréis. Creo que tenéis conocimiento de este convenio, y si no me engaño os lo participaron ya en aquel entonces.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Entonces, yo no era más que una criatura—dijo Carree.

—Es cierto—dijo Mr. Prince con la misma sonrisa.—Sin embargo, me parece que las condiciones jamás han sido molestas á vos ni á vuestra madre, y la única vez que quizá os causen alguna inquietud, será cuando lleguéis á decidir en la elección de vuestra tutora, lo cual será al cumplir los diez y ocho años... creo que el día 20 del presente mes.

Carree permaneció silenciosa.

—Os ruego no creáis que vengo aquí para conocer vuestra decisión, aun cuando ya esté hecha. Solamente he venido á manifestaros que vuestra madrastra, mistress Starbottle, estará mañana en la ciudad y pasará algunos días en el hotel. Si es vuestro deseo verla antes de decidir, ella se alegrará de abrazaros. Sin embargo, nada quiere hacer que pueda influir en vuestra decisión.

—¿Sabe madre que ella viene?—dijo apresuradamente Carree.

—No lo sé—dijo Prince gravemente.—Solamente sé que si véis á mistress Starbottle, será con permiso de vuestra madre. Mistress Starbottle respetará sagradamente esta parte del convenio hecho hace ocho años. Pero su salud es muy delicada, y el cambio de aires y quietud del campo durante unos días le serán saludables.

Mr. Prince bajó la mirada de sus vivos y penetrantes ojos sobre la joven, y contuvo el aliento hasta que ella repuso, alzando la vista.

—Madre llegará hoy ó mañana.

—¡Ah!—dijo Mr. Prince con dulce y lánguida sonrisa.

—¿Está también aquí el coronel Starbottle?—preguntó Carree después de una pausa.

—El coronel Starbottle ha muerto; vuestra madrastra es viuda por segunda vez.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¡Muerto!—repitió Carree.

—Sí—contestó Mr. Prince—vuestra madrastra ha tenido la singular desgracia de sobrevivir á sus afectos.

Carree no pareció comprenderle, pero Mr. Prince sin dar explicaciones se sonrió tranquilamente.

Al poco rato Carree comenzó á sollozar.

Mr. Prince aproximó dulcemente hacia ella su silla.

—Temo—dijo con extraño brillo en su mirada y retorciendo las guías de su bigote—temo que lo tomáis muy á pecho. Pasarán algunos días antes no se os pida una decisión. Hablemos de otra cosa; supongo que no os resfriásteis anoche.

La cara de Carree adquirió de nuevo su gracia singular con una sonrisa.

—¡Debéis habernos juzgado como tan alocadas!... ¡Y os dimos tanta molestia!

—De ninguna manera, os lo aseguro. Mis sentimientos de las conveniencias sociales—añadió con gazmoñería—se hubieran acaso alarmado si me hubiesen propuesto que ayudara á tres señoritas á salir de noche por la ventana de la clase, pero ya que se trataba de entrar otra vez....

Sonó con fuerza la campanilla de la puerta de entrada y Mr. Prince se puso en pié.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis, y reflexionad bien antes de decidir.

Pero el oído y la atención de Carree estaban fijos en las voces que sonaban en la entrada. En el mismo momento se abrió la puerta y el criado anunció:

—Mistress Tretherick y Mr. Robinson.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

V.

El tren de la tarde lanzaba en un silbido su habitual é indignada protesta al tener que pararse en Génova, cuando Mr. Jack Prince á través de los arrabales del pueblo se dirigia al hotel. Estaba fatigado y de mal humor: un paseo de una docena de millas en coche á través de los pueblos circunvecinos nada pintorescos, y por entre pequeñas y económicas casas de labranza y otros edificios del campo que molestaban su delicado gusto, había dejado á este caballero en un estado de ánimo caviloso. Hubiera evitado á su taciturno posadero á no acecharle éste en la escalera.

—Hay una señora en la sala esperándoos.

Mr. Prince se apresuró á subir la escalera y al entrar en el cuarto mistress Starbottle voló á su encuentro.

En los últimos diez años habíase desmejorado triste-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mente. Su arrogante talle habíase reducido; las seductoras curvas de su busto y espaldas estaban quebradas ó perdidas; el brazo, antes lleno y mórbido, encogíase en su manga, y los brazaletes de oro que cercaban sus delgadas muñecas casi se le escurrieron de las manos cuando sus largos y huesosos dedos sacudieron convulsivamente las manos de Jack. Pintaba sus mejillas el abrasado color de la fiebre; en los hoyos de aquellas mejillas demacradas estaban sepultados los graciosos hoyuelos de antaño; sus brillantes ojos aún eran hermosos, su boca sonreía dulcemente aún, pero los labios se entreabrían para facilitar la respiración fatigosa mostrando los blancos dientes, más aun de lo que acostumbraba hacerlo en otros tiempos. La aureola de su rubio cabello persistía aún; era más fino, más sedoso y etéreo; sin embargo, á pesar de su abundancia no ocultaba los huecos de las sienes cruzadas de azules venas.

—Clara—dijo Jack en tono de reproche.

—Oh, perdóname, Jack—dijo, dejándose caer en una silla, pero asida aún de su mano—perdóname, amigo mío, pero ya no podía aguardar más; me hubiera muerto, Jack, muerto sin que acabaran estos días. Ten conmigo un poco más de paciencia; no va á ser largo, pero deja que me quede. Sé que no debo verla, no le hablaré; pero es tan dulce sentir que por fin estoy cerca de ella, que respiro el mismo aire que mi amada; me siento mejor ya, Jack, de veras. Y ¿la has visto hoy? ¿Cómo estaba? ¿Qué dijo? Dímelo todo, todo, Jack. ¿Estaba hermosa? Dicen que lo es. ¿Ha crecido? ¿La hubieras reconocido? ¿Vendrá, Jack? Quizás ha estado ya aquí; puede que...

Se había puesto en pié excitada, trémula y miraba hacia la puerta.

—Puede que esté aquí ahora.—¿Por qué no hablas, Jack? Dímelo todo.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Los penetrantes ojos que se bajaban hacia los suyos, brillaban con infinita ternura de la cual acaso nadie más que ella los hubiera creído capaces.

— Clara — dijo afectando alegría — tranquilízate. Estás temblando por el cansancio y la excitación del viaje. He visto á Carree; está buena y hermosa. Por ahora, esto te basta.

Esta firmeza suave la sosegó, como á menudo lo hacía en otros tiempos. Acariciando su delgada mano, dijo después de una pausa:

— ¿Te ha escrito alguna vez Carree?

— Dos veces, dándome las gracias por algunos presentes; no eran más que cartas de colegiala — añadió impaciente contestando á la interrogadora mirada de Jack.

— ¿Llegó alguna vez á saber tus penas? Tu pobreza, los sacrificios que hiciste para pagar sus cuentas, que empeñaste la ropa y alhajas de tus...

— ¡No, no! — interrumpió rápidamente la mujer. — ¡No! ¿Cómo podía saberlo? No tengo enemigo bastante cruel para haberle dicho esto.

— ¿Pero si ella, ó si mistress Tretherick, lo hubiesen sabido? Si Carree pensase que eres pobre para mantenerla, podría influir en su decisión. Las jóvenes gustan de la posición que da el dinero. Puede que tenga amigos ricos... puede que un amante...

Á estas palabras mistress Starbottle se estremeció.

— Pero — dijo ella con vehemencia, cogiendo la mano de Jack — cuando me encontraste enferma y sin recursos en Sacramento; cuando, Dios te bendiga por ello, Jack! me ofreciste tu apoyo para venir al Oriente, dijiste que sabías algo, que tenías algún plan, que nos haría independientes á Carree y á mí.

— Sí — dijo Jack, precipitadamente — pero antes quiero que te pongas fuerte y buena, y ahora que estás más tranquila, oirás mi visita al colegio.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Mr. Jack Prince prosiguió, describiendo la ya narrada entrevista, con singular acierto y discreción que harían palidecer mi propio relato sobre aquel suceso. Sin suprimir un solo hecho, sin omitir una palabra ni un detalle logró cubrir con poético velo aquel prosáico episodio, procuró rodear á la heroína de conmovedora atmósfera, que, aunque no del todo imaginaria, dejaba entrever no obstante el genio que diez años antes hacía á la vez interesantes é instructivas las columnas de *El Alud de Fiddletown*. Sólo cuando vió el encendido color y notó la entrecortada respiración de su ansiosa oyente, sintió una punzada de remordimiento.

—¡Dios la ayude y me perdone!—murmuró entre sus apretados dientes—Pero ¿cómo es posible que yo se lo diga *todo* ahora?

Al apoyar mistress Starbottle aquella noche su cansada cabeza sobre la almohada, trató de imaginarse á Carree durmiendo en aquel momento tranquilamente en la gran casa-colegio de la colina, y á la sola idea de que la tenía tan cerca sentía la infeliz pecadora inefafable alivio. Pero en aquel momento estaba Carree, medio desnuda, perfectamente sentada en el borde de su cama, y con un gracioso mohín en sus bonitos labios enroscaba entre los dedos sus largos rizos leonados, mientras que miss Kate Van Corlear, dramáticamente embozada en un largo cubrecama blanco, con sus negros ojos chispeantes y su altiva nariz latiendo de indignación, dominaba sobre ella como un espectro enojado. Carree había confiado aquella noche sus desdichas é historia á miss Kate, y esta escéntrica señorita en lugar de prodigarle los consuelos de la amistad, mostrábase vehemente, indignada contra la indecisión de Carree y defendía abiertamente y sin avergonzarse, las pretensiones de mistress Starbottle.

—Pues si la mitad de lo que me dices es verdad, tu

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

madre y estos Robinson, te están corvirtiendo no sólo en una cobarde sino en una ingrata, señorita. ¡Vaya qué respetabilidad! Mira, mi familia data de algunos siglos antes que los Tretherick, pero si mi familia me hubiese tratado jamás de este modo y me hubiese pe-

dido luégo que volviera la espalda á mi mejor amiga, les *mandaría á paseo* — y Kate castañeteó los dedos, frunció sus negras cejas, y echó miradas de indignación alrededor del dormitorio como buscando algún Van Corlear cobarde.

— Tú hablas así porque te ha caído en gracia ese mister Prince—dijo Carree.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Según manifestó después miss Kate, empleando los ordinarios modismos de actualidad que habían penetrado hasta los virginales claustros del Instituto Crammer, desde luégo *la embistió*.

Miss Kate sacudiendo orgullosamente la cabeza, echóse sobre el hombro su largo cabello negro; dejó caer una punta del cubrecama á manera de túnica vestal, y avanzó hacia Carree á grandes pasos trágicos y exagerados.

—¿Y aunque así fuese, señorita? ¿Que si sé distinguir á primera vista un caballero? ¡Que si acierto á saber que entre un millar de entes tradicionales, cortados por un mismo patrón, incorrectas ediciones de sus abuelos como Mr. Harry Robinson, no encontraríais un solo caballero original, independiente, individualizado como vuestro Prince! ¡Acostaos, señorita, y rogad al cielo que realmente sea de veras *vuestro* Prince (1)! Pedid al cielo que os dé un corazón contrito y reconocido, y dad gracias al Señor, por haberos enviado una amiga como Kate Van Corlear.

Sin embargo, después de esta imponente y dramática salida, rápida como un relámpago cogió la cabeza de Carree la besó entre las cejas y desapareció.

El día siguiente fué para Jack Prince muy triste. Estaba convencido en el fondo de su alma de que Carree no vendría. Sin embargo, era tarea dura y difícil ocultar esta convicción á mistress Starbottle, y alentar su sencilla esperanza con aparente seguridad. Hubiera querido distraer su imaginación llevándola á dar un largo paseo en coche, pero ella temía que Carree viniese durante su ausencia, y sus fuerzas decaían rápidamente. Cuanto más la observaba se persuadía de que la decepción que la amenazaba extinguiría la escasa vida que latía en sus venas. Comenzó á dudar de la

(1) Prince, en inglés, príncipe.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

eficacia y prudencia de sus gestiones; recapituló los incidentes de su entrevista con Carree, y casi atribuyó el mal éxito á sí propio. Sin embargo, mistress Starbottle esperaba tan paciente y confiada, que llegó á quebrantar los presentimientos de Prince. Cuando las fuerzas de la infeliz lo permitieron, la llevaron, reclinada en una silla al lado de la ventana, desde donde podía ver el colegio y la entrada del hotel. Á intervalos trazaba agradables planes para el porvenir, en un imaginario hogar campestre. Parecía que el pueblo le había caído en gracia, pero es de notar que el porvenir que bosquejaba era tranquilo y descansado. Creía que pronto estaría buena; decía que estaba ya mucho mejor, aunque quizás tardaría en hallarse otra vez del todo fuerte. Solía proseguir de esta manera en voz baja hasta que Jack se echaba como un loco por la escalera abajo y entrando en la sala común, pedía licores que no bebía, encendía cigarros que no fumaba, hablaba con hombres á quienes no escuchaba y se portaba, en una palabra, de la manera que se porta el sexo fuerte en períodos de prueba y de perplejidad.

El día terminó con el cielo encapotado y un viento crudo y penetrante. Por la noche algunos copos de nieve caían lentamente. Mistress Starbottle estaba aún tranquila y confiada; y cuando Jack hizo correr su sillón desde la ventana hasta el fuego, le explicó que como el año escolar terminaba, probablemente retenían á Carree sus lecciones, y que no podía dejar el colegio mas que por la noche. De manera que permaneció levantada la mayor parte de la velada entretenida en peinar su sedoso cabello y en adornarse, tan bien como lo permitía su triste estado, para recibir á su huéspeda.

—No he de dar miedo á la niña, Jack—decía como excusándose y con resabios de su coquetería de antaño.

Á las diez recibió Jack un recado del posadero, di-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ciendo que el médico deseaba verle un momento abajo. Al entrar en el mal iluminado salón, Jack observó la figura embozada de una mujer cerca del fuego. Iba á retirarse cuando una voz que recordó muy agradablemente, le dijo:

—Oh! no hay cuidado. El médico soy yo.

Se echó el capuchón hacia atrás, y Prince vió el negro cabello y los atrevidos ojos de Kate Van Corlear.

—No me hagais pregunta alguna. Yo soy el médico, y hé aquí mi receta.

Y señaló á Carree que temblorosa y sollozando se acurrucaba en un rincón.

—¡Debe tomarla en seguida!

—¿Es que mistress Tretherick ha dado ya su permiso?

—No tal; si yo comprendo los sentimientos de aquella señora!—contestó Kate resueltamente.

—¿Cómo os habeis escapado pues?—preguntó Prince con gravedad.

—Por la ventana.

Después que Mr. Prince hubo dejado á Carree en brazos de su madrastra, volvió á la sala.

—¿Y bien?—preguntó Kate.

—Se queda; también espero que os quedaréis vos por esta noche.

—Como no cumpliré diez y ocho años ni seré dueña de mí misma el día veinte, y como no tengo una madrastra enferma, no me quedaré.

—¿Me permitiréis, pues, que os acompañe otra vez hasta la ventana?

Cuando una hora más tarde volvió Mr. Prince, encontró á Carree sentada en un taburete á los piés de mistress Starbottle. Su cabeza descansaba en la falda de su madrastra, y sollozando se había dormido. Mistress Starbottle llevó un dedo á sus labios.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

— Ya te dije que vendría. Dios te bendiga, Jack. Buenas noches.

Á la mañana siguiente mistress Tretherick acompañada del reverendo Asa Crammer, director del Instituto, y de Mr. Joel Robinson, personas respetables en extremo, se presentó

indignada á Mr. Prince. Hubo una borrascosa entrevista para reclamar á Carree.

— De ningún modo podemos permitir tal intervención — decía mistress Tretherick, mujer vestida á la moda y de apariencia dudosa. — Faltan algunos días para el término de nuestro convenio, y en las actuales circunstancias no estamos dispuestos á dispensar de sus condiciones á mistress Starbottle.

—Hasta que salga oficialmente del Instituto, miss

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Tretherick debe sujetarse á su reglamento y disciplina—repuso el doctor Crammer.

—Este proceder puede dañar el porvenir y comprometer la situación de miss Tretherick en la sociedad—indicó Mr. Robinson.

En vano Mr. Prince expuso el estado de mistress Starbottle, que no tenía complicidad alguna en la fuga de Carree, que la acción de ésta era perdonable y natural, y que podían tener la seguridad de que se someterían á su decisión. Y luégo, subiéndole la sangre á las mejillas, y con desdeñosa mirada pero con singular sangre fría, añadió:

—Una palabra más. Es mi deber informaros de una circunstancia que seguramente me justificaría, como albacea del finado Tretherick, para rechazar vuestras exigencias. Algunos meses después de la muerte de Mr. Tretherick, un chino que éste había tenido á su servicio, descubrió que tenía hecho un testamento, que se encontró posteriormente entre sus papeles. El valor insignificante del legado, en su mayoría de terrenos, en aquel entonces escaso de valor, impidió á sus ejecutores testamentarios llevar á cabo su voluntad, y aun abrir y hacer público el testamento con las fórmulas prescritas por las leyes, hasta hace cosa de dos ó tres años, cuando el valor de la propiedad hubo ya aumentado enormemente. Los artículos de aquel legado son sencillos, pero terminantes. La propiedad está dividida entre Carree y su madrastra, con la explícita condición de que mistress Starbottle sea su tutor legal, provea á su educación y en todos los detalles sea para ella *in loco parentis*.

—¿Cuál es el valor de ese legado?—preguntó Mr. Robinson.

—No puedo decirlo exactamente, pero se aproxima á medio millón—contestó Prince.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—En este caso, como amigo de miss Tretherick, debo declarar que su conducta es tan honrosa como justificada — contestó Mr. Robinson.

—No me atreveré á oponer dudas ni obstáculos al cumplimiento de las intenciones de mi difunto marido — añadió mistress Tretherick.

Y se terminó la entrevista.

Cuando comunicaron su resultado á mistress Starbottle, llevó la mano de Jack á sus calenturientos labios.

—Nada puedes añadir á mi felicidad presente, Jack; pero dime, ¿por qué se lo ocultaste á Carree?

Jack se sonrió en silencio.

En una semana terminaron las formalidades legales necesarias, y Carree fué devuelta á su madrastra. Á ruegos de la enferma arrendaron una casita en los arrabales de la ciudad, para esperar allí la primavera que llegó tarde aquel año, y la convalescencia de mistress Starbottle que no vino jamás.

Sin embargo era dichosa y paciente. Le gustaba observar cómo retoñaban más alla de su ventana, los árboles desconocidos para ella en California y preguntar á Carree sus nombres y estaciones. Proyectaba aun para el verano largos paseos con Carree á través de los frondosos bosques cuyas grises y secas filas podía ver á lo largo de la colina. Quiso escribir una poesía á ellos dedicada; uno de los miembros de esta improvisada familia conserva de ella un cantar alegre, puro y sencillo; como un eco del pitirojo que la llamaba al apuntar el día desde la ventana.

Después, sin transición, se extendió sobre el cielo un día sereno, misticamente suave, soñoliento y bello; palpitante como si revoloteara en el aire la vida con invisibles alas; la naturaleza despertaba á una resurrección exuberante. Y á la pobre enferma la sentaron al aire libre, postrada bajo aquel sol glorioso que lo doraba todo con sus rayos como una antorcha de bo-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

das. Allí estuvo tendida por largo tiempo en dulce y tranquila beatitud.

Cansada de velar, Carree se había dormido á su lado, y los delgados dedos de mistress Starbottle se posaban como una bendición sobre su cabeza. Á poco llamó á Jack.

—¿Quién ha venido hace poco?—dijo en voz baja.

—Miss Van Corlear—dijo Jack, contestando á la mirada de sus hundidos ojos.

—Jack—dijo después de un momento de silencio—querido Jack; siéntate á mi lado un momento; tengo algo que decirte. Si en pasados días te he parecido alguna vez dura ó fría ó coqueta, era porque te amaba, Jack, te amaba demasiado para comprometer tu porvenir encadenándolo con el mío. Siempre te amé, querido Jack, hasta cuando parecía menos digna de ti. Aquello ha pasado ya, pero he tenido hace poco un sueño, Jack, he soñado en una mujer, en quien hallarías lo que á mí me faltaba (y miró amorosamente á la niña que dormía á su lado), y que amarías como me has amado ¿es esto posible, Jack? ¿No es verdad?

Y le miró fijamente á la cara. Jack le estrechó la mano pero no contestó. Después de algunos momentos de silencio ella dijo de nuevo:

—Acaso aciertes en tu elección. Es buena muchacha, Jack,... pero un poco atrevida.

El último destello de vida se desprendió de aquella cabeza débil, loca y apasionada: ya no dijo más. Cuando llegaron á ella un momento después, una mariposa que se había posado en su pecho voló, y la mano que apartaron de la cabeza de Carree, cayó inerte á su lado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

LOS MARIDOS DE MISTRESS SKAGGS.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

PARTE PRIMERA.

OCCIDENTE.

El sol asomaba por encima de las colinas; pero una hora antes bordaba ya con franjas de fuego la negra masa de la sierra al este de Angel y hacía ya otras dos horas que la aurora iluminaba la bajada de la diligencia de Placerville. La noche californiana, fría, seca, sin rocío, se entretenía en las largas cañadas y repliegues de Table-Mountain. En el camino de la montaña era aún penetrante el aire, y los viajeros sentían la urgente necesidad de tomar algo para rechazar el fresco, lo cual hizo que el tabernero volviera soñoliento con sus botellas y copas á la parada.

Casi podía decirse que el primer movimiento de vida comenzaba en las tabernas. Algunos pájaros cantaban ya en las enramadas de sicomoros en la ca-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

rretera, pero mucho antes las copas trincaban y manaban á borbotones las botellas en la sala de la Mansion House. Hallábase esta alumbrada todavía por una lámpara suspendida que no tenía mejor cara por haber despedido humo toda la noche. Era singular la semejanza de esta lámpara con el pálido borracho de Angel, que yacía bajo de ella roncando aún en una butaca mientras chisporroteaba y vacilaba aquella en su candil; semejanza manifiesta, que cuando el primer rayo de sol penetró por la ventana, obligó al tabernero, con lógica consecuencia, á apagar la una y poner al otro en la calle.

Después el sol ascendió arrogante por sus dominios. Cuando hubo sobrepujado la cresta oriental, comenzó según costumbre á hacer de las suyas por encima de Angel, elevando el termómetro de veinte grados en otros tantos minutos, impeliendo á los mulos á la escasa sombra de los corrales y cercas, convirtiendo el encarnado polvo en incandescente y renovando su eterna agresión sobre los tachones del convexo escudo, formado de pinos, que defendía á Table-Mountain; allí, á las nueve de la mañana, se había retirado toda la frescura, y los pasajeros de la vaca sumergían los ardientes rostros en sus aromáticas sombras como lo hubieran hecho en el agua.

El mayoral de la diligencia de Wingdam solía arrear los caballos y entrar en Angel al trote extraordinario con que le representaban á la humanidad creyente los grabados de la sala principal del hotel, como si fuese aquella la velocidad ordinaria de su vehículo. En tales circunstancias, exageraba el aire lleno de desdeñosa reserva y de severidad oficial que solía adoptar montado en el pescante, aire que se acentuaba á medida que los haraganes se reunían en torno del vehículo, y así es que solamente los más valientes se atrevían á hablarle. Por esta vez fué el honorable juez Beeswin-

Digitized by Microsoft ®

ger, miembro de la Asamblea quien tal osaba, fundado acaso en la importancia de su posición oficial.

—¿Qué hay de nuevo por allá bajo, Bill?—preguntó, mientras que éste, cachazudamente, descendía del pescante, sin deponer el aire desdeñoso de sus modales.

—No es gran cosa — dijo con flemática gravedad. — El presidente de los Estados-Unidos está fuera de sí porque habéis rehusado un lugar en el ministerio. El sentimiento es general en los círculos políticos.

La ironía, aun de tan subido color, era sobrado usual en Angel para excitar la risa ni el ceño. Así es que Bill, despertó apenas un debil espíritu de imitación, y penetró tranquilamente en la cantina en medio de un silencio sepulcral.

—¿No te has traído contigo al agente de Rotschild? — preguntó con calma el tabernero pagando tributo al tema de conversación iniciado.

— No — contestó Bill pensativo.—Dice que no puede examinar la propiedad de Johnson sin consultar antes al Banco de Inglaterra.

Hallábase allí presente el Mr. Johnson aludido. Era el borracho á quien el tabernero acababa de echar, pero como la propiedad aludida no tenía atractivo alguno para los capitalistas, los circunstantes se volvieron naturalmente hacia él, esperando una altiva respuesta. Pero á esta provocación atrevida contestó manifestando sencillamente «que lo tomaría con azúcar,» y encaminóse tambaleando hacia el mostrador, como para aceptar una festiva invitación. En honra de Bill sea dicho que no quiso disuadirle de su error, sino que brindó gravemente con él, y después de decir «Aquí va otro clavo para tu ataúd,» — alegre expresión que fué contestada jocosamente por los demás, y de añadir: —«á la caída de tu último cabello,» — vació su vaso con un solo y diestro movimiento de cabeza y codos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¡Hola, mi viejo tambor mayor!—dijo Bill, repentinamente, dejando su vaso.—¿Estás *tú* ahí?

Dirigíase á un muchacho que volviéndose tímidamente, y comprendiendo que este epiteto le iba dirigido, se retiró hacia la puerta, donde se detuvo golpeando con su sombrero contra la jamba, con afectada indiferencia que desmentían sus negros ojos bajos, pero chispeantes, y su enrojecida mejilla. Á causa de su estatura tal vez, acaso por su cabeza de querubín, quizá por la ingenuidad de expresión, no aparentaba la mitad de sus años, que eran en realidad catorce.

Ya bajo el respetable título otorgado por Bill, ya por el de Tom-Islington, su padre adoptivo, todo el mundo conocía al chico en Ángel. Su presencia era familiar en el campamento y tema de murmuraciones y comentarios locales. Su caprichosa indolencia y amabilidad natural—cualidad á la vez sospechosa y gratuita en una comunidad *pionera* como la de Angel—era á menudo objeto de violentas discusiones. Una mayoría numerosa y honrada le creía destinado á la horca; la minoría, no tan honrosa como la mayoría, disfrutaba de su amabilidad sin inquietarse mucho por su porvenir; y finalmente, una ó dos personas no se asustaban ni se admiraban de las predicciones nefastas de la mayoría.

—¿Hay algo para mí, Bill?—preguntó el muchacho maquinalmente, como si repitiese una fórmula humorística perfectamente comprendida por Bill.

—¿Algo para ti?—repitió Bill con exagerada severidad, igualmente comprendida por Tommy—¿Algo para ti? No! Y es mi opinión que no habrá nada para ti en tanto que sigas frecuentando tabernas y malgastando el tiempo con holgazanes y calaveras. ¡Quita de ahí!

Acompañó la reprimenda con una acción significativa (Bill se habia apoderado de un jarro), ante la cual

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

el chico se retiró de buen humor. Bill le siguió hasta la puerta.

—Maldita sea mi piel si no se ha marchado con ese calavera de Johnson—añadió mirando por la carretera abajo.

—¿Qué es lo que espera, Bill?—preguntó el tabernero.

—Una carta de su tía. Apuesto que no acabará jamás de esperarla. Probablemente se alegran de verse libres de él.

—Aquí se pasa la vida holgazaneando—interrumpió el miembro de la Asamblea.

—Bueno; sí, en efecto, es algo inútil... pero ya que no ha de recibir empleo alguno de manos de un ilustrado contribuyente—dijo Bill, que nunca permitía que otros que él ultrajaran á su protegido.

Después de arrojar esta flecha de partho restalló el látigo para apoyar su intención ofensiva, guiñó el ojo al tabernero, se puso pausadamente un par de guantes inmensos, abultados, de piel de gamo, que daban á sus dedos el aspecto de hinchados y envueltos, se fué á largos pasos hacia la puerta sin mirar á nadie y gritó:

—¡Al coche!

Con aire de suprema indiferencia, sin fijarse en la atención que hubiese merecido su voz de mando, subió al pescante y partió impasible.

Acaso hizo bien, pues la conversación tomó luégo un giro desfavorable para Tom y sus parientes. Hizo más que murmurarse que la supuesta tía de Tom no era otra que su verdadera madre, á la vez que también se afirmó que el tío de Tom no tenía parentesco alguno con el chico, lo que escandalizaba el difícil gusto y la moralidad de Ángel. La opinión popular acusaba también á Islington, el padre adoptivo de Tom, de que recibía para mantener al muchacho cierta pensión, que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

se guardaba como recompensa por su silencio respecto á estos hechos.

—No le arruina Tom—dijo el tabernero, que parecía conocer el destino de los desembolsos de Slington.

Pero en llegando aquí el asunto de puro gastado languideció en interés para los interlocutores, y de esta frívola conversación pasaron á tratar de los más severos deberes profesionales.

Afortunadamente la acritud momentánea de Bill no pudo exasperarse con la conducta posterior de su protegido. Tom, sosteniendo al vacilante Johnson, reprimiendo varias veces sus intenciones de acostarse á través de la abrasada carretera, alcanzó el corral más próximo á Mansion House. En su extremidad opuesta había una bomba y un abrevadero. Allí, sin decirle palabra, pero evidentemente obedeciendo á una costumbre habitual, condujo Tom á su compañero.

Con ayuda del muchacho se quitó Johnson la levita y la corbata, echó hacia atrás el cuello de la camisa y puso gravemente su cabeza bajo el chorro de la bomba. Con igual gravedad y resolución Tom ocupó su lugar para mover el manubrio. Por algunos momentos, el chorro de agua y los golpes regulares de la bomba rompieron el silencio. Después de una pausa, durante la cual Johnson llevó las manos á su cabeza, chorreante, tentándola atentamente como si perteneciera á otro, alzó los ojos hacia su compañero:

—Esto la hará volver en sí—dijo Tom en contestación á la mirada.

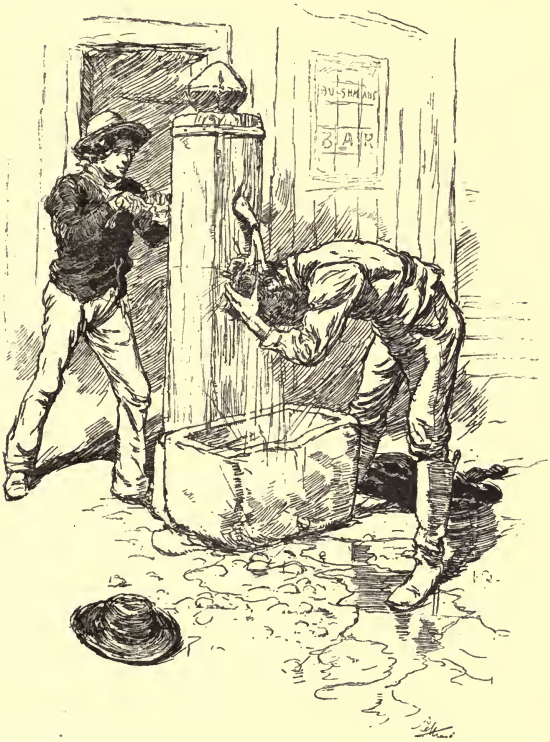
—Si no lo consigue—replicó Johnson con ceño, y como si se hubiese eximido de toda responsabilidad en el asunto — debe hacerlo. ¡Esto es todo!

Si se refería á algún cambio en la fisonomía de Johnson, producido por el procedimiento que acabo de mencionar, es indudable que lo consiguió.

La cabeza que había metido debajo del chorro era

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

grande y estaba cubierta por espeso cabello de incierto color; la cara encarnada, hinchada y sin expresión; los ojos inyectados y llenos. La cabeza que salía de debajo de la bomba, era de menor tamaño y de otra forma;



el pelo encrespado, oscuro y lustroso, la faz pálida y chupada, los ojos brillantes y movedizos. El macilento y nervioso asceta que se levantaba del abrevadero, en nada se parecía al Baco que se había inclinado allí muy poco antes. Aunque el espectáculo era ya familiar á Tom, no pudo menos de mirar al pilón con curiosidad, como si pudiese ver en su escasa pro-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

fundidad algunos trozos del anterior Johnson. Una estrecha línea de sauces, alisos y castaños—orilla polvorienta y enredada del verde manto que cubría las altas cumbres de Table Mountain—bordeaba el corral. La silenciosa pareja se apresuró á aprovecharse del escaso amparo que ofrecía contra los ardores del sol. Habían dado apenas algunos pasos cuando Johnson, que caminaba rápidamente á la delantera, se paró de repente y se volvió hacia su compañero con un: «¿Eh?» interrogativo.

—No he dicho nada—dijo Tommy, tranquilamente.

—Y ¿quién ha dicho que hubieses hablado?—dijo Johnson, con astuta y rápida mirada.—Por supuesto que no has hablado. Yo tampoco he hablado. ¿Qué es lo que te hace creer que has hablado?—continuó, mirando de soslayo con curiosidad en los ojos á Tommy.

La sonrisa que habitualmente brillaba en su rostro desvanecióse de súbito, cuando el muchacho se acercó tranquilamente á su compañero y sin la menor palabra le tomó del brazo.

—Naturalmente que no has hablado, Tommy—dijo Johnson, con cariñoso acento.—No eres un chico para hacerle una jugada á un viejo borracho como yo. Por eso te quiero. Esto es lo que desde un principio vi en ti. Dije, ese chico no es capaz de jugártela, Johnson! Puedes descansar completamente en él hasta para aquello en que ni siquiera podrías fiarte de un tabernero. Esto es lo que me dije. «¿Eh?»

Esta vez Tommy, hizo caso omiso del interrogativo, y Johnson prosiguió:

—Si te hiciera otra pregunta, no me engañarías tampoco: ¿verdad, Tommy?

—No—dijo el chico.

—Si yo te preguntase—prosiguió Johnson, pero con una inquietud creciente en la mirada y una contracción nerviosa en los labios—si yo te preguntase,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

por ejemplo, si lo que acaba de pasar era un conejo silvestre ¿ eh ? dirías, según el caso que lo era ó que no lo era. ¿ Sobre todo no se la pegarías al viejo ?

—No — dijo Tommy tranquilamente; — era un conejo silvestre.

— Si yo te preguntase — continuó Johnson—si llevaba, digamos por ejemplo, un sombrero verde con cintas amarillas, no me engañarías y dirías que sí, á no ser — continuó con intención astuta — á no ser que no lo llevase ?

—No—dijo Tommy—naturalmente que no lo haría, pero como véis, lo *llevaba*.

—¿ Lo llevaba ?

—Lo llevaba — repitió Tome resueltamente; un sombrero verde con cintas amarillas... y... y... una escarapela encarnada.

—No llegué á ver la escarapela — dijo Johnson después de lenta y concienzuda reflexión, y con evidente alivio — pero esto no es querer decir que no la tuviese, ¿ oyes ? « ¿ Eh ? »

Tommy miró tranquilamente á su compañero. Grandes gotas de sudor corrían por su frente lívida y por los extremos de su cabello lacio; la mano que temblaba espasmódicamente en la suya era fría y húmeda; la otra que estaba libre se movía en vaga actividad, inútil y sacudida como si perteneciera á un mecanismo descompuesto. Sin aparentar interés por aquellos fenómenos, Tommy se detuvo y recostándose en un tronco, hizo señal á su compañero, para que se sentara á su lado.

Johnson obedeció sin proferir palabra.

Aunque de poca importancia, este incidente más que otro alguno de su extraño compañerismo, indicaba el dominio de este niño apático, afeminado, pero sereno, sobre aquel hombre ceñudamente voluntarioso y sobreexcitado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

— No está bien — dijo Johnson, después de una pausa con cierta risa que no era alegre ni musical y que asustó á un lagarto que contemplaba á la pareja con temerosa atención — no está bien que los conejos salvajes lleven sombrero. Tommy; ¿verdad? «¿Eh?»

— Francamente — dijo Tommy, con inalterable seriedad — algunas veces los llevan y otras veces no. Los animales son muy extravagantes.

Luégo Tommy se lanzó á la descripción animada, (pero debo confesarlo, completamente falsa é indigna de fe) de las costumbres de la fauna de California, hasta que le interrumpió Johnson.

— ¿Y las culebras? Dí, Tommy — dijo el hombre con un aire distraído y con los ojos clavados en el suelo ante él.

— Y culebras — dijo Tome — ¡pero no muerden! ¡A lo menos las de aquella clase! Bueno. ¡No os mováis, tío Ben; no os mováis! Ahora ya se han marchado, y es tiempo de que toméis vuestra poción.

Johnson se había levantado repentinamente, como para saltar por encima del tronco, pero con la misma presteza le había cogido del brazo Tommy con una mano, mientras que con la otra sacó del bolsillo un frasco. Johnson se detuvo y dió un vistazo á la botella.

— Si tú lo quieres, hijo mío — tartamudeó, mientras que sus dedos se crispaban nerviosamente en torno del gollete — avisas cuando haya bastante.

Llevó la botella á sus labios y bebió un largo sorbo, mientras el chico le miraba atentamente.

— ¡Basta! — dijo de repente Tommy.

Johnson se sobresaltó, púsose colorado y le devolvió apresuradamente el frasco. Pero el color que había subido á sus mejillas se fijó en ellas; su mirada tornóse menos inquieta y á medida que andaban, la mano que reposaba sobre el hombro de Tommy iba siendo más firme.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

La apartada senda que seguían, conducía por la ladera de Table Mountain á través de una soledad salvaje que podría haber parecido virgen á no ser por algunos botes de ostras, vasijas de lata, cajas de levadura y botellas vacías, que al parecer había dejado sembradas la primera marea baja de las ondas *pioneras*. Del áspero tronco de un enorme pino pendían unos mechones de pelo gris, arrancados á un oso que por allí pasara; pero, en extraña yuxtaposición, á su pié estaba una botella vacía de este incomparable ajenjo, obra maestra de una civilización higiénica y blasonada con las armas de una república, que lo cura todo. La cabeza de una serpiente de cascabel, asomaba por una caja que había contenido tabaco y que estaba todavía cubierta con la pintarrajeada efigie de una bailarina popular. Y un poco más allá el suelo estaba roto y agrietado, cubierto de una masa confusa de madera rudamente cortada, líneas onduladas de acequias, montones de arena y escombros, una tosca cabaña y el placer de Johnson.

Á no ser para los más ordinarios usos del abrigo contra la lluvia y el frío, la cabaña aventajaba poco al sencillo salvajismo de la naturaleza circunvecina. Tenía toda la estructura de la cueva de un animal sin poseer su comodidad ni su aspecto pintoresco; los mismos pájaros que la frecuentaban para alimentarse, debieron convencerse de su superioridad como arquitectos. Aparte de la escasa capacidad, era inconcebiblemente sucia y en medio de la novedad y de la frescura del material extraordinariamente vieja, lúgubre y triste por hallarse en la sombra; la luz del sol la visitaba de una manera incómoda, desagradable é inútil como si desesperase de embellecer sus contornos y hasta de curtirla con su calor.

El placer explotado por Johnson en sus intervalos de serenidad, estaba compuesto de media docena de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

groseras aberturas en la falda de la montaña, con los escombros de roca y casquijo apilados ante la boca de cada una de ellas. Daban muy poco testimonio de su destreza é ingenio ó de sus proyectos constructivos y

en verdad no demostraban sino los ensayos vagos y sucesivamente abándonados de su fundador. Hoy servían para otro objeto, pues como el sol había calentado la pequeña cabaña casi hasta la combustión, abarquillando las largas y secas tablillas, y sacando lágrimas aromáticas de las verdes vigas de pino, Tommy condujo á Johnson á una de las mayores aberturas y con aire de satisfacción se echó jadeante sobre su suelo de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

roca. Aquí y acullá la grata humedad se condensaba en tranquilos charcos de agua ó bien caía en gotas con monótono y agradable ruido desde las rocas superiores. Por fuera centelleaba el sol, blanco, diáfano é intenso.

Por algunos momentos reposaron apoyados sobre sus codos en grata contemplación del calor á que habían escapado.

—¿Qué dirías—dijo Johnson pausadamente sin mirar á su compañero, pero dirigiéndose abstraído al paisaje lejano—qué dirías de dos buenas partidas de á mil duros?

—Pongamos cinco mil—contestó Tommy pensativo y mirando también al paisaje—y soy de la partida.

—¿Cuánto te debo ahora?—dijo Johnson después de una larga pausa.

—Ciento setenta y cinco mil doscientos cincuenta duros—contestó Tommy con gravedad comercial.

—Bueno—dijo Johnson después de algunas reflexiones proporcionadas á la magnitud de la transacción.—Si tú ganas, serán ciento ochenta mil redondos. ¿Dónde están las cartas?

Estaban en una vieja caja de hojalata, en una grieta de la roca, sobre su cabeza. Eran grasientas y gastadas por el uso. Johnson dió las cartas con la mano derecha, todavía incierta y temblona, dejándolas caer sin tino cerca de Tommy, haciendo para ello un violento esfuerzo nervioso. Sin embargo, á pesar de su incapacidad para barajar sencilla y honradamente, Mr. Johnson cogió á escondidas una sota de debajo de la baraja con tal descaro y tan poca destreza que el mismo Tommy se vió obligado á toser y á mirar á otro lado para encubrir su turbación. Acaso por este motivo vióse obligado el muchacho, en compensación, á añadir á su propio juego uno de los primeros triunfos, en exceso sobre el número legítimo de cartas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Sin embargo el juego no se animaba, arrastrándose lánguidamente. Johnson ganó. Registró el caso y la suma con un cacho de lápiz y con mano temblona, trazando errantes geroglíficos en una mugrienta libreta de bolsillo. Después hubo una larga pausa hasta que Johnson sacó despacito del bolsillo y presentó á su compañero una piedra mate y rojo oscura.

—Si—dijo Johnson lentamente y con mirada astuta—si por casualidad recogieses una roca semejante á esta, Tommy, ¿qué dirías que es?

—No sé—dijo Tommy.

—No dirías—continuó Johnson cautelosamente—¿que era oro ó plata?

—Ninguno de los dos.

—¿No dirías acaso que es azogue? ¿No dirías que si tuvieses un amigo que pudiera explotar diariamente diez toneladas de ella (y que cada tonelada vale dos mil duros), no dirías que ha tenido buena mano? Suponiendo, Tommy, que empleases un lenguaje parecido, lo cual no haces.

—Pero—dijo el chico viniendo al grano directamente—¿sabéis dónde encontrarlo? ¿Habéis dado con la mina, tío Ben?

Johnson miró cuidadosamente en torno.

—Sí, Tommy. Oye. Sé dónde hallar carretadas de ella. Pero no hay más que otro ejemplar, el compañero de éste, fuera del suelo y aquel está en Frisco. Dentro uno ó dos días va á subir un agente para examinar la mina. Le mandé á buscar. «¿Eh?»

Sus ojos brillantes, inquietos, se concentraban ahora en la cara de Tommy, pero el chico no demostró sorpresa ni interés y aún menos caso hizo de que Yuba Bill, el cochero, pudiera corroborar con sus bromas esta parte del cuento.

—Nadie lo sabe—prosiguió Johnson cuchicheando nervioso—nadie lo sabe más que tú y el agente de

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Frisco. Los muchachos que trabajan por aquí, al pasar ven al viejo que sigue removiendo la tierra, sin señal alguna de color, ni siquiera cuarzo podrido; los chicos que holgazanean por Mansion House, ven al viejo pasando el tiempo en las tabernas, se ríen y dicen: «Está acabado y nada espera.» Tal vez piensas que sospechan algo, eh?—preguntó Johnson repentinamente, con rápida y temerosa mirada.

Tommy alzó la vista, sacudió la cabeza, tiró una piedra á un conejo que pasaba, pero no contestó.

—Cuando te ví por vez primera, Tommy—continuó Johnson al parecer tranquilizado—la primera vez que viniste y le diste á la bomba, para mí que te era completamente extraño y sin tener obligación alguna de hacerlo, me dije: Johnson, Johnson, dije, este es un muchacho que no te la pegará, este es un chico que es liso y llano, liso y llano. Tommy, estas fueron mis palabras.

Calló un momento y luégo continuó en tono confidencial:

—Johnson, dije, para desarrollar tus recursos necesitas capital y un socio. En cuanto á capital puedes mandar por él; pero tu socio, Johnson, ya lo has atrapado y su nombre es Tommy Slington. Estas son las mismísimas palabras que empleé.

Callóse y frotó sus húmedas manos sobre las rodillas.

—Hace seis meses que te hice mi socio. No he tentado una roca desde entonces, Tommy, no he lavado un puñado de tierra, no he tirado una paletada de roca sin pensar en ti. Parte á medias, dije. Cuando escribí á mi agente, escribí también en nombre de mi socio Tommy Slington, pues á él no le importa si éste es niño ú hombre.

Se había acercado más al muchacho y tal vez hubiera colocado cariñosamente la mano sobre su hom-

Digitized by Microsoft ®

bro, pero en su afecto manifiesto había una extraña mezcla de reserva, de medrosa sujeción, presentimiento de algo que detenía sus principales confidencias; la percepción confusa de una barrera opuesta á sus esperanzas, que jamás podría franquear. Acaso entrevéia que en los ojos que Tommy alzaba hacia los suyos, había clara y cabal inteligencia, buen humor, dulce compasión, y nada más. La turbación aumentaba su estado nervioso, y prosiguió con esfuerzo para afectar una tranquilidad que la contracción de sus blancos labios é inquietos dedos hizo patéticamente grotesca:

—Hay en mi baúl un acta de venta, legalmente extendida, de una mitad del terreno, y la cesión de doscientos cincuenta mil duros, deuda de juego. Deudas de juego, deudas de mí para ti, ¿comprendes?

Nada era capaz de exceder á la intencionada astucia de su mirada en aquel momento.

—Y después hay un testamento.

—¿Un testamento?—dijo Tommy con divertida sorpresa.

Johnson parecía asustado.

—¿Eh?—dijo rápidamente.—¡Eh! ¿Un testamento? ¿Quién habla de un testamento, Tommy?

—Nadie—contestó Tommy impasible.

Johnson pasó la mano sobre su frente helada. Estrujó entre sus dedos un húmedo mechón de su cabello y prosiguió:

—Á veces, cuando me da fuerte como hoy, los que me rodean dicen... y acaso, tú, Tommy, dices también que es el aguardiente. No lo es, Tommy. Es veneno, veneno de azogue. Eso es lo que tengo. Estoy saturado, saturado de mercurio. Yo sabía ya algo de ello antes —continuó Johnson dirigiéndose á Tommy—y como eres chico leído, supongo que algo sabrías tú también. Los hombres que trabajan en el cinabrio, temprano ó

tarde se saturan de él. Más ó menos tarde el mercurio penetra, les satura.

—¿Qué vais á hacer pues?—preguntó Tommy.

—Cuando suba el agente y principie á realizar esta mina—dijo Johnson pensativo—me voy á Nueva-York. Digo al tabernero del Hotel:—Guiadme al mejor médico de aquí;—me lo enseña. Yo le digo:—Saturado de mercurio desde hace un año...—Él dice:—Cinco mil duros y tomáis dos de estas píldoras al acostaros é igual número de estos polvos á la comida, y volved dentro de una semana.—Y yo vuelvo á la semana curado, y firmo al efecto el certificado consiguiente.

Animado por una mirada de interés de Tommy, prosiguió:

—Héteme, pues, curado. Me voy al tabernero y le digo: Enseñadme la casa mayor, la más elegante que haya aquí en venta. Naturalmente, la más grande pertenece á Juan Jacobo Astor. Y yo digo: presentadme á él y me presenta. Y yo digo: ¿qué podeis pedir por esta casa? Y él me mira con desprecio y dice: Id, viejo, debéis estar malo. Y yo le doy un trompis en el ojo izquierdo, y él se excusa y le pago el precio. Lleno la casa de muebles de caoba y provisiones, y allí vivimos tú y yo, Tommy, tú y yo.

El sol ya no brillaba sobre la falda de la montaña; las sombras de los pinos comenzaban á deslizarse por el placer de Johnson, y el aire era fresco en el interior de la caverna. Á través de la naciente oscuridad sus ojos chispeaban, y proseguía:

—Luégo, un día damos una gran comida. Invitamos á gobernadores y miembros del Congreso, á caballeros á la moda y gente por el estilo. Y entre ellos convido á un hombre á quien conocí en otro tiempo, pero él no sabe que yo le conozco y no me recuerda, y viene y se sienta delante de mí. Y yo le vigilo. Y está muy fresco este hombre y muy alegre, y se limpia la boca

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

con un pañuelo blanco y se sonríe y sorprende mi mirada. Y dice: — Un vaso de vino con vos, Mr. Johnson; — y llena su copa y yo lleno la mía y nos levantamos. Y yo tiro el vino y copa y todo en derechura contra su maldita cara que sonríe, y él se arroja sobre mí, pues es muy valiente este hombre, muy valiente; pero alguien le detiene y él dice: — ¿Quién sois? — Y yo digo: — Skaggs! maldito seas! Skaggs! Mírame! Devuélveme mi mujer y mi hija, devuélveme el dinero que me has robado, devuélveme mi buen nombre que te llevaste, devuélveme los últimos doce años! ¡Devuélvemelos! ¡Maldito seas! Y pronto, antes no te saque el corazón! — Y naturalmente, Tommy, él no puede hacerlo. De manera que le saco el corazón, hijo mío, yo le saco el corazón!

El furor puramente animal de su mirada se trocó de repente en astucia.

— Tú crees que me ahorcan por ello, Tommy; pero no lo hacen, eso sí que no, Tommy. Me voy al más grande abogado y le digo: — Saturado de mercurio. ¿Oís? Saturado por el mercurio! — Y él me guiña el ojo y se va á ver al juez y dice: — Este desgraciado no es responsable: está saturado de mercurio. — Y presenta testigos. Tú vienes, Tommy, y dices cómo me has visto atacado otras veces, y el médico viene y dice cuán terrible me ha visto, y el Jurado, sin moverse de su asiento da un veredicto absolutorio por alienación mental justificada: — Saturado de mercurio!

En su creciente excitación se había puesto de pié, pero se hubiera caído á no sostenerle Tommy, llevándole al aire libre. Á la luz más viva notábase extraño y sensible cambio en su cara lívida. Tommy le condujo rápidamente, medio arrastrándole, hasta la pequeña choza. Cuando la hubo alcanzado, Tommy le colocó sobre una tosca tarima que servía de cama, y permaneció ansioso contemplando al infeliz sacudido

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

por horrible temblor, que tenía ante él. Después dijo rápidamente:

—Escuchad, tío Ben. Me voy á la ciudad... á la ciudad, ¿comprendéis? voy por el médico. Por nada del mundo os mováis ni os levantéis hasta que vuelva, ¿oís?

Johnson asintió vivamente con la cabeza.

—Estaré de regreso dentro de dos horas.

Y al momento se marchó.

Durante una hora Johnson cumplió su palabra, pero de repente se incorporó, comenzando á contemplar fijamente una esquina de la cabaña. De contemplarla pasó á sonreirse, de sonreir á hablar, de hablar siguió por gritar y de gritar acabó por maldecir y sollozar desatinadamente. Luégo se tendió otra vez tranquilo.

Estaba tan quieto, que parecía dormido ó muerto. Pero una ardilla, que animada por el silencio había entrado por el techo, se paró de pronto sobre una viga, encima del banco, pues vió que el pié del hombre se movía despacio y cautelosamente hacia el suelo, y que tenía ojos tan atentos y vigilantes como los suyos. Pronto, sin el menor ruido, puso ambos piés sobre el suelo, y después crujió la tarima y la ardilla desapareció por el alero del tejado. Cuando asomó otra vez el hocico, todo estaba tranquilo y el hombre había desaparecido.

Una hora después, dos arrieros se cruzaron en el camino de Placer Ville con un hombre con el cabello enredado, los ojos brillantes é inyectados de sangre y los vestidos rotos por las zarzas y manchados con el polvo rojizo de la montaña. Le persiguieron, volvióse ferozmente contra el primero, arrancó una pistola de sus manos y escapó. Más tarde aún, cuando el sol había desaparecido tras la cumbre de Payne, las malezas de Dead Wood-Slope crujieron bajo una pisada cautelosa pero rápida. Debía ser un animal cuya silueta

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

destacándose confusamente en la naciente oscuridad, aparecía aquí y acullá en vago pero incesante movimiento; sólo un animal podía lanzar un quejido á la vez tan incoherente, monótono y continuo. Sin embargo, cuando el sonido se oía de cerca y el chaparral se aclaraba aparecía un hombre, y este hombre era Johnson.

Dominando los aullidos de la jauría fantástica que le perseguía furiosa y le empujaba sin descanso ni piedad; dominando los chasquidos del látigo fantasma que le cruzaba los miembros, zumbaba en sus oídos y le aguijoneaba hacia adelante; dominando la gritería de las formas inmundas que le acosaban, distinguía un sonido real, el rugido de una corriente de aguas tumultuosas. El río Stanislaus, mil piés más abajo precipitaba su amarillenta corriente. Al través de todas las alucinaciones de su desarreglada mente tenía una idea fija: alcanzar el río, precipitarse, nadar en su corriente si necesario fuese, pero interponerlo entre él y los fantasmas que le acosaban, ahogar para siempre en sus turbias profundidades los espectros airados y lavar en sus amarillentas aguas todas las manchas y recuerdos del pasado. Y ya saltaba de roca en roca, de un ennegrecido tronco á otro tronco, de matorral en matorral, cogido por un momento y enredado por sarmientos que le retenían, ó bien se zambullía en polvorientos surcos hasta que, rodando, cayéndose, resbalando y tropezando llegó á la orilla del río sobre la cual cayó; levantóse, bamboleó otra vez y cayó de nuevo con los brazos extendidos sobre una roca que se alzaba junto á la rápida corriente. Y allí quedó como muerto.

Algunas estrellas asomaron vacilantes por encima de Dead Wood Slope; un viento frío que se levantara al ponerse el sol las hizo centellear con brillo momentáneo, barrió las caldeadas laderas de la montaña

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y rizó el río. En el lugar donde yacía el hombre caído la corriente describía una rápida curva, de manera que en la sombra, las turbulentas aguas parecían surgir de la oscuridad para precipitarse de nuevo en ella. Podridas maderas, troncos de árboles, fragmentos de diques rotos y desperdicios arrojados al río en muchas millas se deslizaban en un momento á la vista y desaparecían. Todos los restos podridos, destrozados é inmundos recogidos por el río en su larga carrera á través de los campamentos y de las minas, toda la hez y desperdicios de una civilización grosera y disoluta reaparecían por un instante, y después se lanzaban y perdían en la oscuridad; parecía que cuando el viento rozaba las amarillas aguas, las olas levantasen sus sucias aguas hasta la roca donde yacía el hombre desmayado como ávidas de arrancarle de ella y empujarle hacia el mar como al resto de un naufragio.

Todo estaba en silencio. En el aire límpido una corneta que sonó á una milla de distancia se oyó clara y vibrante. Resonaron distintamente espuelas y risas en la carretera más allá de la cuesta de Payne, á través del río. El ruido de herraduras precedió de algunos minutos la llegada de la diligencia de Wingdam, que finalmente con sus brillantes linternas paró á pocos piés de distancia de la roca. Luégo durante una hora quedó todo tranquilo. Después la luna redonda y llena se alzó por encima de la dentellada sierra y lanzó sus rayos hacia abajo sobre el río. Muy pronto la desnuda cima del monte Dead-Wood brilló blanca como un cráneo insepulto; después las sombras de la cresta de Payne extendidas sobre su falda, desaparecieron poco á poco, destacáronse en negro y plata los disformes troncos, los muros polvorientos y la rastrera vegetación de Dead-Wood Slope. Deslizándose siempre hacia abajo iluminó la orilla y la roca, y después brilló claramente sobre el río. La roca estaba desierta,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

el hombre había desaparecido, pero el río corría aún rápidamente hacia el mar.

. . . . . .

—¿Hay algo para mí?—preguntó Tommy Slington, cuando una semana después, al pasar la diligencia, Bill entró pausadamente en la sala-taberna.

Bill no contestó, pero volviéndose hacia un forastero que había entrado con él, le indicó al muchacho con un movimiento del pulgar. El forastero, que tenía aire de hombre de negocios, se volvió curioso y miró á Tommy atentamente.

—¿Hay algo para mí?—repitió Tommy desconcertado por el examen.

Bill se fué resueltamente hacia el mostrador, y poniéndose de espaldas contra él, contempló á Tommy con una mirada de grata satisfacción.

—Sí—observó con pausa.—Si cien mil duros al contado y medio millón en perspectiva son algo, tambor mayor, algo hay!

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

PARTE SEGUNDA.

ORIENTE.

Es característico de Angel que la desaparición de Johnson, y el haber dejado toda su fortuna á Tommy, conmoviera poco á la colonia en comparación con el sorprendente descubrimiento de que tuviera algo que dejar. El hallazgo de una mina de cinabrio en Angel absorbió todas las noticias accesorias y detalles subsiguientes. Especuladores de los campamentos vecinos acudieron á la colonia; á distancia de una milla á cada lado de la propiedad de Johnson socavaron y revolvieron el terreno, el comercio recibió repentino estímulo; y, según la entusiasta retórica del *Revistero Semanal*, una nueva era nació para Angel.

«El jueves pasado—añadía el periódico—más de quinientos duros corrieron sobre el mostrador del Mansion House.»

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

De la suerte de Johnson no quedó duda alguna. Los pasajeros del imperial en la diligencia nocturna de Wingdam le vieron por última vez tendido sobre una roca en la orilla del río, y cuando Jim, de la barca «Robinson», declaró haber disparado tres tiros de revólver sobre un objeto negro que luchaba en el agua cerca del vado, creyendo que era un oso, la cuestión quedó definitivamente resuelta. Podía haberse engañado en la calidad del objeto, pero lo que es respecto de la seguridad en su puntería no cabía duda. La creencia de que Johnson, después de apoderarse de la pistola del arriero podía haber hecho una desgracia, dió cierto aspecto de justicia retributiva á la historia, que tomó carta de naturaleza en el campamento.

Es también peculiar de Angel el que no prevaleciera la envidia ni hubiese oposición á la buena fortuna de Tommy Slington. Que conocía á fondo el descubrimiento de Johnson, que sus atenciones hacia él eran interesadas, calculadas y especulativas, esta era, sin embargo, la opinión general de la mayoría, creencia que, por más que parezca extraño, despertó sentimientos de verdadero aprecio, que jamás se hubieran demostrado á Tommy en el campamento.

—No es tonto; Yuba Bill lo vió ya desde un principio —decía el tabernero.

Yuba Bill ejerció la tutoría de Tommy, después de su accesión á la propiedad de Johnson, cuyos giros endosaban los hombres más ricos de Calaveras.

Yuba Bill fué también quien acompañó á Tommy hasta San Francisco cuando enviaron al muchacho al Oriente para completar su educación. Antes de separarse de su recomendado, le llamó aparte sobre la cubierta del vapor y le dijo:

—Si algún día necesitas dinero, Tommy, á más de tu asignación, puedes escribir; y si quieres seguir mi consejo —añadió, con voz ronca que mitigaba la seve-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ridad de su tono—olvidarás á todos estos canallas esparavanados y libertinos, que has encontrado ó conocido en Angel, ¡á todos uno por uno, sin excepción! Y... cúidate... y... y... y... Dios te bendiga y en particular me maldiga á mí como un loco de primera clase.

Yuba Bill después de este discurso echó en torno suyo una mirada furibunda, se marchó por la palanca, atropellando á la multitud agresivamente con los codos, riñó con el cochero y después de apalear á este funcionario en su propio vehículo, tomó él mismo las riendas y guió furiosamente hacia el hotel.

—Me costó—dijo Bill al contar más tarde lo ocurrido, en Angel—me costó cosa de veinte duros ante el Juez, al día siguiente; pero puedo apostar que enseñé á aquellos chinos de San Francisco algo nuevo en materia de conducir. ¡Vaya! Como que no hubo poco escándalo en la calle de Montgomery, durante unos diez minutos... ¡no que no!

Y así poco á poco los dos primeros propietarios del gran filón de cinabrio se desvanecieron de la memoria de Angel, y Calaveras no supo más de ellos. Á los cinco años hasta olvidaron sus nombres; á los siete cambió también el pueblo; á los diez el mismo pueblo se había corrido hasta la falda de la montaña y la chimenea de la Metalurgia de la Unión, lucía de noche como un fuego fatuo por encima del lugar donde se levantara la cabaña de Johnson, y durante el día envenenaba los puros aromas de los pinos.

La Mansion House fué desmantelada y la diligencia de Wingdam abandonó el camino real por un atajo más corto para ir á Quicksilver-City (1). Únicamente la desnuda cresta de Dead Wood Hill, como antaño, se destacaba sobre el claro cielo azul y por su base, como antaño el río Stanislaus, incansado é incansable murmuraba precipitándose hacia el mar.

(1) Ciudad del azogue.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Un día canicular rompía perezosamente por el Atlántico. No hacía viento bastante para mover los vapores en el brumoso golfo; pero allí donde el nublado horizonte se unía con un cielo violado, dibujábanse rayas de un rojo mate que haciéndose más y más brillantes desvanecieron en breve las estrellas. Pronto las pardas rocas de Greyport aparecieron débilmente teñidas y luégo toda la línea pardusca de la costa desierta se iluminó y las luces de los faros se apagaron una á una, y por fin cien velas, antes invisibles, se destacaron en el vaporoso horizonte y se acercaron á la playa. Amanecía ya y algunas personas de la mejor sociedad de Greyport, que habían trasnochado, se preparaban para retirarse á sus casas. Cuando el cielo resplandeció con más brillantes colores, iluminó los aglomerados y rojos techos de una pintoresca casa situada sobre la playa, á la cual había prestado durante toda la noche luz y música desde sus abiertos é iluminados balcones; reflejóse la luz centelleando sobre los anchos cerramientos de cristal de un invernadero que se abría á un hermoso prado, en donde durante la noche se mezclaban los perfumes de mar y tierra y se desvanecían á los rayos de la luna de verano; confundiéronse los faroles de color de la espaciosa terraza y retiróse un grupo de señoras y caballeros que habían salido al balcón de la sala para contemplarlo. Era el astro del día tan indiscreto y sincero, que cuando el coche de la más bonita de las señoritas Jilly Flower partió, aquella joven sin par al ver su cara en el espejo oval, corrió en el acto los visillos, cobijó los hombros más blancos de Greyport bajo los almohadones carmesíes y se durmió.

—¡Qué ajado está todo el mundo! Mi querida Rosa, pareces una visión—decía Blanca Mansterman lánguidamente.

—No lo quisiera—contestó Rosa con sencillez.—Las salidas de sol ponen á prueba. Mira cómo estos rosa-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dos matices desfiguran á mistress Brown Robinson, con su cabello inclusive.

—Á los ángeles —repuso el conde de Nugat, señalando cortésmente al cielo — deben parecerles estas combinaciones celestiales de mal gusto para su *toilette*.

— Su blancura está asegurada, excepto cuando sirven de modelo para su retrato en Venecia — dijo Blanca. — ¡Cuán lozano está Mr. Slington! ¡Verdaderamente es poco galante para nosotras!

— Supongo que el sol no reconoce en mí un rival — dijo el joven modestamente; pero — añadió—he vivido mucho al aire libre y no necesito dormir gran cosa.

— ¡Qué delicia! —dijo Mr. Brown Robinson con voz baja y entusiasta y en un tono que combinaba agradablemente el ardiente sentimiento de los diez y seis años con la experiencia de los treinta y dos. — ¡Deliciosos recuerdos! ¡Qué salidas de sol debéis haber visto y en qué sitios tan silvestres y románticos! ¡Cómo os envidio! Mi sobrino, el que fué vuestro compañero de clase, me ha repetido á menudo los agradables episodios de vuestras aventuras. ¿Nos queréis contar ahora algunos? Hacedlo. ¡Cómo os debeis cansar de nosotros y de esta vida artificial! tan terriblemente artificial, ¿verdad?—dijo confidencialmente.—Y pensar después en los días en que habéis vagado por el gran occidente entre indios y bisontes y osos grises! Porque, naturalmente, habréis visto osos y bisontes.

— Naturalmente que los ha visto, querida — dijo Blanca con impaciencia, echando sobre sus hombros un manto y cogiendo del brazo su *chaperón*.—En su primera infancia le mimaron los bisontes y con orgullo señala al pardusco oso como compañero de su juventud. Ven conmigo y yo te lo contaré todo. ¡Qué bueno sois! —añadió en voz baja á Slington, mientras éste permanecía de pié junto al coche —¡Qué bueno sois en pareceros á aquellos animales que desconocen

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

su propio poder! Pensad sino, qué de cuentos podríais referir con vuestra experiencia y nuestra credulidad. Y sin embargo preferís iros á paseo... Buenas noches, pues.

Tendióle francamente su diminuta y enguantada mano y el coche partió.

—¿No está Slington desperdiciando una buena ocasión?—dijo el capitán Merwin, desde la terraza.—Acaso retrocede ante la presencia de mi hermosa tía. Además, es huésped del padre de Blanca y tal vez por ese medio se vean ya bastante.

—¿Y no es una situación sobrado peligrosa?

—Para él puede que sí; aunque es perro viejo y muy raro. En cuanto á ella, con una trastienda en que se pierden todos los hombres de valía de ambos hemisferios, incluso el mismo Nugat, me parece que un pretendiente más ó menos poco le importaría.

—Naturalmente—dijo riendo—éstas son palabras de despecho. Pero aquello fué ya el año pasado.

Acaso Slington no oyó la conversación; tal vez si la oyó, no sería nueva la chanza y se volvió con indiferencia dirigiéndose camino del mar. De allí vagó por las arenas hacia los peñascos, donde encontrándose con un obstáculo en forma de empalizada de jardín, saltó por encima, con la fácil agilidad de un muchacho, y continuó su errante camino hacia las rocas. La buena sociedad de Greyport no madrugaba y el espectáculo de un transgresor de la propiedad en traje de etiqueta, excitaba únicamente las hablillas de los lacayos que andaban por allí, ó bien de las lindas camareras asomadas en las anchas terrazas que, según la invariable arquitectura de Greyport, daban vista al mar. Solamente al poner el pié en las fronteras de Cliffwood Lodge, la famosa casa de Renwinck Mansterman, se apercibió de que le espiaban. Pero no alcanzó á distinguir la persona que tal hacía y que desapareció rápidamente en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la casa. Evitando el camino que á la casa conducía, siguió Slington por las rocas hasta que llegando á un pequeño promontorio con un rústico pabellón. sentóse y contempló el mar. Muy pronto una calma indefinible se apoderó de él. Á excepción de las ondas que lamían perezosas las rocas mas bajas, la inmensa extensión del mar no parecía alterada por el mas leve rizo: alzábase únicamente en anchas fajas, rítmicamente graves. silenciosas como en un sueño El aire estaba cubierto de una luminosa neblina que absorbía y retenía los rayos directos del sol. En el profundo reposo que se extendía sobre el mar, parecía á Slington que todo el cultivo de la tierra, toda la magia de la riqueza, todo el encanto del refinamiento que en largos años habían labrado aquella playa, extendían su graciosa influencia hasta el horizonte del viejo Océano, acariciado y mimado y adulado, aun allí. en su reposo. Un extraño recuerdo del turbio Stanislaus corriendo al lado de los ascéticos pinos, de los lúgubres perfiles de Dead Wood Hill, vino a flotar ante sus ojos é hizo que el verde-amarillento de la aterciopelada pradera, le pareciese, por contraste, casi tropical. Y alzando los ojos, á poca distancia, vió á una joven de alta estatura que contemplaba el mar: Blanca Mansterman.

Había cogido, en alguna parte, una ancha hoja en forma de abanico que sostenía como un parasol, sombreando los rubios mechones de su cabello y ocultando sus ojos castaños. Llevaba en lugar del traje de baile de larga cola y holgados volantes, una túnica ceñida, de corte semi-clasico, cuyos sencillos perfiles hubieran puesto á prueba formas menos acabadas, pero que acentuaban bonitamente las graciosas curvas y rozagantes líneas de esta diosa de Greyport. Cuando Slington se levantó, ella fué hacia él con su mano francamente tendida y su manera natural. ¿Le había visto antes ya? No lo sé.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Sentáronse juntos sobre un poyo rústico, y miss Blanca de cara al sol, miraba al mar protegiendo sus ojos con la hoja.

—En verdad que no sé cuánto tiempo he estado sentado aquí — dijo Slington — ni si he estado realmente

dormido ó soñando; me pareció una mañana demasiado hermosa para acostarme. ¿Pero vos...?

Desde detrás de la hoja pareció que decían que miss Blanca al retirarse fué perseguida por un horrible insecto alado que desafiaba sus esfuerzos y los de su doncella para echarlo fuera. Que Odin, el perro-spitz, insistía en arañar la puerta; que el dormir por la mañana la enrojecía los ojos; que tenía que hacer una

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

visita temprano..... y además como el mar parecía tan hermoso!...

—Me alegro de encontraros aquí, sea cual fuere la causa—dijo Slington con su acostumbrada franqueza—Hoy, como sabéis, es el último día de mi estancia en Greyport, y es mucho más agradable despedirse bajo este cielo azul, que bajo los frescos maravillosos de la casa de vuestro padre. Deseo también recordaros como parte de esta agradable vista que á todos nos pertenece, más que engarzada en la montura particular de una habitación.

—Sé—dijo Blanca con igual franqueza—que las casas son uno de los defectos de nuestra civilización; pero no creo haber oído jamás expresar con tanta elegancia esa idea. ¿Á dónde váis?

—No lo sé todavía. Tengo varios planes. Puede que vaya á la América del Sud y me hagan presidente de alguna de las Repúblicas, no importa cuál. Soy rico, pero en otra parte cualquiera de América, que no sea Greyport, es necesario que los hombres tengan alguna ocupación. Mis amigos creen que debería proponerme en la vida un objeto, grande..... con una O mayúscula. Pero nací vagabundo y probablemente vagabundo moriré.

—No conozco á nadie en la América del Sud—dijo Blanca lánguidamente.—En la *season* pasada hubo aquí dos criollas, pero en casa no llevaban corsé y sus vestidos siempre blancos no me sentaban bien. Si váis á la América del Sud, tendréis que escribirme.

—Lo haré. ¿Podéis decirme el nombre de esta flor que he encontrado en vuestro invernadero? Se parece mucho á otra de California.

—Tal vez lo sea. Padre la compró á un viejo medio loco que vino aquí un día: ¿la estabais clasificando acaso?

Slington se sonrió.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Creo que no. Pero permitidme que os la ofrezca en un sentido menos positivo.

—Gracias. Hacedme memoria para que os dé una, en cambio, antes de marcharos... ó bien la queréis escoger vos mismo?

Ambos se levantaron como de común acuerdo.

—Adios.

La fresca y florida mano se quedó por un momento en la de él.

—¿Queréis hacerme el favor de apartar por un instante esa hoja, antes de que me marche?

—¡Pero si mis ojos están enrojecidos y estoy hecha una visión!

Sin embargo, después de una larga pausa la hoja se desprendió, descubriendo un par de ojos muy hermosos, y, á pesar de lo dicho, muy claros y penetrantes. Slington tuvo que mirar hacia otro lado. Cuando se volvió de nuevo, ella había desaparecido.

—Mister Slington... ¡Señor!

Era Chalker, el lacayo inglés, faltado de aliento por haber corrido.

—Puesto que estáis ya solo, señor... dispensad señor; pero hay una persona...

—¿Una persona? ¿Pero, qué demonio quieres decir? Habla claro. No..... no hables nada — dijo Slington de mal humor.

—Dije una persona... señor... dispensadme... sin ofensa, pero no un caballero, señor... En la Biblioteca.

Divertido con el caso, á pesar de lo disgustado que estaba de sí mismo y de la vaga tristeza que le sobreviniera repentinamente, Slington caminando hacia la casa preguntó:

—¿Por qué no es un caballero?

—Porque un caballero—dispensad, señor — no se burlaría de un criado. Me tomó las manos así, señor, cuando yo estaba sentado en el banco de al lado de la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

reja, y las bajó así, señor, y dice: — Ponéoslas en el bolsillo, joven, ó bien es que esperáis á un inspector de caminos cuando levantais vuestras manos y las cruzáis de tal manera — dice.—Teneos, si así os encorváis reventariés vuestro precioso pellejo — dice. — Y pregunta por vos, señor. Por aquí, señor.

Entraron en la casa por la gran entrada gótica y Slington se apresuró á abrir la puerta de la Biblioteca.

En un sillón, en el centro del cuarto, estaba sentado un hombre, contemplando, al parecer, un grande y tieso sombrero amarillo que estaba puesto a su lado en el suelo. Sus manos descansaban enlazadas entre las rodillas, y tenía recogido á un lado de la silla un pié de extraña manera. Á la primera ojeada que le echó Slington, aquella actitud tan singular le recordó la de un conductor de diligencia, y un momento después lanzóse á través de la habitación y le tendió ambas manos exclamando:

—¡ Yuba Bill!

El hombre se irguió, cogió á Slington por los hombros, le dió una vuelta, tentó sus costillas, como un ogro de buen humor, le sacudió violentamente las manos, se rió, y después dijo admirado:

—¿ Y cómo me has conocido ?

Comprendiendo que Yuba Bill se creía perfectamente disfrazado, Slington se rió y supuso que debía ser por instinto.

—Y tú—dijo Bill,—apartándole con el brazo tendido y contemplándole atentamente. — ¿ Tú..... pensar..... pensar..... un mal bicho no más alto de una vara, un pillete á quien he sacado más de una vez de mi camino con el látigo, un chico que se puede decir que no ha tenido un harapo, convertido en un *sportsman?*

Slington recordó con terror que llevaba aún su traje de etiqueta.

—Convertido — continuó Yuba Bill con seriedad—

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

convertido en un mozo de restaurant, un *garçon*..... Eh! Alfonso, tráeme un *patty de foie grass* y una tortilla, diantre!

—Querido camarada—dijo Slington riéndose y cuidando de tapar con su mano la boca de Bill.—Pero *tú*, no te pareces del todo á ti mismo. Tú no estás bueno, Bill.

Y, en efecto, al volverse hacia la luz, los ojos de Bill parecían cavernosos y su pelo y barba profundamente salpicados de canas.

—Tal vez sea este arnés—dijo Bill un poco violento—Cuando me cuelgo esta barbada (indicó una maciza cadena de oro con enormes eslabones), y me pongo esta estrella de la mañana (señaló un inmenso alfiler solitario que parecía encender toda su pechera), es como si me quedara aplastado, Tommy. Por lo demás, estoy bueno, chico, muy bueno.

Pero evitó la mirada penetrante de Slington y se volvió de espaldas á la luz.

—Si tienes algo que decirme, Bill—dijo Slington repentinamente y con brusca franqueza—échalo fuera.

Bill no habló, pero se acercó inquieto hacia su sombrero.

—No te has venido de tres mil millas sin advertirme una palabra, para hablar de los tiempos pasados—dijo Slington con más dulzura—por mas que me hubiera alegrado mucho de verte. Pero no es tu carácter, Bill, y tú lo sabes. Aquí nadie nos estorbará—añadió contestando á una mirada interrogativa que Bill dirigió hacia la puerta—y estoy preparado á escucharte.

—En primer lugar, pues—dijo Bill aproximando más su silla á Slington—contéstame lisa y llanamente á una pregunta, Tommy.

—Adelante—dijo Slington con una ligera sonrisa.

—Si yo te dijera, Tommy, te dijera hoy, aquí mismo, que has de venirte conmigo, que debes dejar este

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

pueblo por un mes, un año, dos años, ó tal vez, quizás para siempre, te retendría alguna cosa, algo... que no pudieras dejar?

—No—dijo Tommy tranquilamente—Sólo estoy aquí de visita. Pensaba partir hoy de Greyport.

—¿Pero si yo te dijera, Tommy, ven conmigo á dar un *paseo* á China, al Japón, tal vez á la América del Sur, podrías ir?

—Sí—dijo Slington después de una breve pausa.

—¿No hay nada—dijo Bill acercándose un poco más y bajando confidencialmente la voz—nada en forma de una joven... comprendes, Tommy, que te retuviera? Por aquí son muy bonitas; sea el hombre joven ó viejo, siempre hay una mujer que es para él freno ó látigo.

Al sentar esta verdad abstracta con amarga emoción, Bill no vió que la cara del joven se ruborizaba ligeramente al contestar:

—No.

—Oye, pues. Hace siete años estaba yo empleado en una de las diligencias del *Pioneer*, de Gold Hill. Un día, mientras permanecía de pié, en el despacho, el scherif del Estado se viene hacia mí y me dice:—Bill, tengo un lunático de quien estoy encargado, y precisa llevarle al asilo de Stocktown. Es quieto y pacífico, pero á los del interior no les gusta viajar con él. ¿Tienes inconveniente en dejarle subir al pescante á tu lado?—Yo digo:—No; subidle.—Cuando me fuí á subir á su lado, en el pescante, aquel hombre, Tommy, aquel hombre sentado allí quieto y pacífico, era... Johnson! No me reconoció, Tommy—continuó Yuba Bill levantándose y poniendo la mano sobre los hombros del joven, —no me reconoció. No sabía nada de ti, ni de Ángel, ni de la mina de azogue, ni siquiera su propio nombre. Dijo que se llamaba Skaggs, pero yo sabía que era Johnson. Hubo momentos, Tommy, en que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

podías haberme derribado de aquel pescante con una pluma; hubo momentos en que si los veintisiete pasajeros de la diligencia se hubiesen encontrado nadando en el río Americano, á quinientos piés más abajo del camino, nunca jamas hubiera podido explicárselo satisfactoriamente á la compañía. El Scherif—continuó Bill rapidamente, como para evitar cualquier interrupción de parte del joven—el Scherif dijo que le habían llevado al campamento Murphy, tres años antes, chorreando agua y con una fuerte contusión en el cerebro, y que lo habían cuidado los muchachos de los alrededores. Cuando dije al Scherif que le conocía, conseguí que le dejara á mi cuidado y me lo llevé á Frisco, Tommy, a Frisco, y le puse en manos de los mejores médicos de allí, y yo mismo pagué su pupilaje. Nada hubo que él no tuviera, según lo quiso. No me mires, así, hijo mío; por el amor de Dios, no me mires así.

—¡Oh! ¡Bill!—dijo Slington—¿por qué me has ocultado eso?

Levantose y se dirigió tambaleándose á la ventana.

—¿Por qué?—dijo Bill volviéndose hacia él con dureza.—¿Por qué? Porque yo no estaba loco. Aquí estabas tú andando tu camino, en el colegio; aquí estabas tú entrando en el mundo para ser de alguna valía en él: allí estaba un viejo tronera como muerto para el mundo... ¡un hombre que debía haberse muerto ya antes! ¡Porque nunca lo negó! Pero siempre le has querido mas que á mí—dijo Bill con amargura.

—Perdóname. Bill—dijo el joven cogiéndole entrambas manos.—Sé que lo hiciste creyendolo lo mejor; pero prosigue.

—No hay mucho más que decir, ni á mi ver es de mucha utilidad el decirlo—dijo Bill con tristeza.—Nunca curara—dijeron los médicos;—pues tenía lo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

que ellos llaman una monomanía; estaba siempre hablando de su mujer é hija á quienes alguien había robado hacía años y meditando una venganza sobre ese alguien. Y hace seis meses que se escapó. Le seguí la pista en Karson, en Salt-Lake City, en Omalia, Chicago, en New-York y aquí.....

—Aquí—repitió Slington.

—¡Aquí! Y esto es lo que me trae hoy. Sea que esté loco ó cuerdo, sea que te esté cazando ó que esté buscando al otro hombre, debes marcharte de aquí. No debes verle. Tú y yo, Tommy, nos iremos á una excursión. Dentro de tres ó cuatro años estará muerto ó ausente y entonces volveremos. Ven.

Y se puso en pié.

—Bill—dijo Slington levantándose también y tomando la mano de su amigo con la misma terquedad que en otros días le había atra do el cariño de Bill—donde quiera que esté, aquí ó en cualquier otra parte, cuerdo ó loco, le buscaré y le encontraré. Si un duro tengo será suyo. Si un duro le he gastado le será devuelto. Soy joven aún. á Dios gracias, y puedo trabajar y si hay un camino para salir de este miserable negocio, yo lo hallaré.

—Sabía—dijo Bill, con afectado mal humor, que no ocultaba muy bien la evidente admiración por la serena figura que tenía ante sí—sabía la especie original de loco que eres y no esperaba cosa mejor. ¡Adios, pues! ¡Dios Todopoderoso! ¿Pero quién es aquella?

Y ya estaba en camino del balcón, cuando se estremeció, tornóse su cara lívida y exangüe, y retrocedió con los ojos que se le saltaban de las órbitas. Slington corrió hacia la ventana y miró hacia fuera. Una falda blanca desaparecía al extremo opuesto de la terraza. Cuando Tommy se volvió, Bill había caído ya sobre una silla.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Me parece que debe haber sido miss Mansterman; ¿pero qué pasa?

—Nada—dijo Bill, débilmente. ¿Tienes á mano un poco de aguardiente?

Slington trajo una vasija y echándole un poco de aquel espíritu dió un vaso á Bill. Este lo vació y dijo después:

—¿Quién es miss Mansterman?

—La hija de Mr. Mansterman; es decir, me parece que es su hija adoptiva.

—¿Su nombre?

—En verdad que no lo sé—dijo Slington ásperamente, más contrariado por esta pregunta de lo que quería dar á conocer.

Yuba Bill se levantó y se fué hacia el balcón; lo cerró, volvió otra vez hacia la puerta; miró de soslayo á Slington, titubeó y luégo volvió á su silla.

—¿Verdad que no te dije que me había casado?—dijo repentinamente mirando á la cara á Slington y ensayando torpemente una risa indiferente.

—No—dijo Slington menos sorprendido por el hecho que por las palabras.

—Pues realmente—dijo Yuba Bill.—¡Tres años hace de ello, Tommy, hace tres años!

Miró á Slington y comprendiendo éste que esperaba que le dijera algo, preguntó al acaso:

—¿Con quién te casaste?

—Ahí está—dijo Yuba Bill—no puedo decirlo exactamente; pero es un demonio de mujer; ¡y... la mujer de media docena de hombres más...!

Acostumbrado, en apariencia, á ver que los demás trataban sus desgracias conyugales como asunto de broma, y no viendo en la seria cara de Slington indicio alguno de burla, cambió de tono y su afectada indiferencia desapareció, y aproximando más su silla á Slington prosiguió:

—Todo nació de esto. Bajábamos al galope una no-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

che la pendiente de Watson, cuando el postillón se vuelve hacia mí y dice: —Hay un escándalo en el interior y harías mejor en parar. Paro y entonces salen primero una mujer y luégo dos ó tres hombres blasfemando y maldiciendo y esforzándose en arrastrar á alguien tras de sí. Después, por lo que se vió, Tommy, era el marido borracho de esta mujer que había abusado de ella pegándole en el coche; y, chico, si no hubiese sido por mí, me le dejan á él en despoblado. Pero yo arreglé las cosas colocándola á mi lado en el pescante y seguimos el camino. Era muy blanca, Tommy; en cuanto á esto, siempre ha sido una mujer muy blanca, de esas á quienes nunca salen los colores á la cara. Pero no dejó oir ni un sollozo. Otras mujeres hubieran llorado: fué extraño, pero nunca lloró. Esto ya lo reparé entonces.

Era muy alta, con mucho pelo rubio ondulante que le caía por detrás de la cabeza, largo como una correa de látigo de piel de ciervo y casi del mismo color. Tenía unos ojos que te hubieran traspasado á cincuenta yardas de distancia y bonitas manos y piés. Y cuando hubo salido de aquel estado rígido, nervioso, en que se hallaba, y se hubo calentado y animado un poco, ¡vive Dios, señor, que estaba hermosa hasta allí!

Un poco sonrojado por su propio entusiasmo, paróse y después dijo con indiferencia:

—Nos dejaron en llegando á casa Murphy.

—¿Y qué?—dijo Slington.

—¿Y qué? La ví á menudo después de esto, y cuando iba sola siempre subía al asiento del pescante. Me confiaba, como quien dice, sus penas: cómo su marido se emborrachaba y la maltrataba, y yo no le ví mas á él, pues desde aquello estaba por allá en Frisco: pero hasta entonces todo estaba limpio; todo limpio entre yo y ella.

Me acostumbré á ir allí bastante á menudo hasta

Digitized by Google

que un día me dije:—Bill, esto no puede seguir así y me hice cambiar de ruta. ¿Conociste, Tommy, alguna vez á Jackson Filltree?—dijo Bill, interrumpiéndose repentinamente.

—¡No!

—¿Tal vez has oído hablar de él?

—No—dijo Slington con impaciencia.

—Jackson Filltree corría en el express desde White, hasta Summit, cruzando la bifurcación septentrional del Yuba. Un día me dice:—Bill, ¿sabes que aquella bifurcación septentrional es endemoniada? Yo digo: —Ya lo creo, Jackson.—Un día me va á coger, Bill, de seguro,—y yo contesto:—¿Por qué no tomas el vado de más abajo?—No lo sé, dice, pero no puedo.—De manera que siempre que le encontraba desde entonces me decía:—Aquella bifurcación septentrional no me ha cogido aún.—Un día estaba yo en Sacramento cuando llega Filltree y me dice:—He vendido el negocio de correos por motivo de la bifurcación septentrional, pero seguramente esta me ha de coger todavía y se ríe.—Dos semanas después encuentran su cuerpo más abajo del vado por donde trataba de cruzar, bajando por el camino de Summit. La gente dice que fué una tontería: ¡yo digo que fué el destino! Al segundo día, después que me hubieron mudado á la ruta de Placerville, sale aquella mujer del Hotel, más allá del despacho de la diligencia. Dijo que su marido estaba enfermo en Placerville; esto lo dijo ella; pero era el destino, Tommy, era el destino. Tres meses después su marido toma una dosis excesiva de morfina para el *delirium tremens* y se muere. Hay quien dice que ella se la dió; pero es el destino. Un año después me casé con ella. ¡El destino, Tommy, el destino! Vivimos juntos, tres meses cabales—prosiguió después de un largo suspiro—tres meses. ¡No es mucho tiempo para un hombre feliz! Á mi edad he visto cosas terribles, pero

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

hubo días, en aquellos tres meses, más largos que ningún día de mi vida; días, Tommy, en que dependía de un cara ó cruz que la matase yo á ella ó ella á mí. Pero basta; he acabado. Tú eres joven, Tommy, y yo no voy á contarte cosas que, por viejo que sea, hace tres años no las hubiera podido creer.

Por fin, con su lúgubre cara vuelta hacia el balcón permanecía sentado con las manos cruzadas sobre sus rodillas, hasta que Slington le preguntó dónde estaba su mujer.

—No me preguntes nada más, muchacho, nada más; ya he dicho lo que tenía que decir. — Y con un movimiento como si arrojara lejos de sí un par de riendas, se levantó y se fué hacia el balcón.

— Puedes comprender, Tommy, el por qué una excursión al rededor del mundo, me aprovecharía. Si no puedes venirte conmigo, está bien; pero yo debo irme.

— Espero que no será antes de comer - dijo una voz muy dulce al tiempo que Blanca Mansterman apareció ante ellos.—Padre no me perdonaría, que en su ausencia, permitiese á uno de los amigos de Mr. Slington marcharse de esta manera. ¿Os quedaréis, verdad? ¡Sí! Y ahora me daréis vuestro brazo; y cuando Mr. Slington haya acabado sus miradas de asombro nos seguirá al comedor y os presentará.

. . . . . .

— Me he enamorado de vuestro amigo — dijo miss Blanca, cuando se quedaron solos de pié en el comedor mirando la figura de Bill que paseaba con su corta pipa en la boca, á través del distante plantío de arbustos. — Sin embargo, hace unas preguntas muy raras. Quería saber el nombre de pila de mi madre.

— Es un hombre honrado — dijo Slington gravemente.

— Estáis muy preocupado por algo. Y ahora pienso que ni aun me dáis las gracias por haberos retenido

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

aquí á vos y á vuestro amigo; pero, ya véis, no podíais marcharos hasta que hubiese vuelto mi padre.

Slington se sonrió, pero no muy alegremente.

—Y luégo pienso que es mucho mejor que nos separemos aquí, *bajo estos frescos*, ¿no os parece? Adios!

Tendióle su larga y afilada mano.

—Allí fuera, á la luz del sol, cuando estaban enrojecidos mis ojos, teníais muchos deseos de mirarme—añadió con voz peligrosa.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Slington alzó sus tristes ojos hacia los de ella. Algo que brillaba en sus largas pestañas tembló y desprendióse.

—¡Blanca!

Ella estaba sonrojada y hubiera retirado su mano; pero Slington la retuvo. Y no estaba ella del todo segura de que su cintura no se viera en igual peligro que la mano; pero sin embargo, más fuerte que ella fué la tentación de decir:

—*¿Estáis seguro de que no hay en forma de una joven nada que os detuviese?*

—¡Blanca!—dijo Slington como reconviniéndola.

—Si los señores se empeñan en vociferar sus secretos ante un balcón abierto, cuando una joven, reclinada en un sofá del mirador, lee una estúpida novela francesa, no deben extrañarse de que le llamen la atención más ellos que un libro.

— Lo sabeis todo, pues, Blanca?

—¡Sé!—dijo Blanca.—Veamos:—*Sé la especie original de... ¡hem!... loco que sois y no esperaba cosa mejor.* ¡Adios!

Y deslizándose de entre sus brazos como una serpiente, se escapó.

Al agradable rumor de las olas, de la música y de alegres voces, la rojiza luna de la canícula se alzó de nuevo sobre Greyport. Tendió sus rayos sobre informes masas de roca y plantíos de arbustos, anchos espacios de pradera y playa, y sobre una extensión inmensa de agua plateada, pero se reflejó con predilección sobre objetos singulares: una blanca vela cercana á la costa, un globo de cristal sobre el césped, y sobre algo que tenía entre los dientes un hombre que agachado espiaba desde una pared baja de Cliffwood-Lodge. Luégo, cuando un joven y una mujer salieron de debajo de la sombra del follaje, á la claridad de la luna, en la senda

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

del jardín, el hombre saltó la pared y permaneció de pié en la sombra.

Era la figura de un viejo de ojos extraviados y temblona mano, asida de un largo y agudo cuchillo, una figura más lastimosa que despiadada, más patética que terrible. Pero un momento después el cuchillo le fué arrancado de la mano en lucha con la robusta opresión de otro hombre que, al parecer, saltó de la pared á su lado.

—¡ Maldito seas, Mansterman !—gritó el viejo bruscamente — ¡ Juguemos mano á mano y te mataré aún!

— Mi nombre es Yuba Bill—dijo éste tranquilamente —y ya es tiempo de que se ponga término á esta maldita chanza.

El viejo miró á Bill con salvaje asombro.

—¡ Te conozco. Eres uno de los amigos de Mansterman! ¡ Maldito seas! ¡ Suéltame hasta que le haya arrancado el corazón ; suéltame! ¿ Dónde esta mi María ? ¿ Dónde está mi mujer ?... ¡ Allí esta !... ¡ allí!... ¡ allí !... ¡ allí ! ¡ María !

Hubiera gritado; pero Bill le puso su vigorosa mano sobre la boca, volviéndose en la dirección de la mirada del viejo. Iluminados por la luz de la luna destacábanse en la senda del jardín las figuras de Slington y Blanca, cogidos del brazo.

—¡ Dame mi mujer!—murmuró bruscamente el viejo, por entre los dedos de Bill.—¿ Dónde está ?

Un furor repentino contrajo las facciones de Yuba Bill.

—¿ Dónde está tu mujer ?—repitió estrechando al viejo contra la pared del jardín y sujetándolo como con unas tenazas —¿ Dónde esta tu mujer ?— repitió aproximando su fea y sardónica cara y salvajes ojos á los aterrorizados del viejo. —¿ Dónde está la mujer de Jack Adam ? ¿ Dónde está mi mujer ? ¿ Dónde esta la mujer demonio que volvió loco á un hombre, que man-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dó á otro al infierno por su propia mano, que eternamente me aniquiló y me arruinó? ¿Dónde? ¿dónde? ¿Preguntas dónde? En la cárcel, en Sacramento... en la cárcel, ¿oyes? ¡En la cárcel por asesinato, Johnson... asesinato!

El miserable abrió la boca en una violenta aspiración. Irguióse y después desfalleciendo repentinamente se desplomó como una masa inerte á los piés de Yuba Bill. Con repentina compasión, Yuba Bill se dejó caer á su lado y alzándole tiernamente en sus brazos murmuró:

—¡Mírame, Johnson! ¡Mira, por el amor de Dios! Soy yo, Yuba Bill; y allí esta tu hija, y... ¡Tommy!... ¿No sabes?... ¿Tommy, el pequeño Tommy Slington?

Los ojos de Jonhson se abrieron lentamente, y murmuró:

—¡Tommy, sí; Tommy! Siéntate á mi lado, Tom-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

my. Pero no tan cerca de la orilla. No ves cómo el río sube, llamándome, silbando é hirviendo por encima de las rocas? ¡ Ya sube más arriba! ¡ Tenme, Tommy! Tenme y no me sueltes todavía. Viviremos para arrancarle el corazón; viviremos... nosotros...

Su cabeza cayó inerte y el río amenazador, invisible á todos los ojos menos á los suyos, se precipitó de la oscuridad hacia él y le llevó, ya no á las tinieblas, sino á través de ellas, al lejano, apacible y luminoso mar.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

WAN LEE, EL IDÓLATRA.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Cuando abrí la carta de Hop Sing, revoloteó hacia el suelo una tira de papel amarillo, cubierta de geroglíficos, que á primera vista me figuré cándidamente que sería la etiqueta de un paquete de sorpresas chinas. Pero el mismo sobre contenía además una tira más pequeña de papel de arroz con dos caracteres exóticos, trazados con tinta china, en los que reconocí en seguida la tarjeta de visita de Hop Sing. El conjunto, literalmente traducido, decía como sigue:

«Las rejas de mi casa no están cerradas para el forastero; el jarrón de arroz está á la izquierda y los dulces á la derecha de la entrada.

»Dos adagios del maestro:

»La hospitalidad es la virtud del hijo y la sabiduría de los mayores.

»El hombre superior, es ligero de corazón; después de recogida la cosecha, celebra una fiesta.

»Cuando el extranjero se halle en tu cercado de melones, no le observes muy de cerca; dejar de atender es, á menudo, la más alta forma de la urbanidad.

»Felicidad, paz y prosperidades.

Hop Sing.»

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Por admirables que fuesen esta moraleja y sabiduría proverbial, y aun cuando este último adagio era muy característico de mi amigo Hop Sing, el más sombrío de todos los humoristas, como buen filósofo chino; me veo obligado á confesar que, después de una traducción muy libre, me encontré perdido para llevar á inmediata ejecución el mensaje. Felizmente descubrí un tercer papel, doblado en forma de esquela, conteniendo algunas palabras en inglés, escritas con la letra corrida de Hop Sing. Decía así:

«Espera que honraréis con vuestra asistencia, el n.º... de la calle de Sacramento, el viernes por la noche á las ocho.

Hop Sing.»

»Una taza de the á las nueve en punto.»

Esto lo explicaba todo. Tratábase de una visita al almacén de Hop Sing, la apertura y exposición de algunas raras novedades y curiosidades chinas, una sesión en el despacho posterior de la casa, una taza de te, de bondad desconocida fuera de estos sagrados lugares, cigarros, y una visita al teatro ó templo chino. Este era, en efecto, el programa favorito de Hop Sing cuando estaba en el ejercicio de su hospitalidad como agente principal ó Superintendente de la Compañía Ning Foo.

Á las ocho de la noche del viernes entraba en el almacén de Hop Sing. Reinaba en él ese misterioso olor, agradable é indefinible, de los géneros extranjeros; veíase allí la acostumbrada exposición de objetos de apariencia rara, la interminable procesión de jarros y de loza, el extraño enlace de lo grotesco y de lo matemáticamente acabado y exacto, las manifestaciones sin fin de la frivolidad frágil; la falta de armonía de colores, cada cual de por sí hermoso y raro. Cometas en forma de enormes dragones y gigantescas mariposas; otras tan ingeniosamente dispuestas que á intervalos

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

lanzaban al entrar de cara al viento, el grito del halcón; algunas tan grandes que era imposible que ningún chico las pudiera dominar, tan grandes que os hacían comprender el por qué en China echar las cometas es una diversión para los adultos; dioses de porcelana y bronce tan desastrosamente feos que, por la misma imposibilidad de serlo, no despertaban interés ni simpatía humanos; jarros de dulce cubiertos completamente por pensamientos morales de Confucio; sombreros que se parecían á cestos, y cestos que se parecían á sombreros; sedas tan ligeras que no me atrevo á decir el increíble número de yardas cuadradas que podrían atravesar á la vez una sortija del dedo meñique. Estos y muchos otros objetos indescriptibles me eran familiares. Seguí mi camino á través del almacén escasamente alumbrado, hasta llegar al despacho posterior ó salón, donde encontré á Hop Sing que me esperaba.

Antes de describirle necesito que el lector ilustrado deseche de su mente toda suerte de ideas que, acerca de los chinos, pueda haber adquirido en una pantomima. No llevaba calzoncillos preciosamente festoneados con campanillas — jamás he encontrado un chino que los llevase — no adelantaba constantemente su dedo índice extendido en ángulo recto con el cuerpo, ni siquiera le he oído jamás proferir la misteriosa frase *Ching a ring a ring chaw,* ni bailaba como aquellos á la menor invitación. Era más bien, en conjunto, un caballero grave, decoroso y respetable. Su color, que se extendía por toda la cabeza hasta su larga trenza, se parecía al de un hermosísimo papel agarbanzado y lustroso, y eran sus ojos negros y brillantes. Tenía las cejas inclinadas en ángulo de 15°; nariz recta y delicadamente formada, la boca pequeña y los dientes menudos y limpios. Vestía una blusa de seda azul oscura, y para la calle, en días fríos, una corta

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

chaqueta de piel de Astrakhán. Llevaba únicamente en las piernas unas polainas de brocado azul estrechamente ceñidas á las pantorrillas y tobillos; hubiérase dicho que aquella mañana se le había olvidado pasarse los pantalones, pero que, como eran tan señoriles sus modales, nadie se atrevía á recordárselo. Era persona fina, aunque muy seria, y hablaba con facilidad el francés y el inglés. En resumen, dudo que hubiérais podido encontrar igual á este tendero pagano entre los cristianos de su clase en San Francisco. Había allí algunas personas más. Un juez de la Audiencia Federal; un oficial superior del Gobierno, un editor y un rico comerciante. Después que hubimos bebido nuestro thé y probado algunos dulces de un misterioso jarrón, Hop Sing se levantó, y haciendo gravemente seña de que le siguiéramos, comenzó á descender al sótano. Cuando llegamos allí nos sorprendió verlo brillantemente iluminado y con algunas sillas dispuestas en círculo sobre el pavimento de asfalto. Luégo que nos hubo hecho sentar cortésmente, dijo:

—Os he invitado á presenciar un espectáculo que puedo aseguraros que jamás extranjero alguno, sino vosotros, habrá visto. Wang, el prestidigitador de la córte, llegó ayer mañana. Jamás ha dado función fuera del palacio. Le he pedido que divirtiera á mis amigos esta noche. No necesita de teatro, tablas, accesorios, ni auxiliar alguno, sino sólo de lo que véis aquí. Haced el favor de reconocer, señores, de examinar por vosotros mismos el terreno.

Naturalmente examinamos aquella premisa. Era el piso bajo usual, ó sea el de los sótanos en los almacenes de San Francisco, asfaltado, para evitar la humedad. Tanteamos el pavimento con nuestros bastones y golpeamos las paredes para complacer á nuestro político huésped, no por otro motivo. Estábamos del todo conformes en ser víctimas de cualquier diestro

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

manejo. En cuanto á mí, sé decir que me sentía dispuesto á dejarme engañar y si me hubiesen ofrecido una explicación de lo que siguió, probablemente la hubiera rehusado.

Aun cuando estoy persuadido de que, en conjunto, la función de Wang era la primera de su especie, dada en tierra americana, seguramente se habrá hecho desde entonces tan familiar á algunos de mis lectores, que no les fastidiaré insistiendo en ella. Comenzó por echar al vuelo, con ayuda de su abanico, un numeroso enjambre de mariposas, hechas á nuestra vista de pequeños pedacitos de papel de seda, y las mantuvo en el aire durante el resto de la función. Recuerdo vivamente que el juez probó de coger una, que se había parado en su rodilla, y que le evitó con la ligereza de un insecto viviente. Y al mismo tiempo Wang, manejando todavía su abanico, sacaba gallinas de sombreros, escamoteaba naranjas, extraía yardas de seda sin fin de sus mangas y llenaba la superficie del sótano de géneros que brotaban misteriosamente del suelo, de su propio vestido, de ninguna parte! Tragóse cuchillos en menoscabo de su digestión por muchos años venideros; dislocó todos los miembros de su cuerpo y se recostó en el aire, como descansando sobre el vacío. Pero la suerte que coronó la función, y que hasta ahora no he visto repetida, fué la más fantástica, misteriosa y sorprendente. Es mi apología por este largo preámbulo, mi sola excusa para escribir esta narración, el génesis de esta verídica historia.

En un espacio de quince piés cuadrados despejó el terreno de los objetos que estorbaban, y luégo nos invitó á todos á levantarnos y examinarlo de nuevo. Lo hicimos gravemente: nada percibimos sino el asfaltado pavimento. Luégo pidió que le prestaran un pañuelo, y como por casualidad me hallaba yo más cerca de él, le ofrecí el mío. Lo tomó y extendiólo abierto en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

el suelo. Sobre él desplegó un gran cuadro de seda, y sobre este, de nuevo, un gran chal, que cubría casi todo el terreno despejado. Luégo situóse en uno de los vértices de este rectángulo, y principió un canto monótono, meciéndose de aquí para allá al compás de esta melodía un tanto lúgubre. Esperamos inmóviles. Dominando el canto oíamos las campanas de los relojes de la ciudad, y las sacudidas de un carro que rodaba por la calle sobre nosotros. La inquieta espectación: la opaca y misteriosa media luz del sótano, cayendo de una manera fantástica sobre el bulto disforme de una deidad china en el fondo; el soñoliento olor del humo de opio, mezclado con el aroma de especias y la incertidumbre de lo que realmente estábamos esperando, nos sobrecogían con desagradables estremecimientos; nos mirábamos unos á otros con sonrisa forzada. El malestar creció cuando Hop Sing, levantándose despacio y sin decir la menor palabra, señaló con el dedo al centro del chal.

¡Había algo debajo del chal! Seguramente; y algo que antes no estaba allí; al principio un imperceptible relieve, de contornos indefinidos, pero creciendo más y más distinto y visible á cada momento. El canto continuaba aún; el sudor comenzaba á correr por la cara del cantor; poco á poco el escondido objeto iba adquiriendo forma y cuerpo, que elevaba el chal en su centro como unas cinco ó seis pulgadas. Era ya indudablemente el contorno de un pequeño pero perfecto cuerpo humano con los brazos y piernas extendidos. Uno ó dos de nosotros palidecimos y nos sentíamos inquietos; al fin el editor rompió el silencio con un chiste que, por pobre que fuera, recibimos con espontáneo entusiasmo. El canto cesó de repente, Wang se levantó y con un rápido y diestro movimiento, arrebató chal y seda, y descubrió, durmiendo pacíficamente sobre mi pañuelo, un diminuto infante!

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

El aplauso y estrépito que siguió á este descubrimiento debieron dejar satisfecho á Wang, aun cuando era reducido su auditorio; por lo menos era bastante ruidoso para despertar á la criatura, un bonito niño de cosa de un año de edad, que se parecía á un Cupido tallado en palo de sándalo. Fué arrebatado casi tan misteriosamente como apareciera. Cuando Hop Sing me devolvió, con un saludo, mi pañuelo, le pregunté si el prestidigitador era padre de la criatura.

—¡No sabe!—dijo el imperturbable Hop Sing, recurriendo á esa fórmula española sin compromiso, tan común en California.

—¿Pero tiene una criatura nueva para cada función?—pregunté.

—¡Quizás! ¿Quién sabe?

—¿Pero qué será de éste?

—Lo que queráis, señores—replicó Hop Sing, inclinándose cortésmente.—Nació aquí; vosotros sois sus padrinos.

En 1856 caracterizaban á toda reunión californiana dos particularidades. Estar pronta á comprender una indirecta y manifestarse generosa hasta la prodigalidad en cualquier llamamiento caritativo. Por sórdido y avaro que el individuo fuera, no podía resistir al simpático contagio. Doblé las puntas de mi pañuelo convirtiéndole en un saco, dejé caer dentro una moneda, y sin decir palabra lo pasé al juez. Éste añadió sencillamente otra moneda de oro de veinte duros y la pasó al de más allá; cuando el pañuelo volvió á mis manos contenía más de cien duros. Anudé el dinero en el pañuelo y lo entregué á Hop Sing.

—Para la criatura, de parte de sus padrinos.

—¿Pero qué nombre le daremos?—dijo el juez.

Hubo un tiroteo de Erebo, Nox, Pluton, Terra-cota, Anteo, etc., etc. Finalmente dejamos que decidiera la cuestión nuestro huésped.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—¿Por qué no dejarle su propio nombre?—dijo tranquilamente:—Wan Lee.

Y tal hicimos.

Así nació Wan Lee en esta verídica crónica, en la noche del viernes 5 de Marzo de 1856.

La última página de *La Estrella del Norte* del 19 de Julio de 1865, única publicación diaria editada en Klamath County, acababa de entrar en prensa, y á las tres A. M. (1) dejaba yo á un lado mis pruebas y manuscritos, preparándome para irme á casa, cuando debajo de algunas hojas de papel que separaba, descubrí una carta. El sobre estaba algo sucio y no llevaba sello alguno de correo, pero no me fué difícil reconocer la letra de mi amigo Hop Sing. Lo abrí apresuradamente y leí lo que sigue:

«Muy Sr. mío: No sé si el dador os convendrá para el cargo de diablo en vuestro periódico; si esta plaza no es puramente del oficio, creo que reune todas las cualidades exigidas. Es listo, activo é inteligente; comprende el inglés mejor que lo habla, y compensa cualquier defecto con el hábito de observación é imitación. No necesitáis más que enseñarle una vez cómo se hace una cosa y la repetirá, sea mala ó buena. Pero ya le conocéis, sois uno de sus padrinos; es Wan Lee, el hijo putativo del prestidigitador Wang, á cuyas representaciones tuve el honor de invitaros; pero tal vez le habréis olvidado ya.

»Le mandaré con una partida de *coolees* á Stocktown y de allí por express á vuestra ciudad. Si le podéis utilizar ahí, me haréis un favor, y probablemente le salvaréis la vida, que en la actualidad está en peligro, gracias á los miembros más jóvenes de vuestra cristiana y altamente civilizada raza, que asis-

(1) Anti-Meridiano.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ten á los instructivos colegios de San Francisco.

»Ha adquirido singulares hábitos en el ejercicio de la profesión de Wang, que siguió por algunos años, hasta que se hizo sobrado grande para entrar en un sombrero ó para salir de la manga de su padre. El dinero que dejasteis lo he gastado en su educación; ha leído de cabo á rabo los Clásicos Trilaterales, pero creo que sin gran provecho: sabe poco de Confucio y absolutamente nada de Mencio. Por negligencia de su padre se asoció, tal vez demasiado, con niños americanos.»

»Hubiera contestado antes por el correo á vuestra carta; pero he pensado que el mismo Wan Lee podía ser el portador de éste.

»Es de vos respetuoso servidor,

Hop Sing.»

Tal era la contestación por tanto tiempo dilatada de mi carta á Hop Sing. Pero ¿dónde estaba el portador? ¿Cómo fué entregada la carta? Llamé apresuradamente al aprendiz, á los impresores y al regente, pero no saqué nada en limpio; nadie había visto la carta, ni sabía cosa alguna del portador. Pocos días después recibí la visita de mi lavandero Ah Ri.

—Usted querer diablo? Bueno; yo coger él.

Volvió pocos momentos después con un niño chino, listo en apariencia, cuyo aspecto inteligente me hizo buena impresión, tanto, que le ajusté en el acto. Cuando estuvo cerrado el trato, le pregunté su nombre.

—Wan Lee—dijo el chico.

—¿Cómo? ¿Eres tú el niño enviado por Hop Sing? ¿Cómo demonio no has venido antes? ¿Cómo has entregado la carta?

Wan Lee me miró y se rió.

—Yo tirar parte arriba ventana.

No le comprendía. Me miró por un momento per-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

plejo, y luégo, arrancándome la carta de la mano se lanzó por las escaleras abajo. Después de un momento, con gran sorpresa mía, la carta entró volando por la ventana, dió dos veces la vuelta por la habitación y luégo se posó suavemente como un pájaro sobre mi mesa. No me había repuesto aún de la sorpresa, cuando Wan Lee reapareció, sonrióse, miró la carta, luégo me miró á mí, y dijo:

—Así, man.

Y luégo permaneció gravemente callado. Este fué su primer acto oficial.

La siguiente hazaña, siento tenerlo que decir, no tuvo igual éxito. Uno de nuestros habituales repartidores cayó enfermo, y en el apuro se mandó á Wan Lee que le reemplazara. Á fin de evitar equivocaciones, la noche anterior le enseñaron la ruta, y al amanecer le entregaron el número ordinario de ejemplares para los suscritores. Al cabo de una hora volvió de buen humor y sin los periódicos. Dijo que los había repartido ya.

Desgraciadamente para Wan Lee, á cosa de las ocho de la noche, empezaron á llegar á la redacción suscritores indignados. Habían recibido sus ejemplares; pero ¿de qué manera? En forma de balas de cañón, fuertemente comprimidos, pasando á través del vidrio de las ventanas; dándoles de lleno en la cara, como una pelota del juego de basb si por casualidad se hallaban asomados; por cuartas partes, metidas por ventanas distintas; los habían encontrado en la chimenea, clavados contra la puerta, en los terrados, en las ventanas de las buhardillas, introducidos en forma de arrolladas cerillas por el ojo de la cerradura, embutidos en los ventiladores y anegados en los jarros con la leche matutina. Un suscritor que esperó algún tiempo á la puerta de la redacción, al efecto de tener una entrevista personal con Wan Lee (entonces para mayor seguridad encerrado bajo llave

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en mi cuarto), me dijo con lágrimas de rabia en los ojos, que á las cinco le había despertado una gritería horrible debajo de sus ventanas; que al levantarse muy agitado, dejóle estupefacto la aparición repentina de *La Estrella del Norte,* fuertemente arrollada y doblada en forma de *boomerang,* ó sea cachiporra de la India Oriental, que entró disparada por la ventana, describió en el cuarto un número endemoniado de círculos, derribó la luz, dió un cachete en la cara al niño, le sacudió á él en la quijada, y luégo salió por la ventana opuesta y cayó falto de impulso en el patio. Durante el resto del día, parecieron en la redacción los ejemplares de *La Estrella del Norte* de la edición de aquella mañana, en fragmentos de papel sucios y estrujados que traían con indignación los suscritores. Un admirable artículo sobre «Los recursos de Humboldt County» que había yo compuesto la noche anterior y que indudablemente hubiera cambiado el aspecto de los negocios del año siguiente y llevado la bancarrota á los muelles de San Francisco, se perdió de este modo para el público.

Creímos conveniente que durante las primeras semanas se mantuviera encerrado á Wan Lee en la imprenta, reduciéndole á la parte puramente mecánica del oficio. En ella desarrolló sorprendente actividad y aptitud, granjeándose al fin el favor y buena voluntad de los impresores y del regente que al principio juzgaban como de la mayor gravedad y trascendencia política su iniciación en los secretos del arte. Aprendió á componer pronta y correctamente los tipos, ayudándole en la operación mecánica su extraordinaria destreza en la prestidigitación; su ignorancia del lenguaje parecía serle más útil que perjudicial, corroborando el axioma de impresor, de que el cajista que sigue las ideas del original, no es más que un pobre cajista. Solían darle á componer deliberadamente largas diatribas

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

contra él mismo, que sus compañeros de imprenta, colgaban del gancho de su caja como original, pasándole desapercibidas frases tan cortas como estas: «Wan Lee es hijo del mismísimo demonio,» «Wan Lee es un bribón mogol,» y me traía aún la prueba tan satisfecho, sacando á relucir sus dientes y brillando la satisfacción en sus ojos.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que se desquitara de sus malévolos perseguidores. Recuerdo un caso en que estuvo en un tris de que sus represalias me envolviesen en un serio disgusto. Nuestro regente se llamaba Webster, y Wan Lee pronto aprendió á reconocer al individuo y las letras combinadas de su nombre. Empeñábase una campaña política y el elocuente y fogoso coronel Starbottle, de Siskyon, había hecho un discurso de efecto, que fué especialmente taquigrafiado para *La Estrella del Norte*. En su peroración sublime el coronel Starbottle había dicho: «yo, como el divino Webster, repetiré...» y aquí seguía la cita que he olvidado. Pues bien, Wan Lee mirando casualmente la galera, después de revisado el discurso, vió el nombre de su principal perseguidor, y como es natural, imaginó que era de él la cita. Cuando el molde entró en prensa, Wan Lee aprovechó la ausencia de Webster para quitar la cita y sustituirle una delgada tira de plomo del mismo tamaño del tipo, grabada con caracteres chinos, formando una frase que, según creo, era una acusación completa y denigrante de la incapacidad y repugnancia de la familia Webster, acompañada de una claúsula laudatoria de la propia persona de Wan Lee.

El periódico de la mañana siguiente contenía íntegro el discurso del coronel Starbottle, en el que se leía que el divino Webster, en cierta ocasión, había expresado sus pensamientos en excelente, pero incomprensible chino. La rabia del coronel Starbottle no tuvo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

límites. Conservo un vivo recuerdo de cuándo aquel hombre admirable entró en mi despacho y me pidió una retractación del aserto.

—Pero, señor de mi alma—le dije:—¿Estáis pronto á negar bajo vuestra firma que Webster haya pronunciado semejante frase? ¿Os atrevéis á negar que, entre los notorios conocimientos de Mr. Webster, no estaba comprendido el chino? ¿Queréis someter una traducción adecuada á nuestros lectores y negar bajo palabra de honor, que el finado mister Webster, haya expresado jamás tal pensamiento? Si lo deseáis, caballero, estoy pronto á publicar vuestra réplica.

El coronel no lo quiso pero se marchó indignado. Webster, el regente, lo tomó con más sangre fría: felizmente ignoraba que durante dos días los chinos de las cocinas, de los lavaderos, de las minerías, miraban por la puerta de los talleres con la cara radiante de malicia; y que nos hicieron un pedido de trescientos ejemplares sueltos de *La Estrella,* para los lavaderos del río. Solamente observó que durante el día á Wan Lee, de vez en cuando, le atacaban espasmos convulsivos, que se vió obligado á reprimir dándole de puntapiés. Una semana después del suceso, llamé á Wan Lee á mi despacho.

—Wan—dije con gravedad—quisiera que para mi propia satisfacción me tradujeras aquella frase china que mi privilegiado compatriota, el divino Webster, pronunció públicamente en una ocasión solemne.

Wan Lee miróme fijamente y sus negros ojos centellearon.

Después contestó con gravedad:

—Señor Webstel, dice:—Niño chino hacer yo muy tonto. Niño chino hacer mi muy enfermo.

Pero temo que esté retratando una parte y no la mejor del caracter de Wan Lee. Según me refirió, había sido la suya una vida muy dura. Apenas cono-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ció la niñez y no recordaba á sus padres. El prestidigitador Wang le había educado. Pasó los siete primeros años de su vida saliendo de cestos, cayéndose de sombreros, subiendo por escalas y descoyuntando sus pequeños miembros á fuerza de colocarse en violentas posturas. Criado en una atmósfera de engaño y artificio, consideraba á la humanidad como perenne víctima de sus sentidos; en fin, si hubiese pensado algo más, para su edad hubiera sido un cínico; á otra edad mayor habría sido un escéptico; y más tarde, cuando viejo, hubiese llegado á filósofo. Así como así era un diablejo: ¡un diablejo bien humorado, es verdad! diablejo cuya naturaleza moral nadie educó, un diablejo en huelga, dispuesto á adoptar la virtud como una diversión. Que yo sepa, no tenía conciencia de su alma; era muy supersticioso; llevaba consigo un horrible dios de porcelana, pequeño, que tenía costumbre de insultar ó de invocar alternadamente. Era sobrado inteligente para seguir los vicios ordinarios chinos de robar, ó de mentir á destajo. Sea cual fuere la doctrina que practicase, no tenía otro guía que su inteligencia.

Creo que no le faltaba sensibilidad, aunque era casi imposible alcanzar de él expresión alguna que la manifestara, y debo confesar en conciencia, que tenía apego á los que eran buenos para él. No sé á qué podría haber llegado en condiciones más favorables que las de esclavo de un periodista abrumado de trabajo, y poco retribuído; solamente sé que recibía con suma gratitud las escasas é irregulares muestras de bondad que le concedía. Era muy leal y paciente; dos cualidades raras en la generalidad de los criados americanos. Tenía para conmigo grave deferencia y respeto; solamente una vez, después de provocarle, recuerdo que dió muestras de alguna impaciencia. Cuando me retiraba por la noche del despacho, solía llevármele á

Digitized by Google

mis habitaciones, para que me sirviera de portador de cualquiera adición ó pensamiento feliz, que pudiese ocurrirme antes de que imprimieran el periódico. Una noche había estado yo borroneando papel hasta mucho más tarde de la hora á que acostumbraba despedir á Wan Lee, y habíaseme olvidado completamente su presencia en la silla al lado de la puerta, cuando de repente percibí una voz que decía, en tono quejumbroso, algo parecido á:

—Chylee.

Volvíme severamente.

—¿Qué dices?

—¡Yo decir: Chylee!

—¿Y qué?—dije con impaciencia.

—Usted saber, ¿cómo está, John?

—Sí.

—Usted saber, ¿tanto tiempo John?

—Sí.

—¡Bueno, pues: Chylee! ¡todo es igual!

Le comprendí muy bien. Chylee era para él una forma de dar las buenas noches y por lo tanto Wan Lee deseaba acostarse. Pero un instinto de picardía que poseía yo lo mismo que él, me impelió á obrar como si no comprendiera la indirecta; murmuré algo en este sentido, y me incliné otra vez sobre mi trabajo. Á los pocos minutos oía que sus suelas de madera pataleaban sobre el suelo. Miréle: estaba de pié junto á la puerta.

—¿Usted no saber, Chylee?

—No—dije severamente.

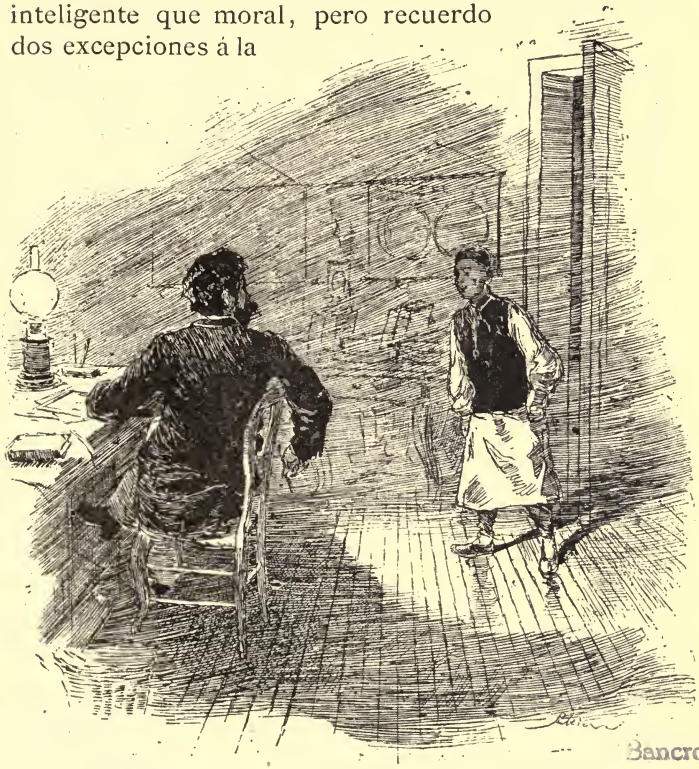
—¡Usted ser mucho grande tonto! ¡Todo igual!

Y asustado por su audacia se escapó. Sin embargo, á la mañana siguiente, apareció como siempre dócil y sumiso, y no le recordé su ofensa. Probablemente como ofrenda de paz limpió todas mis botas, deber que nunca le exigiera, incluyó en el obsequio un par

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de zapatos y unas inmensas botas de montar, todo de piel de ante, sobre las cuales expió sus remordimientos durante dos horas.

He hablado de su honradez como cualidad más inteligente que moral, pero recuerdo dos excepciones á la



Bancroft Li

regla. Yo deseaba comer huevos frescos, para cambiar la pesada alimentación usual de los pueblo mineros, y sabiendo que los paisanos de Wan Lee eran celebrados por sus criaderos de aves de corral, me dirigí á él. Todas las mañanas me trajo huevos, pero se negó á recibir paga de ninguna especie, diciendo que el hombre no los vendía, ejemplo extraordinario de abnega-

ción, pues los huevos valían entonces medio duro cada uno. Una mañana, mi vecino Forster, me hizo durante el almuerzo una visita, y con esta ocasión lamentó su mala suerte, pues sus gallinas habían cesado de poner, ó bien los huevos se extraviaban en los matorrales. Wan Lee, que estaba presente, durante nuestro coloquio, conservó el grave y característico silencio que le era habitual. Cuando mi vecino se hubo marchado, se volvió hacia mí con una ligera risa entre dientes.

—Gallinas de Flostel, gallinas de Wan Lee, todo es lo mismo!

En otra ocasión, en una temporada de grandes irregularidades en los correos, Wan Lee me había oído deplorar los retardos en la entrega de mis cartas y periódicos. Al llegar un día á mi despacho me sorprendí de encontrar la mesa cubierta de cartas, acabadas de llegar por el correo, pero desgraciadamente ninguna de ellas me venía dirigida. Volvíme hacia Wan Lee, que las estaba contemplando tranquilamente satisfecho y le pedí una explicación. Señaló á mis ojos espantados un saco de correos, vacío en un rincón, y dijo:

—Cartero él dice: ¡No hay cartas, John, no hay cartas, John! ¡Cartero mucho mentir! Cartero no sirve. ¡Yo coger cartas anoche, todo igual!

Felizmente era aún temprano y no habían hecho el reparto; tuve una precipitada entrevista con el Jefe de Correos sobre el atrevido atentado de Wan Lee, al robar la correspondencia de los E. U. Con la compra de un nuevo saco de correos se echó tierra al asunto.

Si mi cariño para mi paje idólatra no hubiese sido suficiente, mi deber para con Hop Sing hubiera bastado para que me llevase conmigo á Wan Lee cuando volví á San Francisco, después de colaborar durante dos años en la *Estrella del Norte*. No creo que viese con

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

gusto el cambio. Atribuílo á un temor nervioso de la aglomeración de gente, pues cuando tenía que cruzar la ciudad para algún recado, daba un gran rodeo por los arrabales. Atribuílo además al horror de la disciplina del colegio anglo chino, al cual me propuse enviarle; á su cariño por la vida libre y vagabunda, de las minas, ó á mero capricho! Hasta mucho tiempo después no se me ocurrió que fuera por presentimiento!

Parecía que la ocasión que yo anhelara y esperaba hubiese llegado ya. Podía colocar á Wan Lee bajo influencias suavemente restrictivas, someterle á una vida y enseñanza que le inclinara al bien más que mi cuidado superficial y mal reguladas bondades. Wan Lee ingresó en la escuela de un misionero chino, pastor inteligente y bondadoso, que había demostrado gran interés por el chico, y quien, sobre todo, tenía en él firme confianza. Acogióle en su casa una pobre viuda, con una sola hija, de unos dos años menos que Wan Lee. Esta criatura, lista, alegre, inocente y sin artificio, fué la que tocó el corazón al muchacho y despertó la susceptibilidad moral que había permanecido insensible á las enseñanzas de la sociedad y á los sermones del teólogo.

Estos breves meses, ricos en promesas que no vimos cumplidas, debieron ser felices para Wan Lee. Adoraba á su pequeña amiga con la misma superstición, pero sin el capricho, que otorgaba á su dios pagano, de porcelana. Era su delicia caminar tras de ella hasta el colegio, llevándole los libros, servicio siempre acompañado de algún cachete, debido á las pequeñas manos de sus hermanos de raza caucásica. Fabricaba para ella los más maravillosos juguetes, recortaba de zanahorias y de nabos las más sorprendentes rosas y tulipanes; hacía de pepitas de melón, gallinas como naturales; construía abanicos y cometas, y era singularmente diestro en hacer vestidos de papel para las

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

muñecas. Por otra parte, ella jugaba con él; le enseñaba canciones y lindezas, diòle para su trenza una cinta amarilla, la que mejor sentaba á su color; para él leía y le llevaba consigo á la clase del Domingo, contra los precedentes de la escuela, y, á manera de las mujeres

mayores, triunfaba en esta innovación. Quisiera poder añadir que consiguió que se convirtiera y que le hizo abandonar su ídolo de porcelana; pero estoy contando una historia verídica. La niña estaba satisfecha con inspirarle su cristiana bondad, sin dejarle ver que estaba ya convertido. De manera que hicieron muy buenas migas la niña cristiana con su dorada cruz colgando de su blanca garganta y el moreno idólatra, con su horri-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ble dios de porcelana escondido en las profundidades de su blusa.

Dos días de aquel memorable año se recordarán por mucho tiempo en San Francisco; dos días en que una turba de sus ciudadanos se arrojaron sobre extranjeros indefensos, les mataron porque eran extranjeros y de otra raza, religión y color, y porque trabajaban por el único salario que podían obtener. Hubo magistrados tan pusilánimes que se figuraron que había llegado el fin del mundo; hubo hombres de Estado eminentes, cuyos nombres me avergüenzo de escribir aquí, que creyeron que el artículo de la Constitución que garantiza á todo ciudadano extranjero la libertad civil y religiosa, era un error. Pero también hubo hombres no tan fáciles de asustar, y que en veinticuatro horas arreglaron las cosas de manera que los tímidos pudieran estrecharse las manos con seguridad, y los eminentes hombres de Estado proferir sus dudas sin dañar á nadie ni á nada. Pero en estos días recibí una esquela de Hop Sing, rogándome que fuese en seguida á verle.

Encontré cerrado su almacén, defendido por la policía contra los ataques posibles de los revoltosos. Hop Sing me recibió con su habitual é imperturbable tranquilidad, pero, según me pareció, con mayor gravedad que de costumbre. Sin decir palabra me tomó de la mano y me condujo al fondo de la habitación y de allí por las escaleras al sótano. Se hallaba casi á oscuras, pero se distinguía algo tendido en el suelo, cubierto por un chal. Al acercarme retiró el chal bruscamente y descubrió á Wan Lee, el Idólatra ¡tendido allí, muerto!

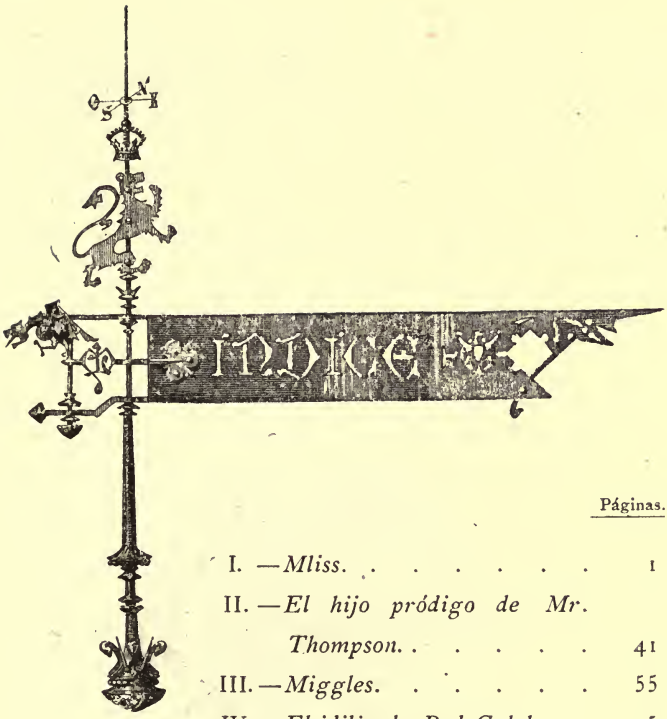
¡Muerto, mis queridos amigos, muerto! ¡Apedreado hasta morir en las calles de San Francisco, en el año de gracia mil ochocientos sesenta y nueve, por una turba de niños cristianos... de colegiales!...

Digitized by Google

Puse mi mano conmovido sobre su pecho, sentí algo que se desmenuzaba bajo su blusa y miré interrogativamente á Hop Sing. Introdujo su mano entre los pliegues de seda y con la única sonrisa de amargura que vi jamás en la cara de aquel caballero pagano, retiró un objeto.

Era el dios de porcelana de Wan Lee, aplastado por una piedra de aquellos iconoclastas cristianos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®



Páginas.

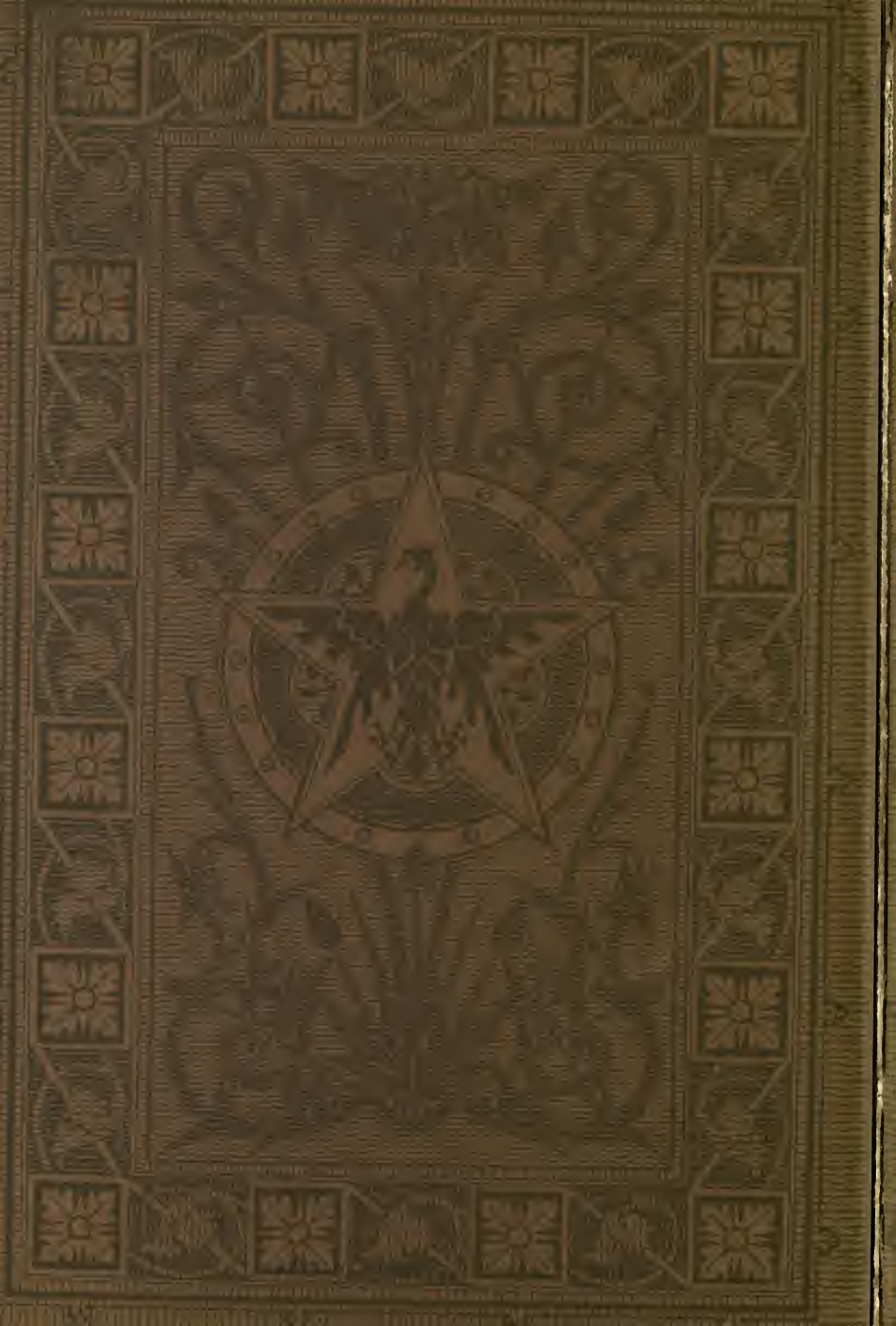
I. —*Mliss.* 1
II. —*El hijo pródigo de Mr. Thompson.* 41
III. —*Miggles.* 55
IV. —*El idilio de Red-Gulch.* . 75
V. —*De cómo Santa Claus llegó á Simpson's Bar.* . 93
VI. —*La suerte de Roaring-Camp.* 119
VII. —*El socio de Tennessee.* 139
VIII.—*Un pobre hombre.* 157
IX. —*Los expulsados de Poker-Flat.* 167
X. —*Una noche en Wingdam.* 187
XI. —*Brown de Calaveras.* 201
XII. —*Carree.—Episodio de Fiddletown.* 221
XIII.—*Los maridos de mistress Skaggs.* 291
XIV.—*Wan Lee, el idólatra.* 339

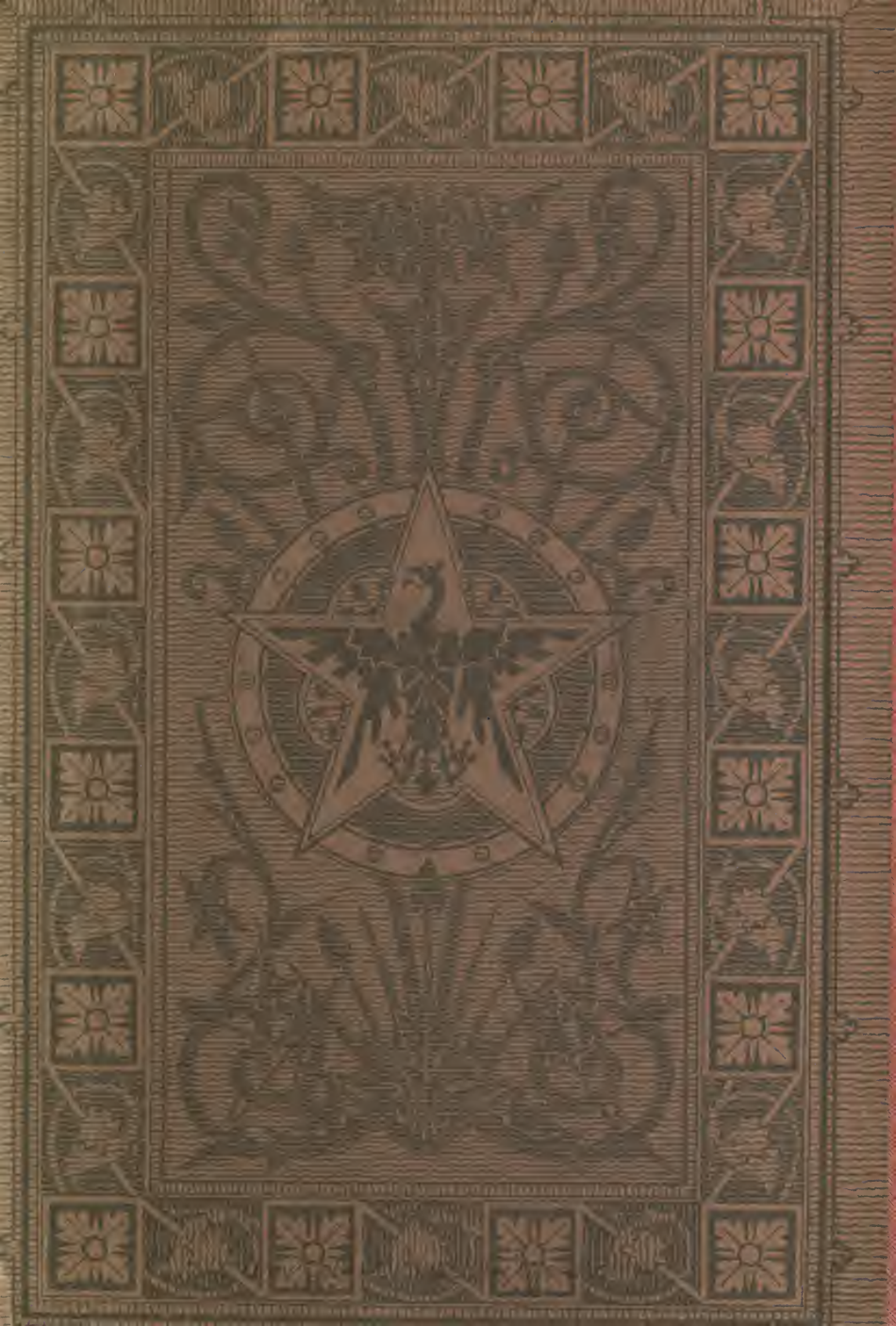
Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Marzo 1883

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Digitized by Microsoft ®





PER ANGUSTA AD AUGUSTA